3 1761 09544618 3

LIBRERIA
DE F. RODRIGUEZ
OBRAS
ANTIGUAS
Y
MODERNAS
CRUZ 31
MADRID

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

82000

200

LS
G6334a

EL

Artista Barquero,

ó

LOS CUATRO CINCO DE JUNIO,

POR

LA SEÑORA

(Doña G. G. de Avellaneda.)

Gómez de Avellaneda, Gertrudis

NOTA.—Esta novela está fundada sobre cierta anécdota, bastante conocida, de la vida de un hombre célebre.

LA AUTORA.

Al distinguido escritor D. F. de Gabriel y Muiz de Apodaca

G. G. de Avellaneda.

HABANA.
LIBRERIA É IMPRENTA «EL IRIS» DE MAJIN PUJOLÁ Y Cª
CALLE DEL OBISPO NUMERO 22.
1861.

459597
19. 3. 47

DEDICATORIA.

A LA EXMA. SRA. CONDESA DE SAN ANTONIO.

Mi muy estimada y querida amiga: al dar á luz El Artista Barquero ó los cuatro cinco de Junio--primera obra que sale de mi pluma bajo el hermoso cielo de nuestra Antilla,--atendiendo mas al deseo de rendir público testimonio de mi aprecio á objetos que reputo dignísimos, que á la pequeñez del homenage que me era dado ofrecerles, ora pensé en dedicárselo al bello secso cubano-- que por tantos títulos me es caro;-- ora al grémio literario gloria

del país,-- y al que le debo tan honoríficas distinciones;-- ora en fin, á la ciudad de mi cuna, cuyo derecho á los sentimientos mas santos de mi corazon no puede ser superado por ninguno.

Dudosa en la eleccion me afanaba en balde por conciliar los tres afectos que con equilibradas fuerzas pesaban sobre mi voluntad, cuando vino de repente á terminar mis dudas una feliz idea que V. ha tenido la amabilidad de acoger, llena siempre de benevolencia para con mis incorrectas producciones.

Esa idea, amiga mia, V. la sabe ya y el público la adivinará de seguro antes de mayor esplicacion de mi parte. ¿No es V. á sus ojos, como á los mios, la síntesis perfecta del bello secso cubano? ¿No admira en su bondad nativa, en su rica imaginacion tropical, en su belleza llena de gracia púdica, en su dignidad dulce y melancólica, ese admirable tipo de la

mujer criolla, sin igual en el mundo? ¿Quién, pues, mejor que V., puede recibir como representante de todas nuestras compatriotas el homenage tierno de mi admiracion y simpatía?

Y los hijos del Parnaso ¿podrán no reconocer tambien digna de simbolizar la deidad de su culto, á aquella que con sus ojos inspira la poesía, con sus sonrisas la premia, y con su recto e ilustrado juicio sabe estimar y enaltecer á todo talento laborioso, á toda inteligencia distinguida?

Aun mi amada ciudad, bella Condesa, aun aquel pueblo distante que no ha sido honrado nunca con la presencia de V., debe satisfacerse con la parte que le cabe en esta dedicatoria afectuosa. La ofrenda que hace á V. una *"Camagüeyana"* es ofrenda de su pueblo: de su pueblo que ama con entusiasmo cuanto es bello, bueno, benéfico; y que sabe, señora, que V. es bella y buena y benéfica de veras.

V. y Puerto-Príncipe no son, por tanto, dos objetos estraños el uno al otro. V. posée legítimo derecho á recibir la modestísima ofrenda que anhelaba mi afecto hacer á mi país, y que él me agradecerá rinda preferentemente á la belleza de quien es adorador-- porque es pueblo poeta;-- á la bondad, que ama-- porque es pueblo noble y recto;-- á la beneficencia que ejercita y aplaude-- porque es pueblo eminentemente cristiano.

Reciba V. pues, al "Artista Barquero" que se le rinde ufano en este triple concepto: recíbalo V., Condesa, por mas que fruto humilde de mi fatigada inteligencia--aunque concebido tambien bajo este cielo poderosamente fecundo-- no sea comparable, ni en hermosura ni en atractivo, á ese precioso fruto de su juvenil seno de V., que ha venido á trazar un nuevo dulce nombre en el estenso catálogo de las bellezas cubanas.

Tiene, empero, con la linda hija de V. cierto lazo de que se envanecè el pobre hijo de mis ratos de desvelo. Una y otro comenzaron á ecsistir al mismo tiempo. Yo escribía las primeras páginas que doy al público, en los mismos momentos en que V. imprimía en la pura frente de su angel los primeros besos de maternal cariño.

Que al poder de tal recuerdo merezca á V. este librito una mirada afectuosa, y no quedará descontenta la ambicion de la autora; cuyas pretensiones al publicarlo no son otras que dejar un ligero recuerdo á su Ysla amada, y entretener algunos ratos á los aficionados á este género de literatura; cuyo galante apresuramiento por llenar los pliegos abiertos á la suscricion, bastaría por sí solo á recompensarla ampliamente de tan insignificante trabajo.

Siempre es de V., Condesa, con los sentimientos mas distinguidos, que se complace en

manifestar de todos modos, amiga y servidora atenta

Q. B. S. M.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

Cárdenas, 1º de Noviembre de 1861.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO 1º

EL PASEO POR LA BAHIA DE MARSELLA.

Empezaba á declinar la mas apacible tarde de Junio de 1752, y aunque era domingo— dia de reposo y de oracion en que se disminuye un tanto el bullicioso herbidero de la vida comercial— el puerto de Marsella, poblado de mástiles y banderas de todas las naciones del mundo, presentaba como siempre el aspecto animado que le es característico. Uníase mas bien al movimiento ordi-

nario de la activa multitud que de contínuo bulle por los muelles— formando pintoresco contraste con sus variados trages y alegre algazara con sus diversos idiomas--el considerable número de oficinistas domingueros, *turistas* transeuntes y distinguidos ociosos, que iban llenando lanchas y botes, para visitar los fuertes ó las islillas que se levantan en grupo, á media legua apénas de la costa, como para contemplar de frente á la hermosa reina del Mediterráneo.

Entre las pocas barcas que aun aguardaban pasageros, se distinguía por su blancura una que casi tocaba con su popa los piés del pesado edificio consistorial, y que con su graciosa vela latina— plegada todavía— se asemejaba á un cisne dormitando al suave balance de las tranquilas olas.

La única persona que la ocupaba era un rubio y gallardo mancebo como de diez y ocho á veinte años, vestido con pulcra sencillez que no carecía de elegancia, y cuya mano derecha, apoyada negligentemente en el timon, mostraba tan aristocrática hermosura que no era posible presumir estuviese avezada á manejarlo.

Prestando poco interés al bullicioso espectáculo que le rodeaba, dejaba el jóven perderse sus miradas por la inmensidad del espacio, cuando

de pronto le sacó de su contemplacion melancólica el movimiento que imprimió á la barquilla el peso de otro individuo, que saltó á ella con agilidad poco comun á sus años— que bien podian pasar de sesenta— y que se arrellanó sin decir palabra en el asiento mas cómodo.

Presentaba la fisonomía de aquel recien-llegado cierto contraste dificil de pintar; pues temperaba la severidad de algunas líneas del rostro y la espresion profunda y un tanto desdeñosa de sus ojos penetrantes, cierto no sé qué de benévolo y dulce que se traslucía, digámoslo así, en su gesto habitual y hasta en la misma gravedad de su espaciosa frente; aviniéndose bien con la estremada modestia de su traje y el *sans façon* de sus francos modales.

Detuvo la vista nuestro hombre por breve momento en su jóven compañero de embarcacion, y la volvió en seguida hácia el muelle, paseándola por todos los que con trazas de barqueros circulaban en él; pero sin satisfacerse al parecer con el resultado de aquella muda investigacion, pues gritó al cabo con alguna impaciencia:

—Eh! ¿no tiene patron esta barca? ¿donde diablo se esconde?

—Perdonad, caballero— dijo entónces el mancebo:— yo soy el que buscais.

—Vos!..... esclamó sorprendido el anciano.

—Ciertamente, señor, y si quereis salir del puerto estoy á vuestras órdenes.

—Mi deseo se limita á dar un corto paseo—respondió el desconocido mirando con creciente curiosidad á su galan conductor:—quisiera gozar mejor de la suavidad de esta halagüeña brisa, admirando á la vez en horizonte mas vasto los últimos crepúsculos de esta deliciosa tarde.

—Teneis razon,— repuso el barquero levantando al occidente una mirada de artista;—porque no hay espectáculo que iguale en magnificencia á una puesta del sol en el hermoso cielo de la Provenza.

Pronunciando estas palabras soltó la blanca vela del esquife, que empezó á hender al instante las serenas aguas de la bahía.

Hubo entónces largo intérvalo de silencio, que rompió bruscamente el desconocido diciendo:

—Ni vuestro aspecto ni vuestro lenguage son propios del oficio que venís ejerciendo y que indudablemente no es el vuestro.

—En efecto, señor, contestó el jóven suspirando: solo soy barquero los dias festivos, porque en ellos está cerrado el obrador del lapidario con quien trabajo el resto de la semana.

—Teneis grande aficion á ese otro oficio?

—Ah! no por desgracia: la pintura de paisajes y de arquitectura ha sido desde la infancia mi vocacion decidida.

—¿Quién os impide, pues, cultivar tan noble arte?

—El anhelo de ganar pronto dinero, lo cual no es posible en el largo y costoso aprendizaje que aquel requiere.

—Sois demasiado jóven para tanta codicia.

—No adolezco, gracias á Dios, de semejante defecto.

—Pues confieso que no os comprendo, amigo mio,— dijo el anciano deponiendo la involuntaria aspereza con que acompañara su observacion última.

—Me esplicaré mas claro, ya que teneis la bondad de mostrar ese interés— pues no es dable sospechar en vos ociosa curiosidad. Yo, señor, hé nacido en París, donde mi padre desempeñaba un cargo ventajoso que proporcionaba á la familia medianas comodidades, y me dediqué á la pintura teniendo por maestro un distinguido artista que aseguraba hallar en mí escelentes disposiciones. Desgraciadamente perdió mi padre su colocacion y tuvo que resolver entónces establecerse

en Marsella, por la circunstancia de tener aquí su mujer algunos bienes raíces, y varios amigos que le prometian facilitar á su marido pronto y decente acomodo. Hízose así, quedando interrumpidos mis estudios, que posteriores infortunios me obligaron ántes de mucho á renunciar completamente, para dedicarme á otro oficio de mas breves resultados. Siendo, sin embargo, harto escaso todavía el provecho que éste me proporciona, utilizo como veis los dias que me deja libre el maestro, ganando algo con esta barca prestada; y aun así y todo mi pobre madre y mis dos hermanitas carecerian de lo mas indispensable para la vida, si no se ayudasen ellas mismas ocupándose dia y noche en labores de su secso.

—Segun eso vuestro afan por dinero nace de que veis pobre á vuestra familia y anhelais, como es natural, poder aliviar su suerte?

—Oh señor! sí! no me es dado olvidar un momento que miéntras yo no consiga reunir considerable suma, vivirán tres ángeles en el dolor y la miseria, y arrastrará mi desdichado padre sus ominosas cadenas.

—Cómo ! ¿está acaso en presidio vuestro padre?

—La honradez de su vida no podia conducirle á la infamia—respondió el mancebo con dignidad—

pero lo aciago de su estrella le ha llevado á la esclavitud.

—Os ruego, amigo mio,— dijo el desconocido con nuevo y vivo interés,—que me deis esplicacion mas ámplia, sino os lo impiden poderosos motivos de reserva.

—Todo os lo diré en pocas palabras, caballero. Cierto comerciante trastornó la cabeza de mi padre con grandes proyectos de especulaciones, por cuyo medio le aseguraba serian los dos en cortísimo tiempo millonarios. Vendidos con tal objeto los pocos bienes qne poseíamos, mi padre fletó un buque cargado de mercancías, que constituían ya toda su fortuna, y renunciando á su lucrativa ocupacion de corredor de comercio, quiso capitanearlo él mismo, como en efecto lo hizo, dándose á la vela para Esmirna hoy hace precisamente dos años.

La voz del narrador quedó durante algunos minutos ahogada por violentos sollozos que no pudo reprimir, y el desconocido, respetando su dolor, guardó tambien silencio; aunque visiblemente agitado por cierta ansiedad penosa, que se convirtió en profundo enternecimiento cuando el jóven pudo articular por fin en medio de sus lágrimas:—Fué apresado por un corsario..... se

halla cautivo en Tetuan desde entónces..... quizá para siempre..... no es cosa fácil reunir los seis mil francos que ecsijen por su rescate.

—Calmaos, pobre jóven, dijo el anciano con casi paternal acento, y no desespereis de alcanzar de la Providencia los medios de libertar al autor de vuestra vida.

—Cuando ocurrió la desgracia, añadió su interlocutor, quise y aun intenté hacerme llevar á Tetuan para ofrecerme en cambio del cautivo; pero mi madre llegó á saber mi proyecto, no sé como, y no solamente lo trató de absurdo é irrealizable, amenazándome con su maldicion si persistía en él, sino que tambien habló á los capitanes de buques que frecuentan las costas africanas, rogándoles que ninguno me admitiese á su bordo. Así me hallé privado del único medio inmediato que alcanzaba para volver á mi pobre padre al seno de su familia.

—Y aun os hallais dispuesto á sacrificar vuestra libertad por restituirle la suya?—preguntó el anciano con tono cada vez mas afectuoso.

—Siempre, señor!— contestó el interpelado con voz firme.—Mi libertad decís! Oh! eso no es nada: otro sacrificio mayor haría ahora alejándome de Marsella; pero no vacilaría ante ninguno si lograra que consintiese mi madre.

—¿Estais por ventura enamorado?

El jóven bajó los ojos, empañados aun por las lágrimas, y su bella frente se coloreó como la de una vírgen que vé sorprendidos de improviso los secretos de su corazon.

—Vamos! sed del todo franco— dijo su compañero procurando desmentir con una sonrisa la emocion que revelaba su acento. Ya que me habeis dispensado la confianza de referirme la historia de vuestros infortunios, no me dejeis ignorar la de vuestros amores. Decidme quien es vuestra novia y que esperanzas os animan á ambos.

—No tengo novia, señor, respondió el jóven, ni alimento la mas leve esperanza. Amo, es verdad, amo apasionadamente, para colmo de mi desdicha, á la hija única de cierto mercader enriquecido en una de las antillas españolas, y que goza al presente en esta ciudad, que es su patria, una opulencia de príncipe. ¿Cómo puedo prometerme que quiera dar su heredera á un infeliz artesano?

—La dificultad no sería tan grande si se tratase de un aventajado artista,— observó el desconocido.

—Lo creo así, señor, pero yo no puedo ser ya, cuando mas, sino humilde lapidario.

—¿Quién sabe? ¿Cómo os llamais?

—Huberto Robert, caballero.

—Y vuestro padre?

—Tiene mi mismo nombre.

--¿Habéis podido saber quién es su dueño?

—Si, señor; pertenece al gefe de los jardines reales.

—Se me figura que ese gefe de los jardines no ha de ser un mal amo, y tengo, además, amigo Huberto, profunda conviccion de que la Providencia premiará al cabo la nobleza de vuestros sentimientos y de vuestra conducta, mejorando la suerte de vuestra cara familia y dispensándoos á todos dias serenos y felices, que sincerísimamente os deseo. Ahora servíos atracar la barca al muelle á que nos vamos acercando, y recibid las gracias que os debo por la condescendencia que habeis tenido de darme conversacion durante mi paseo.

—Conversacion bien triste y que os ha privado del placer que os prometíais gozar admirando la magnificencia del cielo á la despedida del rey de los astros.

—No importa; todo tiene compensaciones, mi jóven amigo, y esa es una verdad que no debeis olvidar nunca.

Terminando estas palabras el desconocido, se

envolvió en su capa y guardó meditabundo silencio, hasta que atracando el esquife deslizó en la mano que le tendía Huberto, para ayudarle á saltar al muelle, un objeto algo pesado, y sin darle tiempo para ver lo que era se confundió entre la multitud que iban envolviendo ya las primeras sombras de la noche.

CAPITULO II.

LA PRIMERA ENTREVISTA.

En el mismo instante en que el desconocido se separaba de Huberto, abríanse las persianas de una rasgada ventana en el entresuelo de la casa mas prócsima al paseo público llamado *le Cours*, á la estremidad de la monumental calle de la Canébiere, y aparecía en el hueco una linda jóven vestida toda de blanco.

Aquella figura— que se destacaba á la pálida claridad del último crepúsculo sobre el fondo de una habitacion aun no alumbrada por luz artificial— presentaba rasgos distintivos de una organizacion desarrollada prematuramente bajo cielo

mas poderoso que el que entónces la acariciaba con moribundos reflejos.

Comprendíase por la casi infantil espresion de su fisonomía candorosa,—llena, sin embargo, de gracia francesa y de vivacidad española,— que apénas habia gozado de la primera sonrisa del alba de la vida; miéntras que sus formas mórbidas y perfectas; su tez delicada y un poco morena; sus magníficos ojos negros de largas pestañas y acariciadora mirada, y cierta voluptuosa dejadez en todos sus movimientos, caracterizaban la especial belleza de la criolla; de la mujer precoz que ostenta toda la lozanía de la juventud sin haber perdido aun las inocentes gracias de la niñez.

Apoyando sus pequeñas y torneadas manos en los hierros de la reja, tendió la hermosa criatura larguísimas miradas por la estension de la ancha calle, y las dejó vagar seguidamente con aire escudriñador por entre las sombras del arbolado que adorna profusamente al ántes mencionado paseo: mas no pudo descubrir sin duda lo que buscaba, pues bajó con gesto mohino su graciosa cabeza cubierta de oscuros rizos, y empezó á deshojar maquinalmente, con cierto despecho, un encarnado clavel que se levantaba á sus piés en rica meceta de porcelana.

Terminada tal operacion repitiéronse las miradas con creciente afan y al parecer con no mas satisfactorio éxito; pues esta vez el disgusto que se siguió fué mucho mas ostensible, y un delicado piecesito,— de aquellos que solo produce Cuba— golpeó repetidas veces el pavimento en señal de impaciencia.

—Eh! no enfadarse: ya vino:— pronunció al mismo tiempo en estraño patuá medio español medio francés,— que no nos es posible conservar, —una rolliza mulata que se dejó ver á espaldas de la jóven, ostentando en su crespa cabeza vistoso pañuelo de madrás, y en sus toscas facciones la espresion *mimadora* de una ternura casi maternal.

Ya vino! ¿pues donde está?— dijo al punto la niña, hablando con pureza la elegante lengua de Racine, pero dejando percibir cierta acentuacion estrangera, á la vez que el dulce dejo criollo.—Creo que sueñas, Niná.

No por cierto, Josefina mia:— respondió ella enlazando con sus robustos brazos la gentil cintura de la doncella, con esa familiaridad cariñosa que usan en nuestras Antillas con los hijos de la casa, las esclavas nacidas y envejecidas en ella.—Estoy muy despierta y muy alegre tam-

bien, por que os vengo á comunicar una noticia que debe causaros la más grata sorpresa.

—De veras, Niná?

—Sí, vida mia: sabed que si él no está ya al frente ó al pié de vuestra ventana, es por que os aguarda en la verja del jardin, donde podreis hablaros libremente.

—Qué dices! esclamó Josefina entre gozosa y asustada. ¡Hablarle en el jardin!..... Pero eso es muy arriesgado. El jardinero anda siempre rondando por los que considera dominios suyos, y si llegase á sorprendernos no dejaría de charlar de ello con los otros criados, llegando muy presto todo á los oidos de papá.

—Nada, repuso la mulata: no sucederá nada de cuanto se forja vuestro miedo. ¿Soy tan tonta que no haya tomado mis medidas? El jardinero duerme una turca que no lo dejará en muchas horas, y los demás que pudieran curiosear se aprovechan con ansia del permiso que les he dado, en mi calidad de mayordoma, para ir á solazarse hasta las diez, ya que pasan sin paseo tantos otros domingos por las rarezas del amo.

—Pero y él? ¿y mi padre?.....

—Sabeis que hoy apenas le hemos visto la cara, y cuando sube tanto de punto su acostumbrado

mal humor, maldito lo que se cuida de vos ni de nadie. Venid, pues, querida niña: tiempo es ya de que se esplique el afortunado galan que con solo el lenguaje de los ojos ha tenido la habilidad de hacernos perder la chaveta, sin que sepamos de él otra cosa sino que se llama Huberto.

—Yo estoy segura, Niná, de que es un caballero en toda la estension de la palabra.

Tambien á mí me lo parece, y además—no sé si será por verlo ya como nóvio vuestro ó porque él tenga en su persona cierta hechiceria natural—pero confieso que no hallo hombre en Marsella que sirva para descalzarle. Sin embargo, bueno es que cuanto antes se sepa ser verdad lo que nos figuramos, y se pueda decir á boca llena que habeis hecho una eleccion que no deja nada que desear.

—Si, si, tienes razon: vamos á hablarle, Niná: nunca he deseado tanto cosa alguna y te agradeceré siempre como el mayor servicio el habérmela proporcionado. Con todo—añadió deteniéndose en mitad del gabinete que iba á abandonar, —siento tan grande emocion que casi me embarga el aliento. Esta entrevista inesperada me hace el efecto de una gran locura.

—Pues mas lo era ciertamente el estaros en la

ventana horas enteras, como lo habeis hecho hasta aquí, para trocar con él— siempre de planton abajo— suspiros y palabritas sueltas que nada adelantaban. Sabed que precisamente por prudencia es por lo que he tenido mas empeño en facilitaros que le hablaseis en el jardin. Aquella calle á espaldas de la casa es menos transitada que esta, y al través de la alta verja cubierta de enredaderas podreis charlar con vuestro Huberto sin ser vista de alma viviente; miéntras que por acá no cesan de pasar curiosos, y teneis de vecina á la vieja Mouchard, á quien le viene el nombre de perilla, pues es una fisgona que se ocupa en husmearlo todo. Mucho será que no se haya enterado ya de cuanto pasa y esté acechando la ocasion de chismear á su gusto. Vuestro padre suele visitarla, ella dicen que no lo vé con malos ojos, y acaso crea congraciarse con él echándola de celadora de la honra de su casa.

—No se hable mas, ¡ea!—dijo Josefina —Huberto está esperando, y por propia esperiencia he comprendido hoy lo insufrible que es eso cuando uno ama.

Pronunciado dichas palabras echó á correr con tal lijereza—no obstante las violentas palpitaciones de su corazon, capaces de ahogarla—que la

corpulenta mulata tuvo que sudar mucho para seguirla á distancia.

Era la vez primera que los dos amantes se iban á hablar de cerca, segun Niná se lo ha hecho comprender al lector en el diálogo que antecede,—y tenia, por tanto, la entrevista que referimos algo de estraordinario y solemne, que no solo sobrecojia un poco á la doncella sino tambien á nuestro ya conocido Huberto.

—Oh Josefina! esclamó con voz trémula de emocion, luego que ella se acercó á la verja. ¿No estoy soñando? ¿Puedo al fin hablaros? ¿Puedo deciros que os amo, que os adoro, sin el recelo de servir de diversion á tanto transeunte que he maldecido mil veces?

—A Niná le debemos estos dulces momentos, que me han cogido de sorpresa:— contestó la jóven. Pero vos que los esperábais, pues os fué prevenido que vinieseis aquí, ¿como es que habeis llegado mas tarde que otros dias? Solo os veo los festivos, despues de que anochece, y ya que os haceis desear el resto de la semana justo me parece que en esta primera entrevista, por lo ménos, me anticipaseis la hora en vez de retrasármela.

—Ah! perdonadme, amor mio;— repuso Hu-

berto, procurando traspasar con sus ojos la tupida cortina de madreselva y jazmines que le ocultaba á su linda interlocutora. Debeis comprender que no ha podido provenir de mi voluntad ese retardo imprevisto; como tampoco el privarme de saludar con mas frecuencia la reja de vuestro gabinete. Mis ocupaciones duran los dias comunes hasta tarde de la noche, y aun los domingos apenas dispongo libremente de aquellos breves instantes que consagro á la felicidad de contemplaros.

—¿Habeis tenido hoy mayores atenciones que los otros dias de fiesta, Sr. Huberto?

—No, amiga mia, pero sucedió que cierto sujeto, que debia satisfacerme pequeñísima cantidad, me dió en el paseo del muelle una bolsa, que, abierta despues de haberse él ido, ví contenia muchas monedas de oro, y entre ellas, además, una rica sortija de brillantes. Tuve, pues, que hacer inmediatamente dilijencias para devolverle lo que por equivocacion me dejara, y he perdido la media hora que me echais en cara recorriendo los muelles y sus cercanias, en minuciosa revista de todos los paseantes: trabajo inútil en verdad, pues no di con mi hombre, proporcionándome solo—á mas del dolor de haber perdido

algunos de estos momentos—el que vos me riñais con apariencias de justicia.

¡Qué oficioso se conoce que sois! dijo sonriendo Josefina. Ya tendrá cuidado de hallaros el dueño de la tal bolsa, sin necesidad de que os movais tanto para facilitárselo. Desde las siete prescindí yo de todo para solo ocuparme en vos, y eso que conozco haria mejor dedicando todo mi tiempo y mi cuidado á prestar consuelo y compañía á un padre que padece.

—Cómo! esclamó Huberto con interés. ¿Está acaso enfermo Mr. Caillard?

—No sé que responderos— dijo Josefina.— Los males del espíritu, que no se llaman enfermedades ni es costumbre tratar por la ciencia médica, son, sin embargo, muchas veces mortales. Como no sabeis de mí y de mi familia sino que mi padre es un comerciante venido de la Habana con una hija única, servidora vuestra, que se llama Josefina, poco ó nada comprenderéis si os digo que raro es el dia que dejo de llorar por las desgracias de mi casa.

En efecto, amada niña, respondió el jóven; logrando esta vez encuadrar, digámoslo así, entre las guirnaldas que vestian la verja el gracioso semblante de la doncella, que iluminó instantá-

neamente un rayo argentado de la luna.—Estaba persuadido de que vuestra familia era tan dichosa como infortunada la mia.

—En cuatro meses trascurridos desde que nos vimos por primera vez en la misa mayor de la iglesia de San Teodoro—repuso Josefina—nunca habiamos podido hablarnos seis palabras seguidas, y pues hoy logramos esta ocasion feliz, que acaso no se repita, quiero que nos comuniquemos nuestras penas esplicándonos con franqueza nuestra posicion recíproca. Si, mi buen amigo, conviene que nos conozcamos mejor, toda vez que me amais y que en ese sentimiento fundo ya todas mis esperanzas de ventura.

¡Oh bien mio! esclamó el jóven permitiéndose besar una bonita mano apoyada en la verja. ¡Cuán dichoso sabeis hacerme con una sola palabra en medio de las amarguras que me cercan! Decis bien: preciso es que no ignoreis nada; que os abra este corazon que os adora, y cuyos sentimientos constituyen toda la historia de mi humilde vida.

—Yo os daré el ejemplo, Huberto, dijo vivamente Josefina.—Conocereis oyéndome que no hay en la tierra ser alguno esento de sinsabores, y estos antecedentes que voy á daros del hombre á quien debo el ser y de quien depende mi desti-

no, os harán acaso comprender su carácter y disculpar sus rarezas.

El jóven tornó á besar la lindísima mano que se quedó desde aquel momento entre las suyas, y Josefina comenzó su relato como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO III.

HISTORIA DE UNA FAMILIA CUBANA.

"Mi padre recibió del cielo como nosotros una alma tierna y apasionada, si bien bajo el disfraz de un esterior algo áspero. Enamorose perdidamente de la que despues tuvo por esposa, pero no era él entónces sino un pobre mercader estrangero, y ella—hija predilecta de un opulento hacendado de la Habana— estaba además, prometida desde la infancia á cierto ricacho jóven todavía y no indiferente á sus ojos. Pocas eran, por tanto, las ilusiones que podia alimentar el desventurado francés, cuya pasion se exaltó hasta el delirio por los mismos obstáculos al parecer

insuperables en que se estrellaba su esperanza."

A estas palabras exhaló nuestro héroe profundísimo suspiro, que podia traducirse:—*ah! bien sé lo que es eso!*

No podemos asegurar que lo entendiese así Josefina, pero es lo cierto que hizo precediese otro suspiro, no ménos espresivo, á la continuacion de su historia, que fué en estos términos.

"Aquella triste pasion iba consumiendo la existencia del que estaba destinado á ser autor de la mia, pues no solo no le era dable prometerse la aprobacion de la familia á que anhelaba enlazarse, sino que ni aun siquiera podia contar con las simpatías de su adorada. Burlas de los indiferentes, desaires de los allegados, tormentos de un deseo imposible, todo le hubiera sido soportable con la idea de merecer una mirada afectuosa de la que constituía su universo, mas no observaba cosa que no le indicase que era completamente de otro el corazon que el hubiera conquistado á costa de cien vidas que tuviese.

"Pasáronse de aquel modo muchos meses, llegando por fin el señalado para el casamiento de mi futura madre.

"La boda debia celebrarse en un hermoso cafetal que poseía mi abuelo á las inmediaciones de

Guanabacoa, y allá se trasladaron anticipadamente la familia y todos los convidados.

"¿Podreis creer que mi padre, conservando aun en tales circunstancias la incontrastable tenacidad de su desesperado amor, tambien corrió á ocultarse en la humilde cabaña de un esclavo, conceptuando todavía una dicha el aspirar el mismo ambiente que su ídolo, y poder seguir sus pasos alguna vez, besando las huellas que dejaban sus plantas?

"Por inverosímil que os parezca, el hecho fué tal como acabo de indicarlo, mi querido amigo, y esto os dará idea del estraño carácter del señor Caillard.

"La víspera de las nupcias se dió en el cafetal un opíparo banquete al que siguió alegre noche de baile. Terminando este—antes de lo regular por haberse retirado la novia fatigada sin duda de las emociones del dia— á la mitad de la noche reinaban ya la calma y el silencio en aquellas salas, tan iluminadas y bulliciosas en las primeras horas.

"De súbito empezó á notar la futura desposada, cuyo sueño era sin duda mas ligero que el de las otras personas, cierto olor pronunciado, sintiendo al mismo tiempo que se le iba condensando la

atmósfera en la oscuridad de su aposento, hasta el punto casi de sofocarla. Llamó asustada á Niná su camarera que dormía cerca de ella, y no bien hubo despertado la mulata, esclamó llena de espanto:—Jesus María! algo se está quemando por aquí y no es cosa de poca monta. Niña! ¿Escuchais esos chasquidos? Oh! levantaos! levantaos!

"Mi madre intentó obedecerla, pero de tal manera la habian sobrecojido las palabras que acababa de oir y que confirmaban sus propios recelos, que le faltaron completamente las fuerzas y cayó sin sentido á los piés del lecho que quería abandonar.

"Afortunadamente Niná conservaba, no obstante su sobresalto, la presencia de espíritu que tanto vale en semejantes casos, y comprendiendo rápidamente la inminencia del peligro así como el estado de su ama, corrió hácia ella sin perder momento, la envolvió en las sábanas y tomándola en brazos se lanzó fuera del cuarto, cuya puerta encontró y abrió con admirable tino en medio de las tinieblas. Al punto mismo por el lado opuesto se precipitaban dentro las llamas con imponderable violencia, resonando simultáneamente por todos los ámbitos de la casa el clamor pavoroso de: *fuego! fuego!!*

"Vuestra viva imaginacion, Huberto, os pintará mejor que mi torpe palabra aquella escena terrible, á la que dió lugar, segun despues se supo, cierto descuido del novio de mi madre; que tuvo, sin embargo, la dicha de salvarse el primero saltando por una ventana; pero tan afectado por el miedo que perdió el uso de la voz durante largo rato, y no pudo ni aun dar la alarma con sus gritos á los que dejaba dentro. Os diré solamente que, ausiliados por los esclavos, pronto tuvieron la fortuna de hallarse á salvo, sin mas que algunas contusiones y quemaduras, cuantos descansaban aquella fatal noche bajo el techo hospitalario de mi abuelo; siendo aquel pobre anciano, medio baldado, el único que faltaba.

"Nadie, empero, le echó de ménos desde luego en la conturbacion general y en medio de la noche, alumbrada solo por los resplandores siniestros del incendio; si bien todos se habian ido reuniendo en la meseta de una colina donde Niná se refugiara la primera con su señorita desmayada.

"El estado de esta contribuía sin duda á preocupar los ánimos, pues continuaba sin dar casi señales de vida, allí donde tan escasos ausilios era posible prestarle, y á vista del fuego cuyos es-

pantosos progresos no alcanzaban á atajar turbas de infatigables negros.

"Cuando por fin se logró que saliese la jóven de su largo síncope, y pudo ella tender ansiosamente sus miradas por los grupos que la rodeaban, notó al momento, á los albores del dia que iban ya despuntando, la ausencia de la persona que le era mas amada en el mundo. Levantándose entonces despavorida, señaló á su novio el punto del edificio en que se hallaba situado el dormitorio del anciano, y gritó con desgarrador acento:— mi padre aun está allí!

"Todos fijaron los ojos con espanto en el parage indicado, mas viéndole convertido en devorante hoguera, todos los apartaron inmediatamente gimiendo consternados, sin que se le ocurriese á ninguno el intentar siquiera lo que parecia imposible.

"La doncella, sin embargo, contínuaba clamando con enerjía—mi padre! salvad á mi padre! —Y cayendo de rodillas á los pies de su futuro, levantaba hácia él sus manos crispadas y sus ojos llenos de angustia.

"El movia tristemente la cabeza sin acertar á dirijir palabra á la bella suplicante; mas la hermana mayor de esta le sacó del conflicto, pronun-

ciándo con decisivo tono:—Todo lo que podemos hacer, hermana mia, es encomendarlo á Dios.

"Oirlo mi madre, levantarse frenética y echar á correr con direccion al incendio, todo fué obra de un segundo.

"Niná y el novio, que la siguieron acelerados, no hubieran probablemente conseguido alcanzarla, si ella misma no se detuviese de pronto y hasta retrocediera estremecida, cual si pavoroso fantasma saliese á cortarle el paso.

"Asi era en verdad, mi buen amigo: todos los que se hallaban en la colina vieron que la subia una especie de espectro cuya vista horrorizaba."

—Era Mr. Caillard, no es cierto? dijo Huberto, interrumpiendo conmovido.

Era él, sí, contestó Josefina: él medio desnudo, ennegrecido por el humo, cubierto de quemaduras, pēro llevando sobre sus espaldas—que eran una sangrienta llaga—al padre de su adorada, milagrosamente salvado por su abnegacion sublime.

"Cuando hubo depositado al exánime anciano en brazos de la mas amante de las hijas, cayó el mísero á las plantas de esta punto ménos que moribundo, sin poder decirle sino esta breve pero consoladora palabra:—¡está vivo!

—Qué venturoso fué! tornó á esclamar Huberto con cierto tono de envidia. ¡Cuánto no daria yo, Josefina, por alcanzar ocasion de rendir á vuestro padre un servicio semejante, aun cuando me costase la existencia!

Lo creo;—dijo la linda criolla sonriendo, y estrechando dulcemente la mano que aun retenia la suya—pero por fortuna no hay incendios cada dia, mi caro amigo, y nos será preciso buscar algun otro medio, ménos costoso, de que merezcais de mi padre el premio que él obtuvo por su heróica accion en aquella circunstancia terrible.

"Aun me resta deciros, que felizmente nadie murió entonces. Trasportados á la capital en muy mala situacion el salvador y el salvado, y puestos en un mismo aposento de la casa de mi abuelo, fueron asistidos con igual asiduidad y ternura por la que era tan querida de ámbos, hasta que tuvo el placer de contemplarlos, casi al mismo tiempo, completamente restablecidos.

Me parece leer en vuestras ojos —gracias á esta hermosa luna—que estais adivinando tambien, sin necesidad de que añada á lo dicho la menor palabra, que el casamiento con el ricacho quedó suspenso indefinidamente, y que mas tarde—al segundo aniversario del suceso—se inau-

guró la nueva casa del cafetal, construida al pié de la colina, con otra boda que no fué turbada por ningun accidente siniestro.

"Tuvo lugar su celebracion en un templete redondo que, dando el diseño mi mismo abuelo, se habia levantado sobre aquella meseta memorable. Al frontis de la linda rotunda se leia grabado:—*Recuerdo eterno*—y se ostentaba dentro una estátua representando á la gratitud, en el acto de coronar al amor, reclinado en su seno.

"Las esbeltas palmas, los frondosos mangos que sombreando una parte de la colina cobijaban la espalda del templete, eran los mismos á cuyo abrigo colocó Niná á mi madre desmayada en la noche terrible del incendio: los floridos rosales, los matizados crótones, los tiernos naranjos que formaban elegantes grupos á los dos lados del pórtico—asi como las violetas y verbenas que alfombraban la ladera por donde subió mi padre con su preciosa carga—todos habian sido plantados por la mano misma de la jóven esposa.

"Allí, amigo mio, en aquel templo del agradecimiento en que recibieron la bendicion nupcial los autores de mi vida, fuí bautizada diez meses despues, colmando la alegría de la familia; y como esta habitó constantemente desde entonces

en la finca predilecta, su poético accesorio llegó á ser el teatro de todos los regocijos domésticos.

"En él se celebraban las fiestas de cumpleaños y de los Santos Patronos: en él las alegres cenas de Noche-buena; las meriendas de Pascuas; las veladas de San Juan; los bailes campestres que solemnizaban la recoleccion del café.

"Al echar con felicidad mi último diente, allá fuí llevada en procesion entre cánticos de accion de gracias á la Providencia: cuando articulé la primera palabra, allá se ostentó vistosa luminaria de vasos de colores: allá, en fin, aprendí á andar asida de la diestra materna, que me guiaba á adornar de rosas el altar del reconocimiento.

"A cada fausto suceso de tal índole, plantaban los esposos un nuevo árbol en el corto camino de aquel santuario de los dulces recuerdos, y se depositaba en el pedestal de la estátua alguna ofrenda votiva; resultando con el tiempo que era una magnífica alameda la que nos llevaba de la casa á la colina, y que el templete se vió tapizado, por decirlo así, de primorosas alhajas y simbólicas figurillas.

"Contaba yo nueve años cuando la Sra. Caillard anunció llena de júbilo que iba por segunda vez á ser madre, y la anhelada noticia se festejó

con tres dias de iluminacion del sitio consagrado. Pero ¡ah! el acontecimiento que entonces se celebraba, era precisamente el que debia trocar en luto y en soledad las risueñas pompas de la colina.

"Mi pobre madre sucumbió á los treinta años, víctima de un alumbramiento desgraciado, sin sobrevivirla el infante, objeto de tanto anhelo.

"Figuraos, Huberto, cual sería el doloroso trastorno de aquella casa, morada hasta aquel dia de la felicidad mas pura.

"Mi abuelo siguió al sepulcro prontamente á la mas cara de sus hijas: mi padre fué postrado por gravísima y larga enfermedad, que le dejó en despedida la consuncion física y una flaqueza tal de las funciones intelectuales, que hacia temer se convirtiese en completo idiotismo.

"Durante mas de un año permaneció en la Habana (pues no se le permitió volver al cafetal) asistiéndole cariñosamente mis tias y sus familias; pero en vista de la creciente decadencia de su salud, se resolvió al cabo trasladarle al suelo natal, como último recurso á que apelaba la ciencia.

"Mis once años cumplia la misma mañana en que pisé por primera vez las playas de Marsella, y cuatro y medio han pasado desde aquel suceso,

que puedo llamar afortunado, pues fué el comienzo de la mejoria lenta pero progresiva del estado del enfermo.

"Sin embargo, á medida que recobraba sus fuerzas y facultades, se le despertaba tambien con mayor intensidad y energia el sentimiento de su gran desgracia—adormecido antes en la absoluta postracion de su ser—y aun no cumplidos dos años de su regreso á Francia ya no pensaba mas que en volver á la Isla de Cuba, mirada por él como su verdadera patria. Necesito—decia—aquel cielo, aquel aire de mi felicidad perdida: aquella colina, santuario de mis eternas memorias, y donde aun hallaré por todas partes huellas y emanaciones de mi esposa.

"No hubo razones ni súplicas que lograran hacerle renunciar á tan halagüeñas esperanzas. Surcamos nuevamente el seno del Océano para ir á buscar la certeza de una decepcion amarguísima.

"Ay amigo Huberto! el templo de la gratitud no ecsistia ya: la colina querida se hallaba despojada de sus galas y trasformada impiamente.

"Nuestros deudos, usando de los poderes que les dejó mi padre—casi sin conciencia de ello—lo habian vendido todo en la persuacion de hacerle servicio, puesto que no contaban con su regreso á

la Isla. El nuevo dueño del cafetal, hombre positivista y vulgar para quien nada era bello sino lo materialmente útil, juzgó que estaria la colina mucho mejor empleada siendo el asiento de un enorme criadero de palomas—hecho con el maderámen del templete—que conservando en ella estátuas, arboles y flores que no tenian para él significacion alguna.

"No intentaré pintaros el efecto que causó en el alma enferma del Sr. Caillard una profanacion tan odiosa: solo os diré que fué tal, que volvimos á embarcarnos inmediatamente, huyendo de los mismos parajes que habiamos ido buscando al traves de las olas. Marsella, empero, no restituyó á mi padre la calma del espíritu, como la salud del cuerpo. Desde entonces se ha hecho tétrico, estravagante, maniático.

"En la imposibilidad de recobrar, tal cual lo necesita, el sitio consagrado por todas las alegrías de su vida, se ha apoderado de él atormentador afan de verlo reproducido por el arte. A poco de su vuelta á Francia, encargó la pintura exacta de aquel paisage á cuantos artistas hay en la Habana; pero aunque algunos de ellos habian visto el original muchas veces, ninguno alcanzó á imitarlo de un modo que dejara satisfechas las exigencias del viudo inconsolable.

"Despues ha hecho detalladas descripciones de los objetos queridos á varios pintores de Marsella, de Lion, y aun de Paris, que mediante retribuciones cuantiosas se han prestado á probar si acertaban á complacerle: el éxito siempre ha sido el mismo.

"Este no es el cielo de los trópicos, (esclama á cada nueva muestra que se le presenta:) no hay calor en esta luz, no hay vida en esta vegetacion raquítica: nada veo que me recuerde las suaves brisas que suspiraban entre las palmeras y bambúes, enredando juguetonas los negros rizos de mi bella cubana: nada que anime este recinto frio é inmóvil, como la figura académica en que el torpe pintor ha creido copiar la irregular pero espresiva imágen de la gratitud, concebida por el corazon. Al fuego, al fuego todo este hielo.

"Para que acabeis de comprender la fuerza de su manía solo os falta saber, amigo Huberto, que desesperado de hallar quien le pinte su anhelado paisaje, se pasa él mismo dias y noches con el lápiz ó el pincel en la mano, intentando inútilmente—pues carece de toda nocion del arte—trasladar al papel ó al lienzo lo que tan claramente conserva impreso en su alma.

"A cada ensayo desgraciado se siguen mo-

mentos dolorosos de desaliento y postracion, hasta que le reanima de nuevo violentamente su estraña monomania, que—os lo confieso—llega á parecerme contagiosa, pues me hallo yo misma tentada muchas veces á tomar tambien la paleta juzgando imposible, (como le sucede al pobre papá) que no acierte á trazar mi mano lo que me imajino todavia estar contemplando con mis ojos.

"Hé aquí la historia de mi familia con todos sus pormenores, y á fin de que nada absolutamente ignoreis, la terminaré diciendo que me pertenece como herencia materna mas que mediana fortuna, y que el Sr. Caillard, independientemente de mis bienes que administra, los posee considerables, pues no solo aumentó muchísimo con su laboriosidad durante diez años y medio de matrimonio, el modesto capital que aportó á él; sino que le cupieron tambien cuantiosos gananciales de la dote de su esposa, quien le agració, ademas, con todo su quinto, al que unió mi abuelo parte del suyo en agradecimiento á lo bien que le manejó sus intereses desde el mismo dia en que pudo llamarle hijo.

"Ahora, amigo mio, os toca á vos darme conocimiento de cuanto os concierne, persuadido, como debeis estarlo, de que si vuestra suerte no es próspera, la impresion que me haga tal noticia

será aumentar, si es posible, el afecto con que os miro."

Cesó de hablar Josefina, aguardando contestacion; pero no recibió ninguna. El mancebo se hallaba evidentemente tan preocupado que ponia en olvido hasta la presencia de su amada.

¿En que pensais? preguntó ella con un poco de estrañeza. ¿Os habrá fastidiado tanto mi larga narracion, que os falte ánimo para comenzar la vuestra?

El interpelado desplegaba los lábios para decir algo—no sabemos qué—cuando Niná, que vijilaba á alguna distancia, llegó esclamando asustada:—callad y separaos. El amo ha salido de su encierro y le oigo andar por el corredor llamando con grandes voces á la niña.

Josefina solo se detuvo para estrechar la mano de su amante, diciéndole aceleradamente:—hasta el Domingo: por sino podemos hablarnos, traedme escrita vuestra historia.

Separóse en seguida de la verja, y luego que nuestro héroe hubo perdido de vista su blanco vestido por entre los grupos de naranjos y rosales, se alejó tambien lentamente en direccion al humilde arrabal de San Lázaro, donde habitaba con su familia el tercer piso de un caseron viejo y destartalado.

CAPITULO IV.

TENTACIONES.

El pensamiento que absorvia á Huberto, inspirado por algunas de las palabras que acababa de oir á Josefina, no es probablemente un misterio para nuestros penetrantes lectores. Mr. Caillard se hallaba atormentado por el afan de obtener del arte perfecta imágen de aquel templete y de aquella colina que eran para él un idilio de sus felicidades domésticas: el inspirado pintor que acertase á animar con el soplo del génio la copia exacta del sencillo monumento, seria, por tanto, objeto de admiracion, de gratitud y fervorosa amistad para el triste monomaniaco; y

¿qué más podia anhelar el amante de su hija?

La grave preocupacion de Huberto se encerraba, por consiguiente, en la respuesta que deberia dar á esta pregunta que se dirigia á sí mismo:—¿no pudiera ser yo el afortunado artista?

—Mucho que sí: (le aseguró al cabo su orgullo:) posées superabundante idoneidad y el amor que te prestaria sus inspiraciones sabe operar los mayores prodigios.

—Ah! esclamó entonces con íntima conviccion nuestro jóven: si no me hallase encadenado á un vil trabajo mecánico, si pudiera estudiar un año más siquiera el divino arte que amo, á mí indudablemente me deberia ese hombre lo que ha pedido en balde á consumados maestros. Yo leeria con los ojos del alma, en el alma tierna de mi adorada vírgen, todo aquel conjunto de afectuosos recuerdos vinculados en los objetos materiales cuyos detalles recojeria de sus lábios. Yo sabria animarlos con la vida inmensa de mi amor; idealizarlos con la poesia melancólica de mis ensueños de ventura.

Pero cómo? añadia despues, sucediendo al entusiasmo hondísimo desaliento. ¿Cómo he de arreglarme para intentarlo siquiera? El dia que yo faltase del obrador del lapidario, carecerian de

pan mi madre y mis hermanitas, cuyos propios recursos aun son harto eventuales. ¡Si consiguiese al menos, cierto tiempo de libertad!....¡Si pudiese reunir la suma necesaria para que mi familia no tuviese por algun tiempo necesidad de mí!.....

Al hacer la última reflexion, asaltaron de súbito á nuestro jóven un recuerdo y una idea, que parecieron aclarar instantáneamente las nubes de su horizonte. Llevaba en la faltriquera no solo una cantidad algo considerable, sino tambien valiosísima joya, que habia podido apreciar á la primera mirada como inteligente que era ya en la materia. Con usar, pues, de lo que á su disposicion se hallaba y podia presumir don voluntario, el júbilo y la paz tornarian en breve al hogar doméstico del cautivo, cuyas cadenas quedarian quebrantadas; mientras que el tierno amante privado de esperanza, el pobre artista condenado á prosáicas tareas, se hallaria por su parte libre tambien para cultivar su génio y abrir florida senda al porvenir de su amor.

El asalto de la tentacion no podia ser mas rudo: Huberto, recibiéndolo desprevenido, quedó casi subyugado desde el primer instante, y el objeto temible, la rica bolsa del desconocido, se

halló abierta, sin poder decir como, en su mano trémula y abrasada.

La luna—que se hallaba en sus primeros dias de crecimiento—próxima á abandonar en aquella hora de prueba el trono celeste desde cuya altura habia acariciado la primera entrevista de los dos amantes—lanzó maligna en tal momento sus últimos resplandores, que se reflejaron y multiplicaron con mágica fascinacion en las límpidas facetas del magnífico y solitario brillante, destacado de entre el monton de dobles luises de oro que le prestaban séquito.

Los ojos del jóven, fijos con calenturiento ardor en aquel foco centelleante, se cerraron de pronto como deslumbrados; pero asi y todo sentia vivamente las irradiaciones fúlgidas y vertiginosas, que llegaban á su cerebro como eflúvios de fuego, como torbellinos de llamas.

Cuando tornó á abrir los párpados ardientes, la reina de la noche habia corrido del todo las tupidas cortinas de su lecho de nubes; la oscuridad en torno suyo era casi completa; pero aquellas sombras—que podia creerse venian de exprofeso para favorecer el triunfo del deseo culpable encubriendo la vergüenza de la probidad vencida—aquellas sombras, deciamos, parecian surca-

das todavía, á la vista de nuestro protagonista, por fantásticos cambiantes de luces maravillosas, que eclipsaban la débil claridad de la razon ya ofuscada.

Sin embargo, el instinto elevado de aquel adolescente generoso, no estaba, en medio de todo, completamente ahogado. Algo habia en el fondo del alma del artista que aun se esforzaba por protestar contra tantas seducciones irresistibles. En balde para acallar aquella tímida, pero íntima protesta, recordaba Huberto, ó creia recordar, haber visto brillar el tentador brillante en un dedo de la diestra liberal que se lo entregara; deduciendo de ello que solo pudo hallarse en la bolsa, algunos instantes, despues, por un acto de deliberada voluntad y con intencion determinada de acompañar con él las monedas que se le destinaban. La voz interior combatia elocuentemente esta hipótesis apenas habia sido formulada, suscitando dudas y presentando argumentos que poco á poco iban echando por tierra los capciosos sofismas del deseo.

—¿Porqué recibir como don de la providencia (le decia) lo que puede no ser mas que tentacion del abismo? ¿En qué se funda tu confianza? Dando por cierto que no te engañe la imajinacion

cuando presumes recordar que el valioso anillo brillaba esta tarde en la mano que te dió la bolsa, ¿qué razon hay para afirmar que solo pudo ponerse en ella con la intencion que supones?

Semejante dádiva no está justificada, es inverosímil como gratificacion de un ligero servicio; y como limosna de caridad sería escesiva, aun partiendo de la diestra munífica de un príncipe, cuánto mas dispensándola un hombre en cuyo sencillo aspecto nada habia de magnificencia régia.

Aun permitiéndote creer que pueda ser el desconocido, disfrazado magnate,—añadía severamente aquella voz interior—¿le concedes, ademas, tan abnegada generosidad que se prive voluntariamente del placer, tan dulce para toda alma benéfica, de escuchar las bendiciones de tu reconocimiento y hasta de la certeza de que supieras debérselo?

¿Cómo esplicar que te deje en una duda que te espone á ser ingrato y culpable, apropiándote como hallazgo casual lo que podias utilizar lejitimamente y con gratitud sabiendo ser intencional beneficio?

Oh! ¡no! la pasion te fascina mas que los rutilantes reflejos de esa piedra preciosa; pues es lo probable, lo casi evidente, que su dueño solo cre-

yó darte en la bolsa algunas pocas monedas, olvidado del oro que contenia y de la joya que por algun incidente estraño fué momentáneamente depositada en ella.

Ante la fuerza de esta lógica de la conciencia, el encanto se fué desvaneciendo y derrumbándose el bello edificio de las locas esperanzas.

Pasando en la reaccion violenta de un estremo á otro, el desgraciado amante de Josefina llegó á rechazar absolutamente, como ilusion de su memoria, el recuerdo que se le presentaba de haber visto la sortija en uno de los dedos de su compañero de barca. Todo lo juzgó ya seduccion de la codicia; todo le inspiró desconfianza y pavura, hasta que sumerjiendo al cabo con doloroso esfuerzo la tentadora bolsa hasta el fondo de su faltriquera, esclamó decididamente:

Apártate! ocúltate! no quiero verte mas: solo te guardaré como sagrado depósito que debo respetar, aun á costa de mi vida. Primero inutilizar un beneficio voluntario que esponerme á abusar de una equivocacion, apropiándome lo ageno. Jamás semejante mancha recaerá sobre mí! Muera antes en la desgracia que vivir en la vergüenza!

Se hallaba al tomar tan honroso partido en la plaza de Aix, que tenia que atravesar para ir á

su morada, y sentándose breve rato en uno de los bancos que en aquel tiempo la rodeaban, procuró calmar del todo las tempestades de su espíritu, encomendándose devotamente á la *Madre de los desamparados*, y pidiéndole con fervor sus santas inspiraciones; pues la cristiana enseñanza que debió en la infancia á su madre no fué lo que menos contribuyó á hacerle, durante el largo curso de su vida, modelo perfecto de caballeresca hidalguía.

Cuando emprendió de nuevo su camino la serenidad reinaba ya en su alma, y pudo raciocinar desapasionadamente sobre los límites justos de la incertidumbre que le vedaba aprovecharse de unos valores que podian hacer la suerte de su familia y la suya.

Conservarlos en eterno depósito, no era, á su entender, mas razonable que apropiárselos inmediatamente sin prévias diligencias para restituirlos. Su primer cuidado debia cifrarse en llenar esta obligacion ampliamente, y si ningun resultado alcanzaba, si nadie se presentaba reclamando la bolsa, ni él conseguia descubrir el paradero del desconocido para devolvérsela religiosamente íntegra, en ese caso bien podria sin escrúpulo dar por cosa segura que la intencion de

aquel habia sido favorecerlo con tan oportuno y considerable socorro.

La última cuestion llegó, por tanto, á reducirse á esto: ¿cuáles medios emplearía para la restitucion que su conciencia le ordenaba antes de permitirle la propiedad ambicionada?

No sabia Huberto del anciano de la barca, ni aun siquiera si moraba habitualmente en Marsella; así como tampoco habia dicho á aquel cuál era su morada, que dificilmente podria inquirir por solo el conocimiento de su oscuro nombre.

El único arbitrio seguro que se le ocurrió, por consiguiente, fué el de acudir todos los dias festivos, durante un mes—que empezaria á contar desde aquel—al paraje mismo en que le halló el caballero cuando entró á ocupar su ligera embarcacion, permaneciendo allí como un poste, bien visible para cuantos pasasen, á fin de que si era buscado por su acreedor pudiese fácilmente encontrarle.

Aun se propuso hacer mas. Al retirarse cada noche, si habia sido inútil su espectativa, pasaria minuciosa revista á los paseantes del muelle, informándose del mejor modo posible si alguno conocia al anciano de la nariz aguileña, de los penetrantes ojos y de la benévola sonrisa. Solo des-

pues de cumplido el mes sin producir resultado todas las diligencias practicadas durante su curso, podria Huberto considerarse con derecho á disponer de los luises dobles de oro y del magnífico solitario; que aun siendo inseguro le pertenecieran como dádiva graciosa podia apropiarse entonces como cosas sin dueño.

Merced á esta solucion, que en su concepto lo conciliaba todo, llegó á su casa el mancebo con cierto aire de triunfo, y dispuesto á dar treguas á las graves preocupaciones de su amor y su desgracia, para honrar la frugal cena de la familia con el buen apetito de sus diez y nueve años y de un trabajo corporal de muchas horas seguidas. ¡Ignoraba que aquel asilo doméstico, donde buscaba el reposo de tantas fatigas y combates, le guardaba el segundo y mas vigoroso asalto de la tentacion vencida!..... .....

En una pequeña pieza que servia á la vez de sala, comedor y taller de costura, se hallaban sentadas al rededor de una mesa de pino, ocupadas como de costumbre en labores propias del sexo, la Sra. Robert y sus dos interesantes hijas; cuyos juveniles semblantes, surcados por recientes lágrimas, revelaban una angustia que habia sabido borrar del suyo la esforzada matrona para recibir

sonriendo á su primogénito querido. Este, empero, comprendió desde la primera mirada que algo de estraordinario agitaba en aquel momento á los tres corazones que mas le amaban en el mundo, y sin besar siquiera la materna diestra, que afectuosamente le era presentada, preguntó al punto con alterado acento:

—¿Qué hay de nuevo, madre mia?

—Nada por ahora:—respondió la señora Robert, lanzando á las jóvenes una ojeada que parecia reconvenirlas de no ocultar mejor la amargura de sus almas. Voy á servir nuestra colacion, que tomaremos tranquilamente con la bendicion del Señor, y mañana tendremos tiempo para tratar nuestros asuntos.

—No, no! esclamó Huberto con ansiedad: veo llorar á mis hermanas, y vos misma, madre mia, teneis la voz trémula y el semblante demudado. Algo ha ocurrido aquí durante mi ausencia; algo de muy desagradable que quereis ocultarme. En nombre del cielo no prosigais en tan inútil empeño: decidmelo todo: todo debo saberlo: á todo estoy preparado.

—Pues bien, hermano,—dijo entonces prorumpiendo en sollozos la mayor de las niñas:—ten entendido que mañana seremos arrojadas de este

humilde albergue y no hallaremos techo que nos cobije.

—Cómo! qué dices!.....

—La verdad, hijo mio,—declaró al fin la pobre madre,—dando tambien rienda suelta á su comprimido llanto: tu te empeñaste en que repusiéramos nuestra escasa ropa blanca, por juzgar inservible ya la que teniamos, y ese desembolso estraordinario nos hizo imposible el satisfacer con la exactitud que antes los alquileres del cuarto. Debemos mas de tres meses, y en vista de ello el dueño se ha presentado hoy exijiendo se le paguen inmediatamente, ó de lo contrario mudemos de domicilio.

—Nos ha llamado tramposas:—añadió la menor de las hijas, corriendo á ocultar en el seno de Huberto su rostro cubierto de confusion y de lágrimas:—nos ha tratado sin piedad, hermano mio, amenazándonos con echarnos ignominiosamente.

—Y adónde ir, Dios bueno? gritaba al mismo tiempo desolada la hermana mayor: ¿quién nos prestará asilo despues de tamaña afrenta? Oh madre mia! no podreis resistir á este último golpe: os perderemos! sucumbireis al fin y quedaremos sin amparo en la tierra.

—Hijas mias! hijas de mi corazon!—era cuanto

en medio de aquellas amarguras acertaba á proferir la desgraciada señora, cuyos descarnados brazos se cruzaban sobre el enflaquecido seno como comprimiendo los estallidos del dolor.

Huberto mientras tanto, trémulo, conturbado, fuera de sí, en el centro de aquella escena desgarradora, sentía que sus manos se dirigian convulsiva y maquinalmente á la bolsa contra lo cual palpitaba su corazon dolorido, saliendo de sus lábios acentos roncos, que, entre el trio de lamentos y gemidos que se alzaba en rededor, llegaron por fin á hacerse espacio, dejando entender estas cortadas pero decisivas frases:—No! pagaremos! es preciso! pues bien! yo tengo oro! yo os daré oro!

—Es eso cierto, hermano? esclamó al punto la mas jóven, brillando en sus peregrinas facciones la alegría de la esperanza: ¿tienes dinero? puedes salvarnos? Repítelo, por Dios; repite esa promesa que vuelve la vida á tu madre y tus hermanas.

—Sí! sí! sí!— pronunciaba Huberto con sorda voz y delirante mirada. Tengo..... tengo..... pagaremos á todo el mundo.

—Bendígate el cielo! gritó Mma. Robert enagenada: bendígate como yo te bendigo, ángel tutelar de esta infeliz familia!

—Huberto mio!--Hermano de mi alma!—clamaban al mismo tiempo las dos muchachas, cubriendo de besos la frente de nuestro héroe; sin echar de ver en el arrebato de su gozo que aquella frente se nublaba confusa, cubierta de frio sudor, y que el peso que ellas descargaban de sus corazones iba cayendo mas abrumador y terrible sobre el alma del desgraciado mancebo.

Calmados un tanto los primeros trasportes, la matrona preguntó á su hijo como habia podido reunir cantidad snficiente para satisfacer los alquileres últimamente devengados, pero Huberto bajó los ojos y se limitó á decirle:—Id á descansar, madre mia, llevándoos á éstas niñas: mañana hablaremos despacio y todo quedará arreglado: os lo juro!

Madama Robert, á quien tantos disgustos tenian realmente quebrantada y enferma, condescendió al cabo á los deseos de su hijo, y cuando las tres mujeres se hubieron retirado, despues de colmarle de caricias y bendiciones, nuestro pobre barquero se dejó caer de rodillas, y cubriéndose el enrojecido rostro con las crispadas manos,--Oh Dios justo! esclamó: no permitais que consume lo que sería un robo á los ojos de mi conciencia; pero ¡ah! no permitais tampoco que haya mentido á mi madre y á las dos inocentes criaturas, que como

yo nacieron de su santo seno. No permitais que bárbaramente honrado llegue á ellas mañana para arrancarles la esperanza halagüeña con que he secado sus lágrimas, y faltar al juramento con que me he ligado ante vos!

Terminada esta súplica permaneció en la misma postura, sumido por largo rato en muda meditacion, y en el momento en que la campana de la prócsima iglesia sonaba pausadamente las doce, se levantó del suelo, pálido, los ojos arrasados en lágrimas; pero con cierto aire de resolucion y de calma que indicaba haber triunfado otra vez de la poderosa tentacion, encontrando nuevo medio---aunque indudablemente costoso—de conciliar los votos de la piedad filial con las prescripciones severas de la conciencia.

Si el lector quiere conocer esta segunda solucion de las rudas pruebas promovidas por la bolsa del desconocido en el alma noble de nuestro pobre barquero, no tiene mas que leer en el siguiente capítulo la carta escrita por él á la doncella cubana, entre lágrimas y suspiros; miéntras ella le sonreía amorosa, soñando que era conducida al ara nupcial por la mano querida que habia estrechado la suya por primera vez en aquella memorable noche del cinco de Junio de 1752.

CAPITULO V.

SERENA MAÑANA Y TARDE BORRASCOSA.

Hay en el amor de la muger algo de tan místico é ideal, que no le permite comprender y tasar en su verdadero valor los obstáculos que le oponen las convenciones del mundo positivo. El prisma por donde mira cuanto tiene relacion con el objeto de su culto, se lo presenta todo con halagüeños colores que disfrazan las realidades. Esos ropajes de púrpura y de oro que saca ella de los tesoros de poesia que guarda en su corazon, llegan á formar parte integrante de la persona querida, ocultando cuanto puede revelar la flaqueza de la naturaleza mortal y la prosa de la vida. En

aquel ídolo que encumbra el entusiasmo muy por encima de la esfera comun, tan díficil es concebir las innumerables miserias de la condicion humana, como las infinitas lástimas de que parece irremediable origen la imperfeccion del organismo social.

Josefina debia conjeturar—sin necesidad para ello de estraordinaria perspicacia—que su amante era uno de esos pobres seres maltratados por la fortuna y en ruda lucha con las exijencias materiales de esta trabajosa existencia: debia prever que las revelaciones que iba á hacerle, de su posicion y la de su familia, nada tendrian de halagüeñas ni favorables á los votos de su alma; pero las deducciones lógicas quedaban oscurecidas ante el brillo fascinador de locas esperanzas.

¿Como ocurrírsele que el atildado mancebo pudiera ser un pobre artesano ó un humilde barquero? ¿Como sospechar que tuviese una familia indigente?

Habituada desde la cuna á la abundancia fácil de la muelle vida criolla, necesitaba Josefina del testimonio de los harapos y de las asquerosas llagas del mendigo, para concebir las penalidades y las humillaciones de la miseria. En su querido Huberto, en el jovencito de pulcro aspecto, de

aristocráticas manos, de escojido lenguaje, todo tenia que representársele hermoso como su figura, ideal como su amor, brillante como su ingénio.

El habia indicado, es cierto, desgracias de familia; pero hay desgracias poéticas que prestan nuevo encanto á sus víctimas, y de aquel linage eran forzosamente las que asociaba alguna vez la doncella á la imágen de su amado. Bien podia no ser rico—verbigracia—pero, ¿quien imaginaria siquiera que se hallase colocado por estrema pobreza en la última grada de la escala social? Esto para la linda habanera bien podia llamarse un imposible.

Animada, pues, por las mas dulces ilusiones, se levantó el domingo siguiente al que ha prestado asunto á los anteriores capítulos, tan alegre, tan risueña, como lo es la aurora en el ardiente cielo de su patria, y aun tambien en aquella otra region privilegiada que fué la cuna de la gaya ciencia, y donde el amor fundó la célebre cátedra por cuyas decisiones se rigió la Europa durante mas de dos siglos.

Cuanto llegara la noche iba á ver la jóven á su adorado: iba á saber por él mismo todas las circunstancias de su vida, y cierta de que le serían honrosas se lisonjeaba anticipadamente de poder

abrigar fundada confianza respecto al consentimiento paterno para un enlace que era su sueño de oro. Adornóse, por tanto, con inocente coquetismo desde las primeras horas de aquel dia que reputaba fausto, y orgullosa con las seguridades que le dió su espejo de estar linda como nunca, sonrió feliz al sereno firmamento que desplegaba sobre su cabeza espléndido pabellon de azul y nácar; á los rayos del sol, que penetrando por entre celajes de rosada seda y blanca muselina, esmaltaban los elegantes muebles de su virginal estancia; á las juguetonas auras matinales que robaban á sus negros cabellos suaves eflúvios de heliotropo; á las matizadas flores que agrupadas artíscamente en ricos jarrones de porcelana china, embalsamaban el aire con sus mil fragancias; á los musiquillos alados que la daban concierto desde los naranjos del jardin..... y á todo, en una palabra, cuanto se asociaba á su alegría pareciéndole presagio venturoso.

Aquel dia hasta Mr. Caillard se mostraba menos displicente que de costumbre: rompiendo sus hábitos salió despues del almuerzo á hacer algunas visitas en la vecindad. Miéntras duró su ausencia, Josefina tocó el piano; cantó deliciosamente populares aires de su patria; jugueteó como una

chiquilla con su pequeño perro habanero de blancas lanas rizadas; adornó con verdes festones las doradas jaulas de sus vistosos pájaros tropicales; y por último hizo llorar de gozo á Niná, arreglando con ella gravemente el plan de su futura casa, cuando fuese ya *señora de estado.*

Cerca de la hora de comer los sones de la campanilla de la puerta anunciaron la vuelta de Mr. Caillard, que llamaba habitualmente con cierta violencia, pero que lo hizo esta vez con mayor fuerza que nunca.

La jóven corrió á abrirle ella misma, con la sonrisa en los labios y el halago en la mirada.

—¡Cuanto habeis paseado, papaito! le dijo en español graciosamente, cuando le franqueó la entrada. Hoy de seguro no estareis desganado segun costumbre.

Mr. Caillard, como si no la oyese, pasó rozando con ella sin siquiera mirarla y se dirigió á su cuarto con fruncido entrecejo.

—Uf!...esclamó Niná que habia seguido á su señorita. La mañana amaneció serena, pero me parece ver ya nubes muy negras que están anunciando mala tarde.

Josefina por su parte se quedó largo rato pensativa y mohina; pero como no era en verdad co-

sa muy rara que tuviese el monomaniaco ex-mercader largos accesos de taciturnidad y aspereza, ni el ama ni la criada atribuyeron lo ocurrido á motivo alguno particular, y la comida se sirvió sin alteracion en la hora.

El padre de familia, sin embargo, se presentó en la mesa con aspecto tan adusto y sombrío, que la pobre Josefina no pudo atravesar bocado, y la mulata--- acostumbrada á escitar el apetito de sus señores haciendo la apología de cada plato ---no osó interrumpir con la menor palabra el silencio triste que reinaba, haciendo presentir algo de estraordinario.

Luego que se levantaron los manteles y se retiraron los sirvientes--- escepto Niná que no quiso apartarse de su niña hasta no ver en lo que paraba aquello,--- Mr. Caillard, mudo durante la comida, fijó en la ya inquieta mujer aterradora mirada, y pronunció secamente estas órdenes que significaban demasiado:---Desde hoy se cerrará con llave todas las tardes, despues del riego, la puerta del jardin que lo comunica con el patio, siéndome tú responsable si cualquiera persona de la casa entra en él á dichas horas. Prohibo así mismo que esta niña vuelva á ponerse nunca en la ventana de su gabinete escandalizando á los que pasan.

—¡Yo, papá!..... ¡yo escandalizo!— fué cuanto pudo proferir con trémulo acento la turbada Josefina.

—Tú, sí!—repitió el padre poniéndose en pié con ademan indignado.—¡Tú, patrocinada en tus devaneos por esta mulata loca, que corresponde de ese modo á la libertad que le concedió mi esposa y á la confianza con que yo la hé honrado.

—Jesus, María! esclamó Niná santiguándose como quien oye una blasfemia, pero sin acertar á encubrir el desconcierto en que la ponía el ver al amo enterado, á no dudarlo, de las faltas cometidas.

—¿Te atreverás á negarlo? le preguntó Mr. Caillard devorándola con los ojos.

—Bien sabe el señor, contestó ella—eludiendo tan directa interpelacion—que esta casa es un convento donde no entra jamás alma viviente.

—Pero sale mi hija á ventanas y á verjas para dar conversacion á un pilluelo!—repuso Mr. Caillard mas y mas irritado.

Niná comenzó á temblar sin ocurrírsele ya disculpa ó subterfugio; pero lastimada Josefina del desprecio con que era calificado su amante, se permitió decir tímidamente:—El no es un pillo, papá; sino un jóven apreciable, decente.... un....

—Un barquero! gritó furibundo el padre, sin dejarla acabar. ¡Un barquero del muelle, que suelta los remos los domingos para echarla de caballero, enamorando á mi hija á vista de todo el mundo! Quizá espera que, comprometiéndola, desacreditándola tan públicamente, me veré obligado á recibirlo por yerno.

—No! no! nada de eso es verdad!—dijo la jóven en súbito arranque de energía y con invencible conviccion.—Han calumniado á Huberto, padre mio, y yo sabré probároslo si teneis á bien escucharme.

—Si, señor, le han calumniado:—repitió la mulata envalentonada un poco con la firmeza de su ama.—El sujeto de quien se trata es todo un caballero, que con las mejores intenciones del mundo.....

—¡Silencio y afuera! esclamó imperiosamente el viudo, indicándole la puerta.—En cuanto á *vos, señorita*,—prosiguió ceremoniosamente, mirando á Josefina,—idos á meditar en vuestro cuarto sobre los deberes de una buena hija y de una doncella recatada. Cuando los hayais recordado me prestaré á oir las disculpas que podais encontrar á vuestra imprudente conducta, y os indicaré yo mismo los medios de repararla.

Dicho esto, se entró en su habitacion que cerró con estrépito, y la infeliz niña, perdiendo de golpe su momentánea entereza, cayó de rodillas sollozando, de una manera tal que destrozaba el pecho de Niná, presente allí todavía á despecho de la intimacion que se le hiciera.

—Ay, niña de mis ojos! esclamó levantándola como si fuese una pluma. No os aflijais así sino quereis matarme. Mirad tambien que los criados pueden oiros y enterarse de todo. Venid conmigo á vuestro cuarto donde nos desahogaremos á nuestro gusto.

Se la llevó, en efecto, en sus fornidos brazos, y luego que la hubo colocado en el lecho, desajustándola y cubriéndola de caricias, la dijo con tono de infalible esperanza.

Ea! ¡esto pasará! ya lo vereis. Los chismes de Mad. Mochard son seguramente la causa de semejante polvareda. Bien sabeis que me la estaba temiendo hace dias. Pero no hay que asustarse ni caer en desaliento. El jóven no puede ser lo que dicen, y cuando las cosas se aclaren todo acabará en bien, segun el corazon me lo anuncia.

—Yo lo espero asi, contestó Josefina, un tanto reanimada por el fausto presagio. ¡Decir que Huberto es un pilluelo! un barquero!.....Esa mujer

carece hasta de sentido comun. Lo que yo he recelado alguna vez, es que acaso su fortuna no se iguale con la mia: pero Mr. Caillard no puede rechazarlo por tal circunstancia, pues tampoco él era tan rico como mi madre cuando se casó con ella.

—Sin embargo, observó Niná con cierta gravedad y mascando magistralmente un pedazo de andullo: dice un refran de nuestra tierra que no se acuerda el prior de cuando fué sacristan, y eso sucederá acaso á vuestro señor padre. Creo, sin embargo, que siendo el muchacho de nacimiento ilustre, como me parece indudable, todo lo demás podrá arreglarse, supliendo nobleza por riqueza.

Por tal razon, es lo mas urgente y lo mas indispensable que pronto, muy pronto se haga patente la verdad, y os aconsejo, hija mia, que no penseis en ninguna otra cosa.

—Pero ¿que puede hacer—repuso la jóven renovando su llanto—si se me prohibe volver á hablarle nunca? Ya sabes que esta noche vendrá, que esta noche debia decirme cuanto anhelamos saber positivamente. ¡Y verme privada de salir al jardin!.....Privada hasta de asomarme á la reja para indicarle que arroje por la ventana la carta que por prevencion le encargué me trajese!.....

Si ni aun ese papel viene á prestarnos ausilio en tan críticos momentos, imposible nos será destruir con los mas leves datos todos los embustes de que han llenado la cabeza á papá.

—No hay que temer semejante cosa, dijo la mulata resueltamente. Vos obedecereis, como es debido, no saliendo á la ventana; pero á mí nadie me ha cerrado hasta ahora la puerta de la calle.

Josefina saltó del lecho, trocando de súbito por regocijo infantil su angustiosísima pena, y enlazó los blancos brazos al bronceado cuello de Niná, esclamando trasportada:

Tú me traerás la carta! Oh! sí! tú saldrás ahora mismo para traérmela, Niná mia! mi segunda madre! ¡Cuanto te lo agradeceremos los dos!

—Calma, calma,— respondió la mulata, dejándose besar su tostada frente por los labios de rosa de la jóven: aun no ha dado la hora en que acostumbra venir el señorito.

—Cierto! pronunció suspirando Josefina, cuyos ojos se fijaron un momento en un reloj de sobre mesa que habia en su gabinete. Es mas temprano de lo que parece, porque—saliendo exacto lo que dijiste al notar el ceño con que volvió papá—á la mañana magnífica que tuvimos ha seguido encapotada tarde.

—Qué importa? mejor! replicó su interlocutora encendiendo la hermosa lámpara del gabinete. La noche llega ántes de tiempo, quizá para que venga tambien ántes de lo ordinario el que aparece siempre entre sus sombras, y que hoy debe ser para nosotras luz que disipe todas las oscuridades.

Apénas acababa esta poética frase,--que revelaba la brillantez de imaginacion que es comun en el pueblo cubano hasta en la clase mas inculta—se oyó, en efecto, cierta significativa tosecilla que hizo palpitar el turgente seno de Josefina, pues no le era en verdad desconocida.

Corrió maquinalmente á la ventana, cuyas celosías permanecian cerradas; pero la detuvo Niná recomendándola prudencia y asegurándola que tendría en sus manos el anhelado papel ántes de cinco minutos.

—Corre! ¡háblale! ¡pídeselo!—decia la jóven empujándola; y la complaciente mulata habia traspasado los umbrales del gabinete, moviendo con cuanta lijereza le era posible su respetable mole, cuando oyeron ámbas la voz de Mr. Caillard llamando á la segunda desde la puerta de su cuarto.

Tuvo que acudir Niná dejando á la doncella agitada, impaciente, ansiosa, pero sin resolverse

á abrir la reja á cuyo pié tosia su amante hasta desgarrarse la larinje.

Volvió á poco la mulata, advirtiéndola que le ordenaba su padre pasara al instante á hablarle.

—Oh Dios mio! esclamó toda trastornada nuestra niña: será para que le dé las esplicaciones, las disculpas ofrecidas. ¿Y qué decirle Niná, si antes no veo la carta que espero de tu mano?

El señor tiene abierto su cuarto, se pasea por él, puede verme al salir yo, y hundirme de un puñetazo si comprende á lo que voy; pero á todo trance corro á complaceros,— dijo la mulata volviendo á imprimir celeridad á su pesado volúmen.

Josefina entónces se arrodilló devotamente ante una imágen de la Vírgen de la Esperanza, depositando á sus plantas los tiernos votos de su inocente amor.

Miéntras tanto se iba impacientando Mr. Caillard de la tardanza de su hija, y comenzó por fin á llamar de nuevo á la mulata con tono que indicaba su humor desapacible.

Levantóse la jóven de su muda oracion, temblando de que llegase á conocer su padre la ausencia de Niná, harto significativa á tales horas; y antes que esponerla á la cólera de un amo burlado, resolvió presentarse ella misma, renunciando á la

esperanza de recibir la carta en tan oportuno momento.

Atravesaba trémula la estension de la ancha sala, cuando vió aparecer jadeante á la rolliza mujer, trayendo empuñada la suspirada misiva.

—Aquí la teneis:—dijo triunfante, aunque casi ahogándose.—Como si adivinase á lo que iba, no bien me miró salir por el porton, cuando se me llegó él presuroso, y poniéndome el papel en la mano siguió andando como si tal cosa.

Josefina, sin atender ya á lo que decia Niná, rasgaba el sobre con temblor convulsivo.

—Allá voy! allá voy!—gritó de pronto la feliz mensajera, oyendo las voces con que la llamaba su amo: pero sin determinarse á renunciar al gusto de saber antes lo que contenia la carta, añadió frotándose las manos:—Leed! leed niñita! ahora si que va á quedar lucida la vieja bruja Monchard! Ahora si que podreis decir á boca llena á vuestro señor padre quien es el novio que os habeis escojido.

La jóven devoraba ya la carta, pero en vez de la alegría que buscaba en su rostro la mulata, mortal palidez iba cubriendo sus mejillas. De repente el papel se le escapa de las manos, un grito desgarrador sale de su pecho y cae sin conoci-

miento en brazos de Niná, en el momento mismo en que Mr. Caillard impaciente entraba de mal talante en la sala.

La carta que tan terrible efecto habia causado no encerraba, sin embargo, sino las siguientes sencillas y sinceras palabras.

"Me exijís noticias de mi vida y posicion, Josefina, y llenando un deber que reconozco, me habría anticipado á vuestros deseos si antes de ahora hubiese tenido ocasion de hablaros ó autorizacion de escribiros.

"¡Oh! sí! mi delicadeza me apremiaba á revelaros lo poco que vale, segun apreciaciones del mundo, el hombre á quien honrais con vuestra preferencia y á cuyo destino quizá os hallais pronta á unir el vuestro.

"No espereis, sin embargo, una historia: no espereis la narracion de sucesos que os llevarian insensiblemente de un pasado, del que no queda nada, á un presente que solo desventuras encierra.

"Todo lo sabreis cuando os diga que el motivo de no veros sino los dias festivos, es porque paso el resto de la semana trabajando á salario en el obrador de un artesano: que si aun en los dias de descanso solo os dedico algunas horas de la noche,

es porque empleo la tarde manejando el remo en la bahia..... Ultimamente, que si cuando leeis esta carta no os hallais espuesta á que lleguen á vuestras puertas mi madre y mis hermanas, pidiendo por caridad un rincon de vuestras caballerizas para guarecerse de la intemperie, es porque para conservarles su humildísimo asilo he resuelto vender por algunos cientos de francos un año mas de mi libertad al lapidario que me tiene á sueldo; y del que podria sin eso emanciparme en breve para trabajar por mi cuenta, proporcionándome quizá el rescatar á mi padre que arrastra las cadenas del esclavo.

"En lo dicho teneis completo cuadro de mi posicion y la de mi familia. Si despues de contemplarlo juzgais prudentemente que es preciso concluir de un golpe relaciones cuyo porvenir nada os ofrece de halagüeño; si este aprendiz de lapidario, este barquero dominguero os parece indigno del aprecio que le habeis dispensado á ciegas, por efecto de inesperiencia y bondad, no quiero, Josefina, que os tomeis ni aun la pena de espresármelo. Para que yo lo entienda y me aleje para siempre de vos, respetando profundamente la resolusion que os dicte vuestro lejítimo orgullo, bastará que pase media hora despues de entregaros estas

líneas sin que os vea aparecer de nuevo en vuestra ventana ó en la verja del jardin.

"Vuestra ausencia en tal momento me dirá bastante..... Será un adios eterno al que responderá mi alma con un gemido de interminable dolor; pero sin mezclar ni una gota de la hiel del resentimiento á las lágrimas purísimas del mas desgraciado amor.

HUBERTO ROBERT.

CAPITULO VI.

EL PLAZO CUMPLIDO Y LAS DOS CARTAS.

Huberto Robert iba y venia agitado de la ventana del gabinete á la verja del jardin, y de la verja del jardin á la ventana del gabinete, fijos los inquietos ojos tan pronto en las inmóviles persianas herméticamente cerradas, en cuyo aplomado---barniz humedecido por menuda llovizna--formaban opacos visos las luces que comenzaban á encenderse en el cercano paseo, tan pronto en las undulantes cortinas de jazmines y madreselvas, por entre las cuales solo se presentaban confusamente á sus miradas desiertos cuadros de flores perdidos entre las sombras; siéndole menester

aplicar largo rato atento oido, para convencerse con enojo de que no se unia al rumor de las ramas, agitadas por el viento, el de ligeros pasos de piecesitos criollos hollando con cautela la mojada arena.

La media hora que señalara en su carta habia pasado ya aunque con desesperadora lentitud, y nada indicaba todavia el feliz término de aquella angustiosa espectativa.

Sin embargo, el pobre amante hallaba mil razones para no marcharse todavia. Acaso la camarera no tuvo oportunidad de entregar su escrito inmediatamente despues de recibirlo. Acaso alguna visita indiscreta, ó algun capricho de su maniático padre, retardaba, á despecho de Josefina, su salida á la verja ó á la ventana. Acaso tambien estaria aguardando que cesara la molesta llovizna.

Huberto continuó consiguientemente sus paseos por uno de los costados de la casa, sin que le asaltara todavia, ni siquiera un instante, la dolorosa idea de que pudiese ser voluntaria la ausencia de su adorada.

Pero pasaron diez minutos mas, y luego quince, y luego veinte, y otra media hora al cabo; y cesó en tanto la menuda lluvia despejándose el cielo.

Entonces nuestro héroe principió á sentir

que desfallecia su esperanza, y que su corazon alarmado y lleno de impaciencia querellosa, daba un mentís solemne á las protestas de prudente resignacion que con cándida buena fé habia estampado en su carta.

—¿Será posible—osó al fin preguntarse—que solo su voluntad la retenga? ¿Me despreciará sin disimulo, me abandonará de repente solo por haberle confesado que soy infeliz? Aquel amor que parecia tan espontáneo, tan generoso, tan síncero, ¿no seria en el fondo sino vanidad y coquetismo, disipándose en el momento en que se le presenta poco gloriosa la conquista de este corazon, que no puede ofrecerle otra cosa que su entusiasta culto? ¡Oh Dios mio! Dios mio! antes que me convenza de ello quitadme la vida al pié de esta ventana, en que me figuro todavía que voy á verla aparecer pura y hermosa y tierna; con su frente de vírgen que parece trono del candor; con su mirada acariciadora que era á mi juicio el espejo de un alma toda amor; con su sonrisa franca y apacible que solo indica bondad de corazon y nobleza de carácter. ¡Perezca, perezca yo si me he de ver obligado á reconocer detras de tan bellas apariencias la prosáica realidad de un espíritu ruin, de una naturaleza egoista y vulgar!

Si cuando esto pensaba Huberto le hubiesen sido revelados todos los sucesos de aquel dia, asegurándole que Josefina era presa en tales momentos de devorante fiebre, y que en medio de su delirio pronunciaba sin cesar el nombre del amante que la acusaba injusto, sin duda que el dolor causado por tal noticia habría sido profundo y aparentemente mas vivo que el que esperimentaba entre sus sospechas de abandono; pero nos parece, si hemos de decir verdad, que no tendría tanto de punzante y acerbo.

Hay en la seguridad de ser amado cierta dulzura inefable, cierta complacencia íntima, que, á pesar nuestro, nos consuela muchas veces hasta de las desgracias que causamos al mismo objeto de nuestra idolatría.

La mas tierna de las pasiones adolece, como ninguna, de este egoismo secreto que se insinúa con ella aun en los pechos mas nobles; dando lugar á que miremos como axioma el dicho de un moralista, segun el cual el amante mas generoso primero que renunciar todo poder sobre el corazon de la mujer querida, aceptará la facultad de hacerla desventurada.

Huberto era hombre—aunque del linaje de los privilegiados--y como hombre se hallaba sujeto

á las flaquezas comunes. Por eso creemos que los tormentos terribles que tuvo que devorar en aquella noche de dudas, de espectacion, de presagios siniestros de decepciones, se hubieran calmado probablemente con la triste certidumbre de estar enferma Josefina; pero enferma de amor por él, y á impulsos de la amarga pena de sentir quebrantarse su esperanza en invencibles obstáculos.

Sucedió, empero, que no se le pasase por las mientes la posibilidad de nuestra hipótesis, y si tal imprevision le escusó acaso crueles remordimientos, dejóle en cambio en toda su aspereza la insoportable idea de la indignidad de su ídolo, y el presentimiento lúgubre de la futura soledad de su alma.

Eran las diez dadas cuando, sin dirigir á aquella por quien se creia ya indudablemente sacrificado el adios sin hiel que en su carta le ofrecia, empezó á huir, digámoslo así, del aspecto atormentador de la ventana y la verja; ante las cuales juzgaba dejar sepultadas para siempre sus ilusiones mas dulces: ante las cuales habian brotado de su pecho lágrimas de sangre cuya huella le parecia imborrable.

Sin embargo, la aceleracion de sus primeros pasos fué decayendo progresivamente hasta convertirse en

lentitud, revelándose de este modo la reaccion que iba operándose en aquella naturaleza magnánima.

—Yo mismo la escribí—pensaba entonces—que estaria en su derecho al romper prudentemente de un golpe locas relaciones sin porvenir: yo le aseguré que respetaria religiosamente la resolucion que pudieran dictarle legítimos miramientos, sin mezclar una queja al llanto de mi dolor. ¿Porqué, pues, este acerbo sentimiento que me aguija ensangrentándome, al apartarme de lugares que me fueron queridos..... de lugares ¡ah! donde he debido á *ella* los únicos instantes de dicha que he alcanzado en la tierra? ¿Porqué esta cólera concentrada y desgarradora, que solo se aplacaria pudiendo despreciar á quien me la inspira? ¿Cuál es el crimen de la pobre niña? Me vió, conoció que me agradaba, se gozó en ello con el candor de sus quince años, sin que le ocurriera disimularlo. Luego se habituó á mis paseos por su calle; cedió al encanto que tienen para toda mujer el misterio y las galantes intrigas; alimentó, como yo, ilusiones que eran tanto mas naturales cuanto era menos lo que sabia de mí, pudiendo suponer cuanto le fuese agradable. De pronto, y cuando una sola vez ha tenido ocasion de hablarme, descubre imprevistamente que soy casi un mendigo.....¿Hay

algo de estraño en que sucumba su naciente cariño bajo golpe tan rudo? ¿No debe, ademas, á su familia sagrados respetos? ¿Con qué derecho exijiria yo que me los sacrificase?

Tan sensatas reflecciones dieron por resultado inmediato, que al entrar en su humilde arrabal nuestro protagonista se detuviese un momento volviéndo atrás larguísima mirada, cual si buscase al través de las sombras y la distancia la misma casa de que se desviara presuroso.

Luego dos tristes suspiros, confiados al viento de la noche, tuvieron al parecer por objeto llevar á la señorita Caillard, al mismo tiempo que el adios prometido y del que poco antes se la juzgaba indigna, una impetracion de gracia para el egoista corazon que habia abrigado algunas horas amargo despecho contra ella.

La reaccion era completa. De la reciente tempestad en que naufragara su esperanza, Huberto tuvo la suerte de salvar la poesia de su amor.

—Sea *ella* feliz!—dijo por último al poner el pié en el umbral de su casa.—Aquí en este pobre albergue á cuya puerta llego rendido por el derrumbamiento repentino de mis postreras esperanzas, aquí unicamente debo buscar de hoy mas el consuelo y el cariño. Adios para siempre ensueños de

ambicion, locos delirios de amor..... adios poéticas aspiraciones del entusiasmo. El destino nos separa y yo acepto su fallo. Seré barquero, seré lapidario, seré cuanto deba ser para sofocar de una vez mis presuntuosos instintos y no vivir mas que para mi familia desgraciada.

Murmurando estas palabras llegó á la pieza en que trabajaban su madre y sus hermanas, sin que ninguna de las tres pudiera sorprender en su rostro ni el mas leve indicio de las terribles pasiones de que fuera campo su pecho pocos minutos antes.

No se desmintieron en los siguientes dias este dominio que supo tomar el jóven sobre sí mismo y la firmeza de la resolucion espresada.

Ni una sola vez volvió á dirijir sus pasos hácia la morada de Mr. Caillard: ni una sola vez dejó escapar de sus lábios—ni aun en la soledad de su cámara—el querido nombre de Josefina.

Veíasele cada mañana salir muy temprano y con tranquilo aspecto para dirijirse á su acostumbrada tarea, de la que no volvia nunca hasta muy pasadas las nueve de la noche. Veíasele, asi mismo, todos los domingos y fiestas emplear con gusto muchas horas—despues de misa—enseñando á sus hermanas á hacer bonitos dibujos para

bordados, ó bien orando devotamente con su madre por la libertad del cautivo.

Luego, terminada su frugal comida, jamas dejaba en tales dias de presentarse en el muelle, donde desempeñaba sin el menor asomo de repugnancia su segundo oficio de humilde patron de barca. Allí permanecia hasta no quedar nadie, diligente siempre en procurarse noticias del anciano del Cinco de Junio, pero siempre retirándose sin haberle visto, ni poder inquirir su nombre ó su paradero.

Cada dia se aumentaban, por consiguiente, las probabilidades de quedar dueño, en último resultado, del oro y la rica joya que tanto habia codiciado; y que aunque ya no le despertasen los mismos anhelos y las mismas personales esperanzas, (pues no amándole Josefina poco le importaba cambiar su presente condicion por la mas noble que le brindaba el arte,) todavía, sin embargo, conservaban el valor inmenso que debian tener á sus ojos como rescate de su padre y medio de proporcionar algun alivio á una pobre madre, quebrantada y enferma por el dolor y el trabajo.

En tal concepto, Huberto no podia menos de desear vivamente el cumplimiento del plazo que se impusiera á sí mismo, teniendo ya casi una cer-

tidumbre de que los valores que nadie reclamaba, le pertenecian lejitimamente como dádiva generosa del noble desconocido.

El tiempo voló, en efecto, aunque no segun los impulsos de su impaciencia, llegando por último el primer domingo de Julio, último dia de su largo mes de espectativa.

Huberto salió de su casa aquella tarde seguro de poder decir á su vuelta á las tres personas que mas le amaban en el mundo:—Alegraos! sed felices! Hé aquí el rescate del padre y del esposo por quien tanto hemos llorado: hé aquí tambien vuestro pan de cada dia asegurado por muchos meses. La Providencia al dispensaros por mi mano beneficios tan grandes, parece que ha querido resarcirme de cuantos sacrificios me ha impuesto, y yo vengo agradecido á bendecirla con vosotras."

Gozándose de antemano en la pura satisfaccion de aquel momento solemne, tantos dias esperado, casi olvidaba el jóven las heridas de su alma: casi se sentia venturoso con la misma carencia de personales esperanzas--que le obligaba á vivir únicamente de la vida de su familia, no teniendo otros goces que los que á ella le diera y de ella refluyesen en su corazon generoso.

Su barquilla, atada al muelle, se mecia blandamente ni mas ni menos que como la vimos un mes antes, en el momento de saltar á ella el incógnito caballero.

Como entonces tambien, nuestro protagonista se hallaba reclinado en el asiento de popa, dejando á merced de la brisa su blonda y rizada cabellera, y perdida por el espacio la mirada melancólica de sus rasgados ojos, de un azul oscuro y tornasolado.

Su aspecto era mas macilento, mas grave que el cinco de Junio en que le conocimos; pero en nada se habian alterado la gallardia y distincion que fijaban las miradas de los transeuntes, arrancando de sus lábios estas y otras esclamaciones análogas:

—Ved al barquerillo que dá envidia á los mas galanes caballeros: qué interesante!—¡Lástima que un muchacho tan gentil se halle manejando el remo!

Huberto nada de esto oia: su pensamiento se hallaba en el hogar materno, y cuando á intérvalos se ocupaba de los objetos cercanos solo era cotejando á cuantas personas de edad aparecieran por allí, con la imágen que conservaba del anciano misterioso.

Pero era inútil, por dicha suya, esta postrera

pesquisa. Nadie se asemejaba al dueño de la bolsa: ningun hombre poseia su mirada penetrante y á la vez espresiva; su sonrisa dulce y grave; su frente magestuosa y brillante, que parecia reflejar la luz del pensamiento en los argentados cabellos que le servian de corona.

Los últimos crepúsculos se iban apagando lentamente en el azulado seno de las aguas: el gentío se dispersaba como un hormiguero pisado: la tarde espiraba tan poéticamente como la del cinco de Junio, y Huberto—preparándose ya á abandonar la barca—apretaba contra su pecho la bolsa salvadora, murmurando con emocion inefable: ya eres libre, padre mio!

—Ah! añadió en seguida mentalmente, cediendo á un recuerdo irresistible: ¡qué noche tan feliz si *ella* me amase! Mañana pagando mi deuda al lapidario, saldria de su detestable obrador diciendo regocijado: *soy artista! puedo consagrarme á mi vocacion querida! puedo alimentar la ambicion de merecer un dia la mano de Josefina de la gratitud de su padre!*

En el mismo instante sintió caer á sus pies cierto cuerpo duro, aunque de poco volúmen, y bajándose á recogerlo vió que era una piedra á la que iba atado un papel.

Estremecióle al punto vago presentimiento: lanzó ansiosa mirada por el muelle y creyó reconocer en la figura de una mujer embozada, que se alejaba de prisa, el andar pesado y las ámplias formas de Niná.

El corazon de Huberto comenzó á saltar de modo que le faltaba espacio en el pecho. Sus ojos turbados, como por un vértigo, se afanaron en balde por poder distinguir, á la opaca claridad del moribundo crepúsculo, siquiera una línea del billete perfumado que acababan de desplegar sus manos trémulas.

Entónces saltó en tierra para dirigirse á alguno de los inmediatos almacenes en demanda de luz.....de luz que le permitiese ver el nuevo dolor ó la nueva satisfaccion imprevista que en aquella carta le deparaba la suerte.

Cinco ó seis pasos habia dado cuando tropezó con un hombre que por su aire y traje parecia marino.

—Perdonad:—balbuceó Huberto en ademan de continuar su marcha.

—Deteneos un momento,—dijo casi simultaneamente el forastero.—Creo, segun las señas que me han dado, que tengo el gusto de hablar al Sr. Huberto Robert, patron de aquella barquilla blanca de la que os he visto saltar.

—Cierto: ¿qué me quereis?—pronunció Huberto impaciente.

—Debo preguntaros para mayor seguridad, antes que todo—repuso el marino— si fuisteis vos quien el cinco del mes pasado recibió en su barca y paseó por la bahía á cierto caballero como de sesenta años.

—Ah!... si,—murmuró apenas nuestro jóven, que á tan inesperadas palabras sintió chocar de súbito en su pecho, con la reciente esperanza que le despertara el billete, el temor doloroso de ver desvanecidas las antiguas que ya juzgaba seguras.

—¿Querreis decirme— por no dejarme duda— lo que contenía una bolsa que al despedirse de vos puso en vuestras manos el caballero mencionado?

—Héla aquí: respondió el jóven presentándola prontamente, aunque le pareció que se arrancaba con ella pedazos del corazon.—Podeis cercioraros por vuestros ojos, pues tal cual la recibí la conservo.

—Cómo! ¿es posible?—esclamó su interlocutor, sin disimular el asombro que le causaba lo que oia. ¿No os habeis aprovechado ni aun de los luises que acompañaban al diamante?

—Os repito que la bolsa está íntegra: repuso

Huberto, con cierta ufanía que se asociaba á su angustia. Comprendiendo que me habia sido dada equivocadamente, vengo hace un mes á este sitio todos los dias festivos, esperando me fuese reclamada. Tomadla, pues, si como parece traeis ese encargo.

—No es tal mi cometido—replicó el forastero—solo debo llevaros, si teneis á bien seguirme, á donde os espera la única persona que puede alegar lejítimos derechos á la posesion de los objetos tan religiosamente conservados por vuestra probidad. Venid, pues.

Huberto obedeció maquinalmente, con paso vacilante y desalentado espíritu.

Oh destino!—decia en sus adentros:—¿no quieres dejarme ni aun el consuelo de cumplir mis deberes filiales? ¡Y en que momento voy á ser despojado de lo que constituia la dicha de mi familia!...¡Cuando es quizá de Josefina esta carta, contra la que apenas palpita mi corazon oprimido! ¡Cuando quizá me ordena alentarme, esperar, merecerla conquistándome un nombre!.....

Pero nó: (añadia en seguida con mortal postracion:) mi estrella es demasiado infausta para que me sea dado presumir nada de lisonjero. Esta carta ó no será de *ella* ó solo me traerá nuevas

amarguras. ¿No estoy viendo una prueba de que el rigor de los hados no se aplaca todavía?

Atormentado por estas reflecciones seguia al hombre que le guiaba silencioso, hasta que le vió parar delante de un hermoso edificio sobre cuya puerta se leia:—*Hotel de Oriente.*

—Aquí se hospeda el individuo que buscamos—dijo entonces el marino:—no teneis que hacer otra cosa, Sr. Huberto, sino subir y llamar al cuarto número 3 del segundo piso, donde sois aguardado. Luego que salgais de allí tomaos la molestia de leer esta carta que os entrego, y que para vos me fué confiada.

Sin mas esplicacion volvió á echar á andar, dirigiéndose al muelle de donde venia, y Huberto se halló solo en el umbral del hotel con sus dos cartas en la mano.

CAPITULO VII.

QUIEN ERA EL HUESPED DEL HOTEL DE ORIENTE Y LO QUE CONTENIA UNA DE LAS DOS CARTAS.

Subió nuestro héroe la espaciosa escalera del hotel de Oriente, devanándose los sesos, como suele decirse, por adivinar de quien sería la segunda epístola en aquella tarde recibida, y lo que contendría la primera que segun sus presentimientos debia ser de Josefina.

Aquella preocupacion del ánimo no era obstáculo, sin embargo, para continuar sintiendo el penoso esfuerzo con que iba á consumar, en la devolucion de la bolsa, el completo sacrificio de todas sus esperanzas. El rudo choque de tantos impulsos comenzaba á producirle cierta especie de vér-

tigo, que le hacia imaginar hallarse bajo el influjo de alucinaciones febriles, no siendo hechos positivos nada de cuanto le habia pasado.

Anhelando darse á sí mismo pruebas que le convenciesen y notando que alumbraban ya varios faroles la escalera en cuyo último tramo se encontraba, se acercó precipitadamente al que en aquel descanso lucía, y rompió con mano temblorosa el sobre de la carta que en su concepto debia interesarle mas.

Su corazon no le engañaba: la linda diestra de la jóven cubana habia trazado las líneas que se presentaron á su vista, y que espresaban lo que copiamos literalmente en las que el lector va á recorrer.

« Convaleciente de muy grave dolencia, tomo « la pluma, Huberto, para daros una esplicacion « que quizá convenga á vuestra tranquilidad, y « exigiros una promesa que interesa mucho á la « mia.

« Me lisonjea la íntima persuacion de que no « habreis creido ni por un momento pudiesen alte- « rar vuestras desdichas la afeccion profunda que « me inspirais; pero concibo todas las inquietudes « de vuestra alma desde la noche en que debisteis « inútilmente aguardarme. Sabed, pues, aunque

« tarde, que por fatal coincidencia fué instruido
« mi padre de nuestras relaciones el dia mismo en
« que recibí vuestra carta, siéndome prohibido
« hasta el tener abierta mi ventana.

« No estrañareis ahora que sucumbiese mi sa-
« lud á tan fuertes y amargas impresiones, y me
« perdonareis los malos ratos que involuntaria-
« mente os he causado, comprendiendo que la idea
« de ellos aumentaba no poco mis propios sufri-
« mientos.

« Sí, amigo mio; entonces pedia al cielo que
« me conservase la vida para poder disculparme
« con vos; para poder deciros *yo os amo barquero,*
« *ó lo que seais, y os estimaré siempre como al mas*
« *noble de los hombres.*

« Hoy, empero, cuando veo escuchada mi sú-
« plica y satisfecho mi afan; hoy que vuelvo á la
« vida por la bondad divina y los imponderables
« cuidados del mejor de los padres; hoy, Huberto,
« me juzgaría muy culpable aun á vuestros mis-
« mos ojos,—pues vuestra carta me prueba que
« sois un hijo escelente,—si echase en completo
« olvido mis deberes filiales por atender solo á los
« intereses del amor. No puede obrar así la que
« ha visto durante largos dias velar sin descanso
« á la cabecera de su calenturiento lecho al autor

« querido de su existencia, rogándole la conser-
« vase para hacerle dichoso. No puede obrar así
« la que en aquellas horas de dolor ha jura-
« do al cielo no hacerse indigna jamas de toda esa
« ternura que tiene la felicidad de merecer á cuan-
« tos le son queridos.

« Escuchad, pues, Huberto, lo que voy á de-
« ciros, conciliando en lo poco que alcanzo los vo-
« tos de mi corazon con las imperiosas exigencias
« de mis deberes mas santos.

« Mi padre quiere que rompa todas mis co-
« municaciones con vos, y os prevengo por tanto
« —aunque llena de afliccion, como os lo dirán las
« manchas de acerbas lágrimas que borran estas
« letras—que ya no me vereis como antes los do-
« mingos y fiestas. Mas todavía ¡oh amigo de mi
« alma! debo declararos tambien que cifrando mi
« dicha en ser vuestra para siempre, respetaré no
« obstante en todo tiempo la voluntad sagrada
« que trastorna mi destino, y nunca os daré mi
« mano si no conseguís cambiar aquella.

« Cumplida de este modo la obligacion de
« hija, el pecho de la amante pide algo para su
« consuelo y de vos solamente puede esperarlo.

« El *cinco de Junio* me será siempre memora-
« ble y querido, porque tal dia tuvo lugar en

« el jardin nuestra primera y única conferencia:
« porque tal dia se enlazaron nuestras manos y
« se confundieron nuestros hálitos. Ahora bien,
« ¡Huberto! prometedme que mientras que seais
« libre, mientras no ameis á otra, vendreis cada
« año el dia *cinco de Junio* al sitio mismo de nues-
« tra dulce entrevista, para trocar una mirada de
« esperanza y un suspiro de recuerdo con vues-
« tra desgraciada

JOSEFINA.

P. D.—«Poned la contestacion bajo una pie-
« dra blanca que vereis colada junto á la verja
« *en el ángulo izquierdo del jardin, bajo un rosal de*
« *Alejandría.* »

¿Tendremos necesidad de decir que el llanto del amante aumentó considerablemente las manchas del papel, y que besado éste cien veces y otras cien oprimido sobre el corazon, la pobre carta quedó tal en breves minutos que aun á su autora le costaria trabajo el entenderla?

En aquellos momentos borrósele de la memoria al mancebo la existencia de la otra misiva que encerraba su bolsillo, y hasta la del cuarto número 3, (que tenia á la vista,) donde le esperaba la

persona que venia buscando para llevar á efecto su sacrificio. De nada se acordaba sino de su tierna Josefina, que habia sido ultrajada por su desconfianza, calumniada por su ligereza.

Sentíase Huberto á un tiempo mismo feliz y desventurado; tan dispuesto á rendir gracias fervorosas al cielo por la inmensa ventura de poseer todavía el purísimo amor de su adorada niña, como á quejarse sin consuelo por la imponderable desgracia de verse separado de aquella en cuyo corazon se atesoraban para él todas las glorias y las delicias del mundo.

¡Cuánto no hubiera dado por verla una vez siquiera; por arrojarse á sus plantas llorando, como en aquel momento, y que ella leyese en sus ojos todo el tumulto de sentimientos que se desbordaban en su alma!

Formando estaba tan irrealizables votos cuando salió de repente del susodicho cuarto, número 3, una voz varonil que preguntaba al mozo del hotel—que acababa de encender los faroles—si aun no habia vuelto Mr. Nyon, capitan del bergantin Neptuno.

Cosa estraña! aquellas pocas palabras produjeron en Huberto la impresion de una descarga eléctrica. Se estremeció todo; dejó de pensar en

Josefina; y—como si volviera á imaginarse presa del delirio—se pasó las manos por la frente á manera de quien quiere desembarazarse de algun pensamiento absurdo ó inoportuno.

El criado á quien se dirigiera la interpelacion del huésped, echando de ver acaso la impresion que produjo en nuestro jóven, se encaró á él resueltamente preguntándole á su vez:—¿No buscais vos al caballero de ese cuarto?

—Sí ..... si..... (tartamudeó Huberto:) ¿quién es? Quiero verle! quiero verle al instante!

Y se lanzó como una saeta á la puerta número 3, que se abrió de par en par simultáneamente, apareciendo en su umbral un hombre como de 45 años y de simpático aspecto.

Verse los dos y precipitarse cada uno en brazos del otro, con grito de alegría, fué cosa de un momento; pero muchos tuvieron que trascurrir antes que se les oyera articular distintamente estas esclamaciones embargadas largo rato por el esceso del júbilo:

—Padre!—Hijo mio!!

Mr. Robert—pues no puede ya cabernos duda de que era él quien se hospedaba en el hotel de Oriente—logró primero que Huberto dominar un tanto sus trasportes, y se apresuró á preguntar

por su mujer y sus hijas. Sabedor de que se hallaban buenas, añadió vivamente:

Desde el momento que pisé la querida tierra de Marsella quise volar ansioso al seno de mi familia. El capitan Nyon—en cuyo buque he venido y á quien debo mil atenciones—me advirtió entonces que habiais mudado de casa, segun sus noticias, y nada lograria por tanto con echarme por esas calles á la ventura.

Tuve que seguir el consejo que me dió de esperar aquí algunas horas; pues el contaba ver por la tarde á cierto sujeto que podia decirle con seguridad el nuevo domicilio que teniais, y me lo comunicaria en seguida. ¡Qué lejos estaba yo de imaginar siquiera, mientras que le aguardaba impaciente, que antes que á Mr. Nyon veria á mi propio hijo, á mi queridísimo Huberto!

Y el ex-cautivo tornó á abrazar al jóven, besando repetidas veces su hermosa frente y su rizada cabellera blonda.

Huberto le espresó que el mismo capitan Nyon (pues no dudaba fuese él) le habia encontrado en el muelle y conducido al hotel, y que era exacta la noticia que diera á Mr. Robert de haber cambiado la familia de habitacion, viviendo al presente en un pequeño cuarto del arrabal de San Lázaro.

—Ah! lo comprendo: esclamó el recien llegado: mi infausta empresa os redujo á la miseria, y aunque estoy cierto de que los amigos os habrán ayudado eficazmente, no habreis tenido que imponeros pocas privaciones para reunir la cantidad necesaria á mi rescate. Corramos, hijo mio, corramos á los brazos de esos buenos ángeles que Dios me ha dado por esposa y por hijas, y á quienes debo amar desde hoy doblemente con reconocimiento infinito.

Hablando así tomó Mr. Robert la pequeña maleta que constituia su equipaje, y echó á andar presuroso sin cuidarse de pedir su cuenta al fondista. Quiso llenar Huberto este deber, pero el criado á quien se dirigió al efecto respondió que el capitan Nyon habia satisfecho ya todos los gastos hechos aquel dia por él y su compañero.

Siguió, pues, nuestro jóven al ex-cautivo, que iba ya como un galgo por esas calles, y cuando logró alcanzarle le hizo presente la conveniencia de adelantarse él para preparar la familia á un gozo que podria afectarla demasiado cojiéndola de improviso.

—Moderaré el paso—contestó Mr. Robert—dejando que me tomes delantera; aunque no creo que pueda sorprender mucho mi presencia á las

que ya deben esperarme, toda vez que saben me han rescatado hace dias.

No juzgó Huberto que era aquel momento el mas oportuno para desvanecer las erróneas creencias de su padre, declarándole que no cabia á su familia la dicha de haberle libertado, ni á los amigos de quienes conservaba tan buen concepto derecho ninguno á reclamar parte en su agradecimiento. Se limitó á re etirle que creia prudente llegar él con algunos minutos de anticipacion, y precipitó su m rcha.

Mr. Robert se consolaba del disgusto de tener que reprimir su impaciencia, mirando y saludando con entusiasmo cuantos objetos se le ofrecian al paso.

Cada calle, cada casa era para él como un amigo recobrado despues de haber perdido toda esperanza. Lágrimas de dulcísima emocion humedecian sus ojos por instantes, y afectuosos suspiros se exhalaban de sus lábios en aquel fausto ambiente de la libertad y de la patria.

Huberto llegó en tanto á su casa.

Mad. Robert y sus hijas (á quienes habia prevenido que lo esperasen temprano aquella noche, pues ya sabemos que contaba poderles dar la grata noticia de poséer una bolsa llena de oro y una

joya que valuaba en mas de tres mil escudos), se ocupaban en partir avellanas, que con un trozo de queso y algunos mendrugos de pan debian componer su colacion.

—Bien venido, Huberto mio—le dijo la madre al verlo entrar:—nuestra cena de hoy es harto pobre, pero será en cambio mas alegre que de costumbre, pues nos das el gusto de venir con dos horas de anticipacion y con aspecto risueño.

—Madre querida—respondió conmovido nuestro héroe—al anunciároslo así desde esta tarde presentia una ventura que el cielo realiza mucho mas allá de mis esperanzas.

Oidme con calma: añadió al notar la estrema agitacion que escitaban instantáneamente aquellas primeras palabras.—Hace un mes que guardo cierto secreto: hace un mes que vislumbraba la posibilidad de un feliz cambio en nuestra suerte. No me resolví á comunicároslo por no esponeros á una decepcion que hubiera agravado las amarguras presentes. Gracias á Dios aquel temor cesa de existir hoy, madre y hermanas mias. Gracias á Dios en vez de la esperanza dudosa, puedo ya daros la certeza de una gran dicha cercana.

Hizo una pausa el mancebo, durante la cual sus dos hermanas aglomeraron rápidamente preguntas y suposiciones, sin que Mad. Robert acertase á articular ni una sola sílaba, segun la embargaba la violencia de su ansiedad visible.

Huberto se llegó á ella, la enlazó suavemente en sus brazos, y pronunció muy despacio y muy quedito en su oido:—¿qué diriais si os asegurase que tenemos medios de rescatar á mi padre?

Mad. Robert, toda trémula, asió con sus flacas y crispadas manos la hermosa cabeza de su hijo y le miró fijamente á los ojos, como para leerle en el alma que no era un delirio la esperanza imprevista con que alborozaba la suya.

—Sí; miradme bien—dijo el jóven sonriendo y llorando á un mismo tiempo:—miradme bien, porque el semblante os espresará mejor que la palabra la alegría inmensa que me está ahogando.

—Huberto! Huberto! gritó la mayor de las hermanas. ¿Es verdad lo que indicas? Repítelo por piedad! Repítenos cien veces que podemos ya redimir á nuestro padre!

—Sí! sí! no nos lo aseguran sus trasportes? ¿No lo dicen tambien nuestros corazones, saltando de regocijo? Vendrá papá! Oh! sí! lo veremos aquí

pronto!—esclamó la pequeña abandonándose sin reserva á la felicidad que parecia al fin sonreirles.

—Ois lo que dice esa niña, madre mia? dijo entónces Huberto, acercando á los lábios de la Sra. Robert un jarro de agua fresca que habia sobre la mesa.—Bebed algunos tragos, sosegaos, y en seguida podré quizá repetiros con ella: "vendrá papá! ¡pronto lo vais á ver aquí!

La puerta, que dejara Huberto entornada, se abrió de súbito al terminar él las anteriores palabras, y el grito penetrante, indescribible que salió al punto del pecho de la matrona, fué recogido instantáneamente por los lábios de su esposo.

....

....

....

El pintor que cubrió con un velo la cara de Agamenon al presentarlo en un cuadro del sacrificio de su hija, mostró ser artista de verdadero génio.

Los supremos dolores y las supremas alegrías no pueden espresarse con pinceles ni plumas. Ni aun la palabra hablada, rápida imágen del pensamiento; ni aun la fisonomía viva, claro espejo de los afectos y de las sensaciones, alcanzarán nunca á comunicarnos, por el débil conducto de los sen-

tidos, esos grandes esfuerzos del alma inmortal en los momentos de sus solemnes crísis.

Renunciar á pintarlos es mostrar, al menos, que se les comprende, y comprenderlos es lo mas que puede alcanzar el talento del artista.

Así lo juzgarán, sin duda, nuestros ilustrados lectores, permitiéndonos que, como el pintor griego, echemos un velo sobre los primeros instantes de la feliz reunion del redimido esclavo con su adorada familia.

CAPITULO VIII.

Lo que decia la otra carta y resultado de las diligencias practicadas para saber el nombre de su autor.

Cuando fué posible hablarse y entenderse, Mr. Robert dió gracias á su muger é hijos por los sacrificios que se habian indudablemente impuesto á fin de llevar á cabo su rescate.

—Esta pobre habitacion en que os hallo—les dijo—esa mezquina cena que veo sobre la mesa; vuestros semblantes pálidos, vuestros vestidos humildes.....todo me está diciendo las grandes privaciones con que me habeis comprado la dicha de volver á vuestro seno. A la vez que os testifico el reconocimiento debido no puedo menos, por tanto, que lamentar con enojos el esceso de vues-

tra abnegacion. ¿No era bastante desprenderos de seis mil francos laboriosamente reunidos, sin que además de comprar tan cara mi libertad os metieseis en mandarme ropas, demasiado ricas para nuestra posicion presente? ¿Ni que necesidad tenia yo tampoco, puesto que me pagabais el viaje, de los cincuenta luises que me entregó Mr. Nyon al recibirme á bordo?

La señora y las señoritas Robert se miraron atónitas, volviéndose luego con movimiento simultáneo, y á cual mas enternecida, al jóven que tambien escuchara visiblemente conmovido lo que habia dicho su padre.

—Oh hijo de mi alma! esclamó la primera vertiendo dulces lágrimas. ¿Con qué todo eso has hecho sin que lo sospecháramos nosotras? ¿Y cómo sospecharlo—añadió dirijiéndose á su esposo—si el pobre muchacho no tenía al parecer otros medios con que ganarnos el sustento, sino su trabajo en el obrador de un lapidario; que en los primeros meses le daba muy poco, subiendo progresivamente hasta setenta francos que me eran entregados por mi hijo, y que unidos al producto de nuestras costuras apenas bastaban para vivir los cuatro?

—Entonces--dijo Mr. Robert con alguna alte-

racion—sin duda los buenos amigos que aquí he dejado proporcionaron á Huberto los medios de hacer esos dispendios, de que me parece muy estraño no os diese conocimiento.

—Los amigos! repuso con viveza su muger.—Ah! no se tienen muchos en la desgracia, y en cuanto á nosotros bien se puede decir que no hemos hallado ninguno.

Mr. Robert se estremeció de pies á cabeza, oscureciéndose su frente con un pensamiento capaz de anublar todas sus alegrías. En seguida clavó en su hijo una mirada inquieta y escrutadora, escapándose de sus lábios, con cierta violencia, esta interpelacion perentoria:

—De donde, pues, ha salido todo aquel dinero?

Huberto sacó de su faltriquera la consabida bolsa, y echando sobre la mesa lo que contenía, dijo con profunda emocion, que su padre ofuscado confundió acaso con otro sentimiento:

—Todo aquel dinero, y todo esto de que podeis disponer igualmente, han salido, padre mio, de una misma mano..... mano desconocida, por desgracia, que no nos es dado besar reconocidos: mano de un bienhechor anónimo que, como la Providencia, solo es visible en la bondad de sus obras.

—Desventurado! esclamó el padre poniéndose

en pié casi despavorido. ¿Cómo te atreves á responder con esa novela inverosímil al atroz recelo que debió revelarte mi pregunta? Oh Dios mio! perezcamos todos aquí, en estos momentos que parecian tan felices, si han sido comprados á precio de nuestra honra.

—Padre! Padre!!.....—fué cuanto pudo articular el jóven al escuchar la espresion terminante de tan afrentosa sospecha: pero eran tales la legítima altivez y la bella dignidad que brillaron de súbito en toda su figura, que Mr. Robert bajó involuntariamente los ojos, fijos hasta entonces en su rostro con tenaz perseverancia.

La espresion de aquel rostro persuadía con mas elocuencia, que hubieran podido hacerlo las mejores pruebas, aducidas por Huberto en demostracion de su inocencia.

—Esposo mio! dijo al mismo tiempo la señora Robert: no ultrajes nunca con la mas leve duda la probidad de nuestro hijo. Yo creería lo imposible antes que sospechar en él accion ninguna vergonzosa.

Oh! no! es nuestro ángel! nuestro buen ángel! esclamaron á la vez las dos hermanas, corriendo á colgarse de su cuello para abrumarle de besos.

Mr. Robert tornó á sentarse, mas bien confuso

ya que receloso, y pronunció despues de un rato de silencio con voz casi sumisa:—Que me perdone..... pero que tambien me esplique por Dios como ha podido encontrar ese bienhechor misterioso.

El jóven se acercó con ademan lleno de nobleza, y aun de solemnidad imponente, y le refirió en breves palabras su encuentro y conversacion con el desconocido; sus pesquisas durante un mes; la escena de aquella tarde con el capitan Nyon, (pues creia indudable fuese dicho marino el que le condujo al hotel) y concluyó presentando á su padre la carta que le diera aquel hombre, único por quien podian saber quien era el benéfico personaje del que tantas mercedes recibian.

Mr. Robert rasgó vivamente la cubierta, y leyó en medio del profundo silencio y vivísimo interés de sus cuatro oyentes:

« Cuando veais estas líneas, mi jóven amigo,
« ya habreis reconocido con cuanta razon os ase-
« guré que la Providencia no desampara á los bue-
« nos. Yo le rindo gracias por haberme escogido
« esta vez como instrumento de sus beneficios:
« dádselas vos tambien por haberos hecho digno
« de recibirlos.

« Una feliz casualidad me ha facilitado des-
« cubrir quien es el profesor de pintura de quien

« recibisteis lecciones en Paris, y que conserva
« alta opinion de vuestras escelentes disposicio-
« nes. Este juicio suyo y la conviccion que me in-
« fundió vuestra fisonomía, de que poseis verda-
« dero génio artístico, me mueven á aconsejaros
« que tan luego hayais dedicado algunas horas á
« la felicidad de abrazar á vuestro padre, os pon-
« gais en camino para la capital, donde os espera
« ya vuestro antiguo maestro que os hospedará
« en su propia casa. Por dos años teneis pagados
« los gastos de pension y de estudios, y si sois
« aplicado—como creo—con vuestro talento y los
« conocimientos anteriormente adquiridos, es pro-
« bable que os baste ese tiempo para que podais
« presentaros á la heredera del ex-mercader de las
« *Antillas españolas* como un artista de mérito y
« no como un barquero poco práctico. Así, al me-
« nos, os lo desea

El viejo del cinco de Junio. »

Hijo mio! esclamó Mr. Robert al terminar su lectura: hijo mio! corramos al hotel de Oriente! Es preciso saber esta noche misma el nombre del autor de esta carta.....del génio tutelar de esta familia.

—Sí padre, sí! contestó el jóven, bañado el rostro en llanto: nuestra ventura quedaría muy incompleta si nos viésemos privados por mas tiempo de besar mil veces la mano generosa del mejor de los hombres. Venid, pues, venid. El capitan Nyon debe saberlo todo: él nos revelará ese nombre que será bendecido mientras exista uno siquiera de nosotros ó de nuestros descendientes.

Y el padre y el hijo iban á salir presurosos, cuando deteniéndolos Mma. Robert les contó en alta voz las campanadas de la iglesia vecina, que daban distintamente las doce.

¿Quien se hallará dispuesto á ser complaciente á tales horas? les dijo sonriendo. Si quereis que ese señor Nyon no maldiga enojado la impaciencia de vuestra gratitud, dejadle descansar tranquilamente de las fatigas del viaje, y mañana temprano lo encontrareis de seguro benévolo y espansivo. Miéntras tanto--añadió con tono mas grave— cumplamos nosotros el santo deber de rendir gracias al cielo por vernos reunidos felizmente, rogándole que colme de sus eternas bendiciones al que ha sido en la tierra la imágen y el ministro de su bondad divina para con los pobres.

Cayó de rodillas la matrona al concluir estas

palabras, y su marido y sus hijos se prosternaron silenciosos al rededor suyo.

Durante mas de un cuarto de hora permanecieron los cinco en humilde actitud y religioso recogimiento, acompañando su muda y fervorosa oracion con dulces lágrimas de reconocimiento.

Patético y hermoso era aquel espectáculo doméstico.

La varonil cabeza del padre de familia, surcada prematuramente por anchas líneas de plata cruzándose sobre su frente desvastada por el infortunio, se inclinaba ante Dios al lado de la pálida faz de su casta compañera, marchitada igualmente por el trabajo y los dolores, pero todavía interesante con los restos de aquella pura belleza griega, peculiar á las hijas de la antigua Fócia. —Luego, en torno de sus dos figuras graves y melancólicas, las tres cabezas rubias y poéticas de la juvenil prole que era su orgullo, humillándose tambien, como la de los ángeles de Rafael á la presencia de la vírgen sin mancha..... Todo presentaba en su conjunto un cuadro digno del pincel del mismo artista de Urbino, que hubiera hallado en él el celeste idealismo de sus aspiraciones místicas, en consonancia con las severas realidades de la vida.

Terminada la silenciosa plegaria, Mma. Robert condujo á su marido á la mesa, y aquellos puñados de avellanas, aquel trozo de queso duro, acompañados de mendrugos de pan seco, constituyeron una cena la mas grata, la mas amena de cuantas se han servido jamás.

Ningun potentado podia proporcionársela igual, dispendiando el oro á manos llenas en suculentos y esquisitos manjares.

La franca alegría y el síncero amor que sazonaba la del estrecho cuarto del arrabal de San Lázaro, no es condimento comun en los banquetes suntuosos.

Entablóse naturalmente de sobre mesa la conversacion sobre los disgustos ya felizmente pasados. Mil y mil preguntas dirijidas al padre le llevaron insensiblemente á referir la historia de sus dos años de cautiverio, produciendo en el auditorio un interés tan vivo que las horas volaban sin darse cuenta de ello.

Mma. Robert fué la primera que abriendo la ventana señaló sonriendo el firmamento, bañado ya por los albores del dia. Todos se miraron sorprendidos. La noche se les habia pasado veloz como un minuto, sin que nadie sintiese fatiga de cuerpo ni de espíritu.

Tan cierto es que la felicidad, y lo mismo el dolor, saben hacer desplegar al hombre vigor y fuerzas, que no parecen posibles en la normal ecsistencia.

Los dos Robert se dieron prisa en correr á las primeras luces de la mañana, que tan impensadamente se les venía encima, en busca de Mr. Nyon, dejando á las señoras algun rato de reposo.

Llegaron tan temprano al hotel de Oriente que les fué preciso aguardar cerca de una hora, paseándose por la calle, á que el conserje diese señales de vida. Abrióse la puerta al cabo y nuestros dos impacientes anunciaron su urgencia de hablar al instante con el capitan del Neptuno, que se hospedaba en el segundo piso.

—El capitan del Neptuno? dijo el portero bostezando todavía. Um! me parece que venís engañados. No ha dormido nunca, que yo recuerde, bajo el techo de esta casa.

—En ella al ménos comió ayer conmigo— observó Mr. Robert.

—Ya lo sé, pero tambien me consta que salió despues.

—¿Y no volvió?

—Lo ví, sino me equivoco, con el jóven señor que os acompaña, pero preguntadle sino es cierto

que lo dejó entrar solo, volviéndose el capitan desde la puerta.

—¿No presumís donde habrá pasado la noche?

—Toma! en su barco probablemente: como que segun he oido se debia dar á la vela apénas amaneciera.

—Ah!..... ¿estais seguro de ello?

—Aguardad y preguntaré arriba.

El portero subió en efecto y volvió á poco confirmando su dicho. Mr. Nyon no habia dormido en el hotel, y por lo que le oyeron la mañana anterior suponian que debia darse á la vela aquel dia, con rumbo á Malta.

Padre é hijo echaron á correr de nuevo en direccion del muelle en que habia desembarcado el primero.

—Es muy temprano para que salga ahora, (dijo este á Huberto para tranquilizarse él mismo con la seguridad que daba). Hay bastante niebla hoy y no meterá su buque por la estrechura de nuestro puerto hasta que el sol alumbre despejado. Lo que temo es que no haya allí todavía patron ninguno que nos conduzca á bordo.

—Descuidad respecto á eso—respondió sonriendo el jóven—pues no me pesará en manera alguna desempeñar una vez mas mi oficio de bar-

quero, que tanta ventura me ha traido.

Cuando llegaron jadeantes procuraron distinguir, entre aquel bosque de mástiles, al bergantin que habia anclado el dia ántes; pero les fué imposible.

Huberto se lanzó entonces á una barca, hizo entrar á su padre, y soltando la amarra del anillo de hierro que la sujetaba, comenzó á remar vigorosamente aproximándose al sitio que debia ocupar el Neptuno.

La niebla, mientras tanto, se disipaba en fugaces nubecillas, ante los rayos del brillante sol que ilumina la parte meridional de Francia.

Un grito se escapó de improviso de los lábios de Mr. Robert.

¿Qué es eso, padre mio? preguntó asustado el jóven, dejando caer entrambos remos.

—Mira! mira!.....El cielo nos niega la satisfaccion de conocer el nombre que debemos bendecir—dijo Mr. Robert, señalando un buque que con viento en popa y á toda vela se alejaba gallardamente de las aguas de Marsella.

Su vista no habia padecido error. Era el Neptuno, que pronto no se presentó á los ojos que le seguian ansiosos sino como un punto casi imperceptible perdido entre dos inmensidades.

El padre y el hijo volvieron al muelle silenciosos y mohinos.

Quizá no sepamos nunca quien es nuestro bienhechor, dijo al cabo Mr. Robert con hondo suspiro.

—¿Olvidais que siguiendo su consejo debo marcharme á París en el primer coche que salga, y que mi maestro ha recibido de él dos anualidades de mi pension y aprendizaje?—respondió Huberto con tono de esperanza.—Todo lo sabremos, padre mio; todo nos lo dirá aquel hombre con quien voy á vivir en breve.

—Es verdad, oh! sí! él le conoce forzosamente, esclamó Mr. Robert con el regocijo de un niño: pero de pronto trocóse en triste gravedad su risueña animacion, y añadió tomando tiernamente las manos de su hijo:—Pero que, Huberto! ¿quieres dejarme tan pronto?

—Padre—respondió el jóven (besando las manos que estrechaban las suyas:) — si aun me creeis necesario á mi familia, lapidario y barquero seré toda mi vida con orgullo; mas si en la posicion nueva que os abre la Providencia podeis pasaros sin mis débiles auxilios, dejadme os ruego que aspire cuanto antes á honrar vuestro nombre y á realizar las faustas esperanzas de nuestro que-

rido bienhechor, alcanzando algun dia la pura gloria de artista.

Tienes razon: vete!—fué toda la respuesta del padre. Abrazó en seguida á Huberto, y dejándole en libertad de disponer sus preparativos de marcha, regresó á su casa para dar algun descanso á su cuerpo, quebrantado al fin por tantas y tan fuertes emociones.

CAPITULO IX.

La partida.

La primera diligencia de Huberto cuando se separó de su padre, fué ir á pagar al lapidario el adelanto que le habia hecho para satisfacer al casero, y le anunció al mismo tiempo que cesaba de pertenecer al oficio.

Saliendo ufano de aquel taller al que no volveria nunca, se preguntaba el jóven á sí propio si no era un sueño la repentina y próspera mudanza de su suerte.

El dia anterior, á aquellas mismas horas, aun era un pobre artesano, un barquero por añadidura, despreciado—en su concepto al menos—por la mu-

ger que adoraba; creyendo esclavo todavia al autor querido de su vida; testigo continuo de la miseria de su casa. Hoy, como por encanto, se hallaba libre á su padre y restituido á su hogar; socorrida y dichosa á su familia; tierna y constante á Josefina; rotas las cadenas que le sujetaban á él mismo, y abierto ante sus ojos un porvenir de gloria.

Haciendo este cotejo sentia Huberto rebosar en su pecho la mas ferviente gratitud hácia la Providencia, y hácia al que habia sido su representante en la tierra.

¡Cuánto deseaba verse en Paris para indagar, para descubrir el nombre de aquel que solo contemplara una vez para no olvidarlo nunca! ¡Cómo se regocijaba anticipadamente con la idea de conseguir al cabo besar mil veces su mano bienhechora, y espresarle—con lágrimas de amor, sino con elocuentes palabras—todos los sentimientos de cinco corazones que él habia llenado de esperanza y consuelo!

Escitado por tales impulsos no pudo menos de esperimentar viva satisfaccion al saber que estaba en su mano partir el mismo dia, pues de la mensageria particular, establecida recientemente en la Canébiere, salia un carruaje á las once y aun conservaba asientos disponibles. Tomó uno sin

vacilar y--compradas algunas cosas necesarias al viaje--volvió á su casa para hacer su maleta, escribir á Josefina y almorzar por vez postrera con la familia reunida.

Aun descansaba ésta de la vigilia anterior, por manera que tuvo Huberto completa libertad de ocuparse detenidamente de las dos primeras atenciones.

No fué largo, empero, el tiempo que exigian sus preparativos de equipage. Pronto estuvo dispuesto y pudo pensar únicamente en contestar la preciosa carta, que fué de nuevo leida y de nuevo tambien cubierta de besos y salpicada de lágrimas.

Media hora, por lo menos, corrió despues la pluma agitadamente sobre el papel, con acompañamiento de suspiros que rendian testimonio de ser el corazon quien dirigia los movimientos de aquella. Patéticas descripciones de íntimos pesares, confesiones humildes de sospechas injustas, votos de gratitud, dulces quejas de amor, santos juramentos de constancia, exigencias tiernas de fidelidad inviolable..... todo esto y mucho mas se encerró en aquellas líneas trazadas poco antes de la partida; pero—¡cosa estraña!—nada se dijo en ellas de esta última circunstancia ni de los sucesos recientes.

El amor es esencialmente caprichoso. Huberto se complacia en dejar á Josefina amando con heroismo al barquero oscuro y sin esperanza. Su mente novelesca le ofrecia un cuadro delicioso en la grata sorpresa que le causaria mas tarde, si—como le anunciaba su protector desconocido—podia presentársele distinguido artista, cogiéndola de nuevo trasformacion tan fausta.

Ademas, es preciso decirlo, toda la fé que tiene el génio en si mismo no basta á preservarle en ciertos momentos decisivos de recelos acobardadores.

A Huberto se le ocurria, precisamente al ver cumplido su fervoroso anhelo de consagrarse al arte, que quizá no era mas que un delirio de orgullo la capacidad que se atribuia y que la indulgencia agena no le disputaba. Sentia vagos temores de no llegar jamás á la altura que ambicionaba: ¿y para qué en tal duda seducir á su amada con esperanzas presuntuosas? ¿Para qué esponerla á decepciones amargas? ¡Qué ridículo —pensaba el jóven—qué lastimoso papel haria yo á sus ojos, si despues de decirle hoy—*mi suerte se cambia, mi porvenir se esclarece, parto á Paris á conquistarme un nombre, á trabajar tambien para satisfacer, á fuerza de amor y génio, los votos de tu padre que ningun artista ha llenado hasta ahora*—volviese dentro de dos años sin

reputacion, sin éxito en mi empeño temerario, no pudiendo aspirar sino á ser contado entre los pintores adocenados!

Esta reflexion fué acaso la que mas poderosamente le decidió á guardar absoluto silencio con Josefina, respecto á los últimos sucesos y al viage que era su consecuencia.

Segun lo resuelto por la misma doncella, no debian verse sino una vez al año.....esos dias cinco de Junio que eran para los dos aniversarios de dichas. En Marsella ó en Paris, Huberto no faltaria jamás á la cita que le daba su amada; no dejaria por ningun motivo de acudir á su verja, para trocar con ella la mirada de esperanza y el suspiro de recuerdo que serian por largo tiempo sus únicas comunicaciones. Atendido esto, tan ausente estaba el amante para su querida permaneciendo en Marsella, como viviendo en Paris, y el hacerle saber que iba á ser mayor la distancia material que los separaba, parecia al primero una crueldad innecesaria.

La carta se concluyó, pues, como hemos dicho, sin contener la menor palabra por donde pudiera colegir la que debia recibirla ninguna de las novedades ocurridas, y cuando la cerraba el autor entró una de sus hermanas advirtiéndole que era esperado para el almuerzo.

En efecto, Huberto halló á la familia sentada ya en torno de la mesita de pino, cuyo aspecto era mas halagüeño que de ordinario. Chuletas de ternera, tortilla de yerbas, algunas docenas de ostras, blanquísimo pan y buen vino, rendian testimonio de la mejora de los fondos domésticos y solemnizaban la presencia del padre de familia, que tornaba á presidir la mesa.

El almuerzo, sin embargo, no fué tan animado como la pobre colacion de la víspera. Las señoras sabian ya por Mr. Robert que el jóven las abandonaria pronto y esta noticia las afectaba vivamente.

Al levantarse los manteles sonaban las diez en la cercana iglesia. Huberto las contó conmovido, y poniéndose al punto de rodillas delante de los esposos les pidió su bendicion.

—Cómo! esclamó estremeciéndose la madre. ¿Es hoy por ventura, hijo mio?

—Dentro de una hora parte el carruaje que debe conducirme— respondió aquel agolpándose á sus ojos el llanto.

—Dios mio! Dios mio! eso no puede ser!— gritó la señora Robert pálida y toda trémula, hasta el punto de verse obligada á tomar por apoyo el brazo de su marido.

—¡Animo cara esposa!— le dijo él aparentando firmeza. Nuestro Huberto ha sufrido mucho en ventaja nuestra, y justo me parece que suframos algo por el bien suyo.

—Cierto!— balbuceó la madre inclinando resignadamente la cabeza — y estendiendo luego sobre la del jóven sus manos descoloridas y casi trasparentes:—Dios te bendiga (le dijo) como yo lo hago, y recompense con liberalidad infinita cuanto has hecho por tu desvalida familia.

—Sí! añadió Mr. Robert con gravedad solemne: Cúmplanse los votos de la que te llevó en sus entrañas: concédate el cielo una esposa tierna y casta como ella, y sean tus hijos para tí lo que tú has sido para tus padres.

Diciendo esto quiso meter en los bolsillos del viajero parte de los cincuenta luises que recibiera de Mr. Nyon, pero Huberto los rechazó dulcemente, poniendo al mismo tiempo en un dedo de Mma. Robert la magnífica sortija del desconocido.

—Os he tomado ya bastante, les dijo, del numerario que acompañaba esta alhaja. Pagadas mis deudas y mi asiento, aun me queda lo necesario para mi manutencion durante el viaje. Conservad el resto de vuestros fondos, padre mio, para ayudaros miéntras permanezcais sin ocupacion lucra-

tiva, y sea el valioso brillante—que deposito en manos de mi madre—la dote de mi hermana mayor, siempre que no os obligue á venderlo alguna urgencia inevitable. En cuanto á nuestra pequeña— añadió sonriendo entre sus lágrimas—la destino mi mejor cuadro, que espero en Dios podrá valer tanto como la sortija.

Las dos jóvenes se colgaron de su cuello y por espacio de algunos minutos solo se oyeron tiernos adioses medio ahogados por sollozos.

Mr. Robert puso fin á tan patética escena haciendo venir un mozo que cargó con la maleta del viagero, y arrancando á este de los brazos que le retenian, lo llevó él mismo hasta el segundo tramo de la estrecha escalera.—Adios—le dijo entónces abrazándole:—que pronto podamos bendecir juntos al protector generoso á quien probablemente conocerás en Paris.

—Adios, hijo de mi alma!—Adios, hermano querido!—le gritaban tambien desde lo alto las tres desconsoladas mugeres.

—Hasta el cinco de Junio! respondió Huberto, ya al pié de la escalera. Sea cual fuere mi destino pasaré siempre ese dia en el suelo de Marsella.

—Ah! sí! sí! repuso la madre alentada un tanto con tal promesa. El cinco de Junio es memorable

para nosotros todos, pues fué en él cuando conociste á nuestro ángel tutelar. Que siempre oremos juntos en ese dia pidiendo al cielo lo colme de ventura.

—Siempre!—repitió Huberto lanzándose con esfuerzo fuera del umbral.

—Hasta el cinco de Junio, pues! gritaron en coro las tres voces femeniles.

—Hasta el cinco de Junio!—dijo tambien Mr. Robert.—Y Huberto se alejó murmurando largo trecho— Hasta el cinco de Junio.....

Por primera vez desde la cruel noche en que mandó á Josefina su primera carta, volvió á verse nuestro protagonista al pié de aquella ventana en que por tanto tiempo aparecía su ídolo, cada dia festivo, colmándole de felicidad con una dulce sonrisa, con una tierna mirada.

El corazon del jóven, conmovido por la reciente despedida, desfalleció casi bajo la nueva impresion que recibia, á presencia de aquellos sitios tan llenos de recuerdos inolvidables.

Se hallaban corridas las persianas: sus ojos anhelantes no podian traspasar aquel obstáculo, para columbrar siquiera uno de los preciosos muebles de la virginal estancia.

Huberto dió la vuelta por un costado de la

casa y fué á apoyarse trémulo y oprimido en aquel ángulo izquierdo de la verja, por entre cuyos hierros se asomaba---risueña y esmaltada por los argentados rayos del astro de la noche--la hermosísima cara de la jóven criolla, en aquella célebre noche del cinco de Junio.

El pequeño jardin estaba desierto. Solo turbaban á intérvalos su melancólico silencio los amorosos pios de algunos pajarillos, que se guarecian del sol en las frondosas copas de los naranjos enanos.

El mancebo permaneció largo rato inmóvil, sin fuerzas para levantar la blanca piedra que veia á sus pies al otro lado de la verja.

Pero volaba el tiempo, iban á dar las once, y ademas podian pasar gentes cuya atencion llamase, continuando clavado junto á la verja.

Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo, alzó con temblorosa mano la designada piedra, y, segun lo prevenido por Josefina, colocó debajo su carta.

Terminada la operacion se despidió del jardin con larga y congojosa mirada, y tornó á ver por última vez la ventana querida.

No halló alteracion! La celosía importuna, que en otros tiempos se descorría ante él para dar

paso á la luz de su alma, continuaba cerrada tenazmente cubriendo de sombras su corazon dolorido.

De pronto, empero, llegó á sus oidos un preludio ejecutado en el piano, y que agitó todas sus fibras cual si fuera la voz misma de la vírgen cubana.

Aquellos sonidos eran arrancados al músico instrumento por sus dedos nacarados.....aquellos sonidos probaban á Huberto que ella se hallaba allí, al otro lado del muro, á pocos pasos de él, pudiendo oir el *adios* que le enviase desde la calle.

El adios no fué, sin embargo, pronunciado todavía, y en vez de él resonó suavemente una melodía de Pórpora, tierna, patética, casi gemidora.

Al espirar la última nota la estridente voz de la campana vino á anunciar al viajero, embelesado por la deliciosa cadencia--en que le parecía recoger dulces promesas y amorosos suspiros--que era ya la tristísima hora de la partida.

En efecto: el carruaje se estaba enganchando al alcance de su vista.

—Adios!—murmuró por fin;—Adios, Josefina mia, hasta el cinco de Junio.

Una lágrima ardiente, resbalando cristalina por todo lo largo de sus mejillas, cayó en tierra

sellando al pié de la ventana la última huella de su paso.

Por un misterio de magnetismo, la doncella cubana se inclinaba en aquel mismo instante sobre el teclado que enmudecía, salpicándolo con otra lágrima silenciosa, porque se le habia ocurrido de repente medir con el pensamiento los eternos once meses que aun la separaban del cinco de Junio de 1753.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

El Artista Barquero

ó

LOS CUATRO CINCO DE JUNIO.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO 1º

Huberto en Paris.

El Paris de Luis XV no era en verdad el Paris que hemos conocido; el Paris de Luis Felipe ó de Napoleon III, con su mas de millon y medio de habitantes repartidos en mas de dos mil calles; y sus monumentales embarcaderos de líneas férreas; y su brillante alumbrado de gas; y sus innumerables carruages públicos; y sus trágicos y épicos recuerdos de la revolucion y del im-

perio, consignados en soberbios arcos como el del Carrousel y el de la Estrella; y en columnas y puentes como los de Julio, Vendome, Arcola, Jena, Austerlitz etc; ó en *boulevarts* como los de Sebastopol y Strasbourg—improvisaciones gigantescas de la época presente; que se hermanan con el mercado de hierro, la fuente de San Miguel, la prolongacion de la gran calle de Rívoli, y tantas otras magníficas obras hechas al vapor por la rápida é incansable actividad del soberano por sufragio universal.—Pero era, sin embargo, el Paris aristocrático y galante, animado todavía por el licencioso espíritu de la regencia, y todavía deslumbrante con mágicas huellas del faustoso reinado precedente.

Para un jóven ávido de placeres, aquel Paris valía tanto, cuando menos, como el Paris de nuestros dias; y para un ambicioso impaciente, los caminos de entonces no eran ciertamente mas difíciles ni largos que los de ahora; aunque no habia periodismo comparable al moderno, ni bolsa, ni tribuna,—sendas de atajo maravillosas por las cuales hemos visto á muchos llegar en un santi-amen al poder y á la fortuna.

En cambio bastaban un capricho de cualquiera de las sucesivas favoritas, un remoto parentes-

co con alguno de los cortesanos predilectos, una mirada benévola del ministro—ganada por la adulacion mas baja—bastaban, repetimos, con sobrada frecuencia para sacar del polvo las mas insignificantes existencias, revistiéndolas de pasagera importancia.

Nuestro héroe, empero, llegó á la inmensa fábrica de reputaciones y fortunas, al foco inexhausto de deleites, sin sed ninguna de estos y sin vislumbrar siquiera los elementos fáciles de aquellas.

Todo en su concepto tenia precisamente que debérselo á su talento y estudio, resultando de tan errónea creencia que Paris para él se redujo al modesto recinto del obrador del maestro con quien vivía, y á los museos en que iba á admirar los modelos mas notables de las diversas escuelas de su arte.

Nuestros lectores adivinan sin duda que el primer cuidado del jóven fué indagar de su profesor y patron quién era la persona que habia pagado sus dos años de aprendizage y pension; pero el artista le preguntó á su turno sorprendido.—Pues qué! ¿Lo ignorais vos?

Tras la respuesta de Huberto le refirió que solo se habia llegado á él un sugeto con trazas de

agente de negocios, el cual á nombre de Mr. Robert padre, le propuso tomar como pupilo y díscipulo al que ya habia sido lo último tiempo antes.—Acepté desde luego—añadió el pintor—por que me constaba vuestra admirable disposicion para el arte y tenía tambien muy presente lo noble de vuestra índole. El encargado me pagó dos años adelantados, segun lo propuesto por él mismo, le dí el correspondiente recibo para vuestro padre, se despidió advirtiéndome que vendríais pronto, y nada he vuelto á saber respecto á tal sujeto.

—Pero recordareis sin duda quién fué el que con anterioridad á la conferencia que acabais de referirme, supo por vos que me habiais dado lecciones antes que mi familia abandonase á Paris.

—Aguardad!—repuso el maestro recapacitando un momento como para aclarar algun recuerdo confuso.—Es posible que alguien me hablase de vos primero que el agente. Oh! sí! me parece que tengo cierta idea de ello: pero ¡son tantos los que visitan mi estudio! No imagineis que se trata solamente de gentes adocenadas—añadió con cierta jactancia.—Altos funcionarios públicos, celebridades de todo género suelen honrar este obrador,

admirando, segun dicen, mis concienzudos trabajos. Quizá fué alguno de ellos quien me dijo algo con respecto á vos; pero confieso que por mas que me afano no acierto á verlo en mi flaquísima memoria.

—Dios mio! esclamó el jóven: ¿estaré condenado á ignorar siempre ese nombre?

—Decidme los motivos que os mueven á inquirirlo con tan grande interés, y acaso sacaré de ello alguna luz que esclarezca mis recuerdos.

Huberto contó, en efecto, los favores que debía al desconocido anciano; pero aunque aquel relato conmoviese al pintor—cuyo corazon era escelente—y le hiciese participar del anhelo de su discípulo, no pudo absolutamente satisfacerlo. Veinte nombres soltó á la ventura como meras hipótesis, mas al dar señas de las personas ningunas convenian con las del hombre de la barca.

Frustrada nuevamente su esperanza, no pensó Huberto desde aquel dia sino en sus estudios suspirados. La asiduidad y el ardor con que se consagró á ellos llegaron á inspirar al maestro recelos por su salud. Le dió prudentes consejos, le echó enérgicas reprimendas, pero el jóven—que agra-

decia al parecer los unos y escuchaba con humildad las otras—no daba, sin embargo, la menor muestra de enmienda. El afan que lo devoraba le producia una especie de fiebre de la que no alcanzaba á enseñorearse su propia voluntad.

Por un feliz acaso, que él juzgó providencial, era hijo de Cuba, nacido en la Habana como su amada, uno de sus mas queridos condiscípulos. Aquel jóven pertenecía á una familia rica, que habia tratado mucho á la de la difunta Sra. Caillard, á quien recordaba perfectamente, así como tambien á su lindísima hija, que se le parecia mucho. Mas aun, había estado repetidas veces en el consabido templete de la colina, conservándolo muy claro en su memoria, y hasta sabia una circunstancia ignorada indudablemente por el viudo monomaniaco.—Era dicha circunstancia nada menos que la existencia del diseño del templete, en poder del arquitecto á cuyo cargo estuvo la ejecucion, y con el cual tenia precisamente parentesco no remoto el que dió á nuestro Huberto esta noticia, que casi le puso á pique de volverse loco de alegría.

Por supuesto el diseño fué pedido urgentemente á la Habana, y se recibió en breve acompañado de un precioso album que encargara el

criollo á cierto amigo suyo, y en el cual no solo almacenó éste varios paisages de los mas característicos del vírgen suelo y del tórrido cielo de nuestra hermosa Isla, sinó tambien multitud de aves, plantas y hasta reptiles indígenas.

Aquel album fué para el amante de Josefina, segun desde luego comprenderán nuestros lectores, un tesoro inapreciable cuya posesion no hubiera trocado por los famosos de Creso.

Su condiscípulo no estaba desprovisto, por tanto, de aparente fundamento, cuando al pedir aquellos croquis á su compatriota colonial, le decia con disculpable orgullo:

—« Tengo aquí un amigo que es entusiasta por « nuestra cara Antilla, aunque jamás la ha visto « ni aun en pintura. No me habla sino de Cuba, « encantándose con las descripciones que le hago « y reteniendo en su memoria los mas insignifi- « cantes detalles. En vista de ello casi puedo ase- « guraros que, tan luego termine sus estudios, ten- « dreis allá ese nuevo colono, que serà—estoy « cierto—uno de los mejores artistas de la escuela « francesa. »

Pero aunque Huberto—animado por la predileccion que daba campo á las conjeturas de su compañero—estudiase con decidido empeño el

brillante colorido de la naturaleza del trópico, no descuidaba tampoco sus ensayos de otra índole.

Desde los primeros dias de su llegada á Paris trabajaba en un pequeño cuadro, ó mejor dicho en el pequeño boceto de un gran cuadro que se proponía emprender en lo sucesivo, y que no le originaba menos desvelos que los paisajes trasatlánticos.

En aquella incesante embriaguez de sus amados estudios se le pasaron semanas, y luego meses, como si fuesen minutos. Solo comprendía la largura del tiempo cuando contaba los dias trascurridos sin ver á Josefina ni tener noticias suyas, y los que aun faltaban para el anhelado momento de encontrarse otra vez al pié de su querida ventana ó junto á la alta verja tapizada de jazmines.

En cuanto á su familia, recibía frecuentes cartas mas y mas satisfactorias.—« Tu padre—le de-
« cia en su última la Sra. Robert—ha recobrado á
« Dios gracias su antiguo concepto y numerosas
« relaciones, ganando ya tanto ó mas que antes,
« en su profesion de corredor de comercio. Habi-
« tamos un bonito primer piso á la entrada del
« boulevart de la Paz y lo hemos amueblado de-
« centemente. Me encuentro como tú deseabas,
« hijo mio, descansada y sin mas cuidado que el

« de mi salud decaida. Tu hermana mayor tiene
« á su cargo la casa y hace una ama de gobierno
« inmejorable. La pequeña lleva los libros á tu
« padre, mejor, segun dice él, que el tenedor mas
« esperto. Ademas, se ocupa en primorosos bor-
« dados por los dibujos que tu le hiciste. Reune
« bastante número de lindísimas obras, que el dia
« que quiera venderlas podrán valerle muy bien
« sus trescientos francos. La semana próxima pa-
« sada regaló un rico pañuelo á Mad. d'Hericour,
« cuyo digno esposo es de las personas que mas
« han favorecido á tu padre, contribuyendo á res-
« tablecer su crédito de corredor. La amable se-
« ñora hizo grandes elogios de la delicadeza y
« perfeccion del trabajo de nuestra niña, y la pro-
« metió sonriendo que si lograba algun dia
« decidir á su rebelde deudo el caballero de
« S..... á bajar la dura cerviz bajo el yugo ma-
« trimonial, recurriría á ella para poder obsequiar
« á la novia con una hermosa coleccion de borda-
« dos. Ya ves, Huberto mio, que todo va bien
« por acá, siendo nuestro solo pesar el no saber
« todayía el nombre de nuestro bienhechor, y
« nuestra mas dulce esperanza el abrazarte como
« ofreciste el cinco de Junio próximo. »

Pocos dias despues de recibida la carta cuya

parte mas notable acabamos de trascribir, y al comenzar la primera semana del florido Abril, entrando una mañana el maestro de vuelta de ciertas diligencias, fijó su atencion un bonito boceto que halló colocado modestamente en el rincon mas oscuro de la sala de estudio.

Representaba cierta escena que le era conocida por relato. Era el puerto de Marsella al declinar de una apacible tarde, y se destacaba en primer término la barquilla blanca con su jóven patron, en el momento de saltar á ella el desconocido personaje.

—Hola! Hola!— esclamó el maestro fijando complacida mirada en aquel primer ensayo de su discípulo predilecto.—Esto es ya una composicion que, como obra de principiante, puede llamarse admirable. No está muy estudiada la perspectiva, no muy correcto el dibujo, pero hay allí libertad de ejecucion, toques felices, colorido brillante. Además, la semejanza del barquero con el artista resalta á primera vista: está bien esa cabeza..... muy bien.

Y la del anciano? preguntó ansiosamente Huberto, que soltando el pincel con que coloraba otro estudio se acercó con viveza á su interlocutor. ¿No os recuerda á nadie esa fisonomía? ¿No reconoceis

al contemplarla á ninguna de las personas que estuvieron en esta sala en los dias anteriores á vuestra conversacion con el agente?

El maestro miró largo rato la pintura y dijo despues ingenuamente:—No, amigo mio: no me dice nada esa cara. Si es retrato no he visto nunca al original, ó vos no habeis acertado en manera alguna con el parecido.

El jóven se volvió á su atril silencioso y mohino: por mucho que alabaron su boceto, á la par del maestro, los condiscípulos que fueron llegando sucesivamente, el autor no se dignó ya dirijirle otra vez una mirada, murmurando despechado á cada encómio que oia:—Bah! cómo si ignorase yo que eso no vale nada.

Es de advertir que nuestro barquero artista habia alimentado la esperanza de que al ver el maestro aquella imágen de su bienhechor querido, que le habia ocupado largamente, no podria menos de esclamar al instante:—¡es fulano! En efecto, bien podia no acordarse de quien era la persona que le habló de Huberto antes que el agente, pero de seguro (pensaba él) no ignoraría el nombre de aquella, y tan luego como se presentase á sus ojos tan característica fisonomía, aquel nombre se le escaparía de los lábios.

El desvanecimiento de esta última esperanza no pròdujo solamente un disgusto amarguísimo en el pobre jóven, sino tambien cierto apocamiento que podia ejercer funestas influencias en su porvenir artístico.

¿Cómo he de presumir—se decia— acertar en la cópia de lo que no he visto, dar semejanza y vida á lo que llega á mí como sombra de un ageno recuerdo, yo que he sido incapaz de hacer reconocibles rasgos que conservo en el alma y que son tan verdaderamente notables? Oh! la vanidad me cegaba. El empeño temerario que me proponía llevar á cabo es, por lo visto, muy superior á mis fuerzas. El amor por sí solo no alcanzará á prestarme la intuicion maravillosa del génio.

Estas reflexiones tristes fomentaban sin cesar la estraña postracion que se iba apoderando de aquella naturaleza impresionable, siendo de notar que se acrecentaba visiblemente á medida que estaba mas próxima la época de su visita á Marsella.

La fatalidad parecia empeñada en nublarle al tierno amante el dia único para su corazon; el dia con que soñara durante largos meses de silenciosa ausencia.

Llegada la ante-víspera de su partida no

se mostraba Huberto mas satisfecho y animado. Contra su costumbre, que era como hemos dicho no abandonar el obrador sino para ir al museo, aquella mañana anduvo vagando largas horas por las alamedas y jardines de los campos Eliseos— cuyo nombre en aquella época era el de *Grand-Cours*, dado por Luis XIV.

Procuraba el jóven fatigar su cuerpo á ver si sentía ménos de ese modo el decaimiento de su espíritu.

En efecto, regresó á su morada rendido de tanto andar, pero sin que fuera, no obstante, ménos melancólica la espresiou pensativa de su frente.

—Huberto! Huberto! oyó gritar de pronto en el instante de llegar al último tramo de la escalera.

Alzó los ojos y vió al maestro, que le salía al encuentro con el aspecto de un hombre regocijado.

Amigo mio!— le dijo tomándole por el brazo para hacerle subir mas de prisa los pocos escalones que aun le faltaban:— tengo una gran noticia que daros. Venid! vais á confesar que sois un hombre nacido con dichosísima estrella, no obstante los contratiempos pasados.

—¿Qué hay? qué ocurre? preguntó el mancebo

dando lugar á la curiosidad que forzosamente debia despertarle semejante exórdio.

—Adivinad! adivinad si sois penetrador. Se trata de un suceso que de seguro os llenará de júbilo y por el cual sincerísimamente os felicito.

—Ha habido alguna carta de mi familia?

—Es mejor que eso lo que voy á deciros.

—Ah!..... ¿será que hayais descubierto quien es mi protector misterioso?

—Mejor que eso todavía!

—Mejor que eso!

Juzgareis por vos mismo al escucharme, repuso el maestro parándole junto al umbral de la sala que acababan de atravesar; miéntras se frotaba las manos con infantil alegria, á la vez que se esforzaba por prestar á su tono cierta misteriosa importancia.

CAPITULO II.

El destino del primer boceto.

—¿No echais de menos nada en el recinto que teneis á la vista? le dijo al fin á Huberto.

El díscipulo paseó su mirada por cuantos objetos contenía la sala y respondió despues con forzada sonrisa:—Ah! bien! veo que habeis quitado de aquel rincon mi pobre primer ensayo. Lo apruebo en verdad, mi querido maestro, pues no era digno de ocupar ni aun el lugar mas humilde aquí donde se ostentan tantas obras notables.

—Oh! Oh! Oh!.....—repuso su interlocutor riéndose á carcajadas:—dais prueba de no poseer, en la ocasion presente por lo menos, ni pizca de pers-

picacia. Esa pintura que despreciais se encuentra á estas horas en mucho mas honorífico puesto que del que suponeis la he privado, y vale á su novel autor lo que no obtienen fácilmente consumados profesores por obras muy acabadas.

—¿Qué decís! ¿la habeis vendido acaso? tornó á esclamar el mancebo entre alegre y pesaroso. No comprendo, añadió, que haya persona bastante estravagante para haber pagado cara, segun indicais, cosa de tan escasa valía; pero así y todo no me proponía enagenarla, no lo deseaba; porque á falta de mérito artístico tiene para mí el del asunto que representa.

—¿Quién os habla de venta? El boceto, amigo mio, os vale mucho mas que algunos cientos ó miles de francos; os vale nada ménos que el agrado, el interés, la proteccion poderosa de la reina de Francia. Oh! sí! no me mireis con ese aire de incrédulo: bien puedo llamar reina á la que manda en la monarquía y en el monarca mas que la augusta señora María Leczinska.

—Entónces..... entónces (dijo Huberto balbuciente) debe ser la favorita la persona de quien hablais.

—Sí, querido; la marquesa de Pompadour—que se enorgullece grandemente cuando se oye lla-

mar protectora de las artes— ha honrado hoy con su inesperada visita el humilde obrador en que nos hallamos. Le habian encomiado mucho, segun dijo, el paisaje de los Alpes que estoy concluyendo para el mariscal de Luxembourg, y no quiso volverse á Versalles—para donde sale pasado mañana—sin apreciar antes por sí misma el mérito de una pintura que tanto le ponderaban.

—Pero mi boceto?.....

—Aguardad, no seais impaciente: voy á referiros lo ocurrido con todos sus pormenores. La hermosa dama del rey, y su hermano que la acompañaba, permanecieron largo rato contemplando mi paisaje casi en éstasis de admiracion. Oh! inteligentes de veras son ambos, pues no se les escapó la menor belleza de detalle. No os repetiré las cosas lisonjeras que me dijeron, para entrar desde luego en la parte que os atañe.

—Sí, sí;—pronunció Huberto con agitacion visible:—os ruego que acabeis pronto.

—Despues que los dos hermanos hubieron examinado á su placer mi celebrada obra dirijiéndome, como os he indicado, las mas espresivas alabanzas, recorrieron el salon mirando á la ligera los muchos buenos estudios que contiene; pero al llegar delante del boceto que desdeñais se detuvo

la marquesa, fijándole por largo tiempo atenta y complacida mirada.—¡Qué linda pintura! dijo seguidamente al Sr. de Marigny: ved que frescura! qué vida! Esas olas parece que se mueven acariciando la blanca navecilla: ese rayo de luz pálida, que llega á morir sobre la bella frente del jóven barquero, es un toque admirable.

—Dijo eso! esclamó Huberto cuya emocion llegó al enternecimiento.

—Mas que eso— prosiguió el maestro con cordial regocijo: creyendo que vuestro boceto era mio— en cuya sola circunstancia creo vereis un motivo de justísimo orgullo— me lo celebró con entusiasmo que nada tenía de ficticio.

—No le hallo mas que un defecto, observó sonriendo, y es la impropiedad del género de hermosura que habeis dado al barquero; figura, por otra parte, la mas notable del cuadro. Como creacion hace honor á vuestro idealismo, pero como verdad de lo que representa no me parece verosímil.

—Pues sabed, señora, le contesté al instante, que esa inverosimilitud es la pura verdad; es un retrato.

—Como un retrato! esclamó ella admirada.

¿Existe un hombre de esa condicion en quien hayais visto tan poético y distinguido tipo?

—Existe aquí— respondí sonriendo á mi vez— en este humilde taller que os dignais visitar, y es el mismo autor del boceto que ha tenido la dicha de agradaros.

—Es posible! esclamó ella: ¡un barquero artista!

—O un artista barquero, como gusteis llamarlo, dije riéndome.

Los dos hermanos hicieron mil preguntas mostrando curiosidad vivísima, y le referí por último en compendio cuanto sé de vuestra historia. Hubiera dado cualquiera cosa porque estuviéseis presente. ¡Con qué interés escuchó mi breve relacion la favorita hechicera! ¡Que dos perlas, cómo diría un poeta, se asomaron á sus párpados al saber la causa del afan que os llevó hasta el estremo de egercer grosero oficio para proporcionaros dinero!

Terminada mi narracion dijo al marqués de Marigny, con cierto tono de generosa envidia.

—Feliz el desconocido á quien cupo la gloria de representar á la providencia, socorriendo de ese modo al infortunio, y recompensando á la virtud y al talento!—Deseo, añadió volviéndose á mí, deseo ya tanto como vuestro discípulo, saber el nombre de ese bienhechor misterioso, y comprendo todo el valor que, independiente del de su

mérito artístico, tiene el precioso boceto que estamos contemplando. ¿Pensais que su autor quiera cederlo, proporcionándome el gusto de colocarlo entre los mejores de mi pequeña galería de pinturas? A ningun precio me parecería cara tan grata adquisicion.

—Señora — contesté al momento inclinándome con galantería— seguro de interpretar los sentimientos de mi jóven amigo, me atrevo á suplicaros en su nombre que os digneis aceptar el pobre ensayo que tan benévolamente juzgais, como síncero homenaje de su profundo respeto hácia la que es aclamada, justamente, ángel tutelar de las bellas artes.

Este cumplimiento, amigo Huberto,— prosiguió diciendo el maestro con satisfaccion de sí mismo— fué del mejor efecto que podeis imaginar. La marquesa admitió con muestras de íntima complacencia el pequeño obsequio que en vuestro nombre le hacía, y me encargó por dos veces, con la mas encantadora sonrisa, que no olvidara deciros el alto concepto que formaba de vuestro talento y el singular aprecio que le merecía vuestro carácter.—Aguardo, añadió, que Mr. Robert me proporcione ocasion de espresarle por mí misma estos sentimientos que por tantos títu-

los merece, y me anima la esperanza de que desde hoy no será solo su anciano desconocido quien goce la dicha de ayudarle á abrirse digna senda de glorioso porvenir.

En fin, amigo Huberto, solo me resta deciros para colmar vuestra satisfaccion, que el boceto fué llevado inmediatamente á su nuevo y honroso puesto, y que Mma. de Pompadour—en el momento casi de entrar en el coche—supo hacerme entender que mañana hasta el medio dia no recibiría visitas, pero que se hallaba dispuesta á hacer escepcion á favor vuestro, por el gusto de daros las gracias cuanto antes y mostraros á la vez algunos de los selectos cuadros en cuya sociedad se encuentra instalado el vuestro.—Ahora bien! no tenía motivos para aseguraros que habeis nacido dichoso? No son noticias dignas del júbilo con que os fueron anunciadas estas que acabais de oir de mis lábios?

Huberto no tuvo tiempo de contestar, porqué como entraban al mismo tiempo en el salon, á cuyos umbrales se habian detenido hasta entónces, le rodearon al punto todos los condiscípulos juzgando, hasta los envidiosos, que no les era dable escusarse de ofrecer á nuestro héroe mas ó ménos sinceros parabienes.

El, miéntras tanto, em bargado por la impresion de un suceso al que veía dar tan grande importancia, y sintiéndose halagado de súbito—despues de tantos dias de profundo desaliento y tímida desconfianza—se hallaba poseido de una especie de de iciosa embriaguéz que le privaba casi del uso de la palabra.

Esa exageracion de sensibilidad, fuerza y martirio de las naturalezas que han debido al cielo la misteriosa facultad que llamamos génio; esa potencia caprichosa de la imaginacion que todo lo agranda ó lo achica de una manera inconcebible para el vulgo, hacen estrañamente del hombre que la posée el ser mas poderoso y mas débil de la tierra. Capaz de levantar montañas como si fuesen aristas, se le vé, sin embargo, con frecuencia convertir las aristas en montañas y rendirse bajo el peso que les dá su fantasía.

Por eso la fé del artista, esa fé en sí mismo que le hace acometer y llevar á efecto la grandiosa empresa de realizar lo ideal, suele postrarse flaca al golpe inesperado de un fallo injusto: por eso el aplauso, el aura popular, la resonancia del éxito, que llamamos fama, son necesidades imperiosas sin cuya satisfaccion el mayor talento artístico decae poco á poco y aun se esteriliza muchas veces.

Diríase que la Providencia, siempre sábia, ha querido poner como antídoto del orgullo egoista, en las inteligencias privilegiadas, esa imposibilidad de vivir de sí mismas que las lleva irresistiblemente á comunicar y á recibir; esa antítesis singular de fuerza espontánea y necesidad de estímulo, que hace que la soberanía que egercen por su propio derecho solo les sea preciosa por la sancion ruidosa del sufragio público.

Para Huberto bastó mucho menos en la ocasion de que hablamos: tanto como le desanimara la sola circunstancia de no haber acertado á dar semejanza al retrato del desconocido, otro tanto se alentó y recobró esperanza al suave impulso de algunas palabras lisonjeras de delicados lábios femeniles.

El artista tiene de niño casi mas que de gigante: cualquiera cosa le alegra ó le entristece: el mas leve empuje basta para remontarle á los cielos ó para sumirle en el abismo.

En toda aquella noche no pegó los ojos nuestro jóven: su boceto colocado entre las obras maestras que eran preciado ornato del palacio de la muger mas poderosa entonces de la Francia; su nombre conocido y pronunciado por ella con aprecio y simpatía; su visita solicitada y esperada;

su próximo viaje á Marsella, no ya desesperanzado y triste, sino gozoso y lleno de fé en un porvenir que comenzaba á sonreirle.....todas estas ideas, y otras infinitas que les servian de corolarios, exaltaban la mente del artista privándole de reposo.

Desde muy temprano se levantó, calenturiento todavía, y dió principio á su *toilette*, que fué tan esmerada y larga como la de una coqueta. Comprendió acaso, por primera vez en su vida, que un agradable esterior es á los ojos de toda mujer y aun de muchos hombres la mas eficaz recomendacion del talento, y que un apoyo cual el de la marquesa de Pompadour podía valerle mas que muchos años de estudios.

¿Sería esto ya un comienzo de corrupcion?

No lo indaguemos: en aquella época—y quizá en cualquiera otra— el haber tardado un año en sospechar que fuese el favor mas necesario que el mérito, bastaría para hacer el mas completo elogio de Huberto Robert, aun cuando su vida posterior no diese testimonio de que nunca pudo malearle la atmósfera en que respiraba hasta hacerle olvidar la dignidad del talento.

Perdonándole, pues, el que se vistiese con esmero algo frívolo el dia de su importante visita,

y pasando por alto los consejos llenos de esperiencia que le dió en aquella ocasion su elocuente maestro, vamos á trasportar al lector, en un abrir y cerrar de ojos, si tiene á bien seguirnos, á la opulenta morada de la hermosa querida de Luis XV.

CAPITULO III.

La Marquesa de Pompadour.

El palacio del Eliseo es un vasto edificio que no nos atrevemos á llamar monumental, pero que en su vida, de ménos de dos siglos, ha atesorado recuerdos de gran interés histórico y de dramáticas coincidencias.

Cosa notable! aquellos muros, aquellos salones que aun nos parecen impregnados de los adúlteros amores de Juana Antonieta Poisson y su corruptor augusto; aquellos muros y aquellos salones que presenciaron sin duda escenas de libertinaje régio y de envilecimiento de la monarquía, son los mismos que aposentaron despues á la di-

fundidora enérgica de la revolùcion triunfante; á la prensa infatigable de la república, que desde allí derramaba su democrático espíritu sobre la Europa conmovida. Marat y Robespierre hollaron con sus sangrientas plantas los ricos pavimentos que aun conservaban huellas de la omnipotente favorita, y respiraron los vapores de la guillotina en el ambiente embalsamado por sus hábitos voluptuosos.

Mas tarde, esos muros y esos salones prestaron albergue sucesivamente á Napoleon, á Alejandro, á Wellington..... y el desgraciado duque de Berry salió de ellos para recibir el golpe de una mano homicida, como si las hecatombes revolucionarias no hubieran bastado á la expiacion de su estirpe.

Luego, en nuestros dias, esos muros, esos salones sirvieron tambien de residencia al venturoso presidente de la segunda república, que es hoy dueño de la Francia. Los sucesos del 2 de Diciembre, que todos recordamos, fueron por tanto probablemente concebidos en aquellos mismos sitios en que la imprenta, convertida en cátedra de anarquía, envileció la libertad inspirando y sancionando en su nombre crímenes horrorosos.

La Providencia suele hacer tales manifesta-

ciones de su infalible justicia, y el palacio en que vamos ahora á introducir al lector parece escojido particularmente para teatro de sucesivas y visibles expiaciones.

Nada era, empero, mas alegre, mas fresco, mas coquetamente suntuoso que el perfumado recinto eu que se nos presenta la primera propietaria del Eliseo, el dia de la visita de nuestro protagonista. Todo respiraba opulencia y buen gusto en aquel *boudoir* elegante, del que se habia hecho la profana deidad— incensada por un pueblo--altar privilegiado á que solo eran admitidos los adoradores predilectos.

En los momentos en que se dirigia Huberto al *Faubourg Saint-Honoré*, donde se levanta el palacio, se hallaba la favorita semi-acostada muellemente en una especie de divan oriental, teniendo delante el consabido boceto colocado en un atril de ébano.

Aunque contaba ya algo mas de seis lustros no habia perdido su belleza nada del primitivo esmalte; antes bien, cierta dulce melancolía que en aquella época de su vida solía prestarle misteriosa sombra, acrecentaba quizá la gracia indefinible de su espresivo semblante.

En la ocasion de que hablamos aquella inte-

resante veladura era mas visible que nunca en su hermosa frente pensativa que apoyaba en la mano, y en la larga mirada de sus lánguidos ojos fijos en la pintura; pudiendo creerse que le despertaba su vista recuerdos casi estinguidos de aspiraciones irrealizables ó de desvanecidas esperanzas.

Así era en efecto. Juana Antonieta Poisson—marquesa de Pompadour por la gracia del rey—se habia casado obedeciendo á su madre, y cuando salia apénas de la infancia, con un hombre honrado pero vulgar que no supo comprenderla nunca, y á quien ella solo pudo soportar algunos años.

Cerca de nueve habian trascurrido desde que el aburrimiento de su situacion y las sugestiones de la femenil vanidad la arrojaron en brazos de Luis XV; pero este, que nada dejó que desear á su ambicion ni á su capricho, no poseía tampoco medios ningunos de satisfacer las exijencias de su corazon apasionado.

Sabido es que si el disoluto monarca encontró suficientes encantos en la amistad de la marquesa para pagarsela durante veinte años con escandalosa privanza, nunca, empero, fué capaz de sentir un amor verdadero que lo preservára de contínuas infidelidades: y sabido es tambien que si la favorita pudo conservar hasta la muerte la

brillante posicion que tantas le envidiaron, se lo debió en gran parte á una tolerancia tan hábil como escesiva, que hubiera sido incompatible con sentimientos vehementes.

Sí; aquella muger de naturaleza poderosa, tocaba casi al término de la juventud sin haber amado todavía. Durante mucho tiempo la embriagaron de tal modo los goces del poderío, las delicias de la opulencia, las satisfacciones de la vanidad y los placeres de continuadas fiestas, que no pudo percibir ni las protestas de su conciencia ni los gemidos de su alma solitaria: pero cuando el hábito de todo aquello comenzó al cabo á disminuir sus prestigios, la querida del rey--en medio de su fausto, teniendo á sus plantas cuanto encerraba la corte de mas ilustre, decidiendo á su arbitrio los asuntos mas graves del Estado--se sentia sorprendida no pocas veces por instantes de amargura, en que súbitos despertamientos del corazon la hacian comprender cuán grande era el vacío de felicidad que cercaba su culpable existencia, en la cúspide misma de la fortuna.

Entonces sus aspiraciones y esperanzas de vírgen, los ensueños de amor que acariciaron la aurora de su vida, los vagos deseos de desconocida ventura, atravesaban su mente de impro-

víso, arrancandola del pecho suspiros dolorosos.

Entonces--al través de aquellos puros reflejos de un pasado inocente—entrevia la lobreguéz de un porvenir desprovisto de memorias santas de virtud, de recuerdos dulces de amor; cargado solamente con los remordimientos y pesares que dejaria en pos suya el efímero reinado de una hermosura frágil, cuyo cetro se le caeria pronto de las manos.

Ahora bien, renunciando á esplicar el porqué—pues el alma humana tiene misterios impenetrables—declararemos sencillamente que la contemplacion del boceto de nuestro pobre Huberto, tuvo el estraño influjo de hacer sentir como nunca á la favorita poderosa la melancolía de esos momentos, en que no era mas que una muger tierna necesitada de consuelo.

¿Presentiría tal vez encontrarlo muy grande haciendo la suerte de aquel bello adolescente, que contemplaba manejando el rudo remo para ganar el pan de su familia? ¿Seria, sino, porque al espectáculo de la agena virtud vibrasen simpaticamente secretas cuerdas de un corazon generoso, aunque pervertido; ó deberemos solo suponer que un instinto--bastante comun en su sexo--la advertia de repente que el jóven oscuro que solo conocia en pintura podia ser para ella [illegible] un ministro de venganza, un instrumento de expiacion?.....

Sea de ello lo que fuere, preciso nos es confesar que la marquesa se conmovió de un modo estraño en el momento en que le fué anunciado Mr. Huberto Robert, sonrojándose como si hubiese sido una vírgen de quince años sorprendida en su primer suspiro misterioso.

Nuestro héroe, por su parte, turbado con esa timidez respetuosa que siempre causa en los pobres el deslumbrante aspecto de la mansion de los ricos, olvidó completamente las estudiadas frases con que por consejo de su maestro se habia propuesto inaugurar la entrevista, y se presentó tambien trémulo, tambien rojo como la grana; prolongando tanto sus mudas reverencias que dieron tiempo á la favorita para recobrar su aplomo.

Mr. Robert,—le dijo entonces con afable sonrisa y señalando el boceto que tenia á la vista,--no necesito espresar lo mucho que me agrada la linda joya con que habeis tenido la bondad de enriquecer mi museo: os lo prueba bastante el hallarla aquí, en mi gabinete particular, siendo objeto de mi atencion hasta el instante de vuestra llegada.

Huberto que, siguiendo la direccion de la blanca mano, habia fijado sus ojos en la feliz pintura, los volvió por toda respuesta al hermoso semblante de la dama, con espresion de tan apasionada gra-

titud que—sin esceso de vanidad—podia interpretársele significativa de mas fogoso sentimiento.

Hemos tenido ocasion de observar que la grande actividad de la mente comunica á veces aun á los afectos mas vulgares cierto poder magnético, de que suelen carecer hasta en supremos momentos las pasiones de naturalezas comunes. La amistad, la admiracion, la simpatía, la simple benevolencia, alcanzan en ciertos ojos—fulgurantes naturalmente por la llama creadora del génio--un poder y una intensidad muy superiores á la energía de su orígen; sucediendo por esto que pueda á ocasiones y sin quererlo mentir el amor la inteligencia.

Madama de Pompadour no habia recibido jamás entre el tropel brillante de sus aduladores mirada comparable con la del agradecido artista. La señorita Caillard hubiera desentrañado la espresion de aquella mirada del alma del que la daba sin encontrar cosa que la alarmase; pero Luis XV no habría quizá penetrado la impresion de aquella misma mirada en el alma que la recibia sin sentirse un tanto lastimado.

Sin embargo, la conversacion entre la favorita del rey y el amante de la doncella criolla, fué por largo rato insignificante y embarazosa.

El, como ignorante de los usos del mundo, te-

mía faltar por esceso de reconocimiento á los respetos sociales, cayendo sin saberlo en inconveniencias.

Ella, habituada al frívolo trato cortesano, no sabia como dominar sus propias emociones para tratar segun era debido á aquel hombre que consideraba tan inferior, pero en el que adivinaba las susceptibilidades de la pobreza, la dignidad de la virtud y las exijencias del talento.

Buscando salida á una posicion penosa le propuso visitar su museo y ayudarla á colocar en su puesto de honor el boceto afortunado: la invitacion no podia ser mas lisonjera y fué por consiguiente agradecida y aceptada.

Apenas se vió Huberto en aquel salon cuyo único ornato eran obras de su arte; en ambiente mas puro, mas familiar para él que el perfumado del lujoso *boudoir* que acababa de dejar; contemplando á la marquesa no ya como gran señora que le dispensa audiencia, sino como entusiasta mujer que coloca por sí misma con casi infantil ufania el modesto ensayo de su protegido entre las producciones mas notables; mientras le hace comprender que sabe apreciar el mérito con observaciones que revelan esquisito sentimiento artístico..... apenas, decimos, tuvo lugar esta mudanza de escena, hábilmente realizada por el femenil instinto,

ya Huberto se encontró convertido en otro hombre, disipándose como por mágia la timidez que comprimía su naturaleza espansiva.

Ensanchósele el pecho, animósele el rostro, desatósele la lengua, allí—en la region de su vida, en la atmósfera del talento,— y obedeciendo dócil al impulso que le daba su amable interlocutora, preguntándole su juicio sobre las diversas escuelas, los diferentes maestros y sobre el arte en sí mismo, habló con facilidad, con brillantez, con irresistibles arranques de elocuencia, que participaban del carácter de la inspiracion poética en lo mucho que tenian de espontáneos.

La marquesa encantada con aquel lenguaje del entusiasmo, que la arrebataba momentáneamente de las realidades de la vida para hacerla vagar por las brillantes esferas del idealismo, le escitaba incensantemente con nuevas ingeniosas preguntas, con nuevas oportunas observaciones, y hasta con alguna feliz contradiccion.

El jóven, por su parte, satisfecho en lo íntimo de su amor propio por la atencion y el placer con que era esuchada y sostenida su conversacion--á la vez que complacido y regocijado al encontrar esquisito gusto y vivo sentimiento de lo bello en la que tan lisonjeramente habia juzgado su obra--se sentia

crecer, digámoslo así, y procuraba mostrarse digno del aprecio que se le dispensaba amenizando aquellos momentos que, en la inocencia de su alma, no podia sospechar remotamente dejasen en la marquesa huellas que él mismo no acertaria á borrar.

Cuando interrumpiendo de súbito la animada plática, anunció un paje de cámara desde la puerta, que numerosas personas aguardaban la dicha de saludar á la bella favorita, ella para quien habian volado dos horas como si fuesen minutos, esclamó con irreprimible enfado.

Pues qué! no sabiais todos que no quiero recibir hasta dadas las doce?

Perdon, señora, respondió el criado inclinándose, es ya mas de la una.

Mas de la una! repitió asombrada la marquesa. Oh! eso es imposible! ¿No es verdad, Mr. Robert? Dadme el gusto de mirar vuestro reloj.

Huberto no se sintió tan halagado por aquella incredulidad, como embarazado por el testimonio que le pedia.

Mirar su reloj! el pobre artista barquero no se hallaba provisto de aquel indispensable regulador del tiempo, y se puso encarnado hasta los ojos al tener que confesarlo.

La marquesa comprendió entonces la indiscrecion cometida y le tendió afectuosamente la mano en superabundante reparacion, diciéndole á la vez con la inflexion mas dulce de su voz armoniosa:

—Mañana vuelvo á Versalles y tendria mucho gusto en que aumentarais alguna vez el reducido círculo de los amigos de confianza que allá forman mi sociedad particular.

Huberto profundamente conmovido con estas nuevas muestras de distincion, dispensadas en un momento en que se creyó humillado á los ojos de la favorita, se precipitó á sus pies derramando algunas lágrimas sobre aquella mano perfumada que estrechaba amistosamente la suya, y que él besó cien veces y otras tantas llevó atrevido á su corazon palpitante de reconocimiento. Así rompió toda etiqueta, causando con el ardor irresistible de sus imprudencias tan grande turbacion en la marquesa, que hubo de arrancarse con cierta violencia de su lado para lanzarse fuera del salon en que acababa de pasar dos horas, quizá las mas llenas de su vida.

Tambien Huberto salió á la calle y se dirigió á su casa casi maquinalmente, segun era de íntima su emocion y de embriagadora su alegría.

Ver su primer ensayo entre obras maestras

de afamados artistas; oirse llamar al círculo de sus amigos por la poderosa marquesa de Pompadour—que era ya á sus ojos la mas buena y la mas superior de las mujeres;—hallarse en vísperas de volver á contemplar, feliz y lleno de esperanzas, el semblante adorado de su tierna Jesefina...! eran en verdad sobrados motivos para trastornar á nuestro héroe sacándole de sí mismo.

Todas las horas restantes de aquel dia, todas las primeras de aquella noche, las pasaron él y el maestro hablando incesantemente de tan lisonjeros sucesos, en alguno de los cuales puede ser que el viejo pintor columbrase algo mas de lo que veia su inesperto discípulo; pero en los que ambos á la par fundaban edificios de futuras felicidades.

Luego, á las ocho del dia siguiente, partió Huberto para Marsella, pero antes recibió—para colmo de satisfaccion— una preciosa caja de terciopelo carmesí, conteniendo magnífico reloj de oro con cerco de brillantes, y acompañada de timbrado billete en que se leian estas encantadoras palabras.

« Como espero veros pronto en Versalles y tener el gusto de presentaros al rey, os ruego acepteis esa repeticion que—á la vez que os recordará siempre la hora en que alcanceis dicha hon-

ra—nos preservará á los dos de olvidar, como sucedió ayer, las que vuelan ligeras mientras hablamos del arte divino que vos cultivais con éxito, y yo, aunque profana, admiro con entusiasmo:

JUANA ANTONIA.»

CAPITULO IV.

Segundo cinco de Junio.

Llegó Huberto á Marsella en una hermosa mañana, trasportado de júbilo á su familia y sintiéndolo él mismo en lo mas profundo del alma.

¡Cuánto habia cambiado el cuadro doméstico en los once meses de su ausencia! Todo respiraba ya bienestar y desahogo. Mr. Robert ganaba tanto ó más que antes en su oficio de corredor de comercio. Mma. Robert, restablecida al fin de sus achaques, se hallaba encargada del gobierno de la casa, probando la escelencia del desempeño, el buen órden y sábia economía que resaltaban en

todo. Las dos hermanas habian recientemente establecido un almacenillo de variadas chucherías de moda, para las que alcanzaba la mayor primorosa habilidad, y de lindos bordados que salian de manos de la segunda, sin impedirla el ausiliar á su padre, cuyos libros llevaba con el acierto justamente celebrado por la madre en una de sus cartas á nuestro héroe.

La familia, en fin, se ostentaba otra vez próspera, feliz, estimada, dando complemento á la satisfaccion con que el primogénito volvía á su seno, trayendo consigo brillante comitiva de esperanzas.

En mas de cuarenta horas no le dejaron momento de respiro. ¡Era tanto lo que tenian que decirle, lo que anhelaban preguntarle sus padres y sus hermanas! Sentia él mismo tambien tanta necesidad de aquellas largas conversaciones íntimas, llenas de abandono y de dulces minuciosidades!...

Sin embargo, la suspirada luz del cinco de Junio apareció al cabo en el horizonte para arrancarle poderosamente de las delicias domésticas, agitando su corazon con mas impetuosos goces.

Llegaba el instante de volver á contemplar á Josefina; de volver á oir sus acentos de amor; de volver á prodigarla juramentos eternos..... Todas las facultades del amante se concentraban en

aquella prócsima felicidad de duracion tan rápida, y las horas del dia— que contó rondando la casa de la doncella— debieron parecerle interminables.

La noche, empero, aunque lenta para la impaciencia, se anunció á su tiempo con los últimos crepúsculos de una tarde serena, y el jóven que solo abandonara las cercanías del paseo para comer con su familia, voló de nuevo á situarse al pié de la consabida ventana, cuyas celosías habian permanecido impiamente cerradas durante la mañana.

Estaba escrito que, á pesar de tanta diligencia, el momento feliz sufriese imprevisto retardo por el mismo que con tanto ardor intentaba apresurarlo.

Al salir Huberto de su casa le fué entregada una carta venida por el correo de París y en cuyo sobre reconoció la letra de su maestro. Dicha misiva contenía las siguientes frases, que indicaban el atolondramiento de gozo con que fueron trazadas.

« ¿No os decía yo que haciais muy mal en
« dejar á París en tales circunstancias? Sobre todo
« desde que recibisteis la deliciosa carta de *ella* de-
« bísteis desistir de tan inoportuno viaje; pues en

« verdad, querido Huberto, no es cosa de esponer
« un porvenir brillante por anticipar mimos de la
« familia y cumplir empeños tontos de amorcillos
« de niño, que no significan nada. En fin, lo im-
« portante ahora es que regreseis á toda prisa tan
« luego leais esta, por si es posible que llegueis á
« tiempo. Ya comprendereis que *ella* ha vuelto á
« escribiros al otro dia de vuestra marcha impru-
« dente, y *señalándoos en términos precisos el grande*
« *que anunciaba en su anterior..... el dia fausto en*
« *que de seguro pondreis el sello á vuestra envidiable*
« *suerte.* No os incluyo sus preciosas líneas por no
« esponerlas á estravío; pero mirad vuestro sober-
« bio reloj—regalo suyo—que esta vez os debe
« servir no ya para que no olvideis el curso de las
« horas pasadas á su lado, sino para recordaros
« que si perdeis un momento puede pasar sin fru-
« to la mas decisiva hora de vuestra vida.

"Venid, venid volando, pues ya sabeis *quien es quien os espera.*"

Por posdata añadía el pintor.

"Acabo de saber que el cinco, á las diez ú once de la noche, saldrá de esa para esta un coche de retorno: aprovechadlo. Alamedas de Meilhan nº 1 os darán razon."

Huberto no pudo hacer otra cosa que dirigir-

se en efecto á toda prisa á la casa que se le indicaba; por que el dia señalado por la marquesa, en el nuevo billete de que le daba conocimiento su amigo, no podia ser otro que el de su presentacion al rey; suceso verdaderamente harto importante para que lo tomase con calma, cuando se le advertia que un solo instante perdido podia hacerle llegar tarde.

El conductor del carruage con quien debia tratar, acababa de salir fatalmente en el momento de llegar á buscarle nuestro jóven, y aunque se le aseguró que volvería muy pronto pasó allí aguardándole mas de una hora que le pareció eterna; pues le hizo sufrir los mayores tormentos de la ansiedad y la impaciencia.

Llegó por último el cochero, en el mismo instante en que Huberto se marchaba,—renunciando á todo antes que demorar por mas tiempo la ventura suprema de su corazon,—y ajustado en pocas palabras un asiento que aun habia vacante, y fijada la hora de la partida, pudo al cabo correr palpitante á la cita feliz tantos meses aguardada.

Largo rato hacía ya que se hallaba Josefina instalada en el jardin con la complaciente Niná, concibiendo, en vista de la tardanza de su amado, tristísimas aprensiones. Tan pronto comunicaba á

la mulata, sombríos presentimientos de que hubiera dejado de existir; tan pronto se sumía en tétrica cavilacion, acojiendo sospechas de olvido y de infidelidad que no era la primera vez que la asaltaban, pues la pobre niña tenia la desgracia de ser propensa á los celos—á esa terrible pasion que la Providencia ha hecho nacer del seno mismo del amor humano, como para castigar su loca aspiracion de hacerse un cielo en la tierra.

De repente, en medio de sus mas amargas zozobras,—que la mulata se afanaba en balde por calmar—llegó á oidos de nuestra linda cubana aquella tosecilla que el lector no habrá olvidado, y vió agitarse el florido cortinaje de la verja al vivo movimiento de una mano atrevida.

Corrió lanzando indescribible grito, al que respondieron instantáneamente estas dos esclamaciones casi ahogadas por júbilo infinito.

Josefina! bien mio!.....

¡Qué momento aquel en que vuelven á verse dos amantes, despues de una separacion que ha sido bastante larga para exaltar los deseos, sin serlo tanto que llegue á cansar á la esperanza! ..... ¡Qué momento aquel en que se olvidan todos los afanes, todas las zozobras, todos los pesares de luengos dias de soledad del alma!.....

Josefina y Huberto apretándose las manos, confundiendo sus corazones en una mirada intensa, sin acertar á pronunciar mas palabras que el adorado nombre repetido entre suspiros.....Josefina y Huberto, decimos, se hallaron largo rato perdidos en aquel inenarrable enagenamiento del éxtasis, suprema espresion del amor y la alegría. El mundo, el tiempo, todo desapareció para ellos: ninguna idea de límites, ninguna sensacion de movimiento cabia en aquella plenitud y dilatacion del alma, que les daba la representacion de la eternidad en el espacio de minutos.

Luego, cuando empezó á calmarse el trasporte que los colocaba fuera de todas las realidades de la vida, cuando recobró cada uno el sentimiento de su personalidad, olvidada en la identificacion de las dos existencias, entonces las tiernas quejas de la exigente sensibilidad femenil fueron las primeras en manifestarse elocuentes.

Oh Huberto! Huberto! dijo Josefina. ¡Cuán al pié de la letra, ó mejor diré, con cuanta exageracion habeis podido cumplir mis indicaciones! Si el deber de hija me ordenaba no veros todos los dias de fiestas, como antes, ni sostener con vos correspondencia, el corazon me exigia tambien que procurase favorecer la casualidad que

podia proporcionar un encuentro anhelado, y he hecho por mi parte cuanto me ha sido posible, teniendo el dolor de ver que nàda haciais por la vuestra. Si, yo---tan retraida del trato habitualmente—he asistido con una amiga respetable á los teatros, á los paseos mas concurridos, con el solo objeto de encontraros; pero vos, que parece no sentiais la misma necesidad, jamás os habeis dejado ver en parte alguna. Hasta llegué á temer que hubierais muerto y ya podeis considerar todo lo que habré padecido.

El jóven sintió á estas palabras cierto remordimiento de haber hecho á su amada misterio de su ausencia de Marsella, no obstante lo inocente del motivo, y con algun embarazo contestó que no eran los paseos y los teatros sitios frecuentados por los pobres.

Ademas, añadió (quejoso un tanto á su vez), ¿cómo habia de adivinar que en dias tan tristes para nosotros rompieseis vuestra costumbre, para presentaros sin vuestro padre en esos parajes públicos?

No faltaba mas—repuso Josefina—entre sonrisas y lágrimas—sino que querais reconvenirme por lo que solo he hecho por el afan y la esperanza de veros.

—Reconveniros! yo á vos! en tales momentos! Oh! no, querida de mi corazon, no soy tan insensato y tan injusto. Es disculpa y no queja la que ha salido de mis labios,— dijo Huberto tornando á besar la torneada mano que retenía en las suyas.

—Pues bien— replicó la doncella moviendo su cabeza con inimitable donaire: disculpaos en buen hora, caballero, pero hacedlo completamente. Decid la causa de haber venido tan tarde á esta cita dada hace un año..... ¡un año que hemos pasado sin vernos! Esplicad porque me habeis hecho pasar horas de ansiedad y de recelo.

—Horas, Josefina?—dijo sonriendo Huberto.

—Horas, si señor: desde las siete os aguardaba y cuando vinisteis eran lo ménos las nueve.

Me llenais de gozo al confesarme que os ha parecido el tiempo tan largo como á mí, vida de mi alma; pero en honor de la verdad debo deciros que desde las seis no he hecho otra cosa que seguir por minutos el movimiento del reloj, y que aun no señalaba las ocho cuando llegué aquí.

—No puede ser, Huberto; os aseguro que no puede ser,— esclamó la niña vivamente.

—Vedlo vos misma,— dijo él con igual viveza,

llevando sin reflecsion la mano al rico regalo de la Pompadour, que volvió á guardar apresurado advirtiendo instantáneamente su imprudencia.

Era en verdad capricho de la suerte que la falta de reloj causara á nuestro héroe penoso momento de confusion en su entrevista con una bella dama, y que la presencia del mismo objeto le produjese igual embarazo cerca de otra hermosura.

Dominando, empero, su turbacion se apresuró á decir, como resolviendo poner fin al debate: —¿Qué importa que sean las ocho ó las nueve, amiga mia? deberiais comprender— como recuerdo haberóslo dicho tal noche como esta, hace un año,—que solo motivos muy superiores á mi voluntad podian obligarme á retardar yo propio la felicidad de contemplaros..... ¡Esta felicidad que me embriaga, por mas que querais debilitarla con reconvenciones injustas!

Hablando así acariciaba los negros y largos rizos que encuadraban el hermoso semblante de la niña, desprendiendo audazmente de ellos un ramito de violetas, que era su único adorno; pero Josefina no parecía apercibirse de nada. Lo miraba, muy abiertos los ojos, con aire de súbita suspension y absoluto distraimiento.

La causa era que á pesar de lo rápido que ha-

bia sido el doble acto de sacar y guardar el reloj, habia visto ella brillar el magnífico cerco de diamantes á la claridad viva de la luna— que se hallaba en dias de plenitud,— sin que tampoco se escapase á su perspicacia el apresuramiento con que procuró eludir Huberto la prueba por el mismo provocada.

¿Qué debería pensar de aquello? ¿Sería realmente valiosísima joya la que por un instante vió resplandecer en manos del humilde barquero? Y si lo era, como parecía, ¿con qué objeto pocos minutos antes le recordaba él mismo su pobreza, desmentida por aquella alhaja cuya posesion probaba un cambio estraordinario de su suerte?

No hallando la doncella respuesta con que resolver tales dudas, casi se inclinó á creer que los brillantes que vió no fuesen mas que una ilusion de óptica, y volvió á entregarse—aunque no del todo satisfecha— al encanto embriagador de su amoroso coloquio.

—¡Oh Josefina mia!— le decía Huberto, anhelante por disipar la lijera nube que velara un momento la pura frente de su amada. ¡Si supiérais cuanto he suspirado, cuanto he delirado por este dulce instante que compraría con mi vida!....

Escuchad, bien mio, escuchad lo que yo pen-

saba, mejor diré lo que yo soñaba en la soledad de mi existencia; miéntras vos me buscábais en las diversiones del mundo, cuyo ruido no os permitiría conversar con mi imájen como yo lo hacía con la vuestra. Pues bien, sabed que yo os llevaba bajo el ardiente cielo de vuestra hermosa patria, á aquella colina, á aquel templete del amor y del reconocimiento que me describísteis hace hoy un año, en este mismo sitio, y donde tantas veces desde entónces os ha visto mi alma corretear niña y risueña, cojiendo flores— tan lindas y tan puras como vos —para adornar las áras de la doméstica dicha. Sí, amada mia, me trasportaba con vos allá donde el amor ha consignado su mas hermoso triunfo; allá donde la felicidad tuvo establecida su morada; allá donde vuestro padre volvia á encontrar su Eden, reconstruido al *fiat* de nuestro entusiasmo: y allá os decía mil cosas que aun no os he dicho nunca; y allá os conducía al altar de los recuerdos, donde estaban tambien depositadas todas mis esperanzas; y allá invocaba la querida sombra de vuestra madre— que llena aquellos parajes consagrados por sus virtudes—para que bendijese una nueva victoria del poderoso sentimiento que hizo su ventura. ¡Oh Josefina! Josefina! ¿comprendeis la dulzura de estos amantes delirios?

—Sí! sí!—respondió ella embelesada, hasta el punto de no guardar ni rastro de las anteriores cavilaciones.—¿Cómo no comprenderlos si por admirable simpatía yo los he tambien acariciado? Cosa rara Huberto! Muchas veces, lo mismo que á vos, se me ha ocurrido pensar que—si algun dia corona el cielo nuestros votos--acaso iríamos juntos á mi Isla, y juntos reconstruiriamos el querido templete de la colina. Yo tambien, yo tambien he visto renacer á nuestro soplo aquel paraiso perdido. He visto brotar de nuevo las flores predilectas de mi madre, vistiendo pomposamente las faldas de la pintoresca altura que conserva sus huellas: he visto la estátua de la gratitud coronando de nuevo al amor entre la multitud de ofrendas que señalaban otras tantas alegrías de familia y haciéndole salva los brillantes pájaros del trópico, que tornaban á rizar sus matizados plumages en las esbeltas palmas y los floridos naranjos balanceados por los frescos aliseos. ¿Porqué no creeríamos en esos indudables preságios? Oh! sí! yo quiero esperar que los dulces sueños de nuestros corazones serán realidades algun dia.

—Yo lo mismo— repuso Huberto enagenado. Habladme, pues, habladme otra vez, ángel querido, de aquel paraiso de vuestros padres

que quizá lo será de nuestros hijos. Presentádmelo de nuevo animado por el calor vivífico de vuestra alma, para que yo lo posea desde ahora tal cual lo guardais vos misma en vuestros recuerdos; tal cual lo haremos renacer los dos por la potencia irresistible de nuestro amor infinito.

Josefina, magnetizada, digámoslo así, por la voluntad de su amante, comenzó en efecto á pintarle segunda vez con esquisitos detalles el paisaje que formaba la monomanía de su padre, realzando á maravilla su brillante descripcion con la fuerza y verdad del colorido.

Mientras ella hablaba, el artista hacia volar el lápiz sobre una página de su cartera, sin dejar por eso de fijar por momentos en la inspirada narradora miradas ávidas y penetrantes, que parecian querer arrebatarle del fondo mismo del alma el fuego del sentimiento que prestaba vida á sus palabras.

De repente, la jóven se interrumpió como pesarosa de su propia exaltacion, y esclamó entre enfadada y tierna:—Oh Dios mio! qué locos somos los dos! ¿Emplear en esto el breve tiempo que pasamos juntos, despues de un año de incomunicacion y con la perspectiva de otro año igual! Huberto! dejemos ya, dejemos la colina hasta que

llegue el dia felíz que nuestros presentimientos nos prometen, y tratemos ahora del modo de apresurarlo. Atended, amigo mio! yo he tenido, yo tengo en este instante mismo otros anuncios del corazon que es preciso confesaros.

Sí, me parece adivinar que vuestra suerte ha cambiado; que no os hallais este cinco de Junio en la situacion desgraciada que os aflijia en el pasado. ¿Qué decis á esto? .....Callais?...—Huberto! mirad que lo único que no os perdonaria nunca es el ser disimulado conmigo. ¿Qué motivo puede haber que lo justifique? ¡Ocultar á su amada lo que debe regocijarla!..... Aun cuando fuera lo contrario estariais siempre en el deber de comunicárselo todo á la que el amor ha identificado con vuestra alma; á la que moriria primero que tener para vos algo reservado en la suya.

Esta vez no fué ya vago remordimiento, sino verdadero dolor lo que sintió el jóven por haber dejado ignorar á Josefina los sucesos ocurridos desde su primera entrevista; y conociendo, ademas, que lo estaba vendiendo su evidente confusion, resolvió al punto referírselo todo, renunciando al placer de la sorpresa que habia deseado causarle en mas dichoso dia.

Desplegaba ya los lábios para comenzar su

confesion sincera, cuando la misma Josefina le hizo advertir que se oian pasos en la calle, y vió, en efecto, que por el mismo lado de la verja se adelantaba un hombre que apenas distaba ya cosa de treinta pasos.

Apartóse precipitadamente nuestro héroe, temeroso de comprometer la reputacion de su ídolo, y fué á colocarse mas allá de la esquina de la casa, deteniéndose allí como si aguardase á alguien.

El transeunte por su parte continuó reposadamente su camino y pasó rozándose casi con el jóven, que, apenas lo hubo visto de cerca, dejó escapar una esclamacion ahogada, quedándose breve rato suspenso, conmovido é indeciso; hasta que al cabo echó á correr en pos de aquel hombre; no obstante la tosecilla con que le llamaba Josefina, anhelante de continuar el interrumpido coloquio.

Nuestros lectores no estrañarán la conducta del artista cuando le digamos que en el transeunte á quien seguia creyó reconocer al bienhechor misterioso, cuyo nombre y paradero se habia afanado en balde por inquirir hasta entonces.

CAPITULO V.

Dos esperanzas frustradas.

Notando el transeunte que era seguido, redobló el paso para ganar el próximo paseo, donde habia gente por lo comun hasta tarde de la noche.

Huberto, sin embargo, como mas ligero, le alcanzó antes de que entrase en la alameda, y se le puso delante deteniéndole, si bien en actitud que debia disipar todo recelo.

—Al fin os hallo! exclamó al mismo tiempo. ¡Oh mi ángel tutelar! dejádme que abrace vuestras rodillas y bese rendido vuestros piés.

—Que haceis? respondió el anciano parándole

la accion. Sin duda padeceis engaño. No os conozco, no os he visto hasta ahora, soy forastero recien llegado á Marsella.

—Imposible! repuso Huberto con íntima conviccion. Sois el mismo que por merced de la Providencia conocí hace un año en esta ciudad. ¿Como creer que os hayais olvidado enteramente del cinco de Junio del año anterior, en que paseásteis por la bahia, ocupando cierta barquilla blanca conducida por un pobre jóven, que, correspondiendo al intéres que le mostrásteis, os confió con sinceridad los infortunios de su casa? Pues bien, he aquí al barquero cuya suerte han trocado vuestros beneficios generosos. ¡Libertador de mi padre! no querais rehusaros por mas tiempo á la gratitud de su familia. No querais condenarla á ignorar siempre el nombre que debe bendecir.

—Os repito—tornó á pronunciar el forastero, no sin alguna emocion que procuraba reprimir, —os repito, amigo, que estais en un error: nada tengo que ver con la persona á quien os referís.

—Es en balde negarlo! esclamó de nuevo y con vehemencia nuestro reconocido artista, á quien aflijia aquella obstinada resistencia. ¡Oh, señor! seriais muy cruel en continuar rechazando de ese modo los sentimientos que sabeis merecer. ¡Ved-

me imploraros fervorosamente á nombre de toda una familia que os busca, que os llama, que os espera hace un año!

Diciendo esto se arrojó á sus plantas sin que esta vez fuera posible estorbárselo, y asiendo apasionadamente las dos manos de su interlocutor se las apretó sobre su corazon y se les bañó con sus lágrimas.

Aquel hombre inflexible pareció vacilar en tal instante; pero habiendo echado en torno suyo una mirada rápida, notó que se iba agolpando gran número de curiosos, atraidos por la singular escena que allí estaba pasando. Entonces, visiblemente contrariado, dijo al jóven con bastante aspereza.

—Basta! poned término á una porfia que nos hace ya la diversion del vulgo.

—Pues qué! gritó aquel exasperado: ¿no son los que nos miran hombres que sienten latír un corazon en su pecho? ¿Pensais que haya uno siquiera que no comprenda la santidad del afecto que os parece importuno? Ah! venid, hijos del pueblo! venid vosotros en mi ausilio,—añadió dirigiéndose á los grupos que por momentos crecian.—Rogadle todos conmigo que, sea quien fuere, no desdeñe orgulloso el reconocimiento del pobre; no se

niegue la suprema delicia de contemplar con sus ojos la felicidad que es obra suya.

Tan inesperado y espresivo apóstrofe agitó instantáneamente al populacho, tanto como debió disgustar al misterioso personage, pues desprendiéndose con fuerza de los brazos del jóven que enlazaban sus rodillas, corrió de pronto y sin decir palabra á confundirse entre la multitud de paseantes que llenaba la alameda.

Miéntras él se evadia de esta manera, los testigos advenedizos, que concentraban su interés en nuestro protagonista, le cercaron tumultuosamente con vivas demostraciones de simpatía, impidiéndole por de pronto seguir de cerca las huellas del fugitivo.

Cuando logró desembarazarse, recorrió en vano Huberto toda la estension del paseo: era ya tarde.

Fuera que hubiese entrado el desconocido en alguna casa inmediata, ó que poseyese bastante lijereza, á pesar de sus años, para alejarse mucho en pocos minutos, es lo cierto que por mas que hizo no pudo el jóven encontrarle, ni siquiera inquirir la direccion que habia tomado.

Burlada así su esperanza de conocer por fin y presentar en su casa al que miraba justamente como su providencia en la tierra, volvióse á toda prisa el amante á su abandonado puesto, lamentan-

do la media hora larga que habia perdido y consolándose únicamente con la idea de contárselo todo á Josefina, abriéndole de par en par las puertas de un alma que jamás, gracias al cielo, habia abrigado nada que debiera ocultarse.

La plena confianza que desde aquella noche iba á quedar establecida entre los dos amantes, facilitaría indudablemente la realizacion de sus mútuos deseos, dándoles, además, en lo presente, medios seguros de comunicarse á despecho de la ausencia.

Llegó á la verja Huberto con esta dulce esperanza que le hacía ménos amargo el fracaso de la precedente; y colocándose donde antes, buscó en vano con los ojos á su linda habanera; la llamó varias veces amorosamente; pero sin recibir respuesta.

Estúvose entónces mirando largo rato por entre las enredaderas que vestian los hierros, esperando por minutos ver aparecer á la doncella: nada! el jardin continuaba desierto.

Se paseó en seguida por todo lo largo del enverjado dejando oir sin cesar la tosecilla de marras.....ningun otro sonido interrumpió el silencio que le cercaba y que iba teniendo algo de pavoroso.

Ocurriósele que Josefina cansada de esperarle inútilmente en la verja, se habria ido acaso á la ventana para ver si él aguardaba en la calle nue-

vo aviso de poder hablarle, y corrió al momento palpitante para situarse debajo de la consabida reja, que aparecia abierta dando paso á la luz que iluminaba el gabinete; mas no obstante este indicio de hallarse la señorita Caillard en su estancia predilecta, y de que nuestro jóven por su parte no perdonó medio de indicar tambien su presencia en la calle, ni una sombra de mujer se bosquejó momentáneamente en la ventana.

En vista de ello tornó Huberto á la verja del jardin, recurriendo á nuevos suspiros, á nuevas toses, á nuevas llamadas.....todo en balde!

Era evidente que no queria ó no podia su amada dar se por entendida.

Lo primero debía rechazarse por inverosímil, segun conviccion de Huberto, por consiguiente se atuvo á lo segundo y dió por hecho que alguna impertinencia del padre, alguna visita inevitable, ó cualquier otro incidente imprevisto superior á la voluntad de la jóven, la retenia aquella noche con harto dolor suyo—como en otra, no menos memorable, en que se atrevió Huberto á sospechar injustamente de ella.

Esta vez, por la inversa, sentia su corazon en este punto completamente tranquilo; si bien mas afectado, por lo mismo, á la tristísima idea de te-

ner que abandonar segunda vez á Marsella sin serle posible llevar á cabo la confesion resuelta, y dando principio á un nuevo año de separacion absoluta, sin siquiera decir un tierno adios á la que le era mas cara que su vida.

¡Si pudiera al menos escribirle! Pero ¿de qué manera, porqué conducto hacerle llegar la carta con certeza de no comprometerla?

Nada sobre el particular habia sido convenido, aunque era una de las cosas que con mayor empeño se habia propuesto Huberto alcanzar de Josefina en la conferencia tan repentinamente interrumpida.

Desesperado ya—aunque se devanaba los sesos—de encontrar algun medio de esplicarse con la que no aguardaba ver de nuevo en aquella noche de contratiempos, se le presentó súbitamente un recurso que casi le parecia infalible.

Vínosele á la memoria la piedra del ángulo izquierdo del jardin, bajo la cual--en cumplimiento de indicaciones de su ídolo--habia depositado una carta el dia de su primera partida, y se persuadió sin ningun género de duda de que el primer pensamiento de Josefina en la siguiente mañana, sería ver si habia recibido su misterioso buzon alguna otra carta; necesaria cual ninguna por las circunstan-

cias estrañas que les hacian separarse aquella noche ignorando cada uno de ellos la que al otro le habia ocurrido.

En este concepto respiró el jóven aligerado de su angustia, y como oyese al mismo tiempo sonar las diez, debiendo partir á las once en punto, trazó con lápiz á toda prisa, sin mas luz que la luna ni mas mesa que una de sus rodillas apoyada en la verja, algunos desordenados renglones en que logró, sin embargo, compendiar todo lo importante que tenia que decir, incluso el encuentro que retardara su vuelta aquella noche.

Por término de la carta espresaba lleno de fé su íntima conviccion de que el cinco de Junio próximo venidero se presentaría allí con un nombre conocido, con una posicion honrosa, y acaso ¡ah! acaso tambien con un feliz remedo de aquella colina, de aquel templete querido que soñaban reconstruir los dos amantes, y cuya posecion, aun en pintura, bastaria tal vez á conquistarles la anhelada vénia paternal.

Concluida la carta fué puesta al pié del rosal de Alejandría, bajo la piedra blanca que ocupaba el mismo sitio en la que dejó Huberto el año antes, y para mas llamar sobre ella la atencion de Josefina depositó su amante, encima, sugetándolo

lo mejor que pudo, el lindo ramito de violetas que en recientes momentos de felicidad habia desprendido de los mas sedosos y perfumados bucles.

Despidióse en seguida el pobre enamorado, con larga y triste mirada, de aquel jardin silencioso: exhaló tierno suspiro bajo la reja—abierta y solitaria todavia—y echó á correr con cuanta ligereza alcanzaba, para tener tiempo de dar un abrazo á su familia y dirigirse á toda prisa á la alameda de Meilhan.

Un segundo mas y hubiera sido tarde: el coche partia en el momento en que se lanzó á él nuestro héroe, jadeante con la precipitacion de su carrera, y su llegada á Paris fué precisamente la víspera del dia señalado por la marquesa para su presentacion á Luis XV.

CAPITULO VI.

Versalles.

Pocos serán entre nuestros lectores los que no conozcan de vista ó de oidas á la antigua residencia real vecina de Paris: á la perezosa sultana que recostada con molicie á la fresca sombra de seculares bosques, recibia tributo de todas las provincias francesas y dictaba á la Europa leyes de política, de costumbres y de moda, en aquellos tiempos en que plugo á Luis *el grande* hacer de ella morada predilecta de su espléndida córte.

Reducida hoy á una tercera parte de su poblacion de entónces; despojada por el rasero revolucionario de la mayor parte de sus pompas,

todavia la vemos altiva é indolente en su soledad silenciosa, haciendo alarde de aristocráticos recuerdos y consolándose de la viudéz que la enluta con presentarnos en su soberbio palacio—símbolo y monumento del apogeo de la grandeza monárquica—el inmenso museo sin rival en el mundo; epopeya de las glorias militares de catorce siglos, cuyas páginas son mas de once mil cuadros históricos y numerosas obras de escultura, que asocian fraternalmente los timbres de la monarquía, de la república, del imperio y del constitucionalismo, á quien cabe el de haber operado por mano del *rey ciudadano* (1) este consorcio magnífico.

En la época de nuestra historia, aun era Versalles la favorita régia, la mansion cortesana llena de movimiento, de esplendor, de intrigas y de placeres.

La paz que gozaba el reino—y aun toda Europa—desde el famoso tratado de Aix-la-Chapelle, favoreciendo naturalmente la prosperidad pública, dejaba al gobierno sin otros cuidados que los causados por las escandalosas contiendas del parlamento y el clero; no inquietándole todavía gran cosa los rápidos progresos de una filosofia nueva y

(1) En los primeros años de su reinado fundó Luis Felipe el célebre Museo á que alude la autora.

audaz, cuyo innovador espíritu, móvil ya de la literatura, se iba insinuando sin ruido en todas las clases de la sociedad, haciéndose prosélitos hasta en la misma córte.

Luis XV solo pensaba entónces en sacudir á todo trance el hondo tedio que comenzaba á posesionarse de su alma, y en complacer á su querida con suntuosas fiestas que aspiraban á recordar las magnificencias de su predecesor faustoso.

Tan pronto eran brillantes cacerías que alegraban los bosques de Senart, Rambouillet y Satory con los roncos sones de las cornamuzas: tan pronto entretenidas escursiones, ya al castillo de Bellavista — encantadora propiedad de la Pompadour, que sepultó millones en sus fantásticos jardines;— ya al afamado de Choisy— predilecto del rey—donde tenian lugar mas frecuentemente aquellas deliciosas cenas de confianza, servidas por génios invisibles, y sobre cuyas mesas—que brotaban del pavimento, como por mágia, cubiertas con profusion de esquisitos vinos y suculentos manjares— circulaban despues raudales de oro, que el juego hacia correr con incesante ruido en largas noches de calenturienta orgía; ya, en fin, á las risueñas márgenes del Eure, para visitar en el poético Anet la pintoresca tumba de Diana de Poitiers

y perderse en lucidas cabalgatas por las románticas selvas, que con el grato silencio de sus sombras convidaban al amor prometiéndole el misterio.

Con aquellos dias de cazas y espediciones alternaban las bellas *soirées* de espectáculos dramáticos en el régio coliseo, cuyos espectadores privilegiados tenian en más aquella honra que la heredada de cien abuelos gloriosos; y donde figuraban como actrices y galanes las Sras. de Pompadour, de Brancas, de Lassenage etc. y los duques de Nivernois, de Duras, de La Valliere, de Luxembourg, el conde de Maillebois, el marqués de Voger, el vizconde de Chabot y otros muchos de no ménos ilustres nombres.

Luego, de vez en cuando, era teatro el suntuoso palacio de indescribibles saraos, que parecian querer realizar las maravillas prodigadas por la fantasía del Tasso y del Ariosto en la mágica mansion de Armida y en la encantada isla de cuyas seducciones escapó con trabajo el amante feliz de Bradamanta.

Juzgamos imposible el dar idea exacta de aquellas noches de embriagador placer, en que se poblaban los resplandecientes salones y los fantásticos jardines de multitud de bellísimas mujeres cubiertas de encajes y pedrerías; de galanes

mancebos y condecorados personages, envueltos todos en el fragante ambiente de una atmósfera luminosa: en que los vergeles enguirnaldados de infinidad de vasos de colores, destacaban de entre cambiantes de combinadas luces todo un mundo de columnatas, obeliscos, génios, delfines, musas, nereidas, sátiros y dioses, sobre los cuales, y sobre los árboles mas altos, remontaban monumentales fuentes los caprichosos juegos de sus aguas; que formando visos deslumbradores descendian en sonoras cascadas, semejantes á una lluvia de ópalos, perlas y diamantes: en que el grandioso canal— reflejando la luminaria inmensa— se estendia argentado hasta el último horizonte que la mirada alcanzaba, ostentando al estremo de uno de sus brazos al oriental Trianon coronado con sus graciosos grupos de risueños amores.

Oh! sí! renunciamos desde luego á la temeraria empresa de reproducir maravillas que requeririan, mejor que nuestra humilde pluma, la lámpara encantada de Aladino; pero basta lo dicho para que conciba el lector lo que era la ecsistencia en aquel célebre sitio real, que por primera vez iba á pisar nuestro artista barquero al regresar feliz de su visita á Marsella.

Luis XV, que solia pasar muchas horas de la

mañana en las habitaciones de su dama—pertenecientes al palacio— y hasta despachaba á ocasiones en su voluptuoso tocador los asuntos mas graves del Estado, no se preocupaba aquel dia sino de inventar con ella nuevos ornamentos para sus parques y vergeles.

Quizá Juana Antonia habia dado sagazmente este giro á los pensamientos del monarca, con objeto que nuestros lectores podrán conocer en breve.

—Quiero, mi buena amiga—la decía cariñoso, momentos antes de sonar la hora señalada á Huberto para su presentacion— quiero que haya aquí algo inspirado por vos: algo que quede eternamente como recuerdo de nuestro amor; entre tantas huellas de los de mi augusto abuelo.

Pues bien, señor— contestaba sonriendo la favorita—mandadme construir una *fuente Pompadour* que supere en hermosura á todas las que hoy se admiran.

—Desgraciadamente no tenemos un Le Notre.

—Pero y si yo diese á V. M. otro artista no ménos distinguido por su ingenio, ¿le exigiríais, además, un nombre tan célebre como el que acabais de pronunciar?

—Oh! no! bien sabeis que podemos dar celebridad aun donde no hallamos genio.

—Dígalo sinó Juan Bautista María Pierre y vuestro predilecto Boucher.

—Eh! eh! cuidado con eso, mi bella censora: el último que citais es para todos, ménos para vos, un pintor inimitable.

—No me permitiré la audacia de contradecir á V. M., que sabe le he dado muchas veces el gusto de emplear el erótico pincel de ese artista de moda en la decoracion de Bella-Vista. Temo, sin embargo, que tanto él como su discípulo y rival Honorato Fragonard, corrompan el arte y den á la posteridad malísima idea de las costumbres de nuestra época.

—Vaya! vaya! quereis convertiros en otra gazmoña Maintenon, marquesa mia? Já! já! fuera curioso veros predicando sermones de moral, con los traviesos ojos bajos y la donosa cara compunjida.—Mas hablando en sério ¿puede saberse quien es el grande artista desconocido que pensais presentarme como sucesor de Le Notre?

—¿No recuerda V. M. que le tengo pedida audiencia para este dia á nombre de un jóven pintor de arquitectura y de paisajes, que me ha regalado un boceto de marina digno de Claudio Vernet y y aun de su gran tocayo el de Lorena?

—A propósito de Vernet, marquesa, le he en-

cargado ya, cumpliendo vuestro deseo, que me saque vistas de los principales puertos del reino.

—Doy infinitas gracias á V. M. y aun será mayor mi gratitud si despensa igualmente su augusta proteccion á mi nuevo recomendado.

—Puedo por ventura negaros cosa alguna?

En el momento de pronunciar el rey esta galante frase anunció respetuosamente, desde fuera, un pajecillo de cámara, á Mr. Huberto Robert, que solicitaba la honra de besar los piés de la marquesa.

—Hé aquí ya á vuestro hombre—dijo Luis, comenzando á bostezar á la sola idea de una pesada audiencia.—Lo despacharemos pronto, amiga mia, pues no habreis olvidado que hoy debo recibir en mi cámara al embajador de Inglaterra, para los eternos altercados sobre límites de las posesiones de ámbos reinos en la América setentrional; problema que no acaban de resolver en sus largas conferencias los comisionados respectivos, y tocante al cual deseo oiros antes de la diplomática entrevista.

Juana Antonieta, sin parar mientes en tales palabras,—aunque le halagaba mucho el discutir graves cuestiones internacionales,— hizo una seña al page; presentándose en seguida nuestro

protagonista, con tan gracioso y noble continente, si bien un poco turbado, que se ganó desde luego la buena gracia de Luis; para quien era de decisiva influencia la hermosura, aun tratándose de elejir altos empleados ó sirvientes subalternos, fundándose, segun decia, en que la naturaleza es demasiado verdadera para poder engañar con recomendaciones falsas.

—Estais á presencia del rey nuestro señor—advirtió á su protegido la marquesa: y mientras él se inclinaba reverente á las augustas plantas, añadió ella con irresistible sonrisa, dirigiéndose al príncipe.

—Tengo la honra de presentar á V. M. el jóven artista que se ha dignado escojer para encargarle el diseño de las nuevas obras en los reales jardines.

—En efecto, contestó Luis sonriendo tambien y levantando afablemente á Huberto:—Teneis en la marquesa una protectora decidida, y basta veros, ademas, para darle la razon en cuanto bueno nos ha dicho de vos.

El jóven volvió hacia Juana Antonia una mirada tan ardientemente agradecida, que, recelosa de que pudiera parecerlo demasiado, se apresuró la favorita á llamar la atencion del rey, constitu-

yéndose en intérprete de los sentimientos de su recomendado respecto á la augusta persona.

Huberto apenas acertó á añadir algunas truncadas frases en corroboracion sincera.

—Bueno, bueno, dijo el monarca, serán debidamente recompensados vuestros talentos y vuestra adhesion. Ya habeis oido de lábios de la marquesa que tenemos á bien encomendaros ciertos diseños, á los que prestamos particular interés, y como para el mejor acierto de la obra debereis consultar en todo el esquisito gusto de esta distinguida señora, quiero que tengais desde luego habitacion en palacio; á cuyo fin os será espedido nombramiento de guarda cuadros nuestro y diseñador de nuestros jardines, con la pension correspondiente.

Juana Antonia, aparentando que tosia, se llevó el pañuelo á la cara para que no se leyese en su fisonomía la impresion que le causaba lo dicho por su régio amante. En cuanto á Huberto bien comprenderá el lector que apenas acertaba á creer lo que le estaba pasando.

Verse de golpe pensionado por la corona, honrado con títulos que ambicionaban y pretendian los artistas mas notables.....todo era para él como un sueño, del que temia despertar al menor

movimiento. Así fué que durante algunos minutos se quedó absorto, inmóvil, estático, sin que se revelasen su júbilo y su reconocimiento sino por una lágrima cristalina, que brotando de su corazon agradecido tembló ligeramente á la estremidad de sus párpados.

La marquesa tuvo esta vez tambien que acudir al ausilio de su recomendado, y acertó á espresar con tanta gracia la verdad de sus silenciosos afectos, que arrebatado de felicidad Huberto—al verse adivinado y comprendido—cayó de rodillas en violento trasporte, dirigiéndose tan pronto al príncipe, tan pronto á su bella intérprete, con palabras enérgicas, ardorosas, agenas de todo punto á la ceremonia cortesana; pero llenas de alma, de pasion, de la conmovedora poesia del sentimiento.

Afortunadamente le hizo gracia al soberano aquel exabrupto de desordenada elocuencia, y levantando por segunda vez á nuestro héroe con crecientes muestras de benevolencia, le ofreció de nuevo su proteccion, dándole á besar su real diestra y permitiéndole despues que tambien sellase con ósculo mas espresivo la hermosa mano de su protectora.

Aprovechó ésta aquel momento para indicar

al jóven que estaba terminada la feliz audiencia, que habia dado ya todos sus resultados superando las esperanzas de ambos.

En efecto, prévia la real venia salió Huberto de la suntuosa estancia, con tan ostensible regocijo, que apenas le columbró el maestro—que le aguardaba fuera—corrió á él frotándose las manos, segun costumbre, y esclamando lleno de ufanía:

—Bravo! magnífico! mis vaticinios se cumplieron: S. M. os ha recibido con halagüeño agrado, estimulando vuestro talento con la promesa preciosa de su augusto patrocinio.

—Mas que eso, amigo mio! Abrazadme, dadme enhorabuenas. Soy guarda cuadros de palacio..... soy diseñador de los jardines reales.....tengo señalada pension por el rey mismo.

—Oh! oh! oh!..... dijo el maestro, sin poder prescindir de un poquito de envidia mezclada á su sincero afecto por el discípulo. Veo que marchais mas presto de lo que era dable presumir, y á ese paso no dudo que sustituyais antes de mucho al célebre Cárlos Vanlóo en su envidiable puesto de primer pintor de cámara.

En tanto que los dos artistas trocaban estas y otras palabras en la gran plaza de armas, dominada por el alcázar—que ya miraba nuestro héroe

con el amor de próximo habitante de una parte de su soberbio recinto—Luis XV decia á la marquesa, dándole golpecitos en la mejilla:

—¡Pardiez, querida mia! vuestro protejido es bello como Apolo, y si yo no tuviera fé ciega en vuestra fidelidad inviolable, temeria haber cometido una grave imprudencia en la gracia que acabo de dispensarle.

—Apolo! ah! sí! inmejorable! —esclamó con pueril alegría Juana Antonia, desentendiéndose de las palabras del rey, como si solamente el nombre que repetia, batiendo palmas, le hubiera merecido atencion.—Vuestra Magestad, Señor, acaba de bautizar con admirable acierto á nuestra fuente querida, cuyo nombre buscaba en balde mi mente. La llamaremos *baño de Apolo* y será símbolo de la eterna juventud, cuyo privilegio envidiable solo parte con V. M. el dios de la luz y la armonía.

Esta lisonja oportuna valió un halago real á la sagaz favorita; pues aunque Luis no contaba mas que cuarenta y tres años, los escesos de su vida le tenian ya marchito y ajado, y ninguna adulacion le era, por lo mismo, tan agradable, como la de oir asegurar que conservaba incólumes la frescura y esmalte de su mocedad florida.

CAPITULO VII.

El diseño de los baños de Apolo.

Algunos dias despues el guarda cuadros de S. M. y diseñador de sus reales jardines, se instalaba con felicidad en una de las piezas dependientes del palacio, y se abrian ante él las anchas puertas de una nueva vida, antítesis de la pasada.

Cumpliendo la recomendacion del rey, érale preciso conferenciar frecuentemente con la bella marquesa, cuyo delicado gusto debía dirijir el diseño de la nueva obra con que se iban á aumentar los primores del arte en aquellos magníficos vergeles.

El novel pintor, ansioso de corresponder á la

distincion recibida, dando muestras cuanto antes de su laborioso talento, se afanó mucho en las primeras semanas por presentar á su protectora variados bocetos de diseños á cual mas elegantes: pero la favorita, descontentadiza al parecer, no se daba prisa por elegir ninguno; antes bien, indicando en cada consulta modificaciones distintas, imprimía á la marcha de la obra una lentitud interminable.

Al principio esperimentó Huberto mas que mediana impaciencia y hasta se ofendió un tanto su amor propio; mas luego—aun sin esplicarse aquellas dilaciones tan lisonjeramente como acaso lo hiciera en su lugar otro mas vano ó menos inesperto—comenzó á entibiarse su ardor por el trabajo, habituándose sin sentirlo á las visitas diarias que le proporcionaban saborear el ameno trato de una muger encantadora, y constituir parte de la literária y artística sociedad que ella llamaba su círculo de confianza.

En efecto, no eran tan solo los Contí, Richelieu, Villeroy, Tavane, Lorges, Soubise, Luxembourg, Duras, Clermont de Amboise, Nivernois, Aiquillon, Meuse y tantos otros ilustres y titulados palaciegos, los que se honraban con hacer la corte á Juana Antonia Poisson. El filósofo

Voltaire, el sábio Fontenelle, el adusto Crebillon, el independiente Helvecio figuraban entre sus amigos; el Cardenal de Bernis era su hechura y su cantor; Marmontel, Marivaux, Mondonville, Vernet, Latour, Pigale y Lagrenée sus comensales casi cotidianos. Porque ella amaba realmente las letras y las artes: ella poseía instintos poéticos, á la par que entendimiento ilustrado que comprendía su época: ella era tambien incomparable *dilettante*, y sus paisajitos en lienzo y sus frescas flores al pastel—aunque no salian del *comité* de sus predilectos—la alcanzaban ya en el público reputacion de artista.

Huberto, relacionado pronto con todas las celebridades mas ó menos legítimas, pero todas brillantes, que eran como planetas de aquel astro de la corte; Huberto, introducido por la misma reina de la hermosura y del talento en el privilegiado círculo de sus inteligentes favoritos, no podía tardar en verse halagado por las mas lisongeras simpatías y en sentirse atraido poderosamente por seducciones infinitas.

Con veinte años, bella figura, distinguidos modales, ingenio, gracia, modestia interesante, y una pureza de costumbres y una ignorancia del mundo que debian ser incitativos picantes para

ciertas damas—que no eran escasas ciertamente en la corte de Luis XV,—nuestro héroe no solo pudo contarse desde luego entre los mas felices y mimados miembros de la sociedad particular de la favorita, sino que se encontró antes de mucho solicitado y requerido por otros *círculos íntimos*; llegando á ser, sin esplicárselo él mismo, el primero de los artistas de moda, y de cuyo pincel—casi desconocido todavía—se disputaban encopetadas señoras un rasgo cualquiera de que hacer ostentacion en sus escojidas galerías de pintura.

El bello guarda cuadros de S. M.—que así se le llamaba—no podía por tanto ambicionar mas. La facilidad de sus triunfos, embriagándole con prematura y fictícia gloria, parecía creada exprofeso para disgustarle de los desvelos del estudio—que no podian darle nunca sino lo mismo que le anticipaba el favor—mientras que le entregaba deslumbrado y aturdido á los caprichos de aquel mismo bastando poder, en cuya atmósfera corrompida era inevitable se marchitaran, mas tarde ó mas temprano, todas las grandes aspiraciones de su inteligencia; todos los bellos instintos de su corazon.

Peligrosa era en verdad aquella prueba por la que vemos pasar, sin poder remediarlo, la ju-

venil existencia de nuestro protagonista. ¿Afirmaremos—llenos de confianza en su virtud—que entraba en ella con la inalterable serenidad del estóico, y sin el menor riesgo de que salpicase el fango del camino la cándida vestidura de su inocencia y la naciente aureola de su génio?.....

Esperamos que no nos exigirá tanto el lector, por grande que sea la severidad de sus principios. En todo caso le diremos con Terencio:

«*Homo sum: humani nihil á me alienum puto.*»

Oh! sí! nosotros tambien somos hombres, y solo lo que es humano puede interesarnos.

Si pintásemos ángeles nos bastaría hacerles desplegar en un momento las fúlgidas alas para sacarles sin sombra de mancha de las ciénagas del mundo. Desgraciadamente es la flaca humanidad con la que tenemos que habérnosla, y gracias si logramos paso á paso, con trabajo y con lucha, arrancar sus inseguras plantas de los malos pasos que toda nuestra buena voluntad no ha podido evitarle.

Huberto, sin embargo, pisaba la palestra cubierto con formidable escudo: con el escudo de un amor primero indestructible. No le defendian solamente la religiosidad de sus principios, la elevacion de sus ideas, la poesía de sus instintos: te-

nía, ademas, á su favor, el poder de un sentimiento casto, profundo, verdadero.

En aquel súbito cambio de posicion, capaz de producir vértigos en la cabeza mas firme; en aquel ambiente de intrigas galantes y desordenados placeres, que le era imposible no respirar de contínuo; envuelto en el torrente que en balde hubiera querido detener, su debilidad de hombre se hallaba sostenida no pocas veces por su constancia de amante, y aun en los mismos instantes en que se estraviaba un tanto la idealidad del artista por las vivas sensasiones del jóven ardiente é impresionable, aun entonces mismo la poderosa reaccion—despertada de súbito por el dulce recuerdo de Josefina—venia siempre á tiempo para evitar á la virtud una completa caida.

¡Cuántas veces en medio de deslumbrantes fiestas, cercado de seductoras y galantes mugeres, cuyo capricho le habia dado reputacion todavía inmerecida, y cuya provocativa coquetería le brindaba otros triunfos no menos fáciles y de mas peligrosa índole; cuantas veces se sentia arrancado repentinamente del vértigo que le arrebataba, sujetándole su memoria junto á la verja vestida de jazmines, por entre los cuales comtemplaba en éstasis la candorosa faz de su morena vírgen del

trópico, que eclipsaba con la frescura de sus gracias naturales á todas aquellas hermosuras de bermellon y albayalde; cuyas coronas de diamantes no alcanzaban á encubrir en sus frentes las huellas de las orgías!

¡Cuantas tambien al regresar de una mañana de alegre cabalgata—con aquellas atrevidas amazonas que ha conservado el pincel de Vanloo —ó de una noche de francachela á que le arrastraban amigos calaveras—el jóven fatigado y calenturiento reposaba su alma pasando horas tras horas en mentales coloquios con su amada, ó reviviendo con el pincel aquella colina consagrada al culto de la familia; aquel asilo del amor, del reconocimiento, de la doméstica dicha; que era tambien asilo feliz de sus mas queridas esperanzas!

Oh! no! nosotros no meteremos impiamente la punta del escalpelo hasta el fondo de la vida de Huberto, por el triste placer de descubrir quizá alguna gota de cieno con que manchar la aureola que le dió la Providencia.

Sino aspiramos á pintar ángeles, porqué somos hombres y referimos la historia de otros hombres, tampoco descenderemos á rebuscar miserias de la flaca carne—porqué somos poétas y no anatómicos.

El lector, pues, no tiene motivo de alarmarse

temiendo que envilezcamos de una plumada la bella figura del artista barquero, por quien hemos procurado interesarle.

Pero no era la inmoralidad de la corte en que vivía, la prueba mas ruda y decisiva que tenia que vencer para continuar mereciendo las delicadas simpatías de las personas timoratas que lean su historia.

Existia otra—no queremos disimularlo—otra mucho mas grande, mucho mas temible, que nos hace temblar solo al tocarla.

El diseño de los baños de Apolo no terminaba nunca, por mas que pasasen dias y dias, y menudeasen largas conferencias entre la marquesa y el artista.

Verdad es que daba siempre la maldita casualidad de suscitarse, sin saber como, conversasiones interesantes capaces de distraerlos, á pesar suyo, del objeto principal que los reunia.

Los dos amaban y cultivaban el arte: ¿como no dejarse arrebatar á ocasiones en alas del entusiasmo, para hacer en grata compañía escursiones atrevidas por la inmensa region del idealismo?

Los dos debian al cielo sensible corazon y despejado talento: ¿como no entretenerse con frecuencia en filósoficas reflexiones sobre el amor

comunicándose descubrimientos psicológicos verdaderamente importantes?

Los dos tambien adolecían del defecto de ser personas algo fantásticas y *soñadoras*—como se dice ahora.—¿Que cosa, por tanto, mas natural que el que de vez en cuando se perdiesen involuntariamente en las dulces vaguedades de misteriosa melancolía; conmoviéndose á la par por las vibraciones repentinas de algunas notas arrancadas con distraccion á las teclas del piano por mano de la marquesa; ó al soplo veloz de una ráfága de aire, cuando les traía los hálitos de las flores que celebraban á distancia los silenciosos misterios de sus poéticos amores; ó al canto de un pájaro, ó al último crepúsculo del sol, ó á las primeras sombras de la noche, ó al trémulo fulgor de las estrellas...ó á tantas otras cosas comunes, que son, sin embargo, revelaciones místicas, armonias inenarrables para las almas tiernas y novelescas?

El diseño de los baños de Apolo no adelantaba, es cierto, merced á todos esos inevitables obstáculos; pero en cambio progresaba rápidamente la amistad de Huberto con su amable protectora, llegando de este modo, al cabo de algunos meses, á poder llamarse íntima y entrañable; capaz tal vez de comprometer la brillante posicion de la favori-

ta, si hubiese llegado á ser conocida y comentada.

Felizmente no sucedió así. Huberto por timidez, por instinto de las conveniencias, acaso tambien por orgullo de no confundirse con la turba aduladora de cortesanos, siempre se mantenía en público á respetuosa distancia de la marquesa; que sabia agradecerle aquellos miramientos con una mirada, con una sonrisa furtiva, sin perjuicio de mas amplia compensacion en las afectuosas conferencias sobre el consabido diseño.

Sin embargo, justos como veraces, debemos declarar que, á despecho de algunas apariencias, no existía en aquellas relaciones nada aun de que pudiera ofenderse con razon la ausente pero siempre adorada Josefina.

Huberto, lleno de viva gratitud á los beneficios de la Pompadour, encantado con su ingenio, prendado de su bondad, atraido por sus simpatías, quizá tambien dominado un poco por la superioridad que la daban su esperiencia de la vida y su conocimiento del mundo; Huberto, que al quererla como á la mejor de las amigas no podia ménos de admirarla como una de las mas perfectas beldades; Huberto, decimos, no se acusaba todavía, á pesar de todo—ni aun en el secreto mas hondo de su conciencia—de un solo pensamiento de in-

fidelidad á su amor. Nunca se le habia ocurrido que pudiese llegar á ser la querida del rey, rival en su corazon de la doncella cubana, ni que él mismo lo fuese por un solo instante en el corazon de la marquesa de la augusta persona de S. M. Luis XV.

Arrostraba los peligros de aquella estraña situacion sin darse cuenta de ellos, sin sospechar que en un momento dado pudieran arrastrarlo irresistiblemente. Ciego por su modestia, fuerte por la fé en su amor, atrevido por su inocencia, nuestro imprudente jóven corría sin el menor estremecimiento instintivo al borde de un precipicio, en cuyo fondo podia despertar cuando menos lo esperase.

No sucedía otro tanto á la favorita. Ella leía perfectamente en su corazon: ella medía el camino andado ya, y el que faltaba aun para llegar al término en su concepto inevitable.

El amor, empero,— ese tirano caprichoso que así se complace en derrocar de la cúspide de la virtud como en levantar de los abismos del vicio, —el amor habia rejuvenecido, purificado en cierto modo el alma de aquella mujer, sacrificada por su propia ambicion al libertinage de un príncipe.

Seducida por fatal ilusion,—que la persuadió

desde su primera entrevista con Huberto de haber encendido en el pecho de este el mismo loco fuego que brotó instantáneamente en el suyo,—Juana Antonieta se complacía y se ufanaba prolongando aquella situacion indefinida que la hacía saborear— digámoslo así— las desconocidas dulzuras de un afecto casto, poético, misterioso, realizando de improviso, despues de tantos años de olvido, las vagas aspiraciones de sus esperanzas de vírgen.

Esplicándose la reserva, la no iniciativa de Huberto como efecto indudable de un respeto que la enaltecía, de una timidez que la lisonjeaba, sentíase feliz con la privacion misma de una felicidad mas ámplia, y el adivinarse amada en el secreto de un corazon puro— que la rehabilitaba á sus propios ojos con aquel culto silencioso é ideal —le era incomparablemente mas dulce, mas halagüeño, que el oir las protestas elocuentes de aquel mismo amor confesado y correspondido abiertamente.

¡Era tan nuevo para la dama del rey el encanto de un sentimiento púdico! ¡Se hallaba tan juvenilmente dichosa cuando sentía latir su corazon al solo poder de un cambio de miradas, de un roce casual de manos, de una identidad de insig-

nificante deseo, de una armonía de simultáneo pensamiento!

¡Cosa notable! la mancillada cortesana era tan espiritual y novelesca como el artista adolescente, en las impresiones de su afecto.

La gran diferencia entre ambos consistía, segun ya indicamos, en que el uno hallaba en su corazon, como refugio sagrado en que guarecerse — cuando llegara á levantarse la tempestad de los sentidos –además del baluarte de los buenos principios, la fortaleza de otro sentimiento correspondido y hondamente arraigado: miéntras la otra, que ya habia hollado anteriormente deberes, honor, fama, santidad de vínculos, (sin la escusa siquiera de la pasion) solo podia encontrar en el fondo de su alma,— para precipitarla mas pronto—el secreto hastío que le causaba ya el dueño sin corazon á quien se habia vendido, y en cuya gracia solo se conservaba á costa de tolerancia, y hasta complicidad infame, con el desenfreno de un libertinage caprichoso que ecsijía contínuamente variedad de víctimas.

Aun no era llegado, empero, el dia decisivo de la crísis: aun no tocaba á su término la gran prueba cuya inminencia hubiera presentido cualquiera observador algo atento, y de la cual tenía

que salir, sin remedio, herido de muerte el pobre corazon de la favorita, ó profanada para siempre en el de Huberto la imágen virginal de Josefina.

CAPITULO VIII.

La cita, la carta y la posdata.

Se habian pasado de aquel modo los calurosos meses del estío, época de baños, de paseos campestres, de comidas familiares en Trianon, de nocturnas citas en los jardines: pasaron lo mismo sucesivamente, el templado otoño con sus cabalgatas matinales y sus escursiones en góndolas al pintoresco Choisy,—(donde desterrada del todo la etiqueta de Versalles se entregaba la corte sin rebozo á los placeres del juego y de las *cenas de confianza*, que nada tenian que envidiar á las célebres de la regencia—y el frio invierno, en fin, con sus batidas de ciervos y jabalies, sus noches de espec-

táculos teatrales, sus grandes saraos en los vastos salones del alcázar, y sus pequeñas reuniones íntimas en diversos y elegantes círculos de la corte.

Huberto, partícipe de muchas de dichas diversiones (gracias á la proteccion de la marquesa) y obgeto de general benevolencia, como del preferente agrado de aquella omnipotente favorita, habia visto correr tantos meses sin que los acusase de lentos, no obstante su afan por la llegada de Junio. Los habia visto correr en alternativas de aturdimiento y cansancio, de embriaguéz y de descontento de sí mismo; pero nada era estable, nada alcanzaba á detenerse en el agradable tumulto de aquella agitada vida.

Mientras tanto su favor en las elevadas regiones y sus simpatías en el mundo aristocrático, parecian crecer y consolidarse.

El rey, á quien hacian gracia sus ingenuidades y pequeñas inconveniencias de palaciego novato, le llamaba muchas veces con motivo del consabido diseño, que nunca se terminaba, (1) y solia sacarle los colores al rostro dándole picantes

---

(1) *Los baños de Apolo,* uno de los primores de Versalles, fueron hechos, por último, años despues, segun diseño de Huberto Robert, que conservó hasta los tiempos de la revolucion su empleo de guarda-cuadros y diseñador de los jardines reales.

bromas sobre las coqueterías de que era blanco y su torpeza de bisoño, que las desperdiciaba.

El delfin por su parte, aunque hacia alarde de apartamiento de la sociedad y de intransigencia con la favorita y sus parciales, habiendo oido una vez á su confesor (al lamentarse de la poca modestia observada generalmente en el templo) hacer honorífica escepcion del nuevo empleado de palacio, que asistia siempre á los divinos oficios con recogimiento edificante, tuvo curiosidad de conocerlo y para ello le encomendó la restauracion de cierto viejo cuadro de su particular oratorio. La comision, desempeñada felizmente, dió lugar á algunas entrevistas en las que el pintor se ganó por entero la voluntad del príncipe; quien desde entonces, siempre que se le mencionaba, hacia síncero elogio de su talento y carácter, admirando la conducta decorosa que sabia conservar en medio de la loca disipacion que le envolvia y aun quizá á veces le arrastraba.

La reina misma, y sus augustas hijas, se mostraban favorables al jóven: la una porque en vista del buen concepto que merecia al devoto heredero de la corona, le consideraba ya (como lo era ella misma) feliz contraste de la sociedad en que vivian: las otras porque tuvo el artista la afortu-

nada audacia de tomar por modelo á la princesa Adelaida—que hacía gala de intrépida y varonil—al trazar el bosquejo de una Belona; miéntras regalaba á la princesa Luisa, muy aficionada á bordar, una linda y variada coleccion de dibujos que hicieron furor entre las bellas.

Acepto, pues, á la familia real, halagado por los aduladores de su protectora, y hasta mereciendo de los mismos enemigos de ésta aquella benevolencia que no era dable rehusar á una persona amable é inofensiva, no mezclada nunca á las intrigas de partido, Huberto bogaba viento en popa por los revueltos mares de la corte, y aquellos meses, trascurridos tan sin saber como, si le llevaron en sus rápidas alas algunas puras aspiraciones de inocencia y de idealismo, le dejaron en trueque embriagadoras esperanzas de propicia fortuna.

Sin embargo, cuando asomó al cabo la primavera su faz risueña ceñida de guirnaldas, anunciando la procsimidad de aquel Junio decisivo para su corazon; cuando pudo decirse á sí mismo el siempre tierno amante de la vírgen indiana:—«*pronto volveré á verla, pronto sus inocentes lábios me repetirán que me adora y aventuraremos de concierto, con iguales temores y ansiedades, la arriesgada*

pero gran prueba que puede abrirnos de un golpe las puertas de la felicidad»: cuando le fué preciso desquitar el tiempo mal gastado, trabajando con afan en la terminacion de aquella colina, de aquel templete sagrado, (talisman acaso de victoria,) entónces comenzaron á palidecer y á borrarse todas las impresiones estrañas al supremo interés de su ecsistencia. Entónces fué perdiendo insensiblemente el prisma de la novedad sus prestigiosos colores; y enseñoreado en breve de toda su alma el sentimiento antigüo, el sentimiento verdad, aun las mismas caricias de la suerte solo conservaron ya de alhagüeño lo que podian tener de influyente en el porvenir de aquel.

Entónces hubo remordimiento de los recientes devaneos del espíritu, de las fugaces ilusiones de la imaginacion..... y hasta apuntaron escrúpulos respecto á la perfecta pureza de la amistad sobrado viva que inspiraba la marquesa. Entónces menudearon cavilaciones en la soledad de los bosques, como único descanso de largas horas de retraimiento y estudio: entónces, por último, asaltaron de súbito á nuestro héroe, aun al lado mismo de su hechicera protectora, momentos de abstraccion y melancolía, que le hacian sonrojar cuando eran advertidos.

Por desgracia de Juana Antonieta, todo aquello, en vez de iluminarla respecto á los secretos del corazon de Huberto, se convertía en nuevo fundamento de ilusiones. Ella no veía mas que comprimidas exigencias, mudos combates de un amor que la tenía por objeto y cuya esplosion se aprocsimaba.

Aunque dichosa algun tiempo con solo creerse amada, le fué insuficiente aquella dicha desde que se persuadió no la gozaba igual el corazon de su amigo—ya por dudar de la naturaleza del afecto que inspiraba, ya por empezar á ser ménos limitadas las necesidades del que él mismo sentía.

En tal concepto se iba haciendo ella mas espansiva, mas tierna, mas provocadora, á medida que él mostraba mayor reserva, ménos asiduidad, mas ceremonioso respeto; necesitándose toda la modestia que aun conservaba nuestro jóven, y las crecientes preocupaciones que le absorvian segun se acercaba el solemne cinco de Junio, para que no viese claramente lo que habia en el fondo de aquella amistad con tanta imprevision acariciada.

Una mañana del principio de Mayo, habiéndose levantado mas temprano que de costumbre, salió Huberto con los primeros albores á pasearse un rato por el parque.

Sin esplicarse el porqué sentíase aquel dia estrañamente triste. Solo un mes le faltaba para la grande hora de su vida: solo un mes le separaba ya de Josefina y acaso de la ventura suspirada de obtenerla de un padre agradecido. Pero quizá por el mismo ardor de aquel deseo sentía agitarse su alma entre acerbas desconfianzas, produciéndole indescribible malestar, mezcla de susto y dolor, cual si le revelara el instinto la amenaza de una gran desgracia, que la conciencia temiese de antemano tener que declarar en cierta manera merecida.

La naturaleza hermoseada con la juventud del año; la tierra presentando á las caricias primeras del astro fecundador las nupciales galas de su renaciente vegetacion, llena de exuberante sávia; el cielo azul; la atmósfera embalsamada; los aires poblados de armonías; los campos matizados; las aguas murmurantes; los mil insectos que germinan, nacen, viven, aman y cantan su amor en cada hoja, en cada yerba, en cada hendidura, (santuarios de maravillosos misterios,) todo era alegre, todo halagüeño en torno del artista, cuya alma sabia comprender y reflejar tantas bellezas, hechas exprofeso por el Supremo Artista para el pensamiento inmortal de su privilegiada criatura.

Mas el corazon de Huberto, seguía, en medio de todo, cubierto por aquel velo oscuro que interponiéndose entre él y los objetos esteriores le constituía en soledad melancólica, donde solo alcanzaba á penetrar—silenciosa y triste como él—la adorada imágen de Josefina.

Contemplábala, pero no podia hablarla: contemplábala con la muda zozobra del que recela ver en un instante anublada la única luz que le alumbra en un camino sembrado de precipicios; ó como el que acaricia con inquietud pavorosa el objeto querido que se halla amagado por un golpe inevitable.

¿Qué anunciaban aquellos vagos presentimientos, aquellas inesplicables aprehensiones?

Huberto se lo preguntaba á sí mismo—recostado á la sombra de un sáuce, en cuya copa le daban en balde alegre concierto dulces gilgueros y revoltosos pardillos—cuando de pronto crujió la seda de una larga falda sobre la herbosa alfombra, y oyó pronunciar su nombre con dulce y apasionado acento.

Volvió vivamente la cabeza y se encontraron sus ojos (humedecidos por una lágrima) con los de la marquesa, que tambien nublaba el llanto.

—¡Ah! dijo ella, con cierto ímpetu que indica-

ba resolucion tomada de improviso ante una situacion insostenible. Ya lo estais viendo, Robert: es inútil la resistencia: Huis de mí y sin buscaros yo nos encontramos aquí, donde sellan mis lágrimas las huellas de las vuestras. ¿Cómo no comprender lo que decreta el destino?

El jóven, sin acertar á responder á estas palabras— que apénas se esplicaba y que, sin embargo, le estremecian— se levantó asiendo la mano que le tendía su amiga; quien correspondiendo con ardor á la presion lijera de la suya, añadió vivamente—miéntras se acercaba la camarera que la acompañaba y que solo se detuviera algunos minutos para coger un nido de pájaros en un arbusto cercano.

—Esta noche hay comedia en el coliseo de palacio. El rey, la reina, toda la corte debe asistir á ella; pero á mí me lo impedirá una indisposicion repentina. Sin embargo, como vos tendreis que consultarme perentoriamente sobre el diseño de los baños de Apolo, que quereis presentar mañana á S. M., exigireis verme un momento á eso de las nueve y sereis recibido. ¿Entendeis?

Antes que el sorprendido Huberto pudiese contestar palabra, llegó la camarera presentando á su señora el robado nido.

La favorita cambió de aspecto y de tono con maravillosa transicion, haciendo como que reñia jovialmente al pintor por emplèar en románticos paseos horas que debia destinar á la conclusion del diseño esperado con impaciencia por S. M., y exigió una prueba de pronta enmienda, que le ofreció balbuciente nuestro desconcertado protagonista.

Luego tomó ella el nido, acarició los polluelos, censuró con gracia encantadora la crueldad de los hombres para con los pobres padres de las familias plumíferas, y continuó, por último, su paseo; dejando á Huberto sin saber lo que le pasaba (como suele decirse,) y llevándose á la camarera muy agena de sospechar que habia precipitado con su presencia una cita misteriosa, dada por la soberbia dama que veia á sus piés cuanto encerraba la Francia de mas ilustre—incluso el soberano absoluto que la regia—al humilde mancebo que no alcanzaba otros títulos á la consideracion del mundo, que los que pudiera prestarle el ser por ella protegido.

Huberto quedó solo, con su sorpresa, su aturdimiento, sus inesplicables emociones.

Era la vez primera que sospechaba claramente que la marquesa lo amaba: la vez primera que se le presentaba sin disfraz la idea de poder ser él,

(artista novel y todavia sin gloria) partícipe secreto de la felicidad de su rey.

Acaso juzgó aquella terrible tentacion, aquella seduccion poderosa, cumplimiento de la vaga desgracia presentida; del amago que veia su mente sobre la imágen pura de Josefina.

¡Oh ¡sí! la marquesa era harto hermosa, Huberto alimentaba por ella demasiado reconocimiento, demasiada admiracion, demasiado cariño, para que pudiese considerar lo que ocurria como el vulgar comienzo de una aventura galante, que pasa sin dejar rastro de su lijero curso. El peligro sobre el cual le cegara su imprudencia, aparecia al fin á sus ojos en toda su gravedad é inminencia. Comprendió bien que si un instante de fascinacion y flaqueza le postraba vencido á los piés de aquella muger (que ciertamente no comprometeria su fortuna y posicion por satisfacer un capricho,) aquel instante le haria para siempre esclavo: aquel instante no seria el de una simple infidelidad pasagera, sino el de un crimen irremediable: seria el sacrificio cruel de Josefina, de su inocente amor, de sus puras esperanzas en las nefandas aras de criminales vínculos.

¡Sacrificar á Josefina! ¡renunciar á la celeste ventura—que acaso estaba tocando—por la em-

briaguez de un momento, por el estravio de una flaca naturaleza que seria castigada justamente con remordimientos eternos, con envilecimiento continuo!.....¡Oh! no! nunca!

A la sola hipótesis de semejante perjurio, de semejante insensatez, de semejante desdicha, Huberto se rebelaba contra sí mismo, contra la marquesa, contra la mísera condicion humana, que—recordándole impiamente su caracteristica fragilidad—le sometia á la vergüenza de no poder asegurar á su propia conciencia el triunfo del bien que su corazon amaba.

No asistir á la cita, huir de la peligrosa sirena anticipando su partida á Marsella, tal era el partido mas seguro para el conturbado mancebo, que tenia el raro acierto de desconfiar de sí mismo. ¿Pero como cohonestar semejante conducta—injustificable, ridícula, si el amor que suponia en la marquesa no era mas que una quimera forjada por su vanidad;—y bárbara, odiosamente ingrata si sucumbia realmente el pobre corazon de su protectora á una pasion invencible?

Tan atroz desengaño esplicado, era con esceso cruel; dado en silencio era indignamente humillante.

¿Y merecia la que jugaba por él su envidia-

ble privanza, la que descendia de su elevacion para brindarle el cetro de su alma, merecia aquel pago que fuera vergonzoso aun para la muger mas ínfima?

Combatido, agitado dolorosamente por tales luchas, andaba Huberto sin rumbo, á pasos precipitados, mientras que el sol, ya en el horizonte, lanzaba sobre su cabeza descubierta dardos de fuego, que quemaban su frente sin que lo advirtiese siquiera.

Vagando de aquel modo, se halló de improviso en la plaza del palacio, y entró en su morada lleno cada vez más de tumulto en sus ideas, de congojas en su corazon, de incertidumbres en su voluntad fatigada.

El problema era verderamente irresoluble.

Por todas las ventajas y consideraciones del mundo no querria Huberto sacrificar perjuro á la doncella á quien amaba con todo el poder de su jóven y ardiente corazon: pero tampoco se podia resolver (ni aun en pró de su mismo único amor) á sacrificar ingrato á la marquesa, que ejercia sobre él los derechos que la daban el reconocimiento justo del protegido, la admiracion entusiasta del artista, y hasta la deferencia y fascinacion naturales en el jóven inesperto, á presencia de la gran

señora, de la muger de mundo, que sabe dominarlo y dirigirlo, con la suave autoridad de una mirada, con el irresistible encanto de una sonrisa.

No calculamos cuanto tiempo hubiera continuado Huberto recorriendo distraidamente á grandes pasos su salita de estudio, segun antes recorriera los campos, á no habérsele acercado su sirviente presentándole dos cartas, venidas por el córreo.

El sobre de la una era de letra de su madre y por primera vez de su vida no la besó el jóven afectuosamente. En la otra cubierta se veian rasgos que le recordaron al instante otros que no debia olvidar nunca, aunque solo en un dia, señalado para su familia, habian podido contemplarlos sus ojos.

Abrió aquella segunda carta y halló realizada su esperanza. La mano de su primer bienhechor habia trazado las lineas que, como providencialmente, llegaban á las suyas en aquellos momentos de decisiva crísis.

Hé aquí su contenido.

« Tal vez esteis enfadado conmigo: tal vez os « reconozca yo algun motivo para ello, pues he « sido, en apariencia al menos, cruel con vuestro « corazon y aun con el mio. Escusadme, sin em-

« bargo, mi jóven amigo, porque los viejos ado-
« lecemos de rarezas y manias invencibles, y ellas
« únicamente me esplican á mí mismo porqué
« han sido casi iguales la satisfaccion que tuve en
« conoceros el penúltimo 5 de Junio, y el disgus-
« to que sentí al verme reconocido por vos, en
« medio del populacho, la noche del aniversario
« de aquel grato suceso.

« Deseando reparar aquella falta (si tal la
« créeis) voy á daros hoy nueva prueba del vivo
« interés que siempre me inspirais y del cuidado
« con que invisiblemente sigo vuestros pasos.

« Sé que os hallais en Versalles, que obteneis
« favor, que no me necesitais ya, como no sea
« para ofreceros algunos leales consejos, que me
« parece no os dará nadie ahí. Dejad, pues, que
« llene ese vacio, único de vuestra actual existen-
« cia, proporcionándome el gusto de seros todavia
« útil en lo poco que puedo.

« ¿Habeis meditado los riesgos que encierra
« para vos el brillante cambio de vuestra suerte?
« ¿Estudiais, conoceis el terreno que pisais?.....
« ¿No percibis aün que en esa atmósfera perfuma-
« da circulan miasmas contagiosos, á los que teneis
« que oponer preservativos incesantes?

« Sois jóven, poséeis un alma vivamente im-

« presionable: cuidado, pues, pobre niño! No
« os dejeis fascinar por resplandores falsos; no
« agrandeis y embellezcais ídolos de barro que
« vuestra imaginacion poetice; no permitais que
« vuestro juicio ofuscado transija nunca con el
« mal, cualquiera que sea el disfraz que tome pa-
« ra seduciros, y salvad de ese modo á todo trance
« vuestro corazon y vuestro génio, que acaso em-
« piezan ya á corromperse, sin advertirlo vos, al
« contacto impuro de mentidos deberes, mentidas
« glorias, mentidas felicidades.

« Sed hombre, mi jóven amigo; sed fuerte á
« pesar de los pocos años que contais.

« Para preservar vuestra razon de estravios,
« que la forjarian supuestas obligaciones, tened
« presente en toda circunstancia que donde falta
« la virtud nada puede haber grande, bello, digno
« de respeto: que el que ama verdaderamente
« esa grandeza, esa hermosura, esa dignidad su-
« perior, es siempre incapaz de posponerla á nin-
« gun sentimiento que la contradiga. Pensad
« en vuestra familia: ved cuan respetable se os
« presenta en su indijencia, en su desgracia;
« por que la virtud es la única riqueza que no
« pueden quitarnos los caprichos de la fortuna:
« la única dignidad que se reconoce y acata en

« cualquier punto de las escalas sociales.

« Para no prostituir vuestro talento vendién-
« dolo al favor, que créa reputacion de un dia, re-
« cordad sin cesar las altas aspiraciones del bar-
« quero de Marsella: traed á la memoria lo noble,
« lo envidiable que era en aquella época á vues-
« tros ojos la lejítima gloria del artista, comprada
« con los dignos desvelos del estudio, con los san-
« tos sudores del trabajo.

« Para no marchitar, y envilecer quizá vues-
« tro corazon, volved tambien las miradas hácia
« las tímidas esperanzas, hácia los inocentes vo-
« tos de vuestro primer cariño. Debeis ser fiel á
« toda costa á ese amor que enaltece y fortifica,
« por que tiene por orígen puras necesidades del
« alma, y por término grandes satisfacciones del
« deber. Nunca os espongais por orgullo fundado
« en vuestra fuerza, ó por condescendencia naci-
« da de vuestra debilidad, á haceros vil esclavo de
« los sentidos ó miserable juguete de pasiones ilí-
« citas. Sabed, Huberto, que solo el primer paso
« es difícil en tal senda: que la pendiente es rápi-
« da y la cima profunda. Respetad en vuestra per-
« sona al futuro esposo de la muger querida, y
« avergonzaos á la sola idea de poder ofrecerle en
« las aras—en cambio de su virginal corazon y su

« inmaculada vida—un pecho profanado por indig-
« nos fuegos, y restos de una existencia dispen-
« diada en el vicio.

« El hombre que tal hace no merece encon-
« trar la fidelidad que santifica el tálamo y honra
« la descendencia.

« Pesad, os ruego, estos paternales consejos,
« y contestadme dos lineas por el correo (dirigidas
« á C. de S. en Paris) si quereis darme el gusto
« de saber que no os ha sido desagradable la sin-
« cera voz de vuestro amigo—*El viejo del cinco de*
« *Junio.*»

Huberto leyó dos veces este escrito con recogimiento y emocion: luego, inclinando sobre él su atormentada cabeza, se quedó largo rato profundamente pensativo.

Al levantarla, saliendo de aquella muda meditacion, su rostro apareció menos contraido, su frente mas despejada, sus ojos mas serenos.

Como en otra ocasion solemne, echábase de ver al mirarlo que la mala tentacion habia quedado vencida.

Besó entonces la carta del anciano, apretóla contra su pecho, con aire de quien estaba seguro de cumplir á toda costa cuanto ella le prescribía, y solo despues fué que se permitió tomar y abrir

la otra carta, que permanecía sobre la mesa.

Estaba llena, como todas las de igual procedencia, de aquellas mil deliciosas y tiernas pequeñeces que constituyen comunmente las correspondencias de familia, y Huberto (que la recorrió hasta la firma,) iba ya á doblarla, dándola por concluida, cuando notó al estremo de la postrera página, menudas líneas de una posdata breve.

Leyóla..... y quedó anonadado como si le hiriese un rayo.

¡Aquellas pocas palabras castigaban rigurosamente todas sus pasadas imprudencias, todas sus recientes vacilaciones!

¡Aquellas pocas palabras eran un fallo de la fatalidad que destruía de un solo golpe la poderosa fuerza del pasado, los gloriosos triunfos del presente, las recompensas santas del porvenir!

Aquellas palabras decian.

« Tú hermana menor está de enhorabuena.
« La Sra. d' Héricourt, cumpliendo la promesa
« que entre burlas y veras le hizo un dia, acaba
« de comprarle á subido precio su coleccion de
« esquisitos bordados, para regalo de la Srita. Jo-
« sefina Caillard, que se casa el mes próximo con
« el caballero de S..... pariente de aquella dama.»

Asi en el momento precisamente en que Hu-

berto se levantaba victorioso de la mas fuerte, de la mas decisiva de las pruebas á que plugo al cielo someter la pureza de su virtud y la constancia de su amor, la súbita veleidad de Josefina (realizando por completo sus presentimientos misteriosos) venia á arrancarle del pecho la imágen que era su luz, su paladion sagrado....arrojándole sangriento, vendido, desesperado y sin defensa, al capricho del destino que parecía haber resuelto la perdicion de tan hermosa alma.

El mal triunfaba.

¡Solo un acto imprevisto de la Providencia podia ya salvar al pobre jóven del abismo abierto debajo de sus plantas!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

El Artista Barquero

ó

LOS CUATRO CINCO DE JUNIO.

TERCERA PARTE.

CAPITULO 1º

Un paso atrás.

Para que el lector no condene con sobrado rigor á la hermosa hija de nuestra amada Cuba, preciso nos será obligarle ahora á que retroceda un momento hasta el segundo cinco de Junio, en que tuvimos el gusto de hacerle presenciar la dulce entrevista de los dos jóvenes enamorados y el incidente inesperado que vino á interrumpirla.

Huberto seguia presuroso á su desconocido bienhechor—segun recordarán cuantos hayan leido con algun interés los capítulos precedentes—

mientras Josefina, que veia ya desierta otra vez la calle, le llamaba ansiosa con la consabida tosecilla.

Cansada al cabo de aquel reclamo inútil y llena de cuidado por tan estraña prolongacion de la ausencia de su amigo, resolvió atrevida que Niná saliese en su busca, pues quizá le habria sobrevenido algun incidente desgraciado.

La mulata no se hizo de rogar—porque tambien ella comenzaba á inquietarse—y pronto la vió su ama del otro lado de la verja, arrastrando con afan su grave corpulencia, aumentada escandalosamente en aquel último año.

Todo fué infructuoso: Huberto no parecia ni vivo ni muerto por la calle.

Ya iba Niná á abandonarla, cuando de pronto vió blanquear un papel casi en el sitio mismo que ocupáran antes las plantas del mancebo. Se acercó al punto, imaginando que podia ser algun billete, conteniendo la esplicacion de un desaparecimiento tan raro, y apenas posesionada de tal prenda se la traspasó á la doncella por entre los hierros del enverjado, comunicándola su esperanza.

Josefina no aguardó por cierto á que volviese á entrar la pobre obesa con toda la forzosa ma-

gestad de su pesado paso. Echó á correr inmediatamente, ligera como un gamo, en direccion de su cuarto; á reserva, por supuesto, de tornar al jardin si la encontrada carta no esclarecia sus dudas, ó no aplazaba para mas tarde la continuacion de la truncada plática.

Fatalmente el efecto inevitable de aquel escrito tenia que ser para ella lo que fué despues para su amante el producido por la posdata que ya conoce el lector.

Huberto, al abrir su cartera para apuntar los detalles del célebre templete de la colina, recogidos de lábios de su amada, habia dejado caer sin advertirlo la carta de su maestro recibida aquella tarde.....La carta que pueden repasar por segunda vez nuestros lectores—en el capítulo cuarto de la parte anterior de esta verídica historia—si quieren comprender con exactitud la impresion que causó en la celosa y vehemente criolla, ignorante de cuantas circunstancias podian conducirla á una interpretacion menos amarga.

¡Huberto habia abandonado á Marsella, moraba en Paris, sin decirle nunca la mas mínima palabra que siquiera lo indicase!..... ¡Huberto recibia cartas, citas, regalos de una dama que le brin-

daba, al parecer, brillante porvenir, ante el cual sus compromisos primeros, sus sentimientos por Josefina—pagados con ciega adoracion—eran reputados amorcillos insignificantes de niños!...Huberto, el barquero de Marsella, el que alegaba su pobreza aquella noche misma como imposibilidad dolorosa de presentarse en los parajes públicos (á que ella asistia solo por proporcionarle un encuentro feliz,) Huberto llevaba encima magnífico reloj de brillantes, recuerdo de la mujer á cuyo lado se olvidaba él del curso de las horas!.. ...Huberto, en fin, era llamado, esperado en Paris para poner el sello á su envidiable suerte, para darle un dia grande, señalado en términos precisos por la desconocida y triunfadora rival que—aunque velada por sombras de misterio—se presentaba, sin poder dejar duda sobre la verdad de su existencia, á los penetrantes ojos de los celos.

Huberto era, pues, un embustero, un falso, un infiel, un mónstruo de perfidia, de ingratitud y de dolo.

Patente esto para la doncella, aun le asaltaba otra idea no menos irritante y desgarradora.

¿Debia á la casualidad el hallazgo del papel acusador, ó bien se le habia dejado intencional-

mente para ahorrarse la pena de dar cara á cara un desengaño directo?

Respondiendo á esta cuestion acudian en tropel, á la agitada mente de la jóven, recuerdos numerosos de circunstancias recientes.

La tardanza de Huberto en acudir á aquella entrevista anual; la turbacion con que se disculpara; el desconcierto en que lo pusieron sus amorosas reconvenciones y tiernas exigencias; la prisa con que se separó de la verja—aprovechando el pretesto de acercarse un transeunte—como quien se escapa del duro compromiso de entrar en esplicaciones ya inevitables, pero harto embarazosas para ser afrontadas francamente: el no haber vuelto, ni aun para cubrir las apariencias, apareciendo allí, en vez de él, la carta del amigo y confidente que tantas cosas revelaba.....Todo parecia corroborar no solo la mudanza del mancebo, sino tambien la sospecha de haberse valido de ruin artificio para provocar á Josefina á un rompimiento anhelado.

Pero ¿porqué mentirle todavia, en aquellos momentos? ¿Porqué las largas y ardientes miradas, las arrobadoras caricias, los sueños deliciosos de esperanza, referidos con dulces inflecciones de voz, que aun le parecia á ella que resonaban blan-

damente en sus halagados oidos?

Oh! aquello era para Josefina un misterio odioso de barbarie, que la traia á la memoria la feroz habilidad de la traidora raza felina, jugueteando con la víctima antes de despedazarla.

Cuando Niná entró en el cuarto de la pobre niña—despues de buscarla en balde por el jardin —quedó espantada de su aspecto.

De pié todavia y apoyándose en el velador sobre el que ardia la lámpara á cuya luz leyera la que juzgaba sentencia irrevocable de abandono, pálido y demudado el rostro, la mirada fija en el fatal papel que estrujaba convulsivamente su mano crispada, el pecho opreso, la respiracion ahogada, temblándole todo el cuerpo como con el frio que antecede á la fiebre, se hallaba próxima en apariencia á uno de aquellos parasismos nerviosos en que ya la vimos caer á la lectura de otra carta mucho menos cruel que la presente.

—Jesus divino! esclamó la mulata: ¿qué es eso? que os ha pasado, hija mia?

—Míralo! contestó la jóven tirándole el papel y arrancando de su corazon una carcajada histérica y estridente. Todo está ahí esplicado! nada hay ya que temer ni que esperar.

—Niña de mi alma! ah! por Dios! decidme lo

que contiene esta carta: bien sabeis que leo muy mal, y ahora—al veros así—me seria imposible comprender ni una sílaba.

—Contiene.....contiene la verdad.....que no me ama, que ama á otra, que se vuelve á Paris de donde vino, y adonde le espera un destino brillante.

—Vírgen Santa! ¿habeis perdido el juicio, Josefina?

—Al contrario: lo recobro.....ya lo vés.....él me lo devuelve de repente. El ha sabido arrebatarme de un golpe todas las ilusiones. Bien! bien! séa! es cosa acabada.

Niná desplegó la carta y mientras se afanaba por entenderla, Josefina se encaminó—con paso trémulo pero ademan resuelto—al precioso escritorio en que guardaba las dos únicas que tenia de su amante. Sacólas vivamente de un escondite, que solo era conocido de ella, las rasgó con furia hasta reducirlas á fragmentos casi impalpables, y como si no hubiera conservado alguna fuerza sino para cumplir aquel acto de venganza, se postró en seguida á su dolor, pasando el resto de la noche entre gemidos, convulsiones y lágrimas.

En mas de tres meses no salió apenas de su cuarto. Habíala atacado una ictericia que, aun des-

pues de curada, la dejó por vestigios profunda aversion á la sociedad y apatia insuperable que repugnaba todo movimiento.

Niná, en tanto, no resignándose todavia á creer indudable la indigna inconstancia que tan desgraciada hacia á su niña, y habiendo llegado á entender que la señora d' Héricourt—que era la amiga respetable con quien antes solia concurrir Josefina á teatros y á paseos—estaba relacionada con cierta familia Robert, tuvo suficiente maña para averiguar disimuladamente si tenia dicha familia algun parentesco con el gallardo barquero que tanto llamaba antes la atencion de los paseantes del muelle, y que habia desaparecido desde el año anterior lo mismo que su blanca barquilla.

Luego que supo que eran nada menos que los padres y las hermanas de su conocido Huberto las personas cuyo apellido motivara sus indagaciones, quiso á todo trance llegar al verdadero término de ellas, y con pretesto de encargar algunos bordados se introdujo en el almacenillo de las dos jóvenes, y hasta logró trabar conversacion con ellas.

De ese modo pudo adquirir, en efecto, noticias positivas, pero por desgracia muy distintas de las

que se habia prometido y aun presagiado á su ama.

Las señoritas Robert no hicieron misterio de que su hermano se habia ido á Paris el año anterior, que no habia vuelto sino por dos dias á cumplir una promesa empeñada, que gozaba al presente honroso empleo en palacio; escapándose, ademas, de la femenil vanidad el añadir con inocente jactancia, que cierta dama bella é ilustre era muy amiga del jóven; cuya alegre vida en Versalles no olvidaron tampoco ponderar gozándose en los placeres del que amaban.

Aquel fué para Niná contundente golpe, al que sucumbieron por fin sus tenaces esperanzas de poder restituir la perdida calma á su desconsolada señorita; á quien, por el contrario, se vió en la necesidad de enconar ella misma la profunda herida, confesándole la triste adquisicion de una certeza que ponia el sello á sus dolorosas convicciones.

Sin embargo, aquello tuvo en cierto modo favorables resultados. Josefina era altiva y comenzó á sentirse humillada á sus propios ojos por los largos pesares que consagraba su alma á la pérdida de un amante indudablemente indigno, en su concepto. Quiso á todo trance sobreponerse á

la situacion lastimosa de muger sacrificada y emprendió lucha heroica contra el abatimiento que la postraba.

Ocupóse de nuevo del cuidado de su persona; volvió á adornarse con la elegante sencillez que le era natural; á hacer y á recibir visitas; á amenizar con su presencia la pequeña tertulia diaria de la señora de Héricourt, á quien tambien acompañó algunas veces á mas numerosas reuniones.

No se llenaba, es verdad, con todo eso la soledad de su alma, ni se desvanecia la tristeza de su corazon; pero arrancaba su mente, por lo menos, del pasto habitual de acibarados recuerdos, y el movimiento, las distracciones, el cambio de objetos, los halagos de la amistad, suavizando la aspereza de las primeras impresiones permitieron á su salud mejoria considerable.

Los delicados colores, ausentes largo tiempo de sus mejillas, no tardaron mucho en reaparecer frescos y hermosos: la sonrisa, fugitiva de sus lábios, vagó como de antiguo entre ellos, con un acrecentamiento de gracia que le prestaba la melancolia. El torneado cuerpo, enflaquecido en estremo, recobró un tanto las perdidas carnes, conservando solo cierta lánguida esbeltez, nuevo encanto en tan preciosa criatura.

Mr. Caillard, que—no obstante sus constantes preocupaciones de monomania—pudo observar inquieto el anterior desmejoramiento de su hija, se felicitó entonces de aquella mudanza próspera, agradeciendo vivamente á Mad. d' Héricourt el que distrajese y espaciase el ánimo de la pobre jóven, á quien constituia en monacal encierro el hipocondriaco humor de aquel amante pero taciturno padre.

CAPITULO II.

Preliminares del casamiento de Josefina.

La digna señora tantas veces mencionada ya en esta historia, y cuyo afecto se habia ganado Josefina con las mil cualidades que la adornaban, tenia—segun incidentalmente hemos apuntado antes—un pariente célibe á quien designamos con el nombre de caballero de S.....

Era un hombre que frisaba en los 38 años, de buen parecer, irreprochable educacion, cultivado talento y aristocráticas costumbres. Habia derrochado su fortuna en las disipaciones de una primera juventud desordenada, no por exigencias de temperamento ó estravío de fogosas pasiones—pues

su naturaleza y su alma nada tenian de ardientes;—sino por flaquezas de vanidad, por seguir la moda de los nobles de la época, por falta de valor para confesarse persona razonable y fria.

Aquel valor se lo trajeron al cabo la madurez de la edad y el aburrimiento de placeres ficticios. El caballero de S ....., en el tiempo en que lo conoció la señorita Caillard, no procuraba disimular siquiera que pertenecia al grémio de los calaveras *pretéritos* llamados sinceramente á buen vivir, y para quienes el reposo del ánimo constituye ya la única felicidad posible.

Sus respetables deudos contentos de aquella conversion—que no era sin embargo muy meritoria—y anhelando consolidarla, á la vez que proporcionar al caballero medios de reparar su fortuna con lo que se llama en el mundo *un buen partido*, pusieron los ojos sucesivamente en varias herederas de las mejores familias del pais; pero el interesado tomó el asunto con tal tibieza é indolencia, que nunca pudieron cuajar dichos proyectos matrimoniales, quedando burlados los deseos mas vivos de la señora d' Héricourt.

Luego que se intimaron las relaciones entre esta noble dama y la doncella cubana; luego que el frecuente trato dió á conocer á la primera to-

das las preciosas dotes que la segunda atesoraba, renovósele naturalmente la tan acariciada idea del casamiento de su sobrino; pues si bien la señorita Caillard no era vástago de esclarecido tronco, su hermosura, sus virtudes y su riqueza atenuaban mucho la importancia de aquella falta.

Además, mediaba una circunstancia harto favorable á Josefina, pues permitia prometerse—siendo ella la nueva novia propuesta al recalcitrante solteron—éxito mas lisongero que el obtenido hasta entonces: era la de que mostraba por la modesta jóven cierta simpatía que, sin poder calificarse de amor, merecia el nombre de visible preferencia.

En efecto, el despejado y natural ingenio de aquella niña, su ingénua sencillez, su donaire inocente que aun tenia algo del hechizo de la infancia, la pureza y ternura de su corazon, reflejadas en el casto brillo de unos ojos magníficos—sin rivales tal vez en toda Francia,— y mas que nada el recogimiento en que había vivido, (garantia de no tener que luchar, el que fuese su marido, con hábitos peligrosos y locas exigencias,) todos eran atractivos y recomendaciones para un hombre necesitado ya de estímulos no vulgares, y que so-

lo buscaba, por otra parte, en lo futuro, la paz necesaria á una existencia fatigada.

Tampoco debia pesar mucho en el ánimo del caballero la diferencia de alcúrnia que podria reprocharse á aquel enlace. Pasó sus primeros años cerca de un hombre superior, del que aprendió temprano á no esclavizarse á preocupaciones, y luego—cuando su propio juicio adquirió madurez—se afilió resueltamente á la nueva escuela filosófica, que comenzaba á minar por sus bases hasta las mas venerandas leyes del viejo código social.

Mad. d' Hericourt pudo esperar, pues, con bastante fundamento, que aquella vez se realizaria su esperanza, y dió principio llena de brios á sus hábiles operaciones de estrategia matrimonial, que interrumpieron á lo mejor la enfermedad y el largo retraimiento de nuestra heroina.

Nunca como entonces se echó de ver lo que ella era para la distinguida familia que pretendia enlazársela. Durante aquel eclipse de su amable presencia el caballero se aburria de muerte; la señora d'Hericourt se encontrabá mal en todas partes y acusaba de insoportablemente soporífero á su círculo habitual, que –reduciéndose de dia en

dia—mostró tambien que echaba de menos el primer encanto que lo habia atraido.

Tan pronto como la bella ausente tornó á aparecer entre aquella gente fastidiada, renacieron la animacion y la alegría que ella derramaba en torno suyo, aunque no las llevara en su propia alma. Todos se hicieron un deber y una felicidad de mimarla y divertirla; mayormente la ama de la casa, que independiente del verdadero cariño que la tenia, se regocijaba al recobrar ocasiones de proseguir trabajando para la realizacion de sus planes.

Josefina no sospechaba siquiera la existencia de estos. Harto preocupada ella misma, primero con sus secretos amores y despues con sus recientes desengaños, nada percibia de las maniobras de su amiga, ni fijaba bastante atencion en el caballero para observar sus predilecciones crecientes.

Al llegar el primer dia del nuevo año, fué convidada á una comida campestre familiar, á la que asistió, prévio el paternal permiso, y Mad. d'Hericourt se aprovechó de aquella coyuntura para hacerle entender mas claro lo agradable que seria para ella poder contar entre los miembros de la noble familia—reunida allí en su mayoria—

á la linda amiga que era con tanto amor acogida en su seno.

En la sorpresa y embarazo que causó á la jóven tan inesperada insinuacion, no acertó á contestar sino truncadas frases de cortesía: la matrona las tomó por un consentimiento tímido que por entonces debia bastar al caballero.

En consecuencia algunas semanas despues obtuvo de él la formal promesa de pedir solemnemente al ex-mercader de las antillas españolas la mano de su hija única, tan luego como recibiese la aprobacion del ilustre deudo ausente que habia sido su tutor, y era siempre su primer amigo y aun pudiéramos decir su padre por el cariño.

Mientras tanto no perdió el tiempo la señora. Atacó en regla y decisivamente á su amiga, sin dejarla momento de calma para darse cuenta de lo que estaba pasando.

En vano alegó ella su estrema juventud, su inesperiencia, el deseo de permanecer junto á un padre desgraciado, y hasta la imposibilidad en que se sentia de poder ofrecer al caballero un amor digno del suyo—segun lo pintaba su intérprete.

Mad. d'Héricourt le probó con elocuencia

irrebatible que los pocos años eran gran ventaja para habituarse con facilidad á nuevas obligaciones; que la inesperiencia no ofrecia peligros teniéndose por director un marido prudente y por consejera una amiga leal; que resuelto el caballero á establecerse definitivamente en Marsella, no solo no se alejaria de su padre al casarse con aquel, sino que tendria seguridad de no verse en riesgo de abandonarlo nunca: últimamente, que no acompañaba por lo comun la felicidad á aquellos enlaces fundados sobre la pasion; mientras que á una muger virtuosa le bastaba estimar de veras al hombre que escogia; pues era fruto de la comunidad de intereses, de la costumbre de vida íntima, y de los buenos procederes del esposo, el cariño profundo que siempre acababa por unir estrechamente las almas de dos consortes dignos.

Perseguida de este modo la pobre niña hasta su último atrincheramiento, tuvo que acogerse á una exageracion de respeto filial, manifestando que no podia ni creia deber atreverse á contraer por sí sola el menor empeño en tan delicado asunto: que el novio presentado por su padre tendria únicamente derecho á su aprobacion, y que (añadió en justa galanteria para con su amiga) si dicho elegido fuese un miembro de la noble familia

d'Hericourt, la obediencia le seria tanto mas grata cuanto que en tal caso le proporcionaba mayor honra.

No exigió mas la respetable plenipotenciaria de himeneo — que no concebia posibilidad de duda respecto á las disposiciones de Mr. Caillard, para quien tan gloriosa alianza debia ser el colmo de la ventura.—Dejó por tanto al cuidado del pretendiente el agradecer á la jóven las dulces esperanzas que le daba con su contestacion modesta, y arregló lo demas tan conforme se lo prometiera, que al cabo de algunos dias el caballero de S... fué positivamente presentado por Mr. Caillard á su hija como aspirante á su mano, acreedor en todos conceptos á la recomendacion paterna que desde luego le acompañaba.

El buen hombre no habia sido indiferente, en efecto, á la honra de enlazar su heredera con una familia ilustre; pero lo que mas contribuyó á que acogiese con gusto la demanda del caballero—hábilmente preparada por su tia—fué el haberla creido desde luego del gusto de la jóven, y ver en ello una prueba decisiva de hallarse olvidado completamente el atrevido barquero que tan malos ratos le hizo pasar.

Josefina, por su parte, se halló cogida en sus

propias redes, teniendo que ser tan dócil como se habia pintado.

La boda quedó, pues, convenida solemnemente y fijada su celebracion para el mes de Junio, época en que debia hallarse en Marsella el esclarecido pariente, tan venerado por el caballero, y á quien se destinaba la satisfaccion de servirle de padrino en la nupcial ceremonia.

Sucedió, empero, que Josefina—inmediatamente despues de haberse formado aquellos compromisos, gratos para todos—comenzó á recaer poco á poco en su honda tristeza y misantrópico humor.

Quizá el vago deseo de mostrar á su infiel que no continuaba abatida bajo el golpe indigno que le descargara su mano, entró por mucho en su avenencia al casamiento concertado: pero por uno de esos misterios del alma que reconocemos sin profundizarlos, apenas hubo satisfecho el voto de su orgullo, sugetando el corazon al yugo de la voluntad, comenzó á arrepentirse de aquella misma victoria, y á permitir al vencido—como por via de resarcimiento—el volver á los desvarios de sus tiernas memorias, y á las amarguras de sus amorosos dolores.

La coincidencia de ser el señalado para su

boda aquel mismo mes de Junio tan deseado antes, tan querido de ella, la preocupaba sin cesar de una manera indecible. Parecíale profanacion impia de lo pasado, el vínculo frio que iba á imponerse en el memorable aniversario de tantas ardientes esperanzas.

Concurría, ademas, otra circunstancia, que aunque acaso parezca insignificante no lo era para Josefina.

Niná, la humilde liberta que tenía para ella corazon de madre; Niná á quien amaba con la ternura de hija; Niná su compañera casi inseparable, no miraba con buenos ojos al novio aristocrático. Cometiendo la imprudencia de compararlo algunas veces con el pobre barquero—tan apasionado y tan simpático—ponia de relieve á los ojos de su ama la sequedad de alma del caballero, mal encubierta bajo su esquisita galantería; y el no sé qué de repulsivo que se trasparentaba en aquel aspecto distinguido, pero tan frio y tan amanerado.

Ese hombre—decia—es de seguro un egoista, incapaz de hacer dichosa á mi sensible niña.

Tales observaciones impresionaban á Josefina, por mas que procurase aparentar lo contrario, y—como si todo ello aun no bastase para colmar la medida de su disgusto, é inspirarle cre-

ciente desvio respecto al casamiento concertado—ocurrió otra nueva y singular coincidencia, que no nos es posible pasar por alto.

El mismo dia, quizá á la misma hora en que leia Huberto la fatal posdata que conocemos, Niná—removiendo la tierra del ángulo izquierdo del jardin, al pié del bello rosal de Alejandria favorito de su ama—se encontró, bajo la consabida piedra y en tan mal estado como los lectores se figurarán desde luego, la carta depositada allí hacia once meses.

Por supuesto, tal cual estaba pasó inmediatamente á manos de Josefina, y tal cual estaba fué examinada con tan escrupuloso cuidado que se consiguió entender algunas frases sueltas, casi borradas por la humedad que habia destruido gran parte del papel.

He aquí aquellas descifradas palabras que, sin espresar nada, dijeron sobrado á la infeliz doncella.

—Conocí en aquel transeunte á..... por esa causa tardé en.....la esplicacion que os debo del inocente disimulo que he observa..... Fuí á Paris para.....la señora marquesa de Pompa..... esperar de su proteccion generosa.....el rey..... y acaso el cinco de Junio venidero.....mi corazon que os adora.....Fé y esperanza, amor mio.

Josefina creyó morir cien veces leyendo y releyendo tales claúsulas. Ellas le revelaban que habia existido una esplicacion dada por Huberto sobre su *inocente disimulo*..... Ellas mencionaban al rey, y la generosa proteccion de una marquesa que, segun las sílabas primeras de su nombre, debia ser la célebre Pompadour, de quien tenia vagas noticias nuestra inocente niña.

Si, habia oido hablar de aquella influyentísima señora, que aunque modesta esposa de un simple arrendatario general, ocupaba en la corte el primer puesto. Pero—por mas que pueda parecer increible—es lo cierto que, en su casta ignorancia, lejos de comprender Josefina la verdadera posicion de la favorita, juzgaba cándida que la amiga tan considerada por el augusto monarca, la dama de honor de su real consorte, seria sin duda dignísima matrona, cuyas cualidades estraordinarias la conquistaban justamente el alto favor de que gozaba.

En consecuencia, á la idea de que la *ella* á quien tanto se aludia en el escrito orígen de sus celos, era nada menos que aquella tan poderosa y en su concepto respetable dama, parecióle muy natural é inocente cuanto antes interpretara en sentido siniestro.

Cada sílaba, digamoslo así, del resto de carta tardiamente encontrada, fué puesta en cotejo y consonancia con las que en su memoria conservaba la jóven de la otra carta funesta; sucediendo que al cabo de mil vueltas y combinaciones, mil hipótesis y descubrimientos, resultó clara, como la luz, la justificacion de Huberto—segun el fallo del corazon de su amante corroborado por Niná—y consiguientemente culpable de ligereza, de injusticia y de infidelidad, la que no oyendo mas que la engañosa voz de sus celos lo habia sacrificado sin misericordia.

Fácil es comprender, dicho esto, lo que debió ser para la niña aquel dia, tan terrible tambien para su amante.

Ah! si hubiese podido contemplarla este, deshecha en lágrimas, besando y oprimiendo contra su agitado pecho los restos de la carta; si hubiese oido los dicterios que se prodigaba, humillándose contrita á los sagrados piés de su querida Vírgen de la Esperanza; pidiéndole la muerte antes que llegase á consumar su infidelidad y su desgracia.....el mismo Huberto de seguro hubiera tenido que confesarse menos digno de compasion que aquella á quien en tales momentos acusaba.

Pero no habia remedio: de nada servian tanto arrepentimiento, tantas preces entre dolor y llanto.

Era tarde! Aunque la propia dignidad no advirtiese á la jóven que le estaba vedado el menor pensamiento de indecoroso retroceso, sabia que Mr. Caillard—incapaz de haberla violentado á que aceptase esposo—no permitiria tampoco, bajo ningun pretesto, que fuese hollada por ella la inviolabilidad de sú palabra empeñada.

Así pues, Huberto y Josefina estaban separados para siempre.

¡El destino inmolaba al mismo tiempo, y con un solo golpe, los dos puros y enamorados corazones de aquellos pobres niños!

CAPITULO III.

El regalo de boda de Huberto á Josefina.

Huberto, anonadado al pronto bajo el rudo golpe de la posdata, salió de su aniquilamiento á impulsos de cierta fiebre que, exaltando prodigiosamente su cerebro, pareció reanimarle el corazon.

—Ella me abandona! ¡Ella me vende!—Esclamó levantándose con el rostro encendido y los ojos centelleantes.—Bien! ¡terminó toda lucha! Cúmplase la suerte! Pero aquel templete y aquella colina irán á ser testigos mudos de la traicion infame. Irán—como vengadores espectros de lo pasado—á lanzar en su porvenir la memoria del

amante sacrificado, del amante que ha hecho revivir con el calor fecundo de su alma esas santas imágenes de la felicidad, para recoger en pago el frio del desengaño, la esterilidad del aislamiento. Sí! si! —añadió llegándose arrebatadamente al caballete y descorriendo la tela que cubria una pintura. —Hé aquí todo el fruto de tantos desvelos, de tantas ánsias, de tantos estudios!.....Será el regalo de boda de la señorita Caillard con el caballero de S..... Oh! magnífico! Asi solemnizaremos el tercer cinco de Junio ..... Ese gran dia de mi existencia, que ella escoje probablemente para su feliz boda! Yo le llevaré mi ofrenda..... yo mismo. ¿No me ordenó acudir cada año á su cita, mientras la amase, mientras no perteneciese á otra?

Pues bien! Cumpliré su mandato. Iré, todavia fiel, todavia vencedor de todas las tentaciones, para ofrecerle mi regalo de boda..... á ella, que me rechaza por correr á otros brazos.....á ella que se hace cómplice del infierno para arrojarme á la perdicion!.....

Pronunciando estas palabras con sardónica risa, se lanzó frénetico á la paleta, la cojió con una especie de rabia, tomó tambien el pincel, y con inspiracion estrañamente sublime—que irradió en

su mirada prestándole indescribible belleza—comenzó á trabajar rápida la mano, firme el pulso, palpitante el pecho.

Cosa admirable! la fiebre del dolor y del génio daba al artista milagrosa intuicion de lo desconocido.

El lienzo se animaba como por mágia á cada toque valiente de su abrasada diestra. Aquel cielo, que hasta entonces solo presentara colores, se fué diafanizando, esclareciendo, cobrando movilidad, por decirlo asi.

Las ligeras nubecillas—que nunca osan velar la soberana faz del rey de los astros en el firmamento predilecto de su ígneo trono, pero que le acarician undulando como argentadas orlas de su manto—se estendieron libres y vaporosas por el azul brillante de la tórrida zona, cuyo calor fecundo parecia brotar del pincel comunicando vida y movimiento á todo lo que tocaba.

Los árboles, las plantas, las flores, se esmaltaban con la luz, se mecian casi—permítasenos la hipérbole—como al suave soplo de los frescos aliseos, y tal era el poder de la ilusion, que se sentía aquella atmósfera impregnada de aromas, llena de susurros, encendida por los rayos del trópico.

El arte no podia ir mas léjos.

Evocada la incomparable reina de las Antillas por toda la potencia del génio, se le apareció allí resplandeciente de juventud, exuberante de hermosura, coronada de fuego, para dejarse arrancar un pedazo de su naturaleza vírgen; una emanacion viva de su alma poderosa.

El pincel infatigable no suspendió su obra sino cuando faltó la luz á los ojos del artista, que acababa de eternizarla—mas fulgorosa y cálida—en el lienzo vivificado por su espíritu.

Era ya tiempo! la inspiracion decaia, el cansancio comenzaba. A la creadora fiebre del alma iba sucediendo la humillante del cuerpo .....ese fenómeno morboso que viene á recordarnos muchas veces, en medio de la fuerza y lozania de la vida, que no somos sino un poco de barro, en el cual—por prodigio incomprensible de la omnipotencia—se alberga, alternativamente dominador y esclavo, el huésped divino que llamamos pensamiento.

Huberto sucumbia, al cabo, á tantas sacudidas del corazon, á tantos esfuerzos de la inteligencia.

El que realizara minutos antes la mas grande, la mas maravillosa de las operaciones humanas; el que, á imitacion del Eterno Productor del mundo estético, habia prestado forma á lo

bello, segun el tipo ideal que contemplaba en su mente; aquel mismo se rendia débil bajo la mano de la enfermedad en un lecho calenturiento.

Pero ¿qué le importaba? Ya podia morir. Allí quedaba su regalo de boda á Josefina.

Ella, en su venganza de muger, habia inmolado su corazon condenándose á perenne tristeza.

Él, en su venganza de artista, habia hecho una obra maestra conquistándose la inmortalidad de la gloria.

El criado que le servia entró luz en el cuarto al sonar las ocho de la noche, pareciéndole demasiado tiempo el que pasaba su amo sin dar señales de vida, y lo encontró postrado, desfallecido, quejándose de terribles dolores en la cabeza.

Creyó al principio que pudiera ser efecto de haber pasado el dia sin tomar ni el mas leve alimento, y—quiso que nó—le hizo tragar una gran tasa de sustancioso caldo, que no impidió, sin embargo, que una hora despues, esto es, á la de la cita dada por la marquesa, el enfermo se encontrase peor, segun las apariencias.

Asustado el doméstico recurrió entonces á pediluvios, paños de agua y vinagre sobre la frente, bebidas refrescantes, y cuantas cosas pudieron

sugerirle sus recuerdos de medicina casera; hasta que observando ser todo ello infructuoso, se resolvió por último á ir á buscar un facultativo cualquiera.

En el instante mismo de su salida llegó un criado de confianza de la marquesa, con encargo de recordar al pintor de parte suya el diseño de los baños de Apolo.

Era evidente que la favorita no podia resistir á la impaciencia de una hora de espectativa.

Para diseños está el hombre—respondió el que recibia el recado.—Decidle á la señora marquesa que se halla malo, bastante malo á lo que entiendo, por lo que voy en busca de algun médico, no se murmure luego que lo he dejado morir como si fuera un perro.

—Enfermo Mr. Robert! es posible!

—Y tan posible que nada os impide convenceros por vuestros propios ojos. No sé que diablos le ha dado. Vino de paseo esta mañana acalorado, inquieto, con aire estraño. Luego se encerró á pintar, segun suele, y sabiendo yo que nada le enfada tanto como el ser interrumpido cuando trabaja, no me atreví á entrar sin ser llamado; de modo que así se pasó el dia sin que probase bocado y ni aun siquiera agua. En fin, al llevarle la

luz fué que me lo hallé, como os he dicho, ardiendo en fiebre, postrado, con síntomas que me alarman.

—Volveos, pues, á su lado, dijo el mensagero: no es conveniente que salgais dejándole solo en tal situacion. Yo informaré á mi señora de cuanto me habeis dicho y ella mandará probablemente su primer médico, pues sabeis lo mucho que aprecia al señor guarda cuadros de S. M.

En efecto, tornó cerca del enfermo su único sirviente, y conoció que era acertado el consejo que seguia; pues le encontró presa ya de completo delirio. Ora se imaginaba envuelto por las llamas del incendio que devoraron al cafetal del abuelo de Josefina, y pugnando (como en otro tiempo Mr. Caillard) por arrancar de entre ellas al autor de la vida de su amada: ora se creía perseguido sin tregua por la marquesa, que fascinándole, atrayéndole magnéticamente—cual la serpiente á su víctima—se regocijaba de arrebatarle á su despecho la fé santa de su primer cariño: ora, en fin, representándose con viveza el casamiento odioso de Josefina, queria á todo trance ahogar entre sus manos al robador de su dicha.

Repetidas veces tuvo el criado que valerse de la fuerza para sujetarle en el lecho, y ya iba can-

sándose de aquel género de lucha, cuando—cumpliéndose la prevision del mensajero de la favorita—llegó el médico de esta, probando el interés afectuoso con que examinó al paciente las eficaces recomendaciones que traia.

En concepto del esculapio—á quien refirió el criado cuantos antecedentes le eran conocidos—el mal del jóven consistia en fuerte congestion celebral, probablemente provocada por la insolacion de aquella mañana. En consecuencia ordenó copiosa sangria que fué hecha á su presencia, produciendo rápido alivio. Preparó, ademas, una bebida que debia administrársele al enfermo media hora despues, y cumplida asi su mision corrió á dar cuenta de ella á quien lo mandara, dispuesto á ponderar el peligro para hacerse mas meritorio el triunfo.

Huberto descansó algunos momentos en sueño sosegado, y aunque al despertar volvió á caer á intérvalos en el anterior desvario, pudo notarse que sus nuevas alucinaciones no presentaban ya el carácter terrible de las primeras.

Lo que en aquellos momentos se le figuraba, siempre que abria los ojos, era que la imágen de la Sra. Caillard, trazada por él en el paisaje que tenia al frente,—y que era un retrato de Josefina

algo menos jóven y algo mas gruesa—se destacaba del cuadro, viva, animada, risueña, llevando de la mano (segun la habia pintado) á su encantadora niña, cargada de flores para las áras domésticas.

Pero aquella niña no era ya Josefina en la pueril edad en que el pintor la fingiera; sino que se trasformaba en su vírgen de 16 años, en su amante, en su esposa, entregada por la materna mano, para que él la guiara al altar en que el amor recibia de la gratitud bella y santa corona.

El jóven acariciaba dulcemente á su desposada dirigiéndola patéticos discursos; mas en seguida se amodorraba de nuevo y apenas podia entenderse el nombre de Josefina que seguia vagando entre sus secos lábios.

Era ya cerca de media noche. El silencio reinaba absoluto dentro y fuera del cuarto del enfermo.—El criado, que le habia administrado la bebida prescrita y le miraba tranquilo y adormecido, juzgó que podia él mismo permitirse algun reposo.

Corrió en consecuencia las cortinas del lecho, veló un tanto la lámpara con una pantalla, y salió al recibimiento andando de puntillas para no producir el rumor mas leve.

No era en verdad necesaria tanta precaucion. Huberto dormia entonces de veras, halagado por dulcísimos ensueños; de tal modo que no percibió la salida del criado, ni oyó momentos despues repetidos golpes que sonaron en la puerta de la escalera; ni los pasos del sirviente, que acudió á abrir refunfuñando por que le interrumpian en el comienzo de su tardío descanso; ni el ruido de la puerta que era franqueada á alguien; ni el murmullo algo bronco de dos voces varoniles que trocaron las siguientes palabras:

—Como ¡volveis á estas horas!

—La señora marquesa envia á una de sus criadas—que es la que me sigue—para que examine despacio el estado del enfermo y la lleve noticias muy exactas.

—Está dormiendo ahora y no me parece bien despertarle. Con todo, si la señora marquesa lo dispuso así, que entre en buen hora esa mujer, haciendo lo posible por no turbar el reposo del amo y despachando pronto su cometido.

—Perded cuidado: es persona callada y dilijente. Entrad, Juana: nosotros, mientras tanto, daremos algunas cabezadas en aquellos sillones.

Seguidamente, y en medio del silencio de los dos criados, se sintieron lijeras pisadas en di-

reccion de la entrada del aposento de Huberto: pisadas que se suspendieron un instante al llegar á los umbrales, como si la nocturna visitadora se detuviera embargada por su propia emocion ó temerosa de la que podia causar su presencia.

Precisamente se removia entonces el enfermo, porque soñaba—con aquella exaltacion especial que distiguen los sueños febriles, productos de dobles aberraciones—que Josefina, oculta entre las frescas sombras de la consabida colina, le convidaba á ir junto á ella, abandonándolo todo para probarle su constancia y vivir ambos tranquilos léjos de un mundo que conspiraba por desunirlos.

—Ven (le decia en su sueño la doncella cubana) —ven, si es verdad que me amas todavia; que no te atan en esa corte brillante los nuevos afectos que me iban borrando de tu alma. Rompe los lazos de tu sospechosa amistad con la bella marquesa, como yo rompo los que debian unirme en el altar al caballero de S..... He aqui el asilo del amor y la dicha: ven pronto ó jamás te permitiré traspasar sus dinteles.

El jóven, oyendo esto, se afanaba en balde por arrancarse del ardiente lecho al que se sentia enclavado, y lleno de congoja por la inutilidad de sus esfuerzos llamaba en su ausilio á Josefina con voces ahogadas.

En medio de tal angustia, de tal fatiga, despertóse el pobre, bañado en sudor y dolorido; pero pareciéndole al abrir los ojos que distinguia —al traves de las cerradas cortinas—la esbelta figura de su vírgen, medio velada entre las nubes diáfanas del trópico.

—Eres tú? ¿eres tú, dulce esposa de mi alma? esclamó enagenado. ¿Vienes en mi ayuda? vienes á llevarme? Bien! ¡Soy tuyo! tuyo para siempre! Enlazémonos hasta la muerte! ¡Confundamos nuestras vidas en un eterno beso!

Y descorrió con ímpetu las cortinas, tendiendo los brazos á su adorada, que se le acercaba presurosa suspirando de amor.

Oh! sí! no habia alucinacion esta vez. El cuerpo delicado de una mujer fué oprimido realmente contra su pecho agitado, y los amorosos hálitos de una fresca boca se confundieron un instante con el ardiente soplo de sus calenturientos lábios.

CAPITULO IV.

Imprudencias del amor y revelaciones del delirio.

Juana Antonieta habia pasado aquel dia mecida en alas de agradables quimeras.

Amaba al fin, amaba con aquel amor tardio que es el mas absoluto.

En los primeros años de juventud, cuando los vagos anhelos del corazon buscan solo la clave de un misterio que nos atrae; cuando la exuberancia de la vida no nos deja vacio.....en aquellos años, decimos, el amor tiene algo de indeterminado y superficial. Mas bien que sentimiento nos parece aspiracion: mas bien que necesidad del alma pudiera llamarse dilatacion de la vida.

Se ama al amor y no al amante—segun ha dicho no sé que filósofo. Se ama la propia facultad de amar que comenzamos á sentir en nosotros, y el empleo de aquella nueva fuerza suele no ser mas que un ensayo de curiosidad cuyo resultado nos exajera el orgullo.

Pero cuando se ama despues de los treinta años; cuando se ama á despecho de las decepciones que despoetizaron la fantasia y nos hicieron tocar nuestra flaqueza; cuando se ama al amante, y no al amor que nos seduce con el vago encanto de lo desconocido; cuando se ama, en fin, no ya por esceso de potencia que pide dilatacion, sino mas bien por necesidad de complemento—que nos hace concentrar todas las fuerzas para asimilarnos otra existencia—entonces ¡ah! entonces nos aferramos con teson al sentimiento que nos fortifica, como quien comprende que es el último asidero de la felicidad largo tiempo perseguida. Entonces el amor, sino es la mas bella y generosa de las pasiones, es, sin contradiccion, la mas resuelta; la mas incontrastable.

Tal era la de la marquesa. Aquella mujer ambiciosa, que sacrificara todos los deberes á la posicion de favorita de un rey; aquella cuyo elemento natural parecia ser la atmósfera cortesana,

solo pensó—durante las horas del dia á que nos referimos—en las dulzuras de los modestos goces de la vida privada cerca de un compañero sinceramente querido.

Parecíale que no compraria á escesivo precio la tranquila felicidad que le representaba su mente, ni aun cediendo en cambio todas las ventajas de su privanza, todos los placeres de su brillante existencia.

Aquel dia fué cuando emprendió sérias negociaciones con el rey de Prusia respecto á la adquisicion del principado de Neufchatel, previendo sin duda un rompimiento futuro con su augusto dueño, y la libertad de poder retirarse al estrangero á gozar de su inmensa fortuna con el amigo elegido por su alma.

¡Cuántos castillos en el aire pudieron levantarse en el breve trascurso de las horas precedentes á la gran noche de la primera cita....¡A aquella noche que debia ser, en el concepto de la favorita, tan grata, tan memorable, tan dichosa para su corazon y el de su amigo!

¡Cuantos planes ignorados—que á realizarse habrian cambiado la faz de los sucesos de Europa—no se concibieron quizá en el silencio de aquel *boudoir* voluptuoso, teniendo por móvil y

por objeto al pobre muchacho que dos años antes manejaba el remo en la bahia de Marsella!.....

No sin razon se ha dicho que pueden proceder grandes efectos de pequeñísimas causas.

Quitadle la calentura á Huberto y es probable que en la exaltacion de su despecho acudiera vengativo á la entrevista peligrosa: y es fácil tambien que Mad. de Pompadour, mas enamorada cada dia, le sacrificase al cabo su posicion en la corte, segun hemos visto que lo presentia ella misma.

Sentado esto, no cabé duda de que la alianza de Francia con el Austria jamás hubiera existido, ni tampoco, por consiguiente, la larga y sangrienta guerra que puso en conflagracion medio mundo. (1)

La historia nos maravillaria en estremo si pudiera desentrañar siempre la verdad, sobre el primer origen de las mas trascendentales peripécias de los destinos humanos.

Sin detenernos, no obstante, en estas curiosas

---

(1) Sabido es que la emperatriz Maria Teresa, llamando *prima* á la Pompadour, logró por la influencia de ella la mencionada alianza, origen de una lucha terrible en que se comprometieron las mas poderosas naciones.

observaciones, proseguiremos nuestro sencillo relato diciendo que cuando sonó por último la hora tan deseada, el corazon de Juana Antonieta respondió con violentos latidos á cada una de sus lentas vibraciones.

Todas sus medidas estaban ya tomadas. Nadie y nada podria interrumpir los momentos deliciosos que ella aguardaba anhelante, prestando atento oido al rumor mas leve que venia de fuera.

Pero volaban minutos y Huberto no aparecia.

Comenzó á temer la marquesa no haber sido comprendida.

Esperó todavia un rato, mas cuando oyó las diez no pudo resistir la impaciencia que la devoraba, y dió por seguro que Huberto habia padecido error sobre la hora de la cita.

Entonces fué que le mandó el mensaje que conocemos, con un antiguo doméstico que casi la vió nacer y sinceramente la queria.

El emisario volvió presto participándola cuanto habia sabido, y puede figurarse el lector la impresion que semejante noticia debió producir en tal momento.

Siguiendo la pendiente de sus habituales ilusiones, supuso desde luego la marquesa que el

triste accidente que venia á contrariarla, era pasagero efecto de la misma inmensa felicidad que de improviso habia hecho entrever al enamorado mancebo.

Tal idea prestaba creces á su propia pasion.

¡Se ufana tanto toda mujer con reconocerse capaz de matar de alegría con una palabra de esperanza!

¡Hay algo tan glorioso en ese poder de dispensar á su arbitrio emociones tales del alma que puedan—aun las mas gratas—ser en cierto modo superiores á las limitadas fuerzas de una naturaleza terrestre!.....

Pero cuando el médico—despachado en el acto—tornó á informar á la favorita de la situacion del paciente, y le oyó ponderar las dificultades del diagnóstico aparentando recelos, entonces sucedió por completo á aquellos sentimientos que no carecian de halago, la mas profunda é insoportable inquietud.

Pensar que Huberto padecia, que Huberto se hallaba en peligro á pocos pasos de ella, sin que pudiese prestarle ni por un instante los cuidados de su amor, los consuelos de su presencia, parecióle un martirio para el que no se hallaba con sufrimiento.

Era preciso resolverse á cualquiera cosa antes que prolongar tan insostenible lucha.

La voz del corazon se alzó tan recia que ahogó enteramente la de la prudencia.

Sin querer detenerse á reflexionar sobre las consecuencias posibles de la accion á que se arrojaba, sintiéndose fuerte para arrostrarlas atrevida, llamó la favorita á su servidor leal y concertó con él rápidamente el modo mas breve de visitar al enfermo sin hacerse conocer del mozo que le asistia.

Respecto á su propia servidumbre ningun recelo abrigaba. Dándose por indispuesta y recogida desde temprano, la habia dejado en libertad de anticipar la hora de su descanso; por manera que—escepto el fiel confidente—todos los criados de la casa, inclusa la camarera, dormian ya á las once, con sueño tanto mas profundo cuanto que se cuidó de obsequiarlos aquella noche con sendas botellas de Burdeos y de Champaña.

Juana Antonia se vistió entonces lo mas sencillamente posible; echó sobre su rostro un velo algo tupido, y sin mas compañía que el antiguo criado salió sigilosamente de sus habitaciones, ligero el paso y palpitante el pecho.

El lector la ha visto ya junto á la cama del

enfermo en el momento en que—despertando éste, exaltado por la alucinacion de sus febriles ensueños—creyó tener á su presencia á la misma idolatrada vírgen, que dormido ó en insómnio era siempre objeto predilecto de las visiones de su alma.

Estrechaba entre sus abrazos, en tal concepto, la femenil figura—que se le aparecia tan bella y amorosa como antes se la representara su sueño—y con el ardor de la calentura que abrasaba su sangre:

—Ya me perteneces! la decia: ya soy tuyo, á despecho del mundo! ¿Porqué no me hablas, bien mio? Dudas acaso de mi resolucion de seguirte á donde quieras llevarme? Me sospechas reo de infidelidad imperdonable?.....Ah! no! Romperemos al mismo tiempo nuestros dobles lazos: los de tu compromiso odioso y los de mi esclavitud en esta corte corrompida.

—Sí..... . si..... murmuraba con tierno acento, casi imperceptible, la que se apoyaba desfallecida de amor en su seno agitado.

—Pues bien! añadia él más y más delirante. Hé ahí nuestra colina con su templo, sus palmas, sus brisas refrigerantes! Llévame á él, Josefina! Házme dichoso, tú que alcanzas únicamente ese

poder benéfico. Tú que eres la casta esposa que me deseaban mis padres al bendecirme. Pero ah! que es eso? Tiemblas en mis brazos?.....Gimes?..... Te pones fria bajo el fuego de mis caricias?..... ¿Es qué dudas aun? ¿No quieres abandonar á ese intruso caballero como yo voy á huir de la tentadora marquesa?..... Oh! Sí! nada temas, Josefina mia! Ella no es la elegida de mi alma, la que me ha dado las primicias de la suya, la virginal esposa de mi esperanza. Ella es la querida del rey. ¿Me compensarian todos sus impúdicos favores de la pérdida de una sola de tus inocentes miradas? No quiero ir á su cita! No quiero verla mas: solo á tí te amo!

Esta vez no fué solo un estremecimiento; no fué solo un gemido. La dama velada repelió con fuerza convulsiva al pobre delirante, y retrocediendo algunos pasos cayó desplomada sobre el sillon que antes ocupara el asistente.

Dios mio! gritó Huberto, fatigado tambien dolorosamente por tan violentas emociones. ¡Ella se vá! ¡Ella me deja y yo estoy aquí atado, sin fuerzas para seguirla!—La cruel! solo ha venido á burlarme..... á darme muerte. Sí! sí! no puedo ya más, añadió con voz quebrantada y dejando caer su cabeza sobre la almohada.

Bien me decia mi madre, murmuró en seguida lentamente: bien me decia que se casaba... en Junio! en ese mismo Junio consagrado..... Allí está su posdata.....allí..... en la cartera que puse sobre la mesa, junto al caballete. En la cartera que encierra tambien el único escrito que tengo de la ingrata.....Y cerca de sus falsas promesas se alzan el templete, la colina..... que nos estan esperando. ¡Ella no los busca ya!..... Solo los quiere como regalo de boda..... de su boda con otro. Pues bien! llevárselos! Darle igualmente la cartera que contiene el tesoro de mis recuerdos. Yo moriré..... moriré solo..... pero fiel..... siempre fiel..... siempre fiel.....

A esta palabra, repetida muchas veces—pero con tan débil acento que no era ya sino un leve murmurio—se siguió al cabo prolongado silencio.

El enfermo, postrándose otra vez, tornó al estado de aletargamiento en que se hallara antes de la llegada de la marquesa.

Entonces se levantó ella casi despavorida, echó á su espalda el velo, dejando patente la palidez de su rostro, que á la opaca y verdosa claridad de la lámpara presentaba algo de cadavérico, y corrió con ímpetu hácia la mesa indicada por Huberto, sobre la cual, efectivamente, se veia una cartera.

Las revelaciones que debia al delirio, tenian, sin embargo, cierto carácter de verdad que no permitian desecharlas como mero producto de un celebro trastornado.

En el fondo de aquellas ilusiones de la fiebre, Juana Antonia veia que aquel hombre por quien acababa de arriesgar su posicion, su fortuna, amaba á otra; la amaba conociendo y despreciando la vehemente pasion que le habia dictado á ella su sacrificio inútil.

Necesitaba, pues, pruebas palpables que hicieran completo su desengaño; que justificaran plenamente las horribles convicciones que de un golpe penetraban súbitas en su alma, arruinando con estrago el edificio frágil de sus risibles quimeras.

Tomó la cartera, la abrió, sacó cuantos papeles contenia, los leyó uno á uno con ojos ardientes, con atencion ávida.

Todo lo comprendió: la carta de Josefina á Huberto un mes despues del primer cinco de Junio: las de Mad. Robert, entre las que se hallaba la última con su posdata: la del anciano desconocido, que tan sábios y oportunos consejos habia traido al mancebo aquella mañana....Dichos papeles la suministraban datos con que completar la

historia de Huberto, solo á medias conocida: la introducian en su existencia íntima, en la existencia de su corazon, cuyos secretos todos le ponian de manifiesto.

Entonces comprendió tambien la locura de tantas ilusiones como ella se habia forjado.

Entonces la poesia embriagadora en que se meciera su corazon, le pareció un sarcasmo de la suerte.

El hombre en cuyos sentimientos creyó hallar insensata la regeneracion de su alma no miraba en ella, con justicia, sino la *querida del rey; cuyos impúdicos favores no podian compensarle de la pérdida de una sola mirada de la inocente vírgen que adoraba ..... de la casta esposa que le deseaban sus padres al bendecirle ..... de la única que alcanzaba el poder de hacerle venturoso, porque le daba las primicias de un corazon puro.*

Repitiéndose estas crueles palabras plegó las cartas, las guardó, puso la cartera en su sitio, tornó á bajar el velo sobre su rostro—donde la arrebatada púrpura de la vergüenza sucedia á la pálidez del dolor— y apretándose el pecho con ambas manos, como para comprimir el choque de sus opuestos y violentos impulsos, inclinó la cabeza y permaneció silenciosa por algunos minutos.

Tan corto espacio de tiempo era, sin embargo, suficiente castigo de toda una vida.

Hay momentos terribles para las almas culpables: momentos que Dios hará pesar mucho en la balanza, del lado de las expiaciones.

Cuando se puso en pié la favorita habia ya en su aspecto algo de heroico.

Aquella mujer—que la posteridad desprecia —no estuvo animada por una alma vulgar.

En sus horas rápidas de felicidad habia creido poder purificarse por el amor verdadero.

En aquella hora de dolor, en que la vemos, comprendia que solo el sacrificio regenera, y se apresta á aceptarlo y á consumarlo con magnánima fortaleza.

¡Érale en verdad necesaria, porque su pobre corazon, burlado, herido, humillado— en el instante de su mayor poder—brotaba todavia, entre la sangre de su herida y la hiel de su despecho, las llamas implacables de un amor celoso y desesperado!

Llegóse al lecho del enfermo, que continuaba aletargado, y lo contempló largo rato con indescribible mirada.

Observó que se hallaba cubierto de sudor, que su respiracion era mas libre, mas sosegado su sue-

ño, menos acre el calor de su frente, mas regular el movimiento de su pulso.

Lo crisis habia sido evidentemente favorable. El mal estaba vencido.

La marquesa pareció rendir gracias al cielo, levantando los ojos con una espresion que equivalía á una ofrenda—y bajándolos luego, como resignada, enjugó con su velo la única lágrima que brotó en toda aquella terrible peripecia su pecho destrozado.

Despues corrió las cortinas del lecho, tornando á dar al jóven una mirada triste pero resuelta, y se deslizó como una sombra doliente fuera de aquel cuarto — donde penetró amante, hollando su posicion y fortuna—y del que salia desengañada dejando muerta la esperanza postrera de su vida.

CAPITULO V.

Convalecencia y despedida.

Tres dias despues dejaba Huberto el lecho, no quedándole de su dolencia sino gran debilidad y profunda tristeza.

Versalles, sin embargo, era un paraiso en aquella estacion de los amores. Sonreian su cielo, su parque, su canal, sus magníficos bosques, sus fantásticos jardines. La vida circulaba ardiente por la creacion visible, palpitaba en cada ser, se difundia en la atmósfera, impregnada de aromas, poblada de murmurios. Firmamento y suelo se engalanaban á porfia para las bodas de la naturaleza, pareciendo trocar entre sí tiernas caricias y suspiros melodiosos.

¿Qué corazon existirá tan frio, que espíritu tan prosáico que no haya percibido alguna vez, en los risueños dias primaverales, esas místicas comunicaciones del cielo y de la tierra; esos latidos de amor que revelan el alma universal y arrancan de la nuestra inenarrables écos, remontándola hasta el orígen mismo de toda vida?

Maravillosa síntesis de lo creado, materia y espíritu, corazon é inteligencia, solo el hombre siente, traduce, comprende, repite, dilata sobre las esferas mesurables las infinitas voces de la naturaleza.

Luces, sombras, líneas, colores, sones, perfumes, armonías y contrastes, todo encuentra en él horizontes, gradaciones, simetrías, perspectivas, tonos, sentimientos, consonancias, conciertos, espacios sin límites donde ordenarse, engrandecerse, reproducirse entre esplendores de otra region mas pura, mas inmutable..... en la del mundo inteligible, donde la uncion de la belleza ideal les presta su eterna poesía.

Por eso nos ceñimos la corona del mundo. Por eso la *caña pensadora* (segun Pascal,) la frágil organizacion que puede ser destruida por un rayo solar, por un miasma palúdico, por un insecto ponzoñoso..... el ente necesitado por escelen-

cia, se levanta rey por indisputable derecho y sujeta á sus piés todas las criaturas conocidas.

Su cetro es el pensamiento — mas grande que el universo, donde es ménos que un átomo perdido su personalidad material.

Su poder consiste en ese privilegio de apropiarse la vida en todas sus manifestaciones; de sentir el órden universal reproduciéndolo en sí mismo.

Todos los séres se animan y se alegran á esa sonrisa de Dios que llamamos primavera: pero solo el hombre— que carece de la facultad que alcanza la vejetacion de rejuvenecerse á su influjo; que no tiene la ventaja de las aves y los reptiles, que mudan sus plumas y su piel borrando los estragos del pasado;— solo el hombre, en quien cada sol de mayo alumbra una nueva huella del tiempo, un nuevo surco del dolor, un nuevo deterioro de la ecsistencia..... solo él goza en su plenitud aquel bien general; porque lo goza admirando y siguiendo la sabiduría que lo produce.

¡Oh, Dios mio! gracias os sean dadas por ese rayo de vuestra luz que habeis grabado en nosotros! Gracias por esa diadema de soberanía con que os plugó ceñir frentes de barro! Quizá algunas veces nos agobia; quizá nos hace sucumbir bajo

su pesadumbre: ¿pero qué importa? Sucumbimos reyes; sucumbimos con gloria.

En los dias melancólicos de su convalecencia vagaba Huberto solitario y silencioso por entre tantos halagos que la naturaleza le ofrecía: pero la tristeza de su espíritu se derramaba sobre ellos, y la indiferencia de su corazon les negaba el sentimiento con que en otro tiempo los animara.

La córte disponia escursiones, improvisaba fiestas, se ceñía de flores. El, ageno á cuanto no era su amargura, llegaba á olvidarse hasta de que ecsistian en torno suyo seres capaces de reir, de divertirse, de asociarse para los placeres.

Algunas veces— debemos confesarlo— algunas veces penetraban, como con miedo, en la soledad de su alma brillantes recuerdos de la marquesa. Veía pasar fugitivas las cabalgatas, las fiestas, las noches de teatro, en que ella era siempre la deidad del talento, de la hermosura, de la moda..... y aquellas dulces horas de largas pláticas, de vagas meditaciones.

Parecíale, cuando momentáneamente le distraian de su pensamiento dominante estas reminiscencias halagüeñas, que quizá el mejor remedio para su corazon lastimado sería aturdirle otra vez con el bullicio del mundo, y sobre todo abrir-

le por completo á la lisonjera amistad de su amable protectora.

Esta idea, empero, despertaba en aquel mismo corazon cierta repulsiva pavura.

La cita pendiente— asociada en su memoria con los crueles combates y acerbos dolores del terrible dia de su desengaño—habia llegado á inspirarle una especie de terror, aumentado tal vez por la incapacidad en que se juzgaba de responder á los sentimientos que creia inspirar.

Dice un viejo proverbio—tan filosófico como lo son por lo comun esas sentencias populares—*que nunca el bien fué querido como al llorarlo perdido.* Tal verdad se confirmaba en Huberto. Jamás como entónces le pareció inestimable y necesario á su vida el amor de Josefina. La marquesa hubiera podido rivalizar menos dificilmente con la señorita Caillard amante, que llenar el vacío que su inconstancia dejaba en el alma que fuera su santuario.

Pero, no obstante esto, pasaba una cosa estraña en el pobre convaleciente. El silencio absoluto de la favorita, durante aquellos dias de su abatimiento, le producía, aun mas que sorpresa, zozobras impacientes que iban creciendo á medida que aquel se prolongaba.

La sospecha de verse olvidado tambien por ella se insinuó al cabo en aquel espíritu enfermo, y mas que antes le inquietara el miedo de un amor criminal y ecsigente— que no debia ni podia satisfacer— le agitó entónces el recelo de una indifereneia que, ensanchando su abandono, le arrancaría sin piedad toda esperanza de futuros consuelos.

Josefina y Juana Antonieta llegaron á parecerle, por último, casi igualmente ingratas, casi igualmente funestas para él, que se creía sacrificado por ámbas; y se rió con doloroso sarcasmo tanto de la fé con que amara á la una, como de los esfuerzos de virtud que habia creido necesitar contra el amor de la otra.

Si en tal situacion se le hubiera hecho patente lo que era él realmente para la marquesa: si adquiriese la certidumbre de que le guardaba en su pecho—no ya una pasion loca y egoista—sino grande, inmensa, misericordiosa ternura.....Si hubiese sabido de que manera espuso su crédito y porvenir por correr junto á él, cuando sucumbia bajo los golpes de otra.....Si un momento entreviese todo lo que la hizo sufrir en su corazon de amante, en su dignidad de dama, y la generosidad con que fué allí mismo perdonado..... Oh! si se-

mejantes descubrimientos le hubieran iluminado, la historia que escribimos terminaría quizá en el presente capítulo. No tendriamos que hacer mas sino arrojar á los piés de la favorita triunfante su esclavo reconocido, pronto á borrar--á fuerza de arrepentimiento culpable--el mérito de haber sido fiel por tanto tiempo á la pureza de su primer cariño.

La Providencia no lo quiso así.

En la admirable sencillez de sus planes bastóle pasagera calentura para salvar á Huberto y hacer sentir á la cortesana el comienzo de sus expiaciones.

La obra estaba hecha y la casualidad no debia alcanzar poder para inutilizarla.

Pasando la fiebre, se llevó consigo— confundido entre los fantasmas del delirio— el vago recuerdo de una mujer, presente en realidad á sus ojos en una de aquellas horas de alucinaciones: estrechada en realidad contra su pecho en el supremo instante de la crísis.

Jamás, entónces ni despues, sospechó siquiera la verdad de lo ocurrido.

En uno de sus dias mas amargos escribió Huberto á su primer bienhechor, segun aquel se lo indicara en su carta.

Aquella respuesta no podia ser mas triste:

—« Mi talento y mi corazon (decía el autor)
« han muerto para siempre. Vuestros benévolos
« votos, vuestros sabios consejos son ya inútiles.
« La mujer querida, aquella para quien yo debia
« conservarme puro y anhelaba ilustrarme labo-
« rioso; aquella que creí destinada á coronar mi
« gloria y mi virtud..... aquella, señor, me ha
« vendido, me ha sacrificado. Sí! Sabedlo! Josefina
« Caillard—tan mudable como otras— será presto
« la señora de S.....

« Perdonadme si despues de trazar estas pa-
« labras, sentencia de mi eterna soledad, no en-
« cuentro en mi corazon mas que lágrimas.....
« lágrimas que ahogan hasta las bendiciones que
« me seria dulce repetiros. »

Despachada tal contestacion, nuestro héroe se empezó á ocupar de su partida. Se habia jurado á sí mismo llevar personalmente su regalo de boda á Josefina.

Fué preciso, pues, pedir la venia real alegando la necesidad de restablecer su salud en el seno de la familia.

Luego, obtenida aquella, fué tambien preciso despedirse de la marquesa....., de la amiga que habia sido sucesivamente tan amada, tan temida y al fin tan injustamente acusada.

Desde el dia memorable para ella de su nocturna visita apénas se la habia visto en la corte. La persona que con mayor frecuencia recibia y con quien pasaba varios ratos, era su limosnero.

Naturalmente benéfica, pero mas que nunca entónces, complacíase en derramar el oro á manos llenas, buscando—en el amor santo de los pobres—bálsamo con que suavizar las enconadas llagas abiertas en su pecho por otro amor profano.

La misma mañana escojida por Huberto para su visita de despedida, dotó liberalmente á dos doncellas huérfanas para que realizaran sus matrimonios.

—¿Estais bien cierto—preguntó al limosnero—de que esos novios las aman de veras y no van solo en busca de la dote que les llevan?

—Sí, señora: una de las dos parejas merece ser citada como modelo de constancia, pues ni la ausencia, ni las rudas pruebas á que la miseria de uno y otra los ha espuesto durante algunos años, han sido bastantes á disminuir su ternura ni quebrantar su fé. Los otros dos amantes, casi niños aun, se quieren apasionadamente, puede decirse que desde el comienzo de su vida, y morian de dolor ante la necesidad de separarse para buscar que comer.

—Bien: casadlos pronto y buscadme otros muchos de análogas circunstancias. Es preciso que haya enlaces de amor, uniones felices. ¡Hartas víctimas han hecho y seguirán haciendo los que tienen por fundamento miserables intereses! Sean bendecidas por Dios las privilegiadas mujeres que le han debido la suerte de hallar á sus primeros pasos por el mundo al esposo que pueden amar siempre..... Las que gozan la dicha de ofrecer á su elegido un amor, primicia de su alma, santo, único, digno de ser aceptado por quien es digno de inspirarlo! Eso consolará á las que se ven desheredadas de bien tan incomparable.

El limosnero salió á cumplir la órden que recibia, sin esplicarse—como lo hará el lector—todo lo que encerraban de profundamente sentidas y personalmente aplicables las palabras que la espresaron.

Poco despues fué anunciado Mr. Huberto Robert, que, debiendo partir para Marsella al amanecer del dia inmediato, venía á rendir sus respetos á la señora marquesa.

Ella—que se entretenía en arreglar por sí misma las coronas de blancos azahares destinadas á sus protejidas—las dejó caer estremeciéndose de piés á cabeza.

Por un momento se halló incapaz de articular acento ni moverse del sillon que ocupaba. Luego se levantó de pronto, se puso al tocador, y sonriendo amargamente al observar en el espejo su desmejoramiento lastimoso, se dió prisa por ocultar bajo el albayalde y colorete las huellas de sus lágrimas y de sus insomnios.

Hecha esta operacion reunió sus fuerzas, llamó en su auxilio la dignidad de su sexo, y dispuesta á representar á todo trance el papel que le dictaban á la vez la generosidad y el orgullo, recibió á nuestro héroe con la sonrisa en los lábios, y la altivez en la frente.

—Señora, (dijo él esforzándose por disimular su emocion) perdonadme haber retardado el cumplimiento de un deber agradable. Sé las nuevas bondades de que os soy deudor: sé que durante mi enfermedad me habeis enviado vuestro médico, y hasta una de las mujeres que os sirven para que os informase con exactitud de mi estado.....

—¡Gran cosa! esclamó ella. ¿Creeis que me correspondia hacer ménos aun tratándose de cualquiera de mis criados? A vos es á quien toca perdonarme el limitar á tan poco las demostraciones de mi cuidado. Me asiste la disculpa de haberme hallado algo indispuesta tambien, como sin duda lo

dice mi semblante. En fin, gracias al cielo nos volvemos á ver convalecientes, y—aun cuando sea para una despedida—creo sentireis como yo la dulzura de este momento en que nos felicitamos mutuamente con la sinceridad de un recíproco afecto. Sentaos---prosiguió indicándole un sillon próximo al suyo.—¿Recordais que tenemos una cita pendiente?

—Sí, señora, contestó el jóven, (sonrojándose á la idea de haber sido acaso un fátuo presuntuoso) tengo bien presente aquella honra que me dispensasteis, y cuyo objeto ni entónces ni ahora he podido esplicarme.

—No? Es posible!—dijo la marquesa con admirable apariencia de naturalidad.—Me parece, sin embargo, que estuve muy esplícita. ¿No os dije que era inútil la resistencia; que en balde me huíais para llorar solitario; que en balde intentábamos luchar uno y otra contra la fuerza simpática que nos impelia á comunicarnos nuestros sentimientos, á compartir nuestros análogos pesares? No sé si fueron estos exactamente los términos de que me valí al hablaros en el parque, pero el sentido es el mismo.

—¿Y ese sentido..... —comenzó á decir Huberto;—mas cortándole la palabra su hábil interlocutora, añadió vivamente.

—Ahora vemos probada su verdad. Séamos francos, Robert, seamos sinceros antes de separarnos. ¿No es cierto que ni vos ni yo hemos adolecido de unos de esos comunes trastornos del equilibrio animal, á los que se dá el nombre de enfermedades? ¿No es cierto que vuestro mal y el mio tienen raices mas hondas, mas difíciles de arrancar? Oh! sí! á despecho de la reserva con que ambos hemos agraviado á la amistad que nos une, estoy segura de que vemos claramente lo que cada uno esconde en su corazon.

—No, por mi parte:—pronunció el jóven con cierto despecho.—Confieso, al contrario, que nada es ya para mí mas incomprensible, mas inesplicable, mas difícil de penetrar que un corazon de mujer.

—Pues yo os llevo entónces gran ventaja, repuso la marquesa, por que leo— como en un libro—en vuestro corazon de hombre, que le aflije un amor ausente, un amor desgraciado; cuya amargura brota hasta en el mas insignificante acento que sale de vuestros lábios.

—Ah! si leeis todo eso, señora, debeis felicitaros gozosa de que no puedan ser de tal índole esos dolores vuestros, cuyo conocimiento no debo á mi penetracion ni merezco á vuestra confianza.

—Sois, pues, tan injusto como ciego, amigo mio. He comenzado recordándoos que teníamos pendiente una conferencia íntima, y como no me asemejo á vos, en cuanto á la fortaleza que desdeña el consuelo, os confesaré—supuesto no lo adivinais—que si comprendo perfectamente el mal que os está consumiendo, es por que conozco por pròpia esperiencia sus síntomas infernales.

—Vos!.....

—Yo! ¿Pensais por ventura, como el vulgo cortesano, que solo la ambicion es mi móvil, que no soy sensible sino á los halagos de mi posicion brillante? Ah! no! sabed que tengo corazon, que amo, que estoy celosa!

El pálido rostro del artista se coloreó de de nuevo al oir estas palabras, articuladas con fuego en la mirada, con temblor en el acento; y agitado él mismo por estraña ansiedad murmuró balbuciente:

—Amais..... ¿á quién?

—Podeis dudarlo?—respondió la marquesa con esfuerzo supremo.—Amo al rey! le amo con una vehemencia que no sospecha nadie, ni aun él. ¡Le amo y tengo que soportar infidelidades contínuas!

Cosa rara! Huberto—que tocaba la doble ven-

taja de ver que no habia perdido la amistad de la marquesa y de convencerse de la pureza y desinterés de la misma— se sintió, sin embargo, como lastimado por la confidencia que recibia.

¡Siempre enigmas y contradiciones del hombre!

Quizá, empero, pudiéramos esplicar la impresion que denunciamos recurriendo únicamente á lo risibles que debieron parecerle en aquel momento á nuestro héroe sus pasados combates contra un peligro imaginario; lo en ridículo que se le pusieron sus costosos triunfos.

Sea lo que fuere, preferimos no meternos en honduras, consignando sencillamente como veraces cronistas, que el jóven permaneció por algunos minutos cabizbajo y silencioso, pareciéndole mas profunda que nunca la soledad de su alma.

No pasó aquello desapercibido para su perspicaz interlocutora, y hubo un rato en el que ella tambien tuvo necesidad de recojerse para rehacer sus fuerzas que flaqueaban.

Luego rompió el silencio la primera, diciendo con voz dulce, pero entera:

—Os he abierto de par en par las puertas de mi corazon. Ahora tengo derecho á ecsigiros que

me confieis por completo los padecimientos del vuestro.

Deseo conocer la historia de ese amor que tanto os hace sufrir, y os ofrezco anticipadamente los consuelos de mis simpatías.

Huberto no podia rehusarse á tan afectuosa ecsigencia. Refirió lo mas brevemente posible sus relaciones con la señorita Caillard, y terminó el relato con fúnebres voces de desaliento invencible.

—No haceis bien en abatiros así— le dijo la favorita que le habia escuchado con heróica calma.—El desenlace de esa historia no ha llegado todavía. Hay en el fondo de su última peripecia algun error que aun puede desvanecerse. Josefina, vuestra candorosa vírgen, vuestro ángel de ternura, no puede convertirse de repente en veleidosa coqueta capaz de vender la pureza de su primer cariño.

Ella os ama, el casamiento aun no está hecho y vos vais á Marsella. Todo, pues, puede arreglarse todavía: todo se arreglará de seguro. Si tal sucede..... ¡oidme!— añadió poniéndose en pié con ademan magestuoso, cual si sintiese que crecía, que se levantaba purificada por la consumacion del sacrificio.—Si tal sucede, Ro-

bert, quiero entregaros con mi mano á la esposa que os habeis escojido: quiero bendecir en el altar, como madrina de vuestra boda, á la que tendrá por santo deber el amaros como necesitais, y el haceros feliz como mereceis por vuestras virtudes.

Jamás la habia visto Huberto tan bella como en aquel momento. Aunque muy ageno de conocer cuanto habia de sublime en las palabras que acababa de escuchar, sintió de pronto instintivo respeto, y dobló las rodillas ante la favorita, por involuntario movimiento.

Yo acepto—la dijo conmovido— esa oferta llena de bondad con que os place alentarme; pero permitidme pediros otra que aun me será mas preciosa.

—Hablad! pronunció ella, sin decaer su entereza.

Prometedme que si vuelvo á vuestras plantas herido, solitario, sin esperanza—como me veis ahora— si en la soledad de mi abandono vengo á suplicaros con llanto me conserveis siempre la dulce amistad que será entónces mi único bien en la tierra..... prometed, ¡señora! que no seré rechazado; que me concedereis vivir cerca de vos para amaros, para bendeciros.

—Os lo prometo— respondió con cierta solemnidad la marquesa.—Idos seguro de ello y volved pronto, ya sea para presentar vuestra novia á la madrina que la espera, ya para llorar por ella en el seno de la amiga que siempre encontrareis afectuosa.

Huberto besó la mano que se tendia para levantarlo y la sintió temblar fria bajo el calor de sus lábios. Pero habiendo alzado una mirada inquieta y próxima á empañarse con lágrimas, vió que la frente de Juana Antonieta se mantenía erguida, secos sus ojos, sonriente su boca, que pronunciaba con dulzura tranquila el adios último.

Entónces tuvo el jóven vergüenza de su debilidad, ahogó sus emociones, y salió con paso firme de la lujosa estancia, quizá ménos complacido de los nuevos favores que debia á la generosidad de la gran señora, que humillado del lugar secundario que se persuadió ocupaba en el corazon de la mujer.

Así terminó aquella visita de despedida, en que la favorita sufrió tanto y se mostró tan magnánima, que el ángel de la justicia hubo de desviar su cáliz, permitiéndola el consuelo de quedar satisfecha de sí misma.

CAPITULO VI.

Tercer cinco de junio.

Jesus! que dia tan feo nos ha amanecido hoy. Se diría que lo hace el cielo de propósito, para mas entristecernos:—esclamaba nuestra conocida Niná, asomando su mofletuda cara por cierta persiana que tambien conocemos.—Si sigue lloviznando no podreis realizar vuestro paseo, querida niña mia.

—Oh! sí! aunque diluviara:—respondió la argentina voz de la doncella cubana, cuyo lindo cuerpo, vestido con gracioso trage de montar, descansaba lánguidamente en un ancho sitial próxsimo á la ventana.

—Habeis pasado malísima noche, y con semejante tiempo creo que el iros al campo.....

—No tengas cuidado. Todo me hará provecho con tal de no pasar el dia, de no ver descender las sombras de la noche en estos sitios llenos para mí de atormentadores recuerdos. ¡Niná! Estamos en cinco de Junio!.....

Comprenderás que ha sido casualidad feliz que me convidase mi prima á comer en su quinta, para no volver hasta mañana. Eso me proporciona, además de alejarme de unos objetos cuya vista me es dolorosa en un dia como hoy, la ventaja de correr á caballo por aquellas campiñas, respirando aire libre, saliendo de este marasmo que me mata.

—Sí, hija de mi vida, celebro tanto como vos el que se os presente ocasion de distraeros un poco; solo me pesa que el tiempo no sea mas adecuado. ¡Vaya! pues habia yo de desconocer lo útil que os será ensanchar el ánimo en una fiestecita de familia, en vez de estaros metida entre estas paredes pensando en cosas tristes que ya no tienen remedio? Hasta vuestra jaca camagüeyana pateaba relinchando al amanecer; como si entendiese que iba á gozar la dicha de servir de nuevo á su querida ama, que tan olvidada la tenía.

—Manda ensillarla, Niná: van á dar las ocho y de un momento á otro vendrán á buscarme mi prima y su marido.

—Ya está eso dispuesto. Oh! mirad! gracias á Dios va despejándose la mañana. Todavía habeis de lograr un buen dia.

—Un buen dia!.....

—En cuanto cabe, niña de mi alma. Demasiado sé que ya no habrá dias completamente buenos ni para vos ni para el pobre..... En fin, vale mas no nombrarlo. Os casais con otro dentro de dos semanas. Es tontería el estar dale que dale con lo pasado. Eh! eh! no comenceis á llorar como anoche. Valor! Quizá nuestra Señora de la Esperanza os mande algun consuelo, segun se lo pedis cada mañana y cada tarde.

—¿Qué consuelo puedo esperar, Nina?

—¿Quién sabe? ¿No lo sería para vos el saber, verbi gracia, que él no os guarda rencor, que os ama siempre, que os desea muchas felicidades, que está pronto á probaros todo lo dicho dándoos un recuerdo suyo para que lo conserveis hasta la muerte?

—Ya! como nada de eso puede ser!..... Recuerdo suyo!..... Hasta sus dos cartas destrocé en mi demencia: nada me queda!

—Pero y si sucediera lo que he indicado?.....

—En mi situacion presente, Niná, cuanto puedo pedir á la suerte— sin faltar á lo que me debo á mí misma—es que *él* no me odie, que no mejuzgue una mujer sin fé..... y que sea feliz olvidándome.

—En cuanto á lo último nada digo, porque nada se me alcanza: pero por lo que toca á lo demás me está anunciando el corazon que no os casareis sin tener alguna prueba, no solo de que estais perdonada, sino de que, cual un hermano cariñoso, hay quien venga de léjos para traeros su regalo de boda.

—Qué cosas te se ocurren tan raras!..... Pero mira, tenias razon en lo que dijiste primero. No debemos hablar de *él* ni de nada que con *él* se roce. El honor, el deber me prohiben tales conversaciones; que por otra parte me afectan demasiado.

—Bien, bueno, no volveré á mencionarlo. Secad esas lágrimas y ya vereis como entónces se me vienen al magin asuntos mas agradables. Por ejemplo: ¿os acompañará á la quinta el caballero de S.....?

—Niná! ¿es ese nombre lo que te parece mas agradable para mí?

—Perdonadme..... nò quise decir..... Pero en

fin, puesto que vuestro honor y vuestro deber mandan que no se hable del otro..... y que este será vuestro marido.....

—Estás cruel conmigo, Niná!

—Jesus! no sabe una con lo que gana ni con lo que pierde. La verdad es que las dos tenemos negrísimo humor y de todo nos lastimamos, hija mia.

—Quizá. Responderé, sin embargo, á tu pregunta, diciéndote que nadie me acompaña sino mi prima y su esposo. El caballero espera por momentos á su ilustre deudo— objeto de gran veneracion para los Hericourts— y no es tan estremoso en su amor por mí—¡harto lo sabes!—que preste mucha importancia á verme ó no verme durante veinte y cuatro ó treinta horas.

—Mejor, con eso estareis mas libre y tranquila en vuestro paseito. Oís? las ocho! Ea, venid á tomar una tacita de café y á decir dos palabritas dulces al papá— que desde la madrugada no hace mas que embadurnar un pobre lienzo, para quemarlo luego como tantos otros.

—Ay! aquella su dichosa colina, aquel templete de su amor, que soñábamos rehacerle Huberto y yo..... no lo será ya nunca!..... nunca!

La jóven prorrumpió en sollozos al proferir

estas frases, y Niná—haciendo tambien pucheritos tragi-cómicos—no perdió sin embargo la ocasion de decirla:

—Ahora no soy yo quien lo menciona: reñidme despues! Vaya! ¿Cómo es posible que en un dia como hoy no se acuerde una de..... ¡Y si vos supiérais!..... No! nada! mejor es callar..... Pero desahoguémonos llorando.

En efecto, el duo de lágrimas y gimoteos se entabló con apariencias de no haber sido breve, á no interrumpirlo felizmente la llegada de los primos que vinieron á caballo para llevarse á Josefina.

Tuvo ella que enjugar precipitadamente su llanto, tomó luego á medias y de prisa la tasa de café presentada por la mulata, y despues de abrazar á Mr. Caillard—que estaba rematado en su monomanía—montó al cabo, segun habia resuelto, aunque no sin echar larga y tierna mirada hácia los mismos objetos de que anhelaba alejarse.

Apénas los tres ginetes partieron á galope por la ancha Canebiere, Niná comenzó á pasearse de la sala al gabinete y del gabinete á la sala, con singular desasosiego.

Su preocupacion se fué aumentando, hasta el

punto de pronunciar bastante claro—sin darse cuenta de ello—el soliloquio que vamos á copiar literalmente.

—A ella le conviene este dia de campo y á mí tambien. Sin tal circunstancia hubiera sido muy dificil, sino imposible, el cumplirle á *él* lo prometido. ¡Fué una imprudencia!.....pero ya está hecha. ¿Como rehusarle el consuelo que me pedia tan afanoso, tan zalamero?.....

¡Válgame Dios si tiene labia el muchacho! Luego ¡me daba una lástima el verlo flaco, descolorido, desfigurado.....! Jesus! parecía un muerto levantado del atahud. Además, eso de llevar la generosidad de su amor hasta empeñarse en dejarle á la niña en su mismo cuarto un regalito de boda..... es cosa que parte el corazon. No hubiera yo imaginado nunca nada tan raro como semejante deseo de parte del pretendiente abandonado.

¡Es un palomo sin hiel el pobrecito! Me alegro, por tanto, de haberle ofrecido el consuelo estraño qne solicita, dándole desde luego el de saber que es amado mas que nunca, y que solo por la locura de un instante de celos, al parecer fundados, es por lo que consigue otro la dicha de quitarle su prenda. ¡Sí! me alegro! La niña no está

en casa, no podrá comprometerla nada que yo haga..... Pero el amo no saldrá de seguro y si llega á entender que he dejado entrar al muchacho hasta el cuarto de su hija.....

Vírgen del Cármen! capaz sería de matarme. Atendido á esto preferiría que se me hubieran roto las piernas ayer tarde, antes que bajar por la escalera para ir á charlar un rato con la criada de la vecina de enfrente. ¿Pero quien habia de adivinar que *él* estaba en acecho para atraparme, poniéndome en tal apuro?..... Muy distante tenía del pensamiento que hubiese vuelto á Marsella. Hasta me dijo su hermana, en dias pasados, que estaba la familia en cuidado por saber se hallaba enfermo.

En fin! á lo hecho pecho. Ya no es tiempo de vacilaciones. Qué venga, que entre si puede, que se desahogue llorando allí donde tambien ella ha llorado tanto, que le deje su regalo. ¡Será el único recuerdo que conserve de él la triste niña! Para mí será la responsabilidad y para ella el consuelo. Bien lo necesita, y—apesar de los barruntos que he querido darle— bien ha de sorprenderla.

Al concluir dicho monólogo entró un criado á advertirle que Mr. Caillard se sentaba á la mesa para almorzar, y segun vieja costumbre acudió á

servirle la mulata, si bien cansada de tanto ir y venir entre el laberinto de sus intrincadas reflecsiones.

Todo el dia se mantuvo inquieta y á veces pensativa; tan pronto arrepintiéndose, tan pronto felicitándose de haber condescendido— segun nos reveló en la conversacion consigo misma— á que entrase Huberto aquella noche, para poner con su propia mano en el tocador de Josefina el presente de boda con que quería obsequiarla.

Si Niná continuó desasosegada, Mr. Caillard, por su parte, tambien siguió inmutable en su manía de pintar colinas y templetes—bufando de despecho á cada nueva prueba de su ineptitud—y tambien el dia se conservó nublado y lloviznoso, como si tomara parte en la tristeza de aquel aniversario.

La noche desplegó al fin sus primeros velos, que no argentaba esta vez (como en los anteriores cinco de Junio) la hermosa claridad de la luna, y la agitacion de Niná pareció aumentarse con las sombras.

—Angel de mi guarda!— esclamó asomándose de nuevo á la ventana.—Va á venir! Por cuanto hay en el mundo no quisiera chasquearlo, pues capaz sería de morirse: pero el amo—cansado ya

de manchar lienzos—se anda paseando por los corredores. ¿Cómo desviarle de allí? ¿De qué modo echarle á la calle por algunos minutos?

Y se rascaba las orejas, rebuscando en su caletre algun medio de salir del conflicto.

De repente lanzó un—¡ah!—de triunfo, y su fisonomía reveló la mas completa satisfaccion de sí misma.

—Buenísimo!— pronunció frotándose las manos.—El ángel custodio no podia ménos de darme una ocurrencia como suya. La mentira es inocente y el resultado seguro..... Tambien podrá ser que me cueste un pan la torta, pero ¡paciencia! Cumplir mi palabra antes que todo.

Dicho esto se encaminó resuelta al encuentro de su amo, que en aquel momento se dirigía al salon.

—Señor! señor! le dijo palmoteando: tengo gran noticia que daros!

—Habla, pues! respondió secamente Mr. Caillard.

—Como habeis estado todo el dia en vuestro cuarto, no he podido comunicaros antes lo que he sabido hoy por casualidad milagrosa.

—Bien, acaba, parlanchina: ¿Qué es ello?

—Ah señor! dicen que ha llegado á Marsella un pintor sin segundo, un verdadero prodigio. Se-

gun lo que de él se cuenta, creo que habeis hallado lo que estais buscando ha tantos años. Para semejante hombre debe ser el pintaros la colina y el templete con todos sus pormenores, cosa tan fácil como sorberse un huevo. Jesus! sino falta quien sospeche que no es persona humana sino el ángel mismo de la pintura.

Mr. Caillard se irguió aguzando las orejas y ensanchando las narices, como sabueso que percibe de improviso la pista de la liebre, ó cual corcel de guerra que oye sonar el clarin.

—Quién es? Como se llama? preguntó al momento.

—Se llama..... se llama..... Ay Dios! que maldita memoria! Hace un minuto que tenia ese nombre en la punta de la lengua y ahora ni remotamente doy con él.

—Pero sabrás al ménos donde se hospeda artista.

—Eso sí.....Me parece que es allá..... bastante léjos, señor. Allá cerca del boulevart de las damas.

—No puedes dar mas señas?

—Ni son necesarias, mi amo. Preguntando en aquel barrio, cualquiera os guiará de seguro. ¿Quién ignorará á estas horas el paradero de pintor tan famoso?

—Poco espero ya de todos los pintores de la tierra, pero no se dirá que dejo de hacer cuanto de mí dependa. Iré á ver mañana á ese hombre ponderado.

—Mañana? Ay señor! lo malo es que segun tengo entendido se marcha al amanecer. Para conseguir verle sería preciso que le buscaseis esta noche sin desperdiciar momento. Luego que le hableis, que le ofrezcais buena recompensa por la obra, no dudo que consienta en quedarse para emprenderla á vuestra vista y oyendo de vuestra boca las esplicaciones que necesita.

—Pero ¿estás cierta de que sin eso dejará á Marsella mañana?

—Me lo han asegurado, señor. Vino de..... París, donde hace gran papel por su habilidad, y terminado el asunto que le trajo se vuelve allá prontamente. Lástima que perdais esa ocasion.....

—Cómo perderla! esclamó el monomaniaco sin dejarla acabar.—Corre! que enganchen el coche. Iré ahora mismo visitando casa por casa todo el boulevart de las damas. Voto á sanes! ¿habia de dejar que se me escapase ese artista eminente?.....

La estratagema de Niná no podia obtener mejor ni mas rápido éxito.

Diez minutos despues el carruage volaba

desempedrando calles y llevándose á Mr. Caillard.

Los criados recibieron al punto licencia espontánea de la mayordoma para aprovecharse de su ausencia, solazándose un rato en el paseo inmediato, y al sonar las ocho de la noche—hora memorable de las dulces entrevistas de los dos amantes—Niná se encontró al fin sola en la casa y comenzó á respirar con mas anchura.

Era tiempo! la tosecilla de marras se hizo oir al pié de la ventana, ni mas ni ménos que en los felices dias en que respondian á ella los amorosos latidos del tierno corazon de Josefina.

La mulata únicamente la escuchó esta vez, y se apresuró á acallarla indicando al jóven que estaba libre el jardin.

CAPITULO VII.

La gran prueba.

Franqueada aquella puerta, que nunca hasta entónces habia tenido Huberto la dicha de atravesar, penetró entre tinieblas y con el alma henchida de emociones en el perfumado ambiente del florido recinto, donde aun le parecía respirar suaves efluvios de la tierna vírgen de sus primeros amores.

Ante la impresion de semejante momento desaparecian por completo las huellas que aun pudiera conservar de las sensaciones pasadas. La marquesa, la corte, cuanto habia ocurrido durante dos años—escepto lo relativo á su amada—to-

do quedó anonadado por el poder supremo del sentimiento antiguo, del sentimiento único que alcanzaba á darle—hasta con sus mismas amarguras—inesplicables encantos.

Mientras que él recorría palpitante, en medio de la oscuridad de la noche, aquellos sitios de dulces y melancólicas memorias; miéntras palpaba con estremecimientos de amor cada uno de los arbustos que habia rozado al pasar la blanca vestidura de Josefina, y que aquel dulce nombre vagaba entre sus lábios sin osar desprenderse de su pecho; Niná—que se quedara un ratito junto á la puerta para darle tiempo de calmar sus primeros trasportes—Niná, decimos, vió que entraba en seguimiento suyo robusto moceton, llevando un gran cuadro cubierto con una sábana.

—Jesucristo! esclamó sin poderse contener. ¿Qué traeis ahí? ¿Es un espejo de cuerpo entero el regalo que el Sr. Huberto quiere hacerle á la niña?

Nada contestó el gañan y la mulata se resolvió entónces á interrumpir bruscamente las mudas emociones de nuestro héroe.

—Si el armatoste que carga ese hombre—le dijo—tiene que ponerse en el gabinete de mi ama, trabajo le doy para ocultarlo de su padre. ¿Qué

cosa es esa, Sr. Huberto? ¿No se os ha ocurrido otro presente de ménos bulto?

—No! respondió el jóven con espresion que la impuso respeto.—Solo ese es digno de ella y de mí. Quise dejárselo como un remordimiento: ahora, que sé por tí que es mas desgraciada que culpable, se lo dejaré como último y precioso testimonio de abnegado cariño.

—No os entiendo, pero vamos adentro. La niña no volverá del campo hasta mañana; mas el padre puede aparecer cuando ménos se le espere. ¡Si supiérais el triunfo que ha sido hacerle salir de casa! Me encomendé al ángel de mi guarda y él me metió en la cabeza una invencion que salió á pedir de boca. Gracias á ella lograis cumplir vuestro deseo sin ningun peligro para vos..... No para mí, que soy en todo la persona comprometida.

Huberto sin detenerse á darla ni á pedirla esplicaciones, enlazó uno de sus brazos á otro de su conductora y—ordenando al criado seguirlos—atravesó el jardin dirijiéndose á la casa.

Niná se dejaba remolcar, muy oronda con el honor de ir de brazo con el gentil mancebo, y diciendo en sus adentros:

—Esto se llama ser caballero fino, y no aquel

otro estirado que casi se desdeña de saludarme.

Pero á pesar de su ufanía, y de aquel cotejo tan favorable para Huberto, no le era dable prescindir á la buena mujer del escozor que continuaba causándole el escesivo volúmen del regalo consabido.

Ninguna idea tenía de que el ex-barquero de Marsella cultivase el arte de la pintura, (pues cuanto le dijeron respecto al cambio de su suerte se reducía á hallarse empleado y bien quisto en la corte) por consiguiente no sospechó siquiera que fuese un cuadro al óleo aquel armatoste—segun le habia designado—que miraba dirijir á la habitacion de Josefina, y respecto al cual habia pronunciado el jóven frases que ella no acertaba á esplicarse del todo, por mas vueltas que les daba.

Antes de hacerle penetrar en el salon, se detuvo un instante para decirle con tono que quiso hacer muy grave y muy patético:

—Os cumplo mi promesa, señor Huberto, y suceda lo que Dios quiera no me arrepentiré de haberos servido. Pero permitidme os haga presente, una vez mas, que la fiesta puede salirme cara. Yo he inventado que hay en Marsella, como llovido del cielo, un pintor medio divino, un prodi-

gio deparado por la Providencia á mi amo, para que le pinte su colina deseada, su templete que le vuelve loco. El pobre señor anda á estas horas removiendo el mundo por descubrir al dicho personaje, en quien funda ya toda su esperanza, y cuando se convenza de que no hay tal hombre en la tierra, de que todo es mentira forjada por mí para engañarlo y hacerle salir esta noche ..... no os digo nada! Ya conocereis la que me espera. Figuraos, pues, lo que será, despues de todo, que vea vuestro presente el dia ménos pensado en el cuarto de su hija, toda vez que es de un tamaño que hace imposible esconderlo.

—Sosiégate—respondió el jóven, no sin admirar la coincidencia de la invencion de la mulata con su llegada á Marsella trayendo el cuadro tan anhelado por el monomaniaco:—Mr. Caillard verá sin enojo, verá con gran placer mi regalo á su hija, ó no lo verá nunca. Eso quedará dedicido por tí misma ántes de diez minutos.

—Decidido por mí!..... ¿Yo he de hacer que mi señor vea con gusto que vos le haceis regalos á la niña?

—Niná! no me has dicho que te encomendaste á tu ángel y que él te sugirió la idea que ha alejado á tu amo?

—Cierto.

—Pues bien, yo veo en eso un fausto presagio. El ángel no puede dejarte por embustera frustrando las esperanzas que has hecho concebir al padre de Josefina.

—Creis que.....?

—Creo que debes tener fé y abrirme esa puerta sin demora. No perdámos un momento. Ea! Tu celestial custodio te lo manda.

La mulata obedeció, atontada ya con lo que oia, y Huberto se precipitó en el gabinete, mansion habitual de su adorada.

Todo estaba allí impregnado de ella. Veíanse, donde quiera se volviese la vista, huellas de sus pasos, vestigios de su presencia.

Sobre el tocador guantes y flores recientemente usados: en el abierto costurero la graciosa labor apénas principiada: al pié del sillon—que ocupara horas ántes—el pañuelo de batista húmedo aun con sus lágrimas.

El amante se apropió esta última prenda sin escrupulizar del robo, y despues de ocultarlo en su pecho osó llegar hasta el umbral mismo de la virginal alcoba, á cuyo fondo se destacaba—blanco y casi vaporoso—el bonito lecho cubierto de trasparente muselina bajo un pabellon celeste. Sobre

la alfombra, estendida delante, resaltaban dos zapatillas de terciopelo oscuro, que habian abrigado en la madrugada de aquel dia los mas pulidos piés que hollaron nunca el suelo de la Francia.

Frente á frente de la cabecera se veia, entre guirnaldas de artificiales rosas, la bella imágen de la *reina de las vírgenes*, protegiendo con amorosa mirada el casto lecho de la que se dormía cada noche bendiciendo su nombre y demandando su amparo.

Huberto, descubierta la cabeza, cruzados los brazos, inclinada la frente con respeto, llena el alma de inesplicable emocion, se estuvo contemplando largo rato aquel místico santuario, sin que formulasen sus lábios las preces secretas que acaso levantó su corazon, y cuya eficacia debió ser tanta que alcanzó á restituirle la ya perdida esperanza.

Sí! súbitamente se sintió alentado, fortalecido, capaz de arrostrar la gran prueba que habia resuelto, y entreviendo otra vez en su feliz resultado la posibilidad de alguna gran peripécia en el destino de su vida.

El templete de la célebre colina ¿no consagraba recuerdos de una boda deshecha la víspera misma de su proyectada celebracion? No era

monumento del triunfo del verdadero afecto, protegido por Dios, sobre todos los cálculos de las conveniencias humanas?.....

Huberto pidió una escalera, escogió sitio, la colocó, subió él mismo, clavó las escarpias, colgó el cuadro, bajó en seguida para poner y combinar luces, y cuando su operacion estuvo terminada asió del brazo á Niná (que miraba todo aquello absorta y alelada) y llevándosela hasta la puerta por donde debia entrar Josefina al regresar á su cuarto, volvió él de un salto al pié de la escalera que desvió con fuerte empuje, y arrancó el lienzo que cubría la pintura.

La mulata prorumpió en un grito indescribible.

Siguióse momento de silencio, durante el cual solo se oian los violentos latidos del corazon del jóven.

Luego, calmado un tanto el embargamiento del asombro, Niná esclamó enagenada:

—Ah!.....mi tierra!.....mi cielo!.....¿ No estoy soñando? Esa es la colina, que subí con mi ama desmayada entre los brazos!.....Oh! ya está levantado el templete! La veo á ella, á mi señora!.. Si! tan bella como lo es hoy su hija, en quien dejó vivo retrato suyo! Vedla allí tambien á mi ni-

ña!.....Está de espaldas.....pero esos son sus rizos de azabache.....ese su cuerpecito gracioso, vestido con el *túnico* de gasa color de rosa que se estrenó la tarde de San Juan.—Vá cargada de flores para el altar de la gratitud y del amor.—Oh! aquellas palmas! las conozco muy bien! Se han balanceado muchas veces sobre mi cabeza! En el mango que sobresale á la derecha grabó el amo el nombre de la niña: sí! sí! en ese mismo! ¿Qué tropa de tomeguines saltan entre sus ramas! Así lo hacian cuando á Josefina se le antojó cojerlos y hubo que subirla al árbol, del que descendió llorando al verlos escapar alborotados.—¡Y ese maldito *carpintero real*!..... No vá á dejar fruta viva! Como picotea la mas hermosa naranja!.....¡Ah Cuba mia! ¡tierra bendita! ¡tierra de mis padres y de mis amos! ¿Cómo has venido aqui? ¿Quién te ha arrancado de los brazos del mar para traerte á perfumar con tus flores los aires del destierro!.....

—Tu ángel!—dijo Huberto, con voz que resonó en sus oidos como la vibracion de una campana. ¿No te dije que tuvieras fé? Ya estás viendo la obra del artista que prometiste á tu señor, y el regalo de boda que yo le dejo á su hija!

—Sí, sí,—gritó la mulata cayendo de rodillas

á las plantas de su intelocutor.—Ahora lo entiendo todo. Yo creia haber forjado un cuento y era una verdad que mi ángel me comunicaba en secreto. Pero lo que está allí no es obra de ningun hombre, imposible! El ángel en persona lo ha debido hacer. Aquí no hay nada que no sea milagroso.—Vos mismo..... oh! sí! vos mismo, que deciais ser Huberto, el barquero de Marsella, vos descubris en este momento á mis ojos algo de sobrenatural que me sobrecoje y me intimida.

Era así: la aureola de la victoria, el noble orgullo del artista que contempla el poderío de su génio, la felicidad de sentirse halagado por una nueva y lejítima esperanza, todo se reunia para prestar á la figura del jóven cierto no sé qué, sublime y maravilloso.

Su talle parecia crecer; iluminarse su frente—blanca y tersa como alabastro—bajo la suave sombra de su cabellera de oro; destellar chispas eléctricas sus miradas de estraño tornasol, á cuya fuerza magnética se estremecian todos los nervios de la pobre mulata, que se prosternaba adorándole.

—Milagro!..... Milagro!..... Aquí todo es milagro! ..... Seguia ella balbuceando y sin poder desviar sus espantados ojos del inspirado rostro del artista.

Él, que no tenia ya nada que aguardar; que veia coronada su gran prueba por éxito superior á sus mismas aspiraciones; él—egoista como lo es siempre quien alcanza la gloria del primer triunfo —no se cuidó mas de Niná ni de sus aspavientos. Dirigió una mirada orgullosa á su magnífica obra; otra de agradecida ternura á la sagrada efigie que parecia sonreirle, y ébrio de amor, de gloria, de presentimientos faustos, se lanzó fuera, buscando espacio en que esplayar la plenitud de su alma.

Cuando Niná quiso seguirle, moviendo con cuanta ligereza le era posible la gravedad de su cuerpo, ya habia desaparecido sin que ella supiese como ni por donde.

Ignorante y supersticiosa acabó con tal circunstancia de llenarse de pavura. No hubo historia de espíritus y fantasmas que no se le ocurriese entonces, para convencerla mas y mas de que se hallaba bajo la influencia de seres del otro mundo.

Recordando la enfermedad de Huberto que inquietaba dias antes á su familia; la palidez cadavérica que ella observó en el semblante demudado del jóven, al verle de improviso en la calle; el singular empeño de dejar allí por sí mismo aquel regalo de boda—obra evidentemente, segun su

juicio, de una mano superior á las manos mortales;—y todo, finalmente, cuanto él dijo aquella noche, y cuanto ella habia inventado antes para facilitarle entrada, todo, decimos, se reunió para persuadirla de que Huberto habia dejado de existir, y que su ánima errante—revistiéndose apariencias de la materia destruida--lograba tornar á Marsella para hacer á la que habia sido su ídolo,—mediante la intervencion del benigno espíritu invocado por su criada—aquel presente de dicha para su padre.

Nada, en verdad, hallarán los lectores en esta hipótesis, que justifique los terrores que escitó violentamente en la misma que la forjara: pero nos consta que le bastó juzgarse en relaciones con un aparecido, para que—no obstante ser su simpático barquero y mezclarse un ángel en el asunto—concibiese Niná tan estremado miedo que, despues de cerrar presurosa la puerta del gabinete para no ver la pintura, se salió temblando á la escalera; á fin de esperar allí el regreso de la servidumbre, no hallándose capaz de quedarse sola dentro de la casa.

Aunque los criados prolongaron su paseo hasta muy cerca de las diez, todavia la vieron salirles al encuentro toda azorada.

—Que es eso? ¿Que ha ocurrido? la preguntaron con susto. ¿Vino el amo y se ha irritado mucho por nuestra ausencia?

—Ojalá.....! pero sola he estado.....ó mejor dicho, no tan sola como debia (contestó ella embrollándose.) Vale mas no tener una nadie que la acompañe, que hallarse en roce Dios sabe con quien. Entremos y permanezcamos juntos.....No me abandoneis, hijos mios, porque pasan esta noche cosas bien estrañas.

Cada criado la acosó con mil preguntas, pero ella que—aun entrando entre todos no recobraba aliento—les decia en voz baja, como recelosa de ser oida por invisibles testigos.

—Chist! no hay que atosigarme: se sabrá la verdad cuando sea preciso. En cosas de esta especie nada se gana charlando. ¡Ay santa vírgen! cuantos no las llaman patrañas de viejas!.....Jesus! Jesus! recemos un padre nuestro por las ánimas benditas.

La servidumbre guardó silencio, dominada tambien por vaga zozobra, y aun no habia pronunciado Niná la última palabra de la oracion que recitaba, cuando sonó la campanilla de la puerta con la fuerza que le imprimia siempre la mano de Mr. Caillard.

El Señor! ¡el señor! esclamaron los criados,

alegrándose de su llegada, porque esperaban que no le recataria la mulata el secreto de su misteriosa pavura.

Pero la vieron al punto arrinconarse aterrada, pues en medio de sus supersticiosas aprehensiones no perdia de vista el peligro real con que podia amenazarla la justa cólera de un amo atrevidamente engañado.

¡Cual no seria su sorpresa al notar que entraba satisfecho y diciendo con cierta jovialidad inaudita en él:—Ea! ¿donde está esa gordiflona? Hacia perfectamente en llamar maldita á su memoria. Todavia andaria buscando al célebre pintor, sino hubiese hallado quien rectificara las malísimas señas que me dió ella.

Niná salió de su escondite mirando á su señor con ojos muy abiertos y espantados.

—Vaya con tu boulevart de damas! añadió él dándole una palmada en el hombro. Jamas se ha hospedado en hotel ó casa particular de aquel barrio el hombre eminente á quien me dirijiste. Por fortuna acerté á encontrarme con un conocido, que lo tuvo de compañero de viaje desde Paris á esta ciudad, y á él le debí la dicha de dar por fin con la habitacion que buscaba.

—Con la habitacion de quien, mi amo? dijo Niná mas y mas estupefacta.

—¿Con cual habia de ser? Con la del artista en quien cifro mis últimas esperanzas.

—Le habeis hallado?.....le habeis visto?

—No estaba en su casa, pero hablé con su padre y le he dejado aviso de que mañana á las nueve iré á verle para un asunto importante. Su salida de Marsella no es tan pronto como te dijeron. En lo que no te engañaron fué en los elogios de su singular talento. Su compañero de viaje ha confirmado cuanto supe por tí. Es un artista jóven, pero que ha merecido ya el favor del rey y de la corte.

—Pero, señor, repuso la mulata: ¿estais seguro de que el hombre de quien yo os hablé—y vos decis haber encontrado—es, en efecto—persona de carne y hueso, como nosotros.

—Piensas que sea un fantasma? respondió Mr. Caillard, sonriendo por primera vez despues de muchos años.

—Fantasma, ó ángel bajado del cielo, ó muerto salido del sepulcro, yo no sé lo que será; pero me consta que tal hombre no lo ha habido nunca en el mundo. Lo declaro aunque me mateis, porque es preciso que se sepa ya el misterio.

—Estas loca, Niná? dijo el viudo mirándola sorprendido.

—Ay señor! se atrevió á esclamar entónces el

ayuda de cámara. Nos hallais á todos aquí porque la pobre mujer nos ha alarmado con palabras por el estilo de las que le habeis oido. No sé que cosas se le han entrado en la cabeza.

—Dice disparates que dan miedo—añadió la costurera.

—Niná! articuló con tono compasivo Mr. Caillard. ¿Te dormiste acaso y tuviste alguna pesadilla?

—No, mi amo: lo que digo es la verdad: que yo me atreví á querer engañaros; pero no os engañé porque lo hacia todo por disponerlo así el ángel de mi guarda. Que no hay tal pintor venido de Paris, pero que Dios permite que las almas vuelvan al mundo para hacer y pedir obras buenas, y por eso vuestra esperanza no se verá chasqueada esta vez, en que no es un hombre de este mundo el que debe realizarla.

—Mujer! mira que estás desvariando.

—Quereis ver que no? Pues bien! Decidme, señor, ¿no es todo lo que deseais que el pintor consabido os copie la colina y el templete, lo mas al natural que sea posible á la habilidad de un hombre?

—Bien: y qué?.....

—¿Y no os dareis por muy contento con que despues de esplicárselo vos mucho, y estudiarlo

él mas, haga—al cabo de dias y dias de trabajo—lo que otros no han conseguido?

—Bien: y que?.....

—Que? Que si yo os pruebo que eso que esperais de tanta esplicacion, y tanto estudio, y tanto trabajo, está ya hecho, está ya en vuestra casa, mejor y mas al vivo de lo que nunca imaginasteis, os será preciso confesar que solo un ángel ó un espíritu que ya no está en la tierra puede haberlo ejecutado.

—Vete á dormir, desdichada! Estás borracha sin duda—dijo el monomaníaco, echando á andar para su cuarto.

La mulata, herida por el ultraje, se le fué encima con toda su mole, y agarrándole fuertemente por un brazo.

Borracha! esclamó: decis que estoy borracha? —Venid pues y veremos! Vengan todos y se sabrá la verdad!

Todos, en efecto, la siguieron en tropel, hasta que llegando ella á la puerta del gabinete—arrastrando casi al atolondrado Mr. Caillard—la abrió de un golpe y gritó con singular aire de victoria y de espanto, estendiendo su robusto brazo hacia la pintura, que apareció maravillosamente destacada del fondo del gabinete.

—¡Mirad y decid si puede ser un hombre quien hace á vuestra hija tal regalo de boda!!.....

.....

.....

CAPITULO VIII.

Entrevista de Mr. Caillard y Huberto.

Huberto no pudo dormir en toda la noche.

La conversacion de Mr. Caillard con su padre—que éste le refirió—le hizo comprender toda la singularidad de la situacion.

No le era dable dudar de que el monomaníaco, creyendo encontrar en él al supuesto artista de que Niná le hablara, se proponia por objeto, en la visita anunciada para el dia inmediato, encargarle la difícil obra en que fracasaron tantos pintores hábiles.

Aquella obra Mr. Caillard la encontraba en su casa. Aquella obra debia ya haber produci-

do su efecto, feliz ó desgraciado, en los momentos en que el autor se agitaba insomne, entre esperanzas y temores capaces de volverle loco.

Ora le regocijaba, hasta el delirio, la idea de un triunfo tan completo que arrollaría en el ánimo de Mr. Caillard toda clase de consideraciones; ora se le helaba la sangre y el corazon, figurándosele que veía arder su cuadro desechado con ira, (lo mismo que cuantos le precedieron) por el exigente monomaníaco.

De reaccion en reaccion, mecido entre vida y muerte, le amaneció el dia decisivo, sin que le hubieran prestado fuerzas algunos minutos de reposo.

Así se le convirtieron en siglos de insoportable angustia las horas anteriores á las nueve, y cuando—al sonar la última campanada de esta—oyó parar á la puerta el coche que conducia su anhelada visita, apenas pudo dar unos pocos pasos para salirle al encuentro. Trémulas las piernas, oprimido el pecho, turbada por vértigos la cabeza, tuvo que detenerse apoyando la espalda contra el marco de la puerta, que acababa de atravesar impaciente.

Mr. Caillard subió la escalera presuroso, y sin saludar siquiera á Mr. Robert padre—que se

adelantaba á recibirle con corteses reverencias—se precipitó hácia el salon, chocando casi con el jóven detenido en su umbral, y encontrándose con él frente á frente.

Por primera vez se veian aquellos dos hombres. Toda el alma de Huberto se concentró en sus ojos, fijos en el ex-mercader cubano con ansiedad indescribible.

Este, por su parte, miraba tambien al artista espresando en su fisonomía singular mezcla de admiracion, júbilo y sobrecojimiento respetuoso.

Debemos advertir, antes de pasar adelante, que Josefina aun no habia regresado á su casa cuando salió su padre, y que Niná,—por mas que se le hicieron preguntas—no quiso dar otras esplicaciones que las que el lector ha oido de su boca al final del precedente capítulo.

Mr. Caillard, por tanto, no alcanzaba el menor indicio para sospechar que el artista Robert, á quien tenia delante, pudiese ser el barquero Huberto que en otro tiempo le rondaba la casa; así como tampoco columbraba razones que le aclarasen el enigma de como y porque se habia hecho para él, tan admirablemente, aquella obra anhelada, debida—segun todas las apariencias—á un hombre á quien no conocia y que nunca vió los obje-

tos cuya animada copia le regalaba.

En tales confusiones casi acojía como única esplicacion la que le habia dado la supersticiosa Niná; con la diferencia de que él— al conceder la posibilidad de un milagro— se inclinaba á atribuir toda la gloria de la intervencion al alma bienaventurada de su difunta esposa, sin acordarse en manera alguna del custodio celeste de su mayordoma.

Contemplaba, pues, á nuestro héroe con cierta impresion de religioso pavor asociado á su natural regocijo, y durante minutos ni uno ni otro rompieron, con una esclamacion siquiera, el solemne silencio de aquel comienzo de la primera entrevista. Huberto fué quien soltó al cabo temblándole la voz esta breve frase:

—Creo, señor, que tengo la honra de recibir á Mr. Caillard.

—Lo que es yo, caballero,— respondió el viudo, conmovido tambien visiblemente,—no sé que creer ni que pensar de vos. De todos modos, vengo, si sois ángel á adoraros levantándoos altares en mi alma: si sois hombre á bendecir vuestro génio, rindiéndole en tributo de admiracion y gratitud toda mi fortuna, todo cuanto soy y valgo.

Huberto respiró ya. La sangre, paralizada en

sus venas, comenzó á correr impetuosa colorando vivamente su rostro.

—Soy, señor— dijo entónces alentado— soy simplemente un artista novel que se ha atrevido á dedicaros su primer ensayo, y que recibe harta recompensa al comprender por lo que oye que ha logrado la dicha de agradaros.

—Agradarme! agradarme! repitió Mr. Caillard exaltándose por grados. Ah! si es cierto que no es mas que un hombre el autor sublime del prodigio que poseo...si puedo hablarle, asirle, amarle como á un semejante mio, no es agrado lo que tiene derecho á exigirme, lo que yo debo manifestarle. Todo mi amor, todo mi reconocimiento, todo mi respeto, no bastan á pagarle.

Pero yo no puedo creerlo: no puedo esplicarme que el regalo con que habeis enriquecido mi casa sea inspiracion humana.

¡Aclarad mis confusiones, bienhechor bendito! Decidme como habeis adivinado objetos que no visteis nunca..... Como los habeis animado maravillosamente con solo el poder del arte..... Como he podido mereceros—¡yo que nunca hasta hoy he tenido la dicha de contemplaros!— el que dedicarais vuestros desvelos á la satisfaccion de mi afán. Hablad! Hablad!

—Todo lo comprendereis solo con que os diga que hace cerca de tres años cifré mi única ambicion, mi única dicha en merecer este dia. Un ángel me inspiraba, es cierto! Un ángel ha guiado mi pincel al trazar aquellos rasgos que debian ser mi sentencia de nulidad ó mi diploma de gloria. El ángel del amor, caballero!

—El ángel del amor!

—Si; sabedlo de una vez. Soy Huberto, el barquero de Marsella, el amante de vuestra hija.

—Vos! vos!.....No os llamais, pues, Robert? ¿No desempeñais en Paris el honroso cargo de guarda cuadros de S. M. Luis XV? ¿No gozais justa reputacion de un talento artístico de primer orden?

—Soy un artista barquero, si señor; el cielo me hizo lo uno, la desgracia lo otro; la casualidad despues me ha proporcionado fortuna en la corte; pero solo vos podeis hacerme feliz! Solo vos podeis coronar al artista, enaltecer al barquero, dispensando al amante un rayo de esperanza.

—Huberto! Robert! Angel! Artista! Barquero! seas lo que quieras, déjame abrazarte! gritó Mr. Caillard sin poder ya contenerse.—Déjame que te estreche contra este corazon que te has conquistado para siempre!

El jóven se arrojó llorando de alegría á los brazos del padre de su amada, abiertos para recibirle, y por espacio de mas de un cuarto de hora permanecieron enlazados, uniendo sus lágrimas y sin que se oyeran mas palabras que estas entrecortadas esclamaciones:

—Huberto! hijo mio! ¡cuánto te amo!

—Padre de mi Josefina! padre de mi corazon! qué momento tan dulce!

En efecto: entonces no concebia siquiera nuestro héroe que osase nadie disputarle su amada. Ningun obstáculo insuperable le parecía ya posible.

De pronto, empero, los brazos de Mr. Caillard cesaron de oprimirle: su mirada se inclinó al suelo, su frente se oscureció, sus lábios temblaron al exhalar un suspiro.

—Qué teneis, señor? le preguntó Huberto sobresaltado.

—Ah! contestó el viudo, mezándose los cabellos con una mano y dando un puñetazo con la otra sobre la mesa inmediata. ¡Maldito sea mi destino, que exige para concederme el logro de mis anhelos, le sea pagado con el dolor terrible que viene á destrozarme en tus brazos!

—Dolor! ahora dolor?—repuso el jóven desviándose estremecido.—Ese nombre de hijo que

me habeis dado, ¿os es costoso por ventura? Os es amargo, señor?

—Sí! porqué no puedo hacerlo verdadero —dijo con doloroso esfuerzo Mr. Caillard:—porqué daria mi vida por repetírtelo ante Dios y el mundo..... y no lo haré nunca sin embargo.

—No lo hareis nunca!.....

Me devuelves el templo en que la gratitud corona santamente al amor, y yo, ¡desdichado! yo me veo forzado á ver en él desde hoy un recuerdo de ingratitud mía y de desgracia tuya! Yo tengo que rechazar al amor, de ese santuario que tan gloriosamente se ha sabido rehacer!.....

—¡Qué estais diciendo!.....

—Oh! mátame! mátame, Huberto! El tesoro único con que podria pagarte.....el bien único que te recompensaría dignamente, ya no es mio... ya no me es dado cedértelo!

—Josefina no está casada aun—pronunció el amante con impetuosa impaciencia.

—Pero mi palabra está empeñada—dijo el padre con amarga firmeza.

—Esa palabra.....

—Es inviolable, Huberto!

—Señor!.....

—Estoy pronto á sacrificarte mi ecsistencia cien

veces si posible fuera; pero mi honra nunca!

El artista se quedó aterrado. Habia en la voz y en la fisonomía del monomaniaco un carácter de decision inmutable que no permitía esperanza.

Rodar de nuevo desde la cumbre de la felicidad, que iba á tocarse, hasta el abismo de la desesperacion del que con tanto esfuerzo se habia salido, era demasiado violenta, demasiado cruel transicion para que se la soportase con fortaleza.

Sintió Huberto que en vez de su antiguo, pero resignado dolor, invadian su alma—llenando el hondo vacío de la destruida esperanza—un furor, una rabia que le convertian en otro hombre.

Sus bellas facciones se alteraron con espresion siniestra; sus azules ojos despidieron centellas de singulares reflejos..... y con acento sordo articuló, al cabo de pavoroso intérvalo de silencio:

—Bien! ese obstáculo que despues de todo aun se levanta invencible, yo sabré salvarlo ó estrellarme contra él.

—De que modo? preguntó Mr. Caillard, deteniéndole por un brazo en el instante en que iba á lanzarse fuera.

—Matando á ese hombre ó pereciendo á sus manos!—respondió el jóven rechinando los dientes.

Mr. Caillard le soltó, repelió el brazo por el cual le habia asido, y dijo con calma—mas espantosa que la saña de su interlocutor.

—Vé, pues, si te has cansado de ser grande, de ser amado, de ser bendecido. Vé á entregar el nombre de Josefina á la maledicencia del vulgo.....vé á borrar con sangre el recuerdo glorioso de tu génio y tu amor que has querido dejarle. Vé ¡insensato! vé á satisfacer tus infernales rencores por medio del escándalo y la muerte, pero no finjas que te impulsa una esperanza de dicha. Tu mas segura víctima será mi hija!..... Mi hija que antes que recibirte en su tálamo—si intentas llegar á él sobre los restos palpitantes del que es hoy públicamente su futuro esposo—sabrá seguirle al sepulcro para dejar limpia su fama. Mi hija que morirá tambien si tú sucumbes, trasmitiéndome por herencia tu sangre y sus remordimientos.

Huberto tembló palideciendo.

—Pues que! esclamó, quebrantándose su ira á impulsos de su afliccion. Amado de ella, querido de vos, cifrando toda mi ventura en esos sentimientos que pago con idolatria, ¿he de permitir que todo se inutilice; que todo se me arrebate por una mano impia?

—Los designios del cielo son impenetrables—

repuso Mr. Caillard—pero siempre, hijo mio, debemos creerlos benéficos. Dobla la cabeza ante la voluntad divina. Pierdes una amante, es verdad, pero que! no tienes padres cuya delicia eres? No te queda tu talento, don mas raro y precioso que el mudable afecto de una criatura frágil? No es nada para tí el haber consolado este corazon enfermo, que se alienta, se vivifica para amarte? Oh! mi hija no puede ser tu esposa, pero tú puedes, Huberto, ser el ángel salvador de su padre: el amigo y apoyo de mi vejez cercana. ¿Me lo niegas? No quieres vivir glorioso artista, hijo adorado, amigo bendecido? Esa alma grande, no tiene espacio sino para un afecto? ¿Llegarán tantos á su puerta la hallarán cerrada para siempre por el egoismo del dolor?

—Huberto por toda respuesta se arrojó sollozando entre los brazos del padre de su amada.

Lo habia vencido; lo habia desarmado.

Conocíolo Mr. Caillard y aprovechó el momento.

—Júrame—le dijo—que no intentarás nada contra tu rival, y nada tampoco para hacer que rompa sus empeños Josefina en desdoro de su honra.

—Señor! articuló el jóven con resolucion do-

lorosa: juro alejarme mañana de Marsella para no volver nunca.

—Sea, si así te conviene, repuso Mr. Caillard. No por eso estaremos largo tiempo sin vernos. Vete, hijo mio, con las bendiciones de Dios y las que te tributa mi alma.....dentro de algunos meses nos reuniremos en Paris. Iré á tomar parte en los aplausos de tus triunfos, á enorgullecerme de tu gloria.

—Adios! adios!.....dijo el amante, que ya no podia resistir mas—Llevo un consuelo, señor, en la creencia de que os acordareis de mí y sereis un amigo para mi familia..... Para mi amada familia que voy á abandonar! Os la recomiendo.....

—Tus padres son ya mis hermanos—respondió el viudo:—tus hermanas mis hijas. Huberto! nos unen lazos que nada bastará á romper.

—En cuanto á ella—añadió el jóven con casi ininteligible acento—decidla solo, cuando juzgueis que le sea grato oirlo, decidla que le he sido fiel siempre; que nunca dejaré de amarla; que mi último ruego será por su felicidad; mi última palabra su nombre; mi último suspiro para ella.....

Mr. Caillard no pudo contestar. Ahogado casi por el llanto estrechó al artista contra su pecho, besó su cabeza repetidas veces, y arrancándo-

se con violencia de sus brazos salió á la calle corriendo como loco, y—olvidando que tenia allí su carruaje—se dirijió á su casa maquinalmente, á pié, sin sombrero, chocando con cuantos encontraba al paso.

CAPITULO IX.

Los ultimos adioses.

Todo habia concluido para Huberto.

Aquel era el último dia que pasaria en Marsella con su cara familia, cerca aun de Josefina....

Cual si lo presintieran Mad. Robert y sus hijas no se le separaban ni un instante, colmándole de halagos y espresándole los estremos de un cariño que en tales circunstancias era nuevo tormento para el pobre desterrado.

Tuvo, sin embargo, bastante dominio sobre sí para fingirse sereno, sin dejar de mostrarse afectuoso, y despues de la comida—en la que hubo cordiales bríndis por su felicidad y por su gloria—

salió á ajustar una silla de posta para la mañana siguiente, y á recorrer en despedida los lugares que iba á abandonar sin intencion de retorno.

No se atrevió á aproximarse á la morada de la Srita. Caillard—que debia ser Mad. de S..... dentro de breves dias—pero la contempló desde léjos, y desde léjos envió tiernos adioses al jardin y á la reja, testigos únicos de los rápidos momentos de su fugitiva ventura.

Luego se dirigió al muelle. Habia dispuesto de antemano que le llevaran su barca y la encontró, en efecto, atracada á la embocadura casi del canal, cerca de la sanidad, (*intendance sanitaire*).

Empezaba á soplar el N. O., si bien debilmente todavía, y á pesar del miedo que infunde dicho viento á los pescadores de aquel golfo, nuestro protagonista saltó ligero á su débil esquife, soltó la amarra y desplegó atrevido su blanca vela latina.

Queria salir de la ensenada para contemplar de frente á la hermosa ciudad de sus recuerdos, despidiéndose al mismo tiempo de aquellas olas amigas, que tantas veces habian mecido y arrullado apacibles sus dolores y sus esperanzas.

Deteníanse á mirarlo los paseantes del muelle, y dos de ellos—que se dirijian hácia el fuer-

te de S. Juan—trocaron entre sí las siguientes palabras.

—Ved! es el galan barquero que vuelve á aparecer con su coqueta embarcacion. Mal dia ha escogido para reconciliarse con su antiguo amigo el Mediterráneo. El cielo ostenta la pérfida serenidad que acompaña comunmente al *mistral*, pero si él arrecia—como temo—no faltarán esta noche desastres en nuestras costas.

—Qué osado! abandona el timon dejando la barca al capríchо del viento, fuera ya del canal, y se extasía muy descuidado en la contemplacion de no sé que cosa que me parece distinguir en sus manos.

—Para darnos este curioso espectáculo se ha vestido hoy como un príncipe.

—Siempre ha usado trages poco conformes con su oscura clase.

—Hay quien piense que es un noble antojadizo y calavera, que toma por diversion el hacerse objeto de curiosidad pública.

—¡Cuidado no pague cara su estravagancia en la presente ocasion! El traidor terral vá hinchando las narices á toda prisa. Mirad como se engruesa la marejada y sacude de lo lindo á la pobre barca, metiéndola entre las islas.

—Pues si no veo mal, el barquero sigue, á pesar de todo, en su enagenamiento inconcebible.

—Cierto. La barquilla vá completamente al garete.

—Uf.....! por poco se estrella contra las rocas de Ratonneau. ¿En qué diablos piensa ese loco?

—Su abstraccion parece tal que acaso tenga la ventaja de morir sin percibirse de ello.

—Apretemos el paso, amigo: El temporal se desencadena de veras y el esquife se perderá pronto de vista. ¡Vaya con Dios!

—Decid mas bien, descanse en paz. Mucho será si logra contar la fiesta el barquero temerario. Su peligro se vá haciendo muy sério.

Era asi. Los violentos tumbos de la barca—arrojada ya mar adentro—se lo advirtieron por fin al ensimismado Huberto.

Habia pasado á la merced del viento y de las olas por entre el grupo de islillas, (en que pudo ser cien veces estrellado) sin cuidarse mas que de contemplar—cubriéndolo de besos y de lágrimas—el pañuelo de batista robado á Josefina; pero sucedia á aquel desapercibido riesgo otro no menos grave, que se le presentaba en toda su inminencia.

Metido sin saber como en el temible golfo

que se embravecia por momentos, érale muy difícil cojer costa aun apurando todos sus esfuerzos, y el fragilísimo esquife, juguete ya de los conjurados elementos, no podia resistir evidentemente una hora siquiera de tan desigual lucha.

Hubo un momento entonces en que—asaltada el alma de nuestro héroe por tempestad mas fiera que la que amenazaba su vida—se preguntó á sí propio si merecia esta la pena de ser conservada á costa de fatigas. Si la muerte, que le salia al paso, no era, mas bien que un enemigo contra el que conviniese batallar, un ausiliar generoso que acudia oportunamente á cumplir los votos de su corazon fatigado.

Los negros senos del mar tuvieron para él cierta atraccion magnética. Parecióle que aquella voz fúnebre, cada vez mas potente, solo se alzaba para convidarle al reposo, y que su cabeza—turbada por los vertiginosos vórtices en que se sumergian ávidas sus miradas—se inclinaba con instintivo placer hácia el frio lecho que podia apagar los febriles hervores del atormentador pensamiento.

No le era menester esfuerzo alguno para acojerse á aquel único puerto accesible á la desesperacion de su alma. Bastábale seguir besando en

amoroso éxtasis el blanco pañuelo, impregnado todavía de los suaves eflúvios de su adorada vírgen.....

¡Aquella tentacion superaba en violencia á cuantas hasta entonces le suscitara el infierno!

Presa de ella el infeliz amante, arrebatado por el rujiente olaje—que ora le alzaba sobre montes de espuma, como para romper sus lazos con el mundo; ora le precipitaba con ímpetu, como para hacerle probar la fácil cercania del sepulcro—volvió hácia Marsella su semblante, donde brillaba una esperanza siniestra, y dirigió á su amada y á su familia último é inarticulado adios.

En aquel momento un terrible golpe del viento tronchó la débil entena de la barca, que zozobró crujiendo, y nueva oleada le pasó bramando por encima, pareciendo haberla sepultado.

Pero no! *la mística estrella de los mares* velaba desde inmutable esfera sobre el que tantas veces la habia saludado y bendecido.

«La fuerza de vivir—ha dicho un escritor moderno—constituye esencialmente parte del gé«nio. No es perfume sutil que se evapora al sacu«dir el vidrio que lo encierra: es fortificante viáti«co que sostiene maravillosamente á quien lo po«sée, durante los azares del camino.''

Huberto lo esperimentó así, en el punto mismo en que contempló frente á frente á la muerte, en medio de la doble tempestad de la naturaleza y de su espíritu. Lo esperimentó asi y se resolvió á luchar contra ambas.....á luchar con brio, con perseverancia, como quien comprendia al cabo que el infortunio es una carga gloriosa que la Providencia hace pesar comunmente sobre los seres predilectos, cuyas superiores fuerzas quiere egercitar, por que sabe no les es posible la cobardia de rendirse.

La empresa era árdua pero fué acometida heróicamente.

Desembarazó el jóven la barca de su vela y entena destrozadas, juntó todas sus fuerzas, empuñó los remos y empezó á bogar en direccion á la costa.

No amainaba el N. O.: no calmaba el mar grueso sus furiosos embates..... pero tampoco el barquero aflojaba un momento sus esfuerzos indescribibles, y—aunque siempre *á la ronza* y trabajosamente—iba el esquife adelantando.

Premió por último la victoria el valor de aquella desigual lucha. Huberto cojió costa por el lado del faro, cuando la noche empezaba á tender su opaco manto, enlutando un firmamento

que se habia conservado claro y hermoso, cual indiferente testigo de los trastornos que presidia y contemplaba.

Destilando agua de sus vestidos y de sus cabellos, cruzado de brazos, de pié sobre la arena que con tantas fatigas acababa de ganar, quedóse largo rato el artista fijos los ojos en el abandonado esquife.

Como si quisiera vengarse de aquel fragilísimo leño que habia osado resistirle al poderoso mandato de la voluntad del hombre, posesionóse de él con nueva furia el irritado mar al verlo desamparado, y haciéndole mísero juguete de sus pujantes caprichos lo revolcó algun tiempo entre sus espumantes olas, alejándole sin cesar de la playa que habia tocado victorioso.

Seguíale Huberto con tristísima mirada, y cuando aquel punto blanco—arrebatado entre oleadas, casi se le presentó imperceptible, no pudo menos de esclamar, temblándole la voz y oprimiéndosele el alma.

—Adios, mi pobre compañera! El Mediterráneo no volverá á mecernos.....! Corres á perderte en sus líquidas soledades, como yo en los desiertos del mundo. Adios! Llevas á tu sepulcro mis santas ilusiones, mis juveniles esperanzas..... Mi

cuerpo puede sobrevivirte, pero mi corazon muere contigo.

Como respondiendo á aquella melancólica despedida, la barquilla se levantó un instante todavía sobre la hinchada ola que la arrebataba, y Huberto pudo distinguir por última vez el punto blanco que perseguian sus ojos.

Luego una nueva ola le cubrió de repente y desapareció para siempre entre las sombras y el mar.

Mezcló Huberto una lágrima con las espumas que la marejada triunfante vino á arrojar á sus piés, y murmuró todavía un postrero y tristísimo adios.

La noche habia cerrado mientras tanto. Al través de sus tinieblas y del polvo que levantaba el viento en la arenosa ribera, se encaminó lentamente nuestro protagonista al hogar paterno, cuyo santo techo iba por última vez á cobijar su sueño.

Gracias á las fatigas de aquella tarde, logró dormir gran parte de la noche; pero entre fantásticos pavores de continuas pesadillas, que ya le representaban el casamiento de Josefina con su rival odioso, ya su pobre barquilla yendose á pique y respondiendo con momentánea aparicion á su fúnebre despedida.

No le proporcionó el dia mayor alivio. Presentóse denso y triste como su espíritu, haciendo pesar sobre sus nervios irritados una atmósfera de plomo.

La silla de posta no debia partir hasta las nueve, y su familia—levantada desde temprano—se hallaba reunida á las ocho esperándolo para almorzar y despedirlo.

Él, sin valor ni fuerzas para afrontar nuevas emociones, trazó algunas lineas afectuosas que dejó sobre su mesa, y se marchó sin ser visto por una puerta trasera.

Durante el tránsito dirigía á Marsella los últimos adioses que no osaba dar á su familia; pero adioses mudos, del corazon..... adioses que solo brotaban del pecho en ahogados suspiros.

Las nueve sonaron sucesivamente en todas las torres de la ciudad.

Entró el viajero en la silla, y—cerrando los cristales de las portezuelas—sacó de su seno el pañuelo consabido y cubriéndose con él la cara rompió á llorar como un niño.

Los caballos partieron á galope al mismo tiempo, entre los alegres gritos del postillon y los chasquidos del látigo con que el conductor los animaba.

De repente una voz estentórea, que se hizo oir entre todo aquel ruido, esclamó repetidas veces á espaldas del carruaje:

—Pára! detente, cochero! ¡Pára con mil demonios!

La silla disminuyó su velocidad, pero antes de que se detuviera naturalmente se le atravesó, cerrándole el paso, otro coche mas ligero.

Abrió la portezuela el artista y sacó la cabeza para informarse de lo que ocurría. Vió entonces á Mr. Caillard, que—saltando del carruaje atravesado — corría desalado al suyo.

—Que es esto?—preguntó Huberto sorprendido.

—Pardiez! esclamó casi sin aliento el padre de Josefina. Si tardo un minuto ya no os encuentro á mi alcance y hubiera sido preciso seguiros hasta Paris.

—Señor—tartamudeó el jóven—¿que motivo puede existir para que os impusierais semejante fatiga? No quisiera que nadie agravase mi dolor con tristes despedidas.

—No se trata de eso—respondió Mr. Caillard, arrancándolo de su asiento con la fuerza de un Hércules. Bajad! ¡venid! Dejarémos á Marsella, pero será dentro de algunos meses, cuando yo haya arreglado mis asuntos, y entonces no tendremos

que despedirnos de persona alguna querida, por que á todas nos las llevaremos con nosotros. Ea! subid á mi carruaje. Vivo! vivo! Josefina estará ansiosa.—Ahora, cochero, á casa!

Voló el carruaje llevándose á los dos, y mientras desempedraba las calles en direccion á la de Canebiere, nuestro héroe—que temia estar soñando—acertó apenas á decir á su compañero:

—¿Querreis esplicarme lo que esto significa?

—Si, amigo mio—contestó el ex-mercader sacando un papel de su faltriquera.—Significa que hoy mataría yo al hombre con quien vos queríais hacer otro tanto ayer, sino mediase la circunstancia de que— en justicia— tanto vos como yo debemos bendecirle. Leed esta carta y lo comprendereis todo.

Huberto devoró, en efecto, las siguientes líneas, terminando la última en el momento en que el coche se detenía á la ancha puerta de la última casa de la Canebiere, cerca del paseo público.

A Monsieur Cailiard.

Señor: despues de una noche de insomnio y de combates, me dirijo á vos confesándoos lealmente la situacion difícil en que me hallo.

Cifraba mi dicha en uinrme con lazo indisolu-

ble á la señorita vuestra apreciable hija, pero cuando aguardaba al dignísimo deudo que me ha servido de padre y debia conducirme á las nupciales aras, recibo una carta suya en la que, retirando la aprobacion concedida antes á mis votos, me declara del modo mas esplícito que ha descubierto la existencia de insuperables obstáculos, que le obligaran siempre á rehusar su patrocinio al matrimonio concertado; no obstante el alto concepto que le merece la señorita Caillard y la general estimacion que goza justamente su familia.

El respeto profundo con que he acatado toda mi vida las voluntades que hoy me son contrarias, no hubiera quizá bastado en esta ocasion para decidirme á un sacrificio el mas duro para mi alma, sino cooperase en su auxilio otra consideracion gravísima, que es oportuno conozcais. Señor, vuestra hermosa hija, aunque aceptó voluntariamente al parecer los sentimientos que me inspira, oculta mal despues la tristeza y aun casi puedo decir el arrepentimiento con que vé acercarse el dia que yo osé esperar le fuese tan grato como á mí mismo.

He luchado algun tiempo con las amargas desconfianzas que tal observacion ha despertado en mí, pero hoy que, acaso providencialmente, ocurre inesperado obstáculo para un enlace que haria tal vez la desgracia de vuestra hija, me juzgo en el deber de

manifestaros que, por mi parte, la restituyo la libertad que parece anhelar, deseando que ella y vos hagan justicia al noble sentimiento que me dicta tal conducta, y dejándoos dueños de fundar en aquel ó en otro cualquier motivo, que mas os satisfaga, la razon de un rompimiento que si me priva del gusto de llamaros padre, no alterará nunca el verdadero aprecio con que seré siempre vuestro fiel amigo.

El caballero de S.....

CONCLUSION.

Cuarto cinco de Junio.

El cinco de Junio de 1755 daba un banquete Mad. de Pompadour en su hermoso palacio del Elíseo.

Concurría á él todo su círculo de confianza, en que entraban títulos, literatos, filósofos, pintores, músicos y mujeres de moda. Ella se complacía en dar á sus reuniones cierto carácter intelectual y universal á la vez.

La de aquel dia era una afectuosa despedida á Mr. Huberto Robert, de cuyo matrimonio con la Srita. Josefina Caillard— celebrado el diez de Febrero en la capilla de Versalles— habia sido

madrina la favorita, cumpliendo su palabra empeñada.

Los asistentes á dicha ceremonia aseguraban que pocas veces la habian visto tan linda, animada y risueña, como miéntras presenciaba aquel enlace formado bajo sus auspicios. Hubo, empero, que lamentar la imprudencia que cometió esponiéndose sin precaucion á una corriente de aire; causa de que en el momento de abrazar cordialmente á la jóven desposada—concluido el solemne acto—la acometiera un desmayo que, obligándola á retirarse, turbó no poco la general alegría.

Este desagradable accidente no impidió que á la siguiente mañana mandase la madrina á los recien-casados sus regalos de ley, entre los que se contaba una licencia real para que el guarda cuadros—conservando su empleo—pudiese inmediatamente marcharse á Italia, pasando allá los años necesarios á perfeccionarse en su arte.

Larga y grave dolencia que padeció Mr. Caillard, imposibilitó á sus hijos de emprender el viaje tan pronto como S. M. parecía desearlo; pero restablecido completamente el enfermo—al cabo de tres meses, dedicados por los jóvenes esposos á su esclusiva asistencia—se comenzaron

con calor los preparativos de marcha, fijando para esta el cinco de Junio, dia tan señalado en la vida de ambos.

La marquesa no habia vuelto á verlos desde la noche de las nupcias, pero la misma mañana en que ellos fueron á Versalles para tomar órdenes del rey, se trasladó ella á Paris con el objeto de despedirlos á su vuelta con obsequios dignos de la amistad con que le placía honrarlos.

Elegido para el banquete aquel mismo cinco en que debió ser la partida, se difirió esta hasta la madrugada del dia siguiente—que tambien era para los dos amantes memorable y fausto aniversario.

Carruajes lujosos y modestos, cuyo ruido prestaba nueva animacion al aristocrático barrio de San Honorato, se detenian por instantes—la tarde del espresado dia—á la blasonada puerta del palacio del Elíseo; cuyos vastos salones, decorados profusamente con púrpuras, oro, estátuas, pinturas, espejos, flores y pebeteros orientales, fueron invadidos muy pronto por lucida concurrencia.

Veíanse allí, al lado de notabilidades sociales, todas las eminencias del talento: el casi centenario Fontenelle, cuyo *esprit pétillant* en la conversacion no helaron nunca ni la gravedad de los es-

tudios científicos, ni los hielos de la vejez: el sério Malesherbes, que en la fuerza de su viril juventud mostraba la inflexible firmeza con que 15 años despues dirigió á Luis XV sus célebres *Remontrances*, y mas tarde desafió á la guillotina presentándose á defender á Luis XVI ante la convencion nacional: el trágico Crebillon, que á los 81 años acababa de dar á la escena su última produccion, cuyo éxito—merced al patrocinio de la bella Juana Antonia—aun pudo recordarle aquellos ruidosos triunfos de que se encelaba el autor de Zaïra y de Mahoma, (desterrado entonces de Paris:) el afortunado Marivaux, que todavía hacía con sus comedias las delicias de la corte: el ingenioso Marmontel, en cuya juvenil frente se ostentaban numerosos lauros académicos, de que se envanecía su protectora: Helvecio que se presentaba por primera vez con su distinguida consorte: Latour, á quien abrió su santuario el mundo aristocrático desde que con su magnífico retrato de la favorita mereció que el rey lo abrazase: Pígale, sobre-nombrado el Fidias de la Francia: Greuze, creador de un género en que no tuvo rivales: Mondonville, compositor de moda: Vanlóo, primer pintor de cámara..... y otros varios artistas, confundidos entre galanas beldades.

A todos les hacía los honores, llena de gracia esquisita, la señora de la casa, que vestía riquísimo trage de brocado azul y plata, y estaba peinada del modo elegante y coqueto que llevó siempre su nombre, resaltando entre su empolvado cabello pequeños grupos de trémulas estrellas de brillantes.

No habia uno que no declarase en alta voz que entonces como nunca tocaba el apogeo de la belleza. Sonreia ella halagüeñamente al oirlo, pero cuando al pasar delante de un espejo arrojó sobre su imágen una mirada furtiva, trocóse en amarga la espresion de aquella dulce sonrisa; por qué comprendió al momento que ni el brillante carmin que enrogecia sus lábios y dibujaba rosas en sus mejillas, ni la amplitud y calculados follages del vestido que artificialmente redondeaba sus formas, ni la misma sobre-escitacion nerviosa que avivaba el fuego de sus ojos, alcanzaban á disimular por completo la palidez, el demacramiento y la tristeza, que iban ajando lenta pero progresivamente la ponderada frescura de sus encantos.

Minutos ántes de la hora del banquete se presentó el héroe de la fiesta, llevando del brazo á su hermosa compañera, cuyo tipo criollo había hecho gran efecto en la corte durante su breve aparicion en Versalles.

Conservaba Josefina el mismo gusto por la sencillez que la distinguía de doncella. Su trage pajizo tenía por todo adorno algunos *bouquets* de pensamientos, delicadas flores que coronaban tambien, en doble guirnalda, las profusas trenzas y undulantes rizos de su cabellera de ébano, cuyo lustre natural jamas encubría el polvo—estravagante moda cortesana.

La felicidad habia restituido á la esbelta hija de Cuba aquel suave matiz de la juventud y la salud, que esmaltaba de continuo—sin colorarlo nunca demasiado—el gracioso trigueño de su cútis fino, terso y casi trasparente. Su talle mórvido y elástico parecía vaciado por el molde de las Venus de Praxiteles: su redonda y fresca espalda, así como sus brazos—inimitablemente contorneados—presentaban una perfeccion que la misma idealidad del arte no podría reproducir sin trabajo: su rostro armónico, lleno á la vez de ingenua dulzura y de vivacidad inteligente, se iluminaba á intérvalos por tropicales fulgores de unos ojos magníficos, que tan pronto lanzaban rayos irresistibles desde lo profundo de sus negras pupilas, como se velaban tímidos bajo la sombra de sus largos párpados y pestañas, dejando entrever apénas amortiguados reflejos de misteriosa llama.

Aquel semblante—que en medio de su animacion apasionada conservaba algo de la inocencia infantil en su sonrisa y su gesto, ofrecía cierto contraste original con la riqueza de las formas de su cuerpo, vigorosamente desenvuelto segun el tipo mas acabado de hermosura femenil; y aun se repetía la impresion de tan singular concierto al observar la amalgama de un donaire español que arrebataba, con una dignidad modesta que imponía, aun en sus momentos de muelle languidez criolla.

Elocuente susurro de admiracion acogió en los dorados salones de la marquesa á la jóven esposa del artista.

Ella se ruborizó poniéndose aun mas bella: él se sonrió con ufanía, mostrándose mas amable: Juana Antonia sonrió tambien, como satisfecha del éxito de su ahijada, pero le temblaron los lábios convulsivamente al felicitarla por él.

—¡Que divina es la marquesa! dijo llena de buena fé la recien casada á su marido. Si yo fuese hombre, Huberto, tendrias en ella una rival temible.

—Oh!—respondió él con acento algo conmovido—por fortuna eres mujer, querida mia, y mujer tan incomparable que solo un insensato podría hallarte rivales en el mundo.

—Sin embargo, replicó Josefina, confieso que hay en esa señora un no sé qué tan atractivo en toda su persona, cierta fuerza de fascinacion en su mirada, que parece imposible pueda no amarla con delirio aquel que ella quiera que la ame.

En tal instante Juana Antonia—apoyada en el brazo del duque de Luxembourg—volvía los ojos hacia la juvenil pareja, invitándola con gracioso ademan á que la siguiera al comedor.

La esposa sintió estremecerse el brazo á que iba asida, pero antes de que tuviera tiempo de darse cuenta del porqué, oyó á Huberto decirla cariñoso:—Por fortuna tambien, ella no ha amado nunca mas que al rey, como yo no amaré jamás á otra que á mi tierna Josefina.

Todos los convidados ocuparon sus puestos en la mesa, y en breve sazonó la comida animada conversacion.

La sociedad tenía mucho de artística: por consiguiente la chismografía cortesana no fué en esta ocasion la que hizo todo el gasto.

—Marquesa, voy á daros una buena noticia—dijo el príncipe de Soubise.—He descubierto que nuestro viejo Marivaux, que aparenta dormirse sobre sus laureles, está escribiendo una obra deliciosa, que quitará el cetro á la *Sorpresa del Amor*,

cuya representacion os valió tantos aplausos como inimitable actriz.

—Sea bien venida la nueva produccion, querido príncipe. He allí á Mondonville, que se me quejaba hace poco de la escasez de novedades teatrales.

—Verdaderamente, señora marquesa, desde que tuve la gloria de veros representar mi *Vénus*, ardo en inútil afan por conseguir algun bonito libreto, para otra opereta que pueda pretender igual triunfo.

—La comedia que yo escribo—observó Marivaux—no se presta á la música.

—¿Y no podría Marmontel—que todo lo hace con facilidad—suministrar á nuestro *virtuoso* el bonito libreto que solicita? preguntó una dama.

—Ah señora! (respondió con alguna fatuidad el jóven Lemosin): *el Mercurio* me pide sin cesar cuentos morales, porqué les debe su boga; los enciclopedistas se muestran siempre ávidos de mis artículos literarios; y Lekain—nuestro gran actor—me persigue reclamando tragedias. Decid si es posible, á menos de multiplicarme, satisfacerlos á todos.

—A propósito de tragedias, señoras y señores, dijo Helvecio. He oido asegurar que el *Triunvi-*

rato de nuestro amigo Crebillon ha merecido elogios del descontentadizo Voltaire.

—Um!..... pronunció el autor octogenario frunciendo el entrecejo: si eso es así, señora marquesa, habeis hecho mal seguramente en sacarme de la oscuridad en que vegetaba ya, olvidado como mueble inútil.

Hubo entonces momento de risa general, que terminó la mujer de Helvecio declarando confidencialmente que su marido tambien se habia divorciado de las musas, halagüeñas con sus primeros dias juveniles, para contraer mas durables empeños con la grave filosofía.

Fontenelle preguntó al antiguo administrador de la hacienda régia, si saldría pronto á luz el primer fruto de aquel nuevo consorcio, y todos celebraron la fausta noticia (que les fué comunicada en confianza) de que no pasaría mucho sin aparecer en el estadio de la publicidad, el despues famoso libro del *Esprit*, cuyo árido materialismo debía dar solemne mentís á cuantos habian atribuido al autor dotes felices de poético ingénio.

Puesto que hablamos de música y de filosofía,—dijo el mariscal de Luxembourg,—¿os acordais, marquesa, del *Adivino de la Aldea* representa-

do por primera vez en Fontainebleau hace como tres años?

—Ciertamente—contestó Juana Antonia:—el rey, á quien agradó en estremo aquella original música, quiso conocer al compositor; pero segun se supo era una especie de oso montaraz de la Suiza, que huyó espantado al ruido de los aplausos.

—Tiene por nombre Juan Jacobo Rousseau—dijo Malesherbes— y es el mismo, sinó me engaño, que en un notabilísimo discurso sobre el orígen de la desigualdad entre los hombres, obtuvo un año despues merecido premio de la Academia de Dijon, que ya en otro certámen le había tambien galardonado.

En efecto—repuso el mariscal—eso era lo que quería decir á Mad. de Pompadour. Solo añadiré que voy á tener por vecino *al oso* en mi posesion de Montmorency, donde se le construye una especie de *jaula*, segun diseño dado por él mismo. Me llevaré chasco sinó salen de allí obras destinadas á hacer ruido en el mundo.

—De música? preguntó Mondonville.

—Oh! no! dijo el Mariscal: parece que ha desertado de su campo, como Mr. Helvecio del de la poesía.

—Son imperdonables tales desertores—pronun-

ció sonriendo Juana Antonia:—mejor diré tales apóstatas de lo que hay mas bello en el mundo.

—Ah! murmuró entre dientes Malesherbes, como si solo se dirigiese la palabra á sí mismo: la apostasía de Helvecio no hará perder mucho al Parnaso, ni acaso dé á la filosofía sino un soplo màs de egoismo con que disecar el alma: pero Rousseau puede ser para ella un ariete terrible contra el edificio social.

Nadie escuchó este aparte del futuro ministro de Luis *el mártir*, y el Príncipe de Soubise dijo galantemente á la marquesa:

—Si las musas pierden, señora, aventajados adeptos, veis en cambio ensancharse por dia el glorioso templo de los que rinden culto al divino arte de Apeles, poseyendo en vos sacerdotisa inspirada y tutelar omnipotente. Solo en esta mesa tenemos—ademas del venturoso ahijado á quien despedimos para la tierra clásica, en que brotan privilegiadamente los laureles de Guido, Rafael y Salvator Rosa,—otros varios representantes de una juventud artística que promete nuevas glorias á la patria de Lessuer, Poussin y Claudio Lorena. Hé allí á Lagrenée, á quien la Academia abre sus puertas proclamándolo el Albano Francés; á Greuze, que ha puesto en conmocion al

mundo de los *amateurs* con la gracia infinita de su niña llorando por un pájaro..... No digo nada de otros cuya merecida reputacion está ya confirmada por mayor número de años. Las bellas artes no se hallan ciertamente de duelo, sino mas bien de gala.

—Deseo tener la honra — dijo Latour — de presentar á la señora de Pompadour un niño que apenas cuenta siete años y anuncia en su precoz disposicion un genio artístico de primer órden.

—Su nombre?

—Santiago Luis David.

—Pues de precocidades se trata— añadió Marmontel— sabed, señora, que tengo tambien un amiguito que aun no ha cumplido el tercer lustro y me pide ya con empeño óperas cómicas para ponerlas música. Se llama Andrés Ernesto Gretry; y si cumple lo que promete su vocacion prematura será el Moliere de la música.

—La ciencia puede citar hoy, igualmente, tempranas flores en su campo, ménos fértil que el de las artes— dijo Fontenelle.—La ilustre familia de Condorcet cuenta entre sus miembros un muchacho de doce años que— como Pascal—resuelve á esa edad difíciles problemas de geometría. Condillac tenia escrita, segun me ha dicho, antes de to-

car al quinto lustro su primera obra de metafísica: Buffon se nos dió á conocer desde el comienzo del cuarto por sus notables esperiencias de fisica; pero el rapaz de que hablo nos regalará probablemente frutos mas anticipados.

—Bueno!—esclamó la marquesa. Celebro que aparezcan tantas nuevas lumbreras en el horizonte de la inteligencia, reemplazando á otras que se nos van oscureciendo.

—Ah! dijo Malesherbes: la que hemos visto estinguirse ultimamente deja un vacío, señora, imposible de llenar. La jurisprudencia, la filosofía, las letras lloran á la par irreparable pérdida, y la beneficencia se une á ellas, proclamando que el sábio, el gran magistrado, el escritor profundo, merecia, ademas, el no menos glorioso título de padre de los pobres.

—Ciertamente,—añadió Helvecio:— de eso hablábamos hoy Diderot y yo, con su deudo el caballero de S.....que ha venido á Paris espresamente para visitar su tumba. Nos ha referido rasgos patéticos de la caridad de su ex-tutor, á quien debe grandes obligaciones, y profesó siempre tal respeto que solo por complacerle deshizo un matrimonio de inclinacion que iba á contraer en Marsella.

—¿Oyes, Huberto?—pronunció Josefina muy bajito al oido de su esposo.

—Sí! si! calla!—contestó el jóven, que escuchaba con gran interés la conversacion entablada.

—¿Habeis sabido, marquesa, cierto interesante episodio de la vida del ilustre difunto, que ha sido divulgado en estos dias? preguntó el principe de Soubise.

—No; referídmela si os place.

—Los albaceas del grande hombre hallaron entre sus papeles una nota de 7500 libras enviadas á un tal M. Main, de Cádiz, y aunque dicho apunte tenia pasada una raya, como señal de ser ya inútil, se le preguntó por curiosidad al negociante nombrado, que objeto tuviera la libranza de aquella suma. La contestacion ha sido que, segun órdenes del librador, se habia empleado en rescatar á un Marsellés cautivo por los moros de Tetuan.

—Un Marsellés! esclamó la favorita—mirando á Huberto que habia dejado caer la copa que llevaba á sus lábios.

—Sí: el célebre castellano de la Breda visitaba muchos veranos á su hermana Mad. d' Hericourt, residente en la bella ciudad de la Provenza.

—Su nombre! su nombre!—gritó nuestro hèroe

con voz trémula, poniéndose en pié sin miramiento á nada. ¡Decidme su nombre!

—El del cautivo rescatado era Robert, como el vuestro, sinó me engaña la memoria.

—El de su libertador! hablad! Cual es el nombre de su libertador misterioso?

—¿No habeis atendido á la conversacion? dijo la marquesa. Se hablaba de Cárlos de Secondat baron de Montesquieu, muerto en Paris el diez de Febrero de este año.

—El diez de Febrero! esclamó Huberto. Como! ¡Aquel dia en que se celebraban mis bodas, en que se completaba la dicha de que él habia sido doblemente autor, aquel dia mismo espiraba cerca de mí el ángel tutelar de mi familia?..... ¿Permaneció en la tierra solo hasta completar invisible la obra de su bondad, y fué á recibir el premio eterno desdeñando el humilde de la gratitud humana?.....

El hermoso semblante del artista se cubrió de lágrimas, que embargaron su voz por un momento, mientras todos le miraban—suspendiendo la comida—con asombro unos y enternecimiento otros.

—Calmaos, Mr. Robert, comenzó á decir la marquesa; pero antes que terminara su comenza-

da frase, el jóven—fuera de sí—levantó de la mesa á Josefina, y arrancándola las flores que ornaban sus cabellos:

—A su tumba! esclamó: á su tumba estas flores!.....Ven! corramos! nuestro bienhechor espera la bendicion de nuestra despedida!

Dichas estas palabras y tomando del brazo á su hermosa compañera, dejó el salon pidiendo escusa á la marquesa y á los convidados, que abandonaron todos momentáneamente la mesa.

Media hora mas tarde se hallaban arrodillados los dos recien casados ante la ~~funeraria~~ losa de un sepulcro, en que se leía el gran nombre del baron de Montesquieu. Las flores del banquete se esparcían sobre la sepultura, y las preces de la religion se elevaban silenciosas bajo la sombría bóveda de la capilla.

Ah! si en la eternidad conservan las almas alguna misteriosa relacion con el precario mundo que abandonaron; si les es dado contemplar desde las tranquilas esferas de lo inmutable las móviles escenas de la vida terrestre; sin duda el célebre autor de *las cartas Persianas*, *del Ensayo sobre el gusto*, *de las consideraciones sobre el orígen de la grandeza y decadencia romana*, y del *Espíritu de las leyes*—que vivirá lo que el mundo,—no se sen-

tirá tan halagado por la gloria que le conservarán aquellas obras en generaciones sucesivas, como lo debió quedar en el cuarto cinco de Junio de esta sencilla historia, al escuchar las bendiciones de las dos nobles criaturas, que velaron toda la noche regando su tumba con el llanto del reconocimiento.....

.....

.....

Nueve años despues—cierta mañana de Abril —entraba en París ancho coche de viaje, llevando á su testera un gallardo caballero y una bellísima dama, ámbos en la lozanía de la vida. Ocupando los asientos del frente, veíase á una corpulenta mulata, ya algo vieja pero frescota aun, entreteniendo con figurillas de movimiento á cuatro preciosos niños que la rodeaban, como un coro de ángeles.

El sol de Italia que habia oscurecido un tanto la ántes alabastrina frente del jóven padre de familia, y el carácter de viril gravedad impreso ya en su hermosa fisonomía, no le cambiaban de tal modo que no se reconociera con solo una mirada al artista barquero— que regresaba á la patria cumplido el tiempo de sus estudios en la tierra clásica del arte, precediéndole la alta reputa-

cion conquistada por sus dos bellas obras de *las catacumbas de Roma y el sepulcro de Mario.*

El coche se detuvo frente casi al gran edificio de la Real Academia de bellas artes—que pronto habría de abrir sus puertas al viajero, contándole con orgullo entre sus miembros mas dignos—y ante la de una elegante casa, mansion de Mr. Caillard.

Esperaba este á sus hijos en medio de la familia Robert, aumentada con los maridos y la prole de las dos señoritas casadas ya ventajosamente, y escusado es decir que fué inmenso el general regocijo en aquella reunion largo tiempo anhelada.

Huberto Robert, sin embargo, supo arrancarse de la felicidad que por todas partes le sonreía, para llenar deberes que conceptuaba sagrados.

Queria partir en seguida á besar la mano de su rey, y á poner á las plantas de su protectora la corona artística con que una ilustre Academia italiana le habia premiado recientemente en público certámen.

En efecto; dos horas despues se dirigía á Versalles un ligero carruage que ocupaba él solo, y daban las cinco, de fria y nebulosa tarde, cuando

descendió á la puerta principal del régio alcazar que lé era tan conocido.

En aquel mismo instante salia por otra puerta un atahud sin blasones, que llevaban en hombros dos groseros gañanes.

Ningun amigo, ningun criado acompañaba como doliente al solitario cadáver, conducido de prisa, sin pompa fúnebre ni religiosas preces, á su última morada en la tierra.

Huberto Robert se detuvo á mirarlo con emocion inesplicable.

Mientras tanto apareció Luis XV en el balcon mas próximo, y notando que empezaba á lloviznar al dirigirse el féretro por la avenida de Paris, dijo bastante alto al duque de Fleuri, que asomaba la cabeza á su lado.

—Pobre Pompadour! creo que hará con mal tiempo su postrer viaje.

Aquel nombre hirió los oidos del artista, arrancándole un grito que hizo fijar en él las miradas del monarca. Pero aunque le reconoció éste, y hasta le llamó afectuosamente, el jóven—sin saludarle siquiera—echó á correr en seguimiento del solitario atahud que se alejaba.

Pronto la lluvia se desató con fuerza, mas á pesar de ella y de la profunda oscuridad de des-

templada noche—que les sobrecojió en el camino —siguió el esposo de Josefina, à pié y con la cabeza descubierta, acompañando al cadáver; hasta dejarlo en el Convento de las Capuchinas de Paris, donde entró en silencio, para sepultarse en modestísima tumba, la omnipotente favorita cuyos caprichos rigieron veinte años á la Francia.

La corona del artista, colocada por él mismo sobre la fria lápida, fué la única ofrenda consagrada á su memoria.

FIN.

ADVERTENCIA.

Esta novela es propiedad de su autora, quien perseguirá ante los tribunales á cualquiera que la reimprima ó venda sin tener autorizacion para ello, segun lo prevenido en la ley sobre propiedad literaria.

Sres. Pujolá y Comp.ª

Muy Sres. mios y amigos:

Creería faltar á un deber de justicia si al terminarse la impresion del Artista Barquero ó los cuatro cinco de Junio, no diese á Vdes. público testimonio de lo muy satisfecha que me hallo del trabajo de Vdes.

Los pocos defectos que se noten en la bella edicion que debo á sus cuidados, son debidos todos á errores del copiante y á inadvertencias mias en la correccion de pruebas, que esclusivamente quise reservarme: ninguno de ellos pertenece á Vdes. que en esta ocasion, como en otras, han sabido dar brillantes pruebas del órden y la inteligencia que presiden ese establecimiento tipográfico, digno de competir con los de Europa.

Aquí, donde la escasez de publicaciones niega á las empresas de tal índole medios de adquirir crédito y utilidades, sirvan al ménos de sincerísimo aplauso á Vdes. estas breves líneas, destinadas á ser insertadas á continuacion del nuevo libro, que, gracias á Vdes., doy felizmente á luz.

Vds. no han sido solo inteligentes editores de él: complázcome en confesar que, como ausiliares activos, como amigos generosos, se han afanado tambien en estender la suscricion y en servir á los suscritores con exactitud rara; por cuyos motivos — además de la de declararme satisfechísima del trabajo tipográfico—me reconozco en la indeclinable obligacion de mostrarme al mismo tiempo agradecida, rindiendo á Vds. las mas espresivas gracias y ofreciéndoles la verdadera amistad con que soy su mas atenta servidora

Q. B. S. M.

G. G. de Avellaneda.

FÉ DE ERRATAS.

Págs.	Lns.	Dice.	Debe decir.
22	22	os astros	los ástros
30	12	Monchard	Mouchard
67	1	sordo seno	santo seno
77	18	Monchard	Mouchard
82	18	Monchard	Mouchard
84	7	conservarle	Conservarles
107	12	bajo un rosal	al pié de un rosal
149	23	la asiduidad y ardor	la asiduidad y el ardor
172	8	hábitos	hálitos
173	7	eu	en
174	3	lánguidos, ojos	lánguidos ojos.
176	26	para ella para	para ella
180	4	animósele el rostro	animósele el rostro,
185	2	trasportado de júbilo	trasportando de júbilo
194	23	apercibirse	percibirse
202	15	reusaros	rehusaros
216	8	de monarca	del monarca
218	20	respecto	tocante
220	2	de la augusta	á la augusta
227	10	dillettanti	dilettante
276	19	pensando	pasando
295	8	distiguen	distingue
305	23	sola	solo
309	14	apresta	aprestaba
311	1	dejaba	abandonaba
320	3	buscadme	proporcionadme
325	8	denunciamos	denunciamos,
344	9	rosado	rozado
347	19	dedicido	decidido
351	10	¿Que tropa	¡Qué tropa
352	1	intelocutor	interlocutor
356	23	de compañero	por compañero
358	17	está vez	esta vez

LS
G6334a

Gómez de Avellaneda, Gertrudis
El artista barquero, ó, Los cuatro cinco
de Junio.

459597

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED